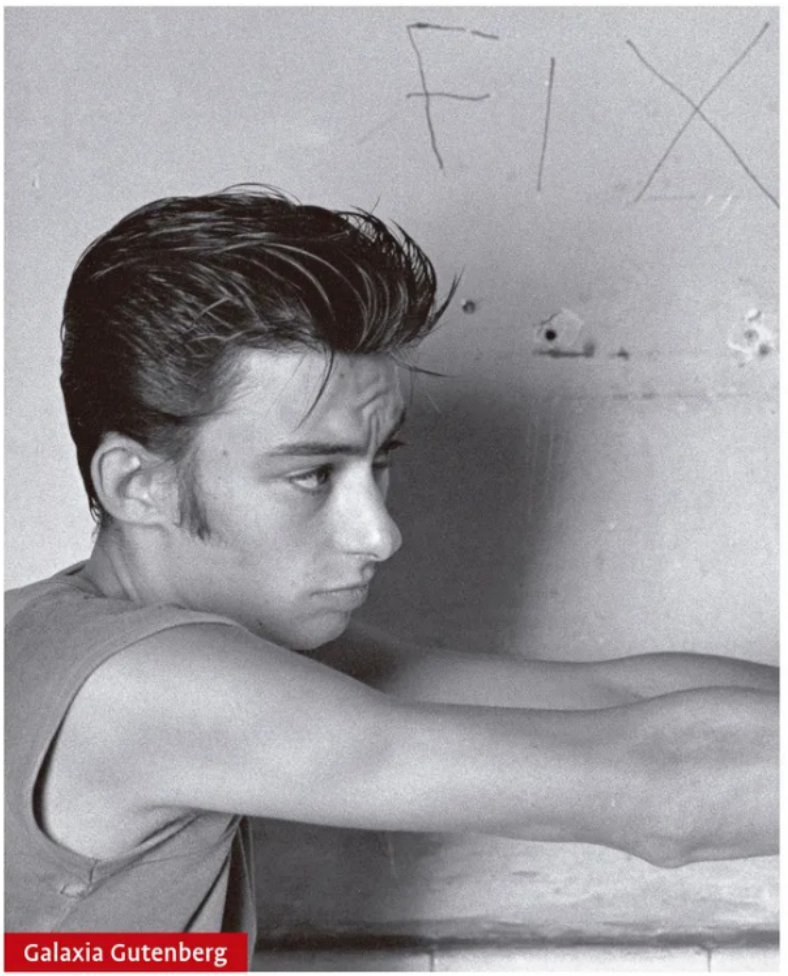
Alberto de la Rocha

Los años radicales



Galaxia Gutenberg

LOS AÑOS RADICALES

ALBERTO DE LA ROCHA

Galaxia Gutenberg

ALBERTO DE LA ROCHA

Nació en Madrid en 1979 y actualmente reside en Córdoba. Formó parte de la tercera promoción de la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores (2004-2005). Ha publicado las novelas *El cuarto inclinado* (2006), que obtuvo el XXV Premio Felipe Trigo de narración corta, *El celado* (2014), VII Premio Encina de Plata, *Sumidero* (2015), *Los vertebrados* (2018), LXIV Premio de Novela Ateneo-Ciudad de Valladolid, y *Recordaré abril* (2019), I Certamen Biblioteca Fundación Antonio Gala. *Con Los años radicales* ganó el XIV Premio Málaga de Novela.

La llamada telefónica de una niña trastornará por completo la vida de Eduardo Muñoz, el gran artista maldito de la pintura española. Famoso por su temperamento irascible y por haber llevado una vida de excesos, no sabrá cómo encajar el importantísimo premio que le acaban de conceder. A partir de ese momento, su propia imagen de pintor rebelde y esquivo se desmorona. El reconocimiento institucional le provoca una profunda crisis de identidad que lo empujará a realizar una áspera revisión de su pasado, marcado sobre todo por su adicción a la heroína.

Después de toda una vida engañándose sobre quién es y sobre su origen, Eduardo Muñoz repasa con una mirada nueva sus oscuros años como adicto, la muerte de todos sus amigos por la droga, su desintoxicación y su definitivo triunfo como pintor. La aceptación de su verdadera identidad le permitirá, al fin, emprender un proyecto repetidamente postergado a lo largo de su carrera: su autorretrato.

Esta novela fue galardonada con el XIV Premio Málaga de Novela, concedido el 18 de diciembre de 2020 en la sede del Área de Cultura del Ayuntamiento de Málaga. Formaron parte del jurado Pilar Adón, Luis Alberto de Cuenca, Eva Díaz, Antonio Soler, Alfredo Taján, Alberto Olmos, Berta González de Vega y la directora general de Cultura del Ayuntamiento, Susana Martín Fernández

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: abril de 2021

© Alberto de la Rocha, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021
Imagen de portada: *Gabriel Fix*, 1980
© Alberto García-Alix, VEGAP, Barcelona, 2021

Conversión a formato digital: Fotocomposición gama, sl
ISBN: 978-84-18526-83-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Todos mis mejores amigos están muertos.
Pero yo puedo oírlos,
puedo penetrar en sus mentes.

M. DAVIS

Desde entonces aprendí, y con dolor,
que siempre hay algo que no puedo atrapar
y que siempre hay algo que no quiere salir.

A. GARCÍA-ALIX

MADRID

PRIMAVERA

Cuando la llamada por fin se corta al otro lado, tengo la desconcertante sensación de que el auricular del teléfono ha aumentado de peso en mi mano, de que la masa de la Tierra lo reclama ahora con mayor intensidad. Aunque no utilizo apenas el teléfono fijo y quizá todo se deba a la falta de costumbre. La niña, por supuesto, me ha llamado al fijo. Tiene sentido, pues lo que ella representa es algo perdurable, arcaico, ancestral. Incluso habría sido más coherente que me hubiera enviado un emisario para darme la noticia.

Devuelvo el auricular a la horquilla del teléfono y en las yemas de los dedos noto un tenue escozor, como un tacto de fiebre. Caigo en la cuenta de que antes he estado manipulando trementina. Esta puede ser la explicación: no un aumento del peso del auricular sino una ligera quemadura química. Me froto las manos contra la tela de la bata, que de pronto se ha vuelto rugosa como arpillera, y me vuelvo hacia el ventanal.

En los minutos que ha durado la conversación (¿cinco?, ¿diez?, soy incapaz de calcularlo, ¿doce?), la luz que entra en el estudio ha cambiado. Pero sigue haciendo sol, en el cielo no hay ni una nube. Parece más bien que la luz se ha vuelto más nítida, incisiva, y acentúa la textura granulada de las cosas. El tresillo hundido y cómodo donde me tumbo a descansar, las pilas de libros en el suelo, los frascos de cristal con líquidos turbios y pigmentos, las bolas de papel y los trapos manchados, las tazas con té reseco en el fondo, todo lo que hay en este estudio, que antes era el enorme comedor del piso, está iluminado por una claridad distinta y reveladora. ¿Y si son mis ojos y no la luz? Aprieto con fuerza los párpados, me los restriego con los nudillos. Por mi garganta trepa un hormigueo, las incontenibles ganas de fumar. Empujo con el hombro la puerta que da a la terraza, y salgo.

Saco del bolsillo de la bata el paquete de tabaco y el mechero. Con el cigarrillo entre los labios, ladeo la cabeza para encenderlo. Pero antes de que la punta de la llama toque el cigarrillo, el torreón del edificio de enfrente se abalanza sobre mí. La erguida mole de ladrillo y pizarra crece en la esquina de mi ojo y amenaza con aplastarme. Devuelvo el mechero al bolsillo y me despego del labio el cigarrillo apagado. No, el torreón no se mueve, pero su presencia al otro lado de la calle, con la que estoy familiarizado desde hace décadas, ha adquirido una rotundidad exacerbada y a un mismo tiempo precisa, como si lo viera por primera vez. Se me escapa una carcajada. Cualquiera diría que me he tomado un ácido.

Rápido, llevo la mirada de un sitio a otro de la terraza: las jardineras con plantas muertas que hay junto al pretil, la silla de plástico rojo, el cenicero casi oculto por la montaña de colillas, el aparato del aire acondicionado, mi propia mano agarrando el cigarrillo… Todo se me muestra bajo una luz diferente. Pero esto es una forma de hablar, porque no es la luz, el cielo sigue despejado y resplandeciente, y creo que tampoco son mis ojos.

En ocasiones, al añadir a un cuadro una pincelada, si su color es vivo, todos los demás colores quedan alterados. Y ya da igual que eliminemos la estridente pincelada, que la tapemos: el cerebro ya no ve el resto de colores como antes, las relaciones cromáticas entre ellos se han modificado. Me pregunto entonces: ¿tanto me ha afectado la llamada de la niña?, ¿ha sido su llamada esa pincelada que lo desbarata todo?

Ahora sí, enciendo el cigarrillo. La primera calada no tiene ese dulzor tostado del tabaco rubio, ni la segunda tampoco, ni la tercera. Me lleno los pulmones con el aire templado de la mañana de abril, chasqueo la lengua contra el paladar, trago saliva, y vuelvo a fumar. Pero nada, el cigarrillo me sabe a otra cosa, no mal, a otra cosa. Así que no solo me ha afectado a la visión, también al gusto. ¡Y al tacto!: por eso el auricular del teléfono —pienso ahora— se ha vuelto antes más pesado y su superficie de baquelita resultaba desconocida a las yemas de mis dedos. Aplasto el cigarrillo en el cenicero desbordado. Vuelvo al estudio.

Y cuando cruzo el umbral, un poco aturdido por estas sensaciones adulteradas (pero no están más disueltas sino más puras, concentradas hasta volverse casi insoportables), veo mi rostro reflejado en el suelo. Me detengo. Parpadeo y me estrujo las manos. Estoy empezando a tener miedo. Si me hubiera tomado un ácido, esto sería el principio de un mal viaje. Pero mi rostro está ahí, no me lo invento, reflejado en el espejo rectangular que dejé apoyado entre el suelo y la pared, ya no recuerdo para qué, ni hace cuánto. Y porque no esperaba verme, y sin duda por esta confusión afilada y lúcida que llevo unos minutos sintiendo, registro mi propio rostro como si me lo encontrara por primera vez, como si perteneciera a otra persona. Horrorizado, descubro en él —en mí— el labio de la familia. El labio Mengs. Cielo santo.

En la casa de Asturias, la casa de la familia, hay un retrato pintado por Mengs. Es pequeño, una tabla de veinticinco por veinte (era importante que pudiera transportarse con facilidad). El óleo está muy oscuro, ahumado; estaría colgado durante décadas, o algún siglo, en una habitación cuya chimenea tenía un tiro deficiente. Llevo escuchando la historia de esa tabla desde que era niño, y supongo que

antes mi padre, y mi abuelo, y mi bisabuelo. Las deformaciones, por tanto, serán múltiples y escurridizas. No descarto haber colaborado con alguna sin querer, aunque yo no le he contado la historia a ningún hijo.

Mi antepasado se llamaba Alonso. Alonso el Perseverante, Alonso el Contumaz, Alonso el Pretencioso. A Alonso se le metió en la cabeza hacerse un retrato para colgarlo en la pared, un retrato que estuviera por fin a la altura del linaje de la familia. Preguntó quién era el mejor pintor y alguien en Asturias le contestó que Anton Raphael Mengs, que por entonces trabajaba en la corte de Carlos III. Alonso el Pretencioso, después de saberlo, ya no pudo conformarse con otro artista que no fuera el mejor. O Mengs o nada. Hizo las maletas y se fue a Madrid.

El tiempo que Alonso el Perseverante estuvo en la capital del reino es una incógnita: semanas, meses. Llegué a escuchar una versión, probablemente exagerada, que hablaba de «dos inviernos». Pero no se exagera lo que no es notable de por sí. Si Alonso hubiera conseguido su objetivo en un viaje breve, en la familia se habría exagerado esa rapidez: Alonso el Veloz, Alonso el Relámpago, que consiguió que Mengs le pintara el retrato en una tarde. No, debió de pasar en Madrid mucho más tiempo de lo esperado. Persiguió al pintor cortesano por toda la capital, en su estudio, por las tabernas, por los lupanares, en su misma casa. Se cuenta que Alonso (¿el Juerguista?) estuvo toda una noche de farra con Casanova, quien residía en Madrid en aquella época y se movía en el círculo del pintor. En cualquier caso, Mengs, personaje malhumorado y mezquino, se negaría en un primer momento a las pretensiones de aquel paleto con cerrado acento cantábrico. ¿Por qué accedió finalmente, después de semanas de persecución, de meses, de «dos inviernos»? Precisamente porque era mezquino y no se pudo resistir a la cuantiosa bolsa de dinero que Alonso el Contumaz puso en su mano. El primer pintor de Carlos III retrató a mi antepasado en una tabla pequeña, pues tenía que ser transportada a Asturias en un viaje de varios días.

El viaje de vuelta de Alonso con el cuadro también tiene sus leyendas. He escuchado anécdotas con bandoleros y emboscadas, con duelos, con hogueras en las que el Mengs estuvo a punto de arder, y por supuesto, de nuevo, con el socorrido e irresistible Casanova. He llegado a oír (pero no descarto habérmelo inventado yo) que Alonso, poco después de salir de Madrid, fue perseguido por Casanova, quien quería hacerse con la tabla y así vengarse por lo mal que lo había tratado Mengs durante su estancia en Madrid, vengarse y cobrarse la afrenta con la apropiación de una pieza del pintor más cotizado del reino. Esta versión habla de una persecución con encabritados faetones por los desfiladeros de la Sierra de Guadarrama. Pero, con

franqueza, dudo que mi pueblerino antepasado, más familiarizado con las vacas que con los caballos de posta, ganara esa loca carrera al astuto y ventajista Giacomo. Esta anécdota ha de ser una patraña.

Podría pensarse que el Mengs, cuya sombra se cernió ahumada y espesa sobre mi infancia, influyó decisivamente en mi vocación. Nada más lejos de la verdad. Yo me marché de Asturias a los dieciocho años huyendo de ese cuadro. Es decir, de mi familia, del indefectible labio de mi antepasado en ese retrato.

Mengs pintó al terco Alonso como un bobalicón con ínfulas, tal y como debía de ser: dos ojos muy juntos y pequeños que miran asustados, una informe nariz tubércula, las mejillas curtidas por el viento frío de los prados y, en el centro de la composición, el contagioso labio inferior, que se ha venido reproduciendo en todos los varones de la familia y, que yo recuerde, en una tía-abuela soltera que, tras su muerte, deduje que era lesbiana. El labio Mengs está proyectado hacia delante y ligeramente descolgado. Es un labio bovino y perplejo. Su color abarca una paleta que va del rosado pálido de longaniza cruda al cárdeno venoso de los tenaces bebedores de sidra. Aunque en los hombres de mi familia ha habido de todo, es sin lugar a dudas el labio de un mastuerzo. ¿Por qué Mengs lo pintó así? ¿Por qué no lo embelleció, cuando además Alonso pagó el encargo con largueza? ¿Se vengaba ladinamente de la persecución a la que mi antepasado lo había sometido, como hizo Picasso con Stalin en su polémico retrato?

Siempre creí que me había salvado del labio Mengs, que las leyes de la genética habían hecho una excepción conmigo. Pues bien, ahí está el labio, en el espejo del suelo, irrefutable. Es cierto que el ángulo es anómalo, pero justamente esta perspectiva inusual es la que me ha abierto los ojos. Bueno, la perspectiva y, sobre todo, la casi insoportable clarividencia que lleva unos minutos afectando a mis sentidos como una potente dosis de LSD.

Ha sido necesaria la llamada de la niña para que, tras cincuenta años, descubra que no he conseguido huir del labio Mengs, de mi familia. Que soy uno más de ellos.

Resulta extraño tratar de usted a una niña de trece años. Varias veces he estado a punto de tutearla. Probablemente se me habría escapado si hubiera hablado más, pero apenas he pronunciado unas cuantas frases, he tenido pocas ocasiones de confundirme. En un determinado momento, he titubeado al abrir la boca para decir «Eres muy amable», pero ella habrá creído que era un tartamudeo a causa de la impresión por su llamada: «E-e-es muy amable». Estará habituada a provocar ese efecto en sus amedrentados interlocutores. ¿Cómo la tratarán sus compañeras de clase? ¿Y los profesores?

En contra de mis principios (aunque últimamente bastante desganados), siento cierta simpatía por la niña, y también una pizca de compasión. Y, por encima de todo, me provocan un firme desprecio los que se meten con ella, los que la critican con abusona saña o histérica crueldad. Es una niña, por el amor de Dios, no tiene culpa de nada. Debe cumplir una misión que ella no ha elegido, que no ha tenido la oportunidad de rechazar. Yo sí pude huir de Asturias, de mi familia, pero ella no puede hacerlo, está condenada. Cuando la veo tan formal y educada, tan adulta, mirándolo todo con esos grandes ojos azules, creo vislumbrar un espíritu inteligente, templado, estoico, que sería un desafío capturar en un retrato (alguien lo estará haciendo ya). Madre mía, si me escucharan mis viejos amigos…

No se me han calmado las ganas de fumar, pero no quiero probar otro cigarrillo, sigo percibiéndolo todo a través de un filtro alucinado. Me dejo caer en el tresillo y me recuesto; quizá me venga bien estar tumbado un rato. Alzo los brazos para metérmelos debajo de la cabeza y aprovecho para mirar el reloj: las doce y media. ¿Habrá faltado la niña al colegio toda la mañana únicamente para llamarme? A estas horas tendría que estar en clase. Ahora creo recordar que de fondo, al principio de su llamada, se oía un murmullo hueco, como de voces y ruidos amplificados por el eco de un pasillo o una estancia grande. ¿Habrá salido un momento de clase para no perder toda la mañana?

Estaba apurando el segundo té del día cuando ha sonado el teléfono. No me suelen llamar al fijo y me ha sobresaltado su timbre, metálico y severo como el de una oficina antigua. Me he limpiado las manos en la bata y he descolgado el auricular. Juraría que su peso todavía era normal, no he notado nada raro. Si llego a saber que era la niña, habría contestado de otro modo, con más formalidad, con más ceremonia, no sé. Aunque… ¿cómo se contesta con más ceremonia? Bueno, habría bastado con no toser. Antes de decir nada, he tosido contra el micrófono, una tos cavernosa de fumador que antes ha tenido otros vicios, vicios peores, que convierten al tabaco en un saludable sustitutivo, un mal menor. Pobre niña.

He tosido y después he dicho:

—Sí. Diga, dígame.

Antes de saludarme, antes de decir «buenos días», la niña ha pronunciado lentamente su nombre. La habrán aleccionado para hacerlo, así el desprevenido interlocutor no tiene ocasión de confundirse y tutearla, como es lógico cuando oyes la voz de una niña. La de ella es aguda pero no infantil, y los giros son un tanto rígidos; quizá seguía las instrucciones de un papel, o había estado entrenando. Este es el tipo de detalles que me produce una arrasadora piedad por la niña. La imagino escribiendo estas cosas en un papel con su letra redonda y aplicada, o practicando en voz alta delante de algún adulto,

un consejero o algo parecido, y se me parte el corazón. Solo después de decir quién era, de advertir indirectamente al interlocutor de que no debe tutearla a pesar de sus trece años, la niña me ha dado los buenos días:

—Buenos días.

—Oh… Oh… Buenos días.

Sí, confieso que he balbuceado. Otros se quedarán en blanco, no sabrán qué replicar mientras un escalofrío les recorre la espalda. Más de uno se lo habrá tomado a broma, como una inocentada.

Luego me ha preguntado si yo era yo, pero lo ha hecho enunciando mi nombre completo, que nadie usa y que hacía tiempo que no oía. He tenido la tentación de contestar que no, que yo no soy ese, que hace muchos años que dejé de serlo. Pero he frenado este débil impulso de desacato existencial y he dicho:

—Sí, soy yo.

—Es un placer.

—Lo mismo digo.

—Le llamo para anunciarle algo. Es una buena noticia, no se inquiete.

¿No se inquiete? Ahora me doy cuenta, mientras repaso la conversación tumbado en el tresillo con los ojos cerrados, de que había una chispa de humor en esas palabras. ¿Cómo iba ella a darme una mala noticia, una noticia *inquietante*? No creo que ese comentario se lo haya sugerido un consejero o su profesor de oratoria, era un comentario de su cosecha. El humor es un atributo de las personas inteligentes, y la niña lo es. Mi admiración por ella sigue creciendo.

A continuación se ha atropellado un poco, ha mencionado confusamente un patronato y un jurado y una votación, queriendo pronunciar rápido unas palabras que eran complicadas. Yo tampoco estaba muy lúcido y no he entendido demasiado. Quizá se ha confiado y se ha creído capaz de decirlo sin leer el papel. En cualquier caso, la niña se ha recompuesto enseguida y con voz clara ha proclamado (creo que este es el término adecuado) el motivo de su llamada: me ha sido concedido el premio que lleva su nombre.

Ha habido después un silencio. ¿Estaría este silencio pautado en su papel, incluso con la cantidad concreta de segundos? Era un silencio calculado para que el interlocutor encajara la noticia, pero no tan largo como para que este se enzarzara en unos agradecimientos torpemente serviles, indecorosos. De hecho, yo solo he podido abrir la boca, de la que ha salido un monosílabo exclamativo. Ella, de inmediato, con gran inteligencia, ha desviado la atención:

—Dentro de seis meses, en octubre, nos veremos en Asturias para la entrega del premio. Será un placer poder saludarle en persona.

Además usted es de allí, ¿no?, de aquellas tierras. Supongo que le hará particular ilusión.

—Por… Por supuesto. Sí, sí.

—Yo no soy ninguna especialista, no debería hablar de estas cosas, y menos con usted. Pero sí conozco un poco el paisaje asturiano, aquella atmósfera tan especial, y creo que algo de ello está en sus lienzos. Son muy… bonitos.

Me ha enternecido esta declaración de la niña, una mezcla del alambicado discurso que alguien habrá elaborado para ella —«atmósfera», «lienzos»— y de su propia improvisación, con ese cándido calificativo final: «bonitos». Súbitamente ha vuelto a ser una chica de trece años, una chica normal. Por eso, en la réplica que le he dado se me ha escapado tutearla, «eres muy amable», aunque no lo habrá detectado a causa de mi titubeo. O quiero pensarlo así.

—E-e-es muy amable.

Admito que en ese punto me he distraído, se me ha ido un poco la cabeza, en parte por el error de tutearla y en parte por la asimilación de la noticia, que ha ido penetrándome despacio, con retardo, a oleadas crecientes, hasta asentar en mi conciencia la realidad de lo que la niña acababa de anunciarme. Me figuro que ha sido ahí cuando ha comenzado esta percepción anómala, alucinada, esta desazón que me mantiene con los ojos cerrados por miedo a nuevas visiones (el torreón de enfrente abalanzándose, mi rostro en el espejo del suelo, el protuberante labio Mengs en mi rostro, ay).

Cuando he regresado de mi momentánea distracción, la voz aguda y seria de la niña estaba hablando de algo que no he entendido. Pero de pronto ha hecho una breve pausa y ha citado mis «años radicales», así los ha llamado. Como me había perdido sus palabras previas, no tengo la menor idea del modo en que ha tratado el tema, cómo ha llegado hasta él y por qué. La verdad es que me he escandalizado. ¡Yo escandalizado! Me he sentido completamente desnudo, con todas las cicatrices de mi alma, tibias y truculentas, abiertas ante la cristalina inocencia de la niña, como el buey en canal que pintó Rembrandt. ¿Se habrá alguien encargado de instruirla en estas cuestiones tan escabrosas? ¿Debe ella conocer más el mundo que las chicas de su edad? ¿Debe alcanzar antes la madurez?

«Mis años radicales», me gusta la expresión. Radical es lo que va a la raíz, a lo esencial. Suena bien. ¿Se lo habrá inventado ella? No me imagino a ningún consejero sugiriéndole que, para llenar el tiempo, si la conversación se quedaba corta, podía recurrir a ese periodo negro de mi vida, más o menos sabido por todo el mundo pero no confesado públicamente, siempre un poco tabú. Más bien me imagino al consejero, al lado del teléfono, desorbitando los ojos y haciendo aspavientos cuando ella ha tocado el tema. Qué audaz, la niña, qué

brillante, me encanta. «Mis años radicales.» Creo que a partir de ahora empezaré a usar yo también esa expresión.

La conversación no ha durado mucho más. El tiempo total no habrá llegado a diez minutos, quizá ni siquiera a ocho. Para terminar, la niña ha mencionado a su padre. Sin duda lo hará siempre, como un aval, como una especie de poderoso conjuro para invocar la presencia de él, para que el interlocutor se tome a la niña en serio y no olvide a quién está representando, de quién es en el fondo delegada.

—Mi padre me ha dicho que somos familia.

—¿Ah, sí?

—Sí. Familia muy lejana, pero familia.

—Vaya, es posible. Si él se lo ha dicho, será cierto. Su padre sabe más de esas cosas que yo.

—Así que me alegro doblemente por su premio.

—Gracias.

—Bueno, le reitero mi más sincera enhorabuena. Nos veremos dentro de seis meses, en Asturias.

—Allí nos veremos.

—Pase un buen día.

—Usted también.

Ha sido ella la que ha cortado la comunicación, los pitidos de la línea han marcado sus pulsaciones en mi oído. Será preceptivo. Seguro que el protocolo exige que sea la niña, o su padre, o su madre, los que cuelguen primero, igual que son siempre ellos los últimos en llegar a los lugares, o los que pueden dirigir la palabra a la gente y no al revés.

Y ha sido entonces cuando el auricular ha aumentado su peso en mi mano, y el tacto de la baquelita se ha vuelto extraño bajo las yemas de mis dedos, y la incisiva luz del día de pronto tocaba los objetos del estudio de una forma diferente, más concisa y deslumbrante, reveladora. ¿Por qué?

Voy a encenderme un cigarrillo, me da igual cómo sepa. Abro los ojos y espero unos instantes, parpadeando.

Me lleno los pulmones con la última calada, que sigue dejándome en la lengua un sabor enrarecido, y expulso una densa nube hacia la calle. Durante unos segundos, el torreón de enfrente desaparece. Aguardo a que el humo se disipe y clavo los ojos en la sólida construcción. Ya no se mueve, su volumen permanece estable en el espacio, pero sigo percibiendo una rugosidad nueva, una textura encrespada y porosa en todas sus superficies, como si durante los años en que lo he contemplado con una atención distraída el torreón hubiera estado ligeramente desenfocado. Ahora mis ojos registran con una extraordinaria viveza las innumerables anfractuosidades del

ladrillo y las lascas azules de la pizarra del tejado, afiladas como cuchillas superpuestas. Se me ocurre que estoy sufriendo un ataque de sinestesia, y que mis ojos tocan los objetos como manos extensibles, y los palpan a metros de distancia y en mi cerebro el estímulo se transforma, y que mi lengua oye el humo del tabaco como un monstruoso tímpano. La piel de la nuca se me eriza y siento otra vez un leve ahogo de miedo, semejante a un mal viaje de ácido. Lanzo la colilla hacia el cenicero, no atino por medio metro, y vuelvo a entrar al estudio.

Camino de una pared a otra con largas zancadas, ida y vuelta, ida y vuelta, negando con la cabeza sin saber por qué, sin saber qué estoy negando. Los faldones de la bata abierta flamean detrás de mí, agitados por el aire que desplazo, y hasta creo oír el sonido de rotura fibrosa que producen, pero quizá sea otra alucinación. Con un gruñido de hartazgo, después de veinte, de treinta paseos, tuerzo mis pies hacia el rincón, donde está el espejo que había olvidado durante meses, apoyado entre el suelo y la pared. Mi cabeza se cuela en el reflejo, pero sigo andando y es el resto de mi cuerpo, de arriba abajo, el que se va deslizando por la superficie brillante. Cuando llego hasta el rincón, me detengo. Meto la punta del zapato en el hueco que queda debajo del espejo y tiro hacia fuera arrastrándolo. Se cae con un peligroso estrépito y queda tendido en el suelo. Podría haberse roto. Encuadrado en el espejo, contra el fondo blanco del techo, está mi rostro en un acusado escorzo, y en él mi boca, que abro hasta que me chasquea la mandíbula, y después la arrugo y la distiendo como un primate loco, como un demente. Pero ni aun así consigo que se borre de ella, de mi boca, el labio inferior de mi familia, el maldito labio Mengs. Ya no cabe ninguna duda, no puedo engañarme. ¿Todo esto es por culpa de la niña?

Su llamada me ha desenmascarado. Y lo ha hecho del modo más drástico posible: ante mí mismo. Desde que tengo uso de razón, desde que el niño Eduardo dijo *no* por primera vez, he estado huyendo. Toda mi vida ha estado edificada sobre formas de huida: primero con aquellos cómics que escandalizaban a mis padres, y con los cigarrillos y las cervezas que les robaba; después con el traslado a Madrid para estudiar en la universidad, y el engaño de matricularme en Bellas Artes y no en Arquitectura, como ellos querían; con el capricho soberbio, que en el fondo buscaba seguir haciendo daño a mis padres, de no terminar la carrera y de ponerme a pintar sin preocuparme de otra cosa. Y, desde luego, también el caballo ha sido una forma de huida, la más desesperada y salvaje, la más radical, como ha dicho la niña.

Llevo toda la vida huyendo de mi familia, de lo que soy, y la llamada de la niña ha señalado certeramente mi impostura y me ha

desenmascarado. ¿Será consciente de lo que ha hecho? Pero le estoy atribuyendo una intencionalidad que no ha podido tener. Yo no soy nadie para ella, por qué iba a importarle.

Justo después de darme los buenos días, la niña ha pronunciado mi nombre completo: Eduardo Muñoz-Merchán de Rivas. No ha dicho Eduardo Muñoz, que es como he firmado siempre mis obras, como me conoce todo el mundo desde hace más de cuarenta años. Ahí ha empezado su hábil y sin embargo involuntario desenmascaramiento. Soy un Muñoz-Merchán —me ha recordado la niña—, uno más de una larga cadena que hunde su principio en la noche de los tiempos. Se terminaron las imposturas, no ha servido de nada mi incesante huida. La niña ha dicho mi nombre y luego me ha anunciado la concesión del premio, un premio sustentado por la ancestral institución que ella representa. ¡Si hasta somos familia! ¿Dónde queda entonces el esquivo y turbulento, el incómodo y malencarado artista *underground* que fui? Ante la mirada implacable de la niña, todos los velos se han caído y ha salido a la luz, pretencioso y estólido, el labio Mengs.

Aquí está, en el espejo, a mis pies. Es el mismo labio del paleto Alonso Muñoz-Merchán, así que es un labio que tiene por lo menos doscientos cincuenta años, un cuarto de milenio. ¿Quién soy yo para anular por mi voluntad, por mi solo capricho, dos siglos y medio de carne y sangre, de ciega genealogía?

Mi teléfono móvil se pone a vibrar sobre la repisa del caballete, donde lo he puesto esta mañana para cotejar unas imágenes mientras pintaba. Doy unos pasos hacia atrás para cogerlo y mi labio desaparece de la superficie del espejo. Pero antes de llegar al caballete, el teléfono fijo suena también. ¿Por qué me están llamando a los dos teléfonos? Como no sé a cuál atender, me quedo parado a mitad de camino entre ambos. Luego caigo en la cuenta: serán los dichosos periodistas, la noticia del premio ya se habrá difundido y quieren mis primeras declaraciones.

Me cuesta tanto aguantar a los periodistas, aguantar su permanente prisa, su obtusa visión de las cosas, su ignorancia. ¿Y si no cojo ninguno de los teléfonos? ¿Y si dejo que suenen? El antiguo Eduardo Muñoz lo haría. O descolgaría y los mandaría a todos a la mierda. Aunque también es cierto que aquel Eduardo Muñoz rechazaría un premio así. Bueno, creo que no voy a responder ahora, voy a dejar que los teléfonos suenen un buen rato, y que los periodistas se cansen y cuelguen y vuelvan a marcar después. Que piensen que soy el antiguo y salvaje Eduardo Muñoz. Que me tengan miedo. Que piensen que voy colocado hasta las cejas, como en los buenos tiempos. ¿Los buenos tiempos? Solamente yo he sobrevivido a los buenos tiempos, ni Mariajo, ni Fede, ni Javier, ni Charli, ni mi pobre hermana Carmen. Están todos muertos. Ni siquiera están vivos

mis padres, a quienes este premio les habría hecho sentir orgullosos de mí, por primera vez, al fin. ¿Buenos tiempos? Fueron unos tiempos horribles, unos tiempos funestos. El infierno.

Vuelvo al rincón y me asomo al espejo, que es como un pozo excavado en el suelo del estudio. Este ángulo genera una perspectiva grotesca de mi cara. Hay un autorretrato de Lucian Freud parecido, con su mirada desdeñosa y su cabeza de plastilina machacada. Debió de usar también un espejo puesto en el suelo.

El teléfono móvil deja de vibrar, pero a los cinco segundos ya está llamando otro periodista. O acaso sea el mismo, idiota y terco. Parpadeo en el espejo, me paso la mano por la cara, me muerdo el labio.

Tal vez ya sea hora de hacerme un autorretrato, tal vez haya llegado el momento, ahora que veo en mí lo que verdaderamente soy, ahora que he aprendido a verme gracias a la conversación con la joven e inteligente princesa. Tal vez lo haga, sí. No es una mala idea.

Por enésima vez esta tarde, me dejo caer en la silla de oficina con ruedas y me miro con calma en el juego de espejos. Apoyo la tabla en mi muslo, ordeno sobre ella las hojas descuadradas y cojo el carboncillo. Aparte de mí, hay tres Eduardos más en el estudio, con sus tres pares de ojos penetrantes y algo desquiciados, con sus tres narices torcidas, con sus tres mentones sin afeitar, y con sus tres protuberantes y atávicas bocas, tres labios Mengs. Si vuelvo la cabeza hacia un lado, ellos tres también lo hacen, cada uno orientado respecto a mí en un ángulo distinto, como si representaran simultáneamente varios momentos de una rotación, un segmento de tiempo concentrado en un instante.

Ayer dediqué todo el día a construir este artefacto especular. En un bloque de poliestireno de metro y medio de largo, esculpí tres planos iguales; cada uno forma con el siguiente un ángulo de ciento sesenta grados. Sobre ellos pegué con resina epoxi los tres espejos de medio metro que compré la semana pasada. El resultado es una especie de altar de tres hojas, o de tríptico sin contenido, o de triple panel de espejos como los que usan los actores para maquillarse. Coloqué el artefacto sobre el caballete grande y lo até a él con varias drizas. Los espejos de los actores tienen bombillas alrededor para iluminar el rostro, pero los camerinos suelen ser sitios oscuros y en mi estudio hay luz más que suficiente. Llevé el caballete frente al ventanal y lo orienté hacia dentro, de manera que el elemento que se sitúe delante recibirá toda la luz del cielo de Madrid y estará perfectamente iluminado, sin zonas de sombra.

Limpié de trastos y desperdicios el suelo que queda delante del caballete y sobre él me desplazo con la silla con ruedas. Así, los planos de los espejos atacan mi rostro desde trayectorias cruzadas. La triple imagen va rotando con el movimiento de la silla y genera una mareante repetición de mí, infinitos Eduardos que me miran con fijeza, con obsesión.

Ahora estoy delante del artefacto especular, con el carboncillo en la mano, preparado para tomar apuntes para el autorretrato. Pero llevo todo el día intentándolo y no consigo arrancar, no he dibujado ni un solo trazo. Hacía mucho tiempo que no sufría un bloqueo, creí que había aprendido las estrategias para sortearlo. Me equivocaba.

Durante varios años, a principios de los ochenta, tuve alquilado un estudio. Pude hacerlo gracias a las ventas de mi primera exposición

individual y a la herencia de un tío a quien no recordaba haber visto nunca. Mis padres hicieron todo lo posible para que no la cobrara, tenían miedo de que me la gastara en cosas inapropiadas. Luego se pudo comprobar que tenían toda la razón, como siempre, pero no se salieron con la suya. Vivía en este piso y cuando quería trabajar me iba al estudio, que quedaba a diez minutos andando. Ese paseo era a menudo el único ejercicio que realizaba en todo el día, dos veces. O una sola vez, si se me hacía tarde y dormía allí, en un colchón de espuma tirado en el suelo de la cocina. Era un apartamento muy pequeño, con un salón que usaba para pintar, un baño gélido con sanitarios de los años cincuenta y una cocina diminuta. El colchón era estrecho y aun así, cuando lo desenrollaba para dormir, se quedaba doblado sobre las patas de los muebles de formica.

Como estudio, era perfecto. El salón tenía una ventana doble que daba a un patio interior y la luz nunca era directa, llegaba hasta mí impura, como si hubiera atravesado sucesivas capas de plástico o un estanque de agua sucia. A cambio, era una luz constante, muy sutilmente modulada, de una increíble persistencia sobre los volúmenes. Podía pasarme horas trabajando sin que apenas variara. Esta iluminación fue esencial para la serie de cuadros redondos que hice sobre objetos recogidos de la basura, que tuvo tanto éxito y que después fue tan imitada.

En aquella época tenía bloqueos con bastante frecuencia. Estaba a merced de absurdas manías. Salía de casa con una predisposición muy peculiar, mentalizado para ponerme a pintar en cuanto llegara al estudio, pero en el trayecto de diez minutos por el barrio podían ocurrir minúsculos accidentes que me perturbaban. Para recuperar después esa predisposición, tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano que no siempre funcionaba, y entonces el bloqueo podía durar varios días.

He llamado accidentes a lo que no eran ni siquiera percances, más bien meras coincidencias o encuentros o descuidos. Para la mayoría de las personas la vida cotidiana está constituida por estos insignificantes sucesos, son una forma de sencilla felicidad, pero a mí podían destruirme. ¿A qué me estoy refiriendo? A que una vecina de la escalera donde tenía el estudio saliera a mi encuentro y se quejara de una gotera o del perro de los vecinos; si no me la quitaba rápido de encima, mi frágil predisposición quedaba irremediablemente afectada. A presenciar en la calle una discusión o algún tipo de violencia, bastante común en el Madrid de aquellos años. A que no hubiera agua o electricidad en el estudio o gotease la cisterna del inodoro. A que se me resbalara un vaso y se hiciera añicos contra el suelo.

Había manías que rozaban la superstición. Si al aproximarme al portal del estudio veía que la puerta se estaba cerrando y corría, era

crucial llegar a tiempo; si después de la carrera la puerta se cerraba delante de mis narices, la contrariedad hervía dentro de mí y me alejaba de la posibilidad de pintar durante una o dos horas. Hubo un día en que un mendigo me pidió dinero con insistencia, canturreando de una manera burlona, y otro día en que los semáforos no funcionaban y tardé en cruzar una calle con mucho tráfico, y otro día en que el cordón de un zapato se me desató y, cuando me agaché para atármelo y tiré, se rompió. Ninguno de esos días pude pintar.

Tras estos incidentes, intentaba fingir ante mí mismo que no había pasado nada. Me plantaba delante del lienzo, cogía el pincel y… Era imposible, no podía engañarme. El pincel o la espátula o la brocha acababan estrellados contra la pared, donde marcaban un arañazo de frustración, y más de uno voló por la ventana y aterrizó en el patio de luces. Entonces iba a la cocina, abría el armario, sacaba la caja de ébano que Mariajo me había traído de la India, y me chutaba. La angustia por no poder pintar se disolvía instantánea, dulcemente.

Desde el otro lado del triple espejo, los tres Eduardos me miran con actitudes diferentes. El de la izquierda tiene un gesto suspicaz, escorado, como si intuyera en mí una amenaza. El de la derecha se muestra despectivo, a punto de volverse y darme la espalda con una jactanciosa desgana. El del centro es el único que me aguanta la mirada con franqueza, tiene las pupilas calmadas y una mueca de tenue lástima en los labios. ¿Qué verá él en mí? Daría cualquier cosa por saberlo. Supongo que, en ese caso, si lo supiera, podría comenzar a dibujarme.

Pero si entorno los párpados y hago que las tres caras se difuminen, entonces puedo imaginarme que no estoy solo en el estudio, que hay más gente aquí, de ambos sexos, no solamente tres personas sino seis o nueve o doce. Se multiplican simplemente con el impulso de mi pie en el suelo: la silla rueda unos centímetros y la triangulación de los espejos engendra más caras. Aunque hablo de personas genéricas y en realidad oculto mi verdadero deseo: al entrecerrar los ojos estoy persiguiendo la ilusión de que están aquí, conmigo, mis amigos.

Ah, podría decir que los echo de menos, y por supuesto que sería verdad, pero no es exactamente eso lo que siento ahora. He recordado el estudio que tuve alquilado, y aquella época, principios de los ochenta, y de pronto he echado de menos, siniestra, demencialmente, aquellos días arrebatados por la heroína, antes de que todos empezaran a enfermar y a morir. ¿Puede uno enamorarse de lo que lo está matando? Ni siquiera yo, que estuve en el centro mismo de aquella devastación, en aquel edificio que se derrumbó sobre nosotros y del que milagrosamente salí vivo, ni siquiera yo puedo afirmar con

convicción que no. Claro que amábamos el caballo, ese era el problema.

En esta tarde de bloqueo, mientras me observan desde el espejo, esfuminadas, las caras de mis amigos muertos, puedo recrear fácilmente en mi cabeza una de aquellas tardes, como si fuera un diorama mental en el que voy colocando en su sitio las figuras de todos ellos.

No solíamos reunirnos en mi estudio, era demasiado pequeño, y además siempre trataba de mantener alejados a los yonquis de mi trabajo, aunque yo fuera uno de ellos. Podían ensuciar algún cuadro o romperlo, o podían intentar meterse cualquier polvo o líquido que estuviera utilizando para una obra. Un percance así podría arruinar durante días mi delicada disposición para pintar. Nos reunimos muchas veces en esta casa, pero también en cualquier otra, allá donde alguien hubiera conseguido material suficiente, o material nuevo de un proveedor recién descubierto que todos queríamos probar.

Recuerdo varias buhardillas en Lavapiés, de alquiler baratísimo, con sofás desvencijados y colchones en el suelo, con bombillas desnudas que cuelgan de las vigas y grifos por los que sale un flojo chorro de agua, la presión es baja en esa parte de la ciudad y no llega bien a los pisos últimos. Me apetece elegir una de aquellas buhardillas, una indistinta, y elijo el verano, un verano caluroso e inmóvil en el que el olor del asfalto caliente satura la ciudad.

Charli está tumbado en un colchón y tiene las piernas apoyadas en la pared, verticales, para que toda la sangre esté en su cabeza y, mezclada con ella, la heroína, dice que así el colocón es mayor, para qué quiere caballo en las piernas, él lo quiere en la cabeza; viste solo unos calzoncillos y una camiseta de tirantes; en la sien le late una voluminosa vena, cargada de sangre y droga. Un poco más allá está Fede, de pie, su frente a ras de las vigas, ejecutando muy lentamente movimientos de taichí, con unas gafas de sol y un peto bávaro de cuero, un *lederhose*, que se compró en un viaje por Europa en autostop. Javier está sentado en un sofá, con la espalda muy recta, como si mantuviera la compostura del juicio del que ha salido hace un rato; todavía lleva puesto su traje oscuro, ni siquiera se ha quitado la chaqueta, pero la tiene arremangada y del brazo extrae ahora la aguja; su cuello se dobla hacia delante. Mariajo está acurrucada sobre las baldosas, algo más frescas que un colchón o un sofá, y tiene su cabeza apoyada en mi muslo; lleva solo unas bragas y una camiseta, como su hermano; yo juego a enrollar mi dedo en su largo pelo rizado; su belleza, que me impresionó tanto cuando la conocí, no me alcanza, no llega siquiera a tocarme a través del pesado y denso filtro del caballo, me da absolutamente igual.

En algún rincón de la buhardilla habrá un desconocido, una nueva

incorporación al grupo suicida, el amigo del amigo de nadie sabe quién. Y habrá otro desconocido en el servicio, dormido dentro de la bañera, que quizá ha probado hoy por primera vez el caballo, o quizá lo haya probado demasiadas veces y está morado e inconsciente por una sobredosis. Si esto es así, cuando lo descubramos, dentro de una hora o de cuatro, huiremos todos de la buhardilla torpe y atropelladamente, como zombis egoístas, incapaces de cualquier iniciativa que nos distraiga de nuestra ensimismada languidez.

De todos mis amigos, al primero que conocí fue a Charli, él me introdujo en la pandilla. Un compañero de la facultad me habló de un grupo de música punk en el que un vecino suyo tocaba la guitarra. Iban a grabar su primer disco y necesitaban que alguien les hiciera la portada. En Bellas Artes yo había empezado a pintar, pero seguía con un pie puesto en los cómics, que llevaba dibujando desde los catorce años y que circulaban por la facultad con cierto éxito. Uno de estos cómics había llegado hasta el grupo y les interesaba esa estética para su disco. El grupo se llamaba Bote sinfónico. Charli era el cantante.

Mi compañero me llevó al local donde el grupo ensayaba, un sótano que olía a humedad, con tuberías de desagüe bajando por las paredes. Quizá el nombre del grupo se les ocurrió allí. Cuando entré, la humareda de porro era tan espesa que fui descubriendo a los miembros del grupo de uno en uno conforme avanzaba hacia el fondo del local. El último fue Charli, que estaba sentado sobre un amplificador con unos pantalones y un chaleco de cuero negro y una afilada cresta verde, que se quitaría poco después. Yo me había chutado algunas veces, pero entremedias habían pasado semanas y no estaba enganchado. Sin embargo, supongo que ya era un yonqui. O lo supe aquel día, al detectar la inconfundible avidez desesperada en la mirada de Charli. Los yonquis nos buscábamos, o más bien nos reconocíamos, y en aquel sótano, antes incluso de estrecharle la mano, reconocí a Charli, igual que él me reconoció a mí. De todos modos, a Charli además le interesé por otra razón: le gusté. Me lo confesaría más adelante, cuando yo estaba ya con su hermana y él había perdido la esperanza.

Estuve dos o tres horas en el local, bebiendo cerveza y fumando porros, y en todo ese tiempo nadie cantó ni tocó nada. En las siguientes semanas, llegué a hacer algún boceto para el primer disco de Bote sinfónico, pero este nunca salió, creo que ni siquiera se grabó, más allá de alguna maqueta chapucera hecha con una grabadora de cuatro pistas. Su efímera trayectoria musical se limitó a media docena de conciertos en bares de mala muerte. Fue en uno de ellos donde conocí a Mariajo.

Después de ese encuentro en el local de ensayo, quedé con Charli

varias veces. Aunque era el más joven de Bote sinfónico, diecinueve años, pasaba por ser el líder, significara esto lo que significara en aquel descerebrado grupo. La excusa para vernos era hablar de la portada del disco, y de hecho lo hicimos y yo apunté algunas ideas para los bocetos, pero en realidad, sin que ninguno de los dos lo mencionara, quedábamos para chutarnos juntos.

Recuerdo el primer día, en esta casa. Abrí la puerta, Charli entró, echó un vistazo rápido al piso y después se sentó en la cama de mi dormitorio. Sin mediar palabra, abrió un bolso de mujer que usaba entonces, seguramente de su hermana, y sacó todo lo necesario. Unos minutos después, con la boca seca por la impaciencia y el deseo, me arrodillaba delante de él y le apretaba con las dos manos el brazo para que sus venas se hincharan, azules y palpitantes, y él pudiera atinar.

El caballo creaba entre los adictos una intimidad particular, muy próxima y a la vez desentendida. Buscábamos estar juntos, consumir juntos, casi unos encima de otros, como animales fanáticos. Pero cuando la situación dejaba de ser propicia, porque se terminaba el material o algo nos incordiaba, enseguida nos diseminábamos sin mirar atrás, en busca de otra madriguera donde continuar tranquilamente colocados. En la cama de mi dormitorio, aquel primer día, Charli y yo, que apenas nos conocíamos, nos tiramos cinco o seis horas uno al lado del otro, tumbados, con los hombros y los muslos juntos, las cabezas dándose leves choques, respirando el mismo aire. Cuando más tarde supe del interés de Charli por mí, me acordé de que él de vez en cuando me rozaba con su mano, me pasaba los dedos por el pelo, me soplaba su aliento frío en el cuello. No le di importancia porque no la tenía, incluso yo pude hacer gestos o caricias semejantes. En presencia de la heroína, todo lo demás carecía de valor y de significado. Charli lo viviría de otra manera, claro, pero estoy convencido de que no depositó ninguna esperanza seria en aquel encuentro en mi casa.

Casi lo único que recuerdo del concierto de Bote sinfónico es la hermosa cara de María José rodeada de una gran nebulosa de ruido, de interferencias: su pelo rizado invadiéndole la frente y las mejillas, el insoportable estruendo de aquella música horrible, la profunda oscuridad del bar y, al instante, las deslumbrantes luces de colores, los eufóricos amigos que tenía alrededor, y la mayor interferencia de todas: mi propio estado, pues justo antes de acudir al concierto me había colocado. Todo esto asediaba la cara de Mariajo y nada conseguía tocarla, ni siquiera el caballo que corría con aterciopelada furia por mi sangre.

Siempre he pensado que Charli le había hablado de mí, le había dicho que yo le gustaba, que le parecía guapo, que había estado varias

veces chutándose conmigo, pero que no mostraba interés por él. Esto explicaría por qué nada más entrar en la sala, y a pesar de que mi capacidad de observación estaba fuertemente disminuida, detecté unos ojos clavados en mí. Ni siquiera sabía que Charli tuviera una hermana, no me lo había dicho. Entré en la sala con el concierto empezado y alguien daba la impresión de estar esperándome, como si hubiera quedado conmigo, cuando yo no había confirmado que acudiría. Busqué instintivamente el hipnótico reclamo de esos ojos y me topé, en un extremo de la barra, con el lindo rostro de Mariajo contemplándome, esperándome, con aquella descomunal montaña de ruido alrededor. Mi blanda voluntad sucumbió a sus ojos y encaminé mis pasos hacia ella, aunque ignoraba quién era.

Mariajo tenía siete años más que Charli, seis más que yo. Llevaba más tiempo enganchada y era quien lo había introducido a él en el consumo, como solía suceder (bien lo sé yo, por desgracia). La adicción al caballo se contagiaba con la cercanía, como un bacilo altamente infeccioso: entre hermanos, entre amigos, entre compañeros de trabajo, incluso entre padres e hijos. En aquel primer periodo, finales de los setenta, su cegador y morboso prestigio aún no tenía enfrente el contrapeso de las estampas de marginalidad y muerte que se difundirían un lustro después. Todo el que rondaba cerca, al alcance de su oscuro campo magnético, acababa probándolo, y para muchos no había luego marcha atrás.

Mariajo era muy guapa, tenía un cuerpo largo y elegante en el que la delgadez todavía podía parecer saludable, y aquella noche tenía toda su atención puesta en mí. Pero debo decir que lo que más me atrajo de ella no fue nada de esto, sino su limpia mirada de adicta. Entré al local, una espectacular chica me miraba de aquel modo y al instante deseé, no follar con ella, como habría deseado cualquier chico de mi edad, sino chutarme con ella. Para un yonqui no había nada más excitante. El caballo prácticamente anulaba el sexo, lo sustituía. Y en el fondo era una atracción más pura y elevada, no condicionada por el deseo sexual, tan enajenador y arbitrario, tan vulgar.

No recuerdo mucho de la noche en que conocí a Mariajo, y ella tampoco retendría demasiados detalles, también iba colocada. Al salir del local unas horas después, integrados en el grupo de su hermano y los otros músicos, ya éramos una pareja. Nos habíamos convertido en pareja de inmediato, sin ningún tipo de declaración, sin hablarlo, con el mudo y epidérmico consenso de los yonquis.

Mariajo trabajaba en Galerías Preciados, en la planta de moda de mujer. Había estudiado un curso de diseño y alguna vez la vi dibujar con cuatro trazos rápidos un modelo creado por ella, talento que yo nunca tuve y que admiraba, aunque ella le quitaba mérito. Su sueldo no era gran cosa, pero ella y Charli vivían en un piso propiedad de sus

padres, como yo, y no tenían que pagar alquiler. En cualquier caso, pronto fue insuficiente. Siempre era insuficiente.

Para complementar su sueldo, Mariajo empezó a robar en Galerías, primero prendas de ropa que vendía a las amigas o en el Rastro y, en un determinado momento, dinero de la caja. Aunque a mí no me hablaba de esto y era su hermano quien me informaba, creo que dio el salto a robar dinero más o menos cuando me conoció. Nunca traté de determinar si hubo una correlación entre ambos hechos, pero es probable que sí. El dinero que mis padres me mandaban era muy escaso y casi siempre era ella la que compraba el material para los tres.

Por supuesto, su jefe acabó pillándola, y durante un tiempo ella lo mantuvo callado acostándose con él. Cuando me enteré, cuando Charli me lo contó, no sé si la transacción se seguía manteniendo, pero sería un ridículo ataque de orgullo decir ahora que me enfadé, o que me importó más allá de un inicial y amortiguado estupor. Solo tuve que rehacer mentalmente la idea que tenía de Mariajo. Nada más. Si la heroína sustituía al sexo es porque el sexo quedaba por debajo. En realidad, todo quedaba por debajo de la heroína: el sexo, el dinero, la moral, hasta la muerte quedaba por debajo. O al menos el miedo a la muerte.

El siguiente que se incorporó a la pandilla fue Fede. Estudiaba Filosofía y lo conocí en una fiesta en el campus de la Complutense. Era la única persona que estaba sobria, que no fumaba ni bebía alcohol, solo refrescos. Su actitud era tan insólita que me atrajo como si fuera el más tirado de los yonquis. Enseguida me empezó a hablar de religiones orientales, de meditación, de *El lobo estepario*, de artes marciales, un batiburrillo pintoresco y divertido. Los orígenes de Fede no podían ser más diferentes a los míos: su madre era ama de casa y su padre trabajaba de portero en un banco de Burgos. Pero su padre era un gran lector, tenía muchos libros, y la aspiración de ambos siempre fue que su hijo estudiara una carrera. Con no poco sacrificio, consiguieron que la comenzara, pero, al igual que yo, nunca la acabó.

Fede entró en la heroína gracias a mí. O bueno, por mi culpa. En su cabeza se estableció, de alguna retorcida manera, una conexión verosímil y congruente entre el caballo y esas filosofías que a él le interesaban. La de Fede fue una adicción más noble que la nuestra, con un punto de espiritualidad e idealismo, aunque esto a la postre resultaba completamente indiferente. Hasta entonces era un abstemio radical, así que se saltó la cerveza, el vino, las bebidas fuertes, los porros, y aterrizó de golpe en la salvaje heroína.

Fede fue el mejor de mis amigos, incluso mejor que Mariajo en algún sentido, podía hablar con él de cualquier cosa. Los rumores que

me llegaron más tarde de que se había liado con mi hermana Carmen no me molestaron en absoluto, al revés, me alegré por los dos (en la medida en que un yonqui puede alegrarse por algo). Pero aún faltaban un par de años para que mi hermana viniera a Madrid.

Otro ejemplo de la transversalidad del caballo fue Javier, el último en incorporarse al núcleo más estable de la pandilla. Era abogado penalista, un buen abogado, estaba casado y tenía dos hijos, niño y niña. Poseía una casa en Madrid, otra en la sierra y un apartamento en la playa. A mí me sacaba más de veinte años. Mariajo lo había conocido no sé dónde, quizá en Galerías cuando le recomendó un vestido para regalarle a su mujer.

Supongo que a Javier le gustaba Mariajo, como a todo el mundo, y cuando a ella la detuvieron por robar en una farmacia, lo convenció para que la defendiera en el juicio. Acicateado por el efecto de su belleza, y no descarto que por alguna promesa que ella le hiciera, Javier empleó todas sus artimañas de abogado y consiguió que la absolvieran en lo que era un clarísimo caso de robo con intimidación. En la fiesta que organizamos en mi casa para celebrarlo, Mariajo le inyectó a Javier su primera dosis. Tal vez ella le había prometido sexo, o él fantasearía con esa posibilidad como retribución por sus servicios, pero lo que obtuvo a cambio fue heroína, algo que estaba más allá del sexo, por encima. Como es comprensible, el cataclismo que supuso para Javier su adicción fue mucho mayor que el que provocó en nosotros, en nuestras vidas jóvenes, atolondradas y todavía sin definir. El drama de su familia, de su mujer y de sus hijos, fue peor, terriblemente peor.

Cierro los ojos del todo, las caras de mis amigos desaparecen, y cuando los vuelvo a abrir soy únicamente yo el que está reflejado en el artefacto especular, repetido y solo en el estudio vacío.

Giro el carboncillo entre mis dedos, aliso con el canto de la mano los papeles en blanco, equilibro la tabla sobre mi pierna. Pero es inútil y suelto el carboncillo. Este hace una marca grisácea en el papel, rueda unos centímetros y luego se estrella contra el suelo, rompiéndose en varios trozos. Sonrío con la comisura de los labios y el gesto rebota entre los tres espejos, como un rayo de luz emitido por mí y recuperado al cabo de una fracción infinitesimal de tiempo. Por lo menos he mejorado en estos casi cuarenta años: en un bloqueo de aquellos, habría lanzado el carboncillo contra la pared y también la tabla y los papeles, y hasta habría arremetido contra el artefacto especular con un grito de rabia y alguno de los espejos se habría roto. Aunque, pensándolo bien, no es sabiduría, es la pusilánime y fatigada vejez.

En aquella época, los bloqueos estaban provocados por un motivo, aunque fuera insignificante y hasta supersticioso, algún pequeño suceso que me desconcentrara. Pero ¿qué me ocurre ahora? ¿El problema proviene de que sea un autorretrato, el primero? Tiene que ser esto, hoy no ha habido ningún suceso. Salvo…

Había olvidado la visita de esta mañana, la mujer joven que se ha presentado sin avisar. ¿Ha sido eso lo que me ha perturbado? ¿Viene de ahí el bloqueo? Desde luego, no estoy muy orgulloso de mi comportamiento con ella. ¿Se llamaba Sara?

No, la mujer no se ha presentado en mi casa sin avisar. Esta mañana lo he creído así, pero ha sido un error. Mierda, he sido muy desconsiderado con ella, muy desagradable, por más que ella viniera preparada para cualquier reacción del temperamental e imprevisible Eduardo Muñoz. Me he dado cuenta hace un momento, mientras cambiaba de sitio el artefacto especular, pues he pensado que la causa de mi bloqueo puede ser la luz, tanta cantidad de luz.

Acaso sea necesaria una luminosidad menor, más atemperada, para alumbrar mi lúgubre alma y que no se vele como una película fotográfica expuesta al sol. He colocado el artefacto de cara a la pared, en el rincón que está más cerca del ventanal, de manera que la claridad choca antes en la pared contraria y llega al rincón ya devaluada, suavizada, sin aristas. Estaba barriendo la tarima para que la silla ruede bien y he recordado, de repente, que Guillermo me habló de esta mujer el día en que estuve atendiendo a la prensa por la concesión del premio, aquí en mi estudio. Así que no se ha presentado como una admiradora loca e impulsiva. Qué torpe he sido.

La semana pasada acabé harto de los malditos periodistas. Después de hablar con treinta o cuarenta de ellos, repitiendo las mismas cosas, rectificando sus imprecisiones, aguantando que aplicaran sobre mí sus prejuicios y sus necias mentalidades, llegué a arrepentirme de haber aceptado el premio. Aunque mi galerista, por supuesto, estaba encantado con la presencia de tantos medios: prensa escrita, radio y televisión.

En buena hora se me ocurrió comentarle a Guillermo, después de las entrevistas, el proyecto de mi autorretrato. Dio saltos de alegría, literalmente, palmoteó como una foca amaestrada, y empezó a enumerar posibles compradores, desde los clientes habituales a instituciones públicas, todos dispuestos, según él, a pagar la cantidad que fuera por mi primer cuadro tras el premio, y más tratándose de un autorretrato. Odio que me hable de sus manejos, de sus negocios, de dinero, siempre se lo digo, de modo que le pegué un grito y lo fui llevando hacia la puerta para echarlo. No quedaba ninguna entrevista por hacer y ya no necesitaba su ayuda.

En el fondo, creo que le gusta que lo trate mal. Él se reía como si fuera una broma, aunque sabe que no, y por el camino, entre empujón y empujón, me habló de esta mujer: «Quiere hacer una tesis doctoral sobre tu obra. ¡Es perfecto! Tú has de estar en la universidad, Eduardo, en los temarios de las carreras, en los libros de texto de los institutos… Bueno, esta chica tal vez venga un día por aquí. Se llama Sara, Sara no sé cuántos, lo tengo en un correo. Si me das un segundo lo miro y… Vale, ya me voy, ya me voy». Estaba tan cansado después de aguantar durante horas a los periodistas y a los fotógrafos, y también al entusiasta y cargante Guillermo, que al instante borré esta información de mi cabeza.

Cuando esta mañana la mujer ha llamado al timbre y he abierto la puerta, lo primero que he pensado es que era otra periodista, una tan presuntuosa y maleducada como para venir a mi casa sin concertar una cita, convencida de poder hacer la innovadora entrevista que sus cuarenta compañeros anteriores no habían logrado. ¿Qué clase de idealismo absurdo les inculcarán en la facultad? Estos razonamientos se han desatado en mi cabeza antes de que ella abriera la boca, y aunque enseguida ha desmentido que fuera una periodista, ya no he sido capaz de rectificar mi reacia y agresiva disposición. Qué energúmeno, Dios santo. Ni siquiera he tenido la hospitalidad mínima de hacerla entrar en mi casa, ha permanecido todo el rato en el descansillo. No han sido más de tres o cuatro minutos.

Tendrá unos treinta y cinco años, quizá alguno menos, pues su expresión poseía una hondura un tanto amarga, el resultado de haber vivido muchas cosas, no todas positivas, y esto probablemente la envejecía. Los ojos, azules y agudos, tenían algo herido, una fragilidad dura, como vidriada. Su pelo era corto y negro, semejante al de un muchacho. No me he fijado demasiado en el resto del cuerpo. ¿Era guapa? Podría decirse que sí, aunque entiendo que algunas personas tengan otro concepto de belleza.

Ha mencionado su universidad y el nombre de un catedrático, y después me ha explicado el planteamiento de su tesis doctoral con la voz apocada, incómoda por tener que contarme todo eso en el descansillo. ¿Por qué no me ha dicho en ningún momento que había hablado con mi galerista? No recuerdo bien cómo me la he quitado de encima, supongo que le he soltado alguna impertinencia que rápidamente he preferido olvidar. Ella ha asentido con educación, ha esbozado una sonrisa extraña (la estoy viendo ahora, en sus ojos se ha fundido de pronto esa capa vidriada) y se ha dado la vuelta. He empezado a cerrar la puerta mientras ella caminaba hacia el ascensor y… ¿Por qué caminaba así?

Cierro los ojos y me concentro. Vuelvo a verla alejándose de mí en el descansillo. Su cabeza se bamboleaba más de lo normal, y con ella

su pelo. La corta melena oscilaba hacia un lado y hacia el otro, como soplada por un viento racheado. ¡Eso es! Abro los ojos. Ahora no tengo ninguna duda: cojeaba, Sara tiene una leve cojera. ¿Proviene de este defecto la fragilidad herida que he percibido en ella?

Agarro un nuevo carboncillo y me siento en la silla de oficina, en el rincón, ante el artefacto especular. Mi rostro, en los tres espejos, está ahora alumbrado por una luz no tan rabiosa, más dulce y clemente. Respiro hondo y poso la mano en el papel.

No sé si podré tomar algún apunte para el autorretrato (al menos unos cuantos trazos, la ingobernable curva del labio Mengs), pero si hoy el bloqueo persiste y no puedo hacer nada, no me estará mal empleado. Lo merezco y no me enfadaré.

Harto, desquiciado, abro las tres hojas del ventanal dando manotazos. La del extremo golpea con fuerza la pared y el aluminio se queda vibrando como un grave diapasón. Abro también la puerta de la terraza y salgo. A ver si el aire de junio entra al estudio y lo limpia de la agotadora y vana cháchara de Guillermo, que parece resonar todavía en todo el piso a pesar de que ya se ha ido, de que acabo de despedirme de él y de los dos operarios de la empresa de transportes especiales. Bueno, y que el aire se lleve también los restos de su sofocante colonia. Prefiero un millón de veces el aguarrás. Los pobres muchachos se habrán asfixiado dentro del ascensor teniendo que soportar ese olor y las ávidas miradas de mi galerista.

Al final de la calle, por encima de la cornisa del teatro, veo el cielo. Está atardeciendo. El azul se degrada hasta un rosa aguado que luego vira bruscamente hacia un malva de plomo, embebido de la negra contaminación que flota sobre la ciudad. Si no llueve pronto, y no hay previsión de ello, Madrid será irrespirable este verano y habrá que irse. Ni siquiera tengo ganas de fumar, la visita de Guillermo me ha dejado la cabeza pesada y turbia, el tabaco no haría más que empeorarlo. Desde que ha entrado por la puerta hasta que han llegado los operarios, no ha parado ni un segundo de hablarme de los dos cuadros. ¡A mí, que soy el autor! Nunca he entendido a la gente que habla tanto. ¿Qué mecanismo de placer se activará en sus cerebros para que encadenen compulsivamente un tema tras otro? En cualquier caso, está claro que mi galerista está muy contento, mi premio ha sido un gran éxito para su negocio, ahora mismo será la envidia de la profesión. Sin mover un dedo, sus honorarios se han multiplicado de la noche a la mañana, como las acciones de una empresa farmacéutica que hubiera descubierto la cura del cáncer.

Dando esos pasitos cortos y remilgados con los que se desplaza, Guillermo iba de un cuadro a otro señalando detalles y ensartando disparate tras disparate. No creo que sea tan apasionado ni delante de *Las meninas*. Al principio le he contestado con sarcasmos, tumbado en el tresillo con el antebrazo sobre los ojos, pero se ha mostrado inmune a ellos o directamente sordo, así que he terminado callándome y rezando para que los operarios que venían a llevarse los cuadros tardaran lo menos posible.

El premio quizá haya convertido a Guillermo en un mejor galerista, pero desde luego a mí no me ha convertido en un mejor pintor. Bien sé que esos dos cuadros son más de lo mismo, tanto la liebre como la lechuza. Podría fabricar decenas de ellos sin el menor esfuerzo. Son

dos inconfundibles Eduardo Muñoz, cualquier lector de suplemento dominical los reconocería, con su toque truculento (los dos animales muertos, descomponiéndose, y la liebre hasta medio destripada) y la misericordia de mi mirada sobre las criaturas. «Una lectura mórbida y canalla de los dibujos de Durero», dirán. «Un diálogo con el maestro.» O aún peor: «Un diálogo entre maestros». Aggg, basura. Aunque no me desagrada del todo cómo ha quedado una de las patas de la liebre, el blanco suave y luminoso del pelaje. Tal vez ese blanco valga algo. Tal vez no.

Estaba a punto de gritar a Guillermo o de lanzarle cualquier cosa a la cabeza, cuando ha sonado el timbre de la puerta. Los operarios, gracias a Dios. A partir de ese instante, a mi galerista han dejado de interesarle mis magistrales obras. Mientras los dos muchachos hacían su trabajo, meter los cuadros en las cajas a medida que han traído, Guillermo ha guardado un reverencial silencio, el muy sinvergüenza, y no les ha quitado ojo. Tiene predilección por los machacas, y estos eran canónicos: bíceps reventones, tatuajes en japonés y apretados pantalones cargo. Ahora que lo pienso, creo que ni siquiera se ha despedido de mí.

Me va a estallar la cabeza; necesito un whisky. En el estudio ya casi no huele a la colonia de Guillermo, pero dejaré abiertas las ventanas un poco más.

Cuando vierto el whisky sobre los hielos, y luego añado un dedo más, y luego otro, hasta llenar medio vaso, me doy cuenta de que Guillermo ha sido una excusa. En realidad necesito beber para afrontar el final de la tarde, para sobrellevar esta inquietud que mi galerista solamente ha avivado. Ah, ¿por qué me disgustan tanto esos dos cuadros? Desde el inicio de mi carrera siempre me he sentido un impostor, en mayor o menor medida, pero hoy la sensación es un poco más áspera. ¿Es por el dichoso premio? ¿Creo no estar a la altura? Pero ellos me lo han concedido, ellos sabrán. Si antes me hubieran preguntado a mí, les habría dicho que no, que no estoy a la altura, que sería mejor dárselo a otro, a cualquiera.

Recorro el pasillo con la mirada puesta en el vaso, fijándome en cómo el licor se oscurece y se aclara con la luz que entra por cada puerta. Los hielos tintinean muy flojo, asordinados, licuándose despacio. Al entrar de nuevo en el estudio, mis pies se tuercen hacia la izquierda y el resto del cuerpo los sigue a duras penas. Mi brazo se agita y caen al suelo unas gotas de whisky. Cruzo delante del ventanal, por donde se escurre la luminosidad rosa de la tarde, y me dirijo hacia el rincón, hacia el enorme e irregular bulto tapado por la sábana. Me paro delante y bebo un trago largo. Un súbito calor desciende por mi garganta, se agazapa en mi estómago como un

ronroneante gato y me da fuerzas. Agarro la sábana y tiro.

Seis pares de ojos me están mirando, tres caras situadas en tres lugares distintos. Al pie del artefacto especular está el lienzo rectangular y apaisado, de cincuenta por ciento veinte, en el que hace dos meses estuve esbozando infructuosamente mi autorretrato. De un lado a otro del cuadro, mi cara se va repitiendo a intervalos regulares, como si rotara sobre un eje o hubiera quedado congelada en las distintas fases de un giro. Teniendo delante los tres espejos, la idea resulta tan obvia que la vergüenza arde en mi estómago y tengo que ahogarla con una buena cantidad de whisky. El observador que contemplara el cuadro no sabría de dónde procede la idea, es cierto, y a él podría funcionarle. Pero a mí no.

Abandoné el autorretrato después de dos semanas de un bloqueo casi absoluto, con escasos momentos de obligado trabajo en los que tomé apuntes al carboncillo y terminé pasándome al lienzo sin ninguna convicción. Si tapé con la sábana el artefacto especular y el lienzo y los dejé en su sitio no fue por optimismo, por si decidía reintentarlo, sino para evitar el acto de insoslayable fracaso de desmontarlo todo y destruirlo. Fue pura cobardía, miedo a la íntima y dolorosa aceptación, la cabeza del avestruz en el agujero.

Al día siguiente de abandonar el autorretrato, fui al taxidermista que colabora conmigo y le encargué una liebre y una lechuza (esta última me costó cara, su caza está muy perseguida; preveo el escándalo de los ecologistas, pero lo negaré todo, yo trabajo con la imaginación, les diré, con cara de estarles tomando el pelo). Quise añadir dos piezas más a la serie homenaje a Durero, aunque, después de un año de trabajo y de diez piezas, está más que agotada.

Delante de mi fallido autorretrato y de los tres espejos, de los tres Eduardos que me miran con gesto admonitorio, reconozco que pintar los cuadros de la lechuza y la liebre ha sido un error, además de un ejercicio indigno y fraudulento, aunque nadie nunca lo vaya a descubrir. De ahí proviene mi desazón de hoy, este regusto acre en la boca. Tendría que estar trabajando en el autorretrato desde hace dos meses, y no es así. Vuelvo a cubrir todo con la sábana y bebo.

En la casa de Asturias, más de la mitad de las habitaciones estaban clausuradas: los postigos cerrados, las gruesas cortinas corridas, los relojes detenidos. Aunque mi madre nos lo tenía prohibido bajo la amenaza de su zapatilla, bastante risible e ineficaz por otro lado, en las interminables tardes después del colegio mi hermana Carmen y yo jugábamos a entrar en esas habitaciones. Eran tantas que nunca sabíamos bien cuál era cuál, qué había dentro de cada una, o confundíamos las de un ala con las de la otra. Pero eso era lo divertido.

Recuerdo la excitación de abrir muy lentamente una de aquellas puertas altas. El corazón nos latía en la garganta como si tuviéramos un pequeño animal atorado. La luz rodaba por el suelo, subía el breve escalón de las alfombras, se ceñía a las patas de las sillas y de las mesas y acababa llenando de una tenue claridad gris, en blanco y negro, el interior de aquellas amplias estancias que nadie usaba. Desde la puerta ya abierta del todo, antes de entrar, mi hermana y yo aguzábamos los ojos. En la unánime mancha gris iban aflorando, como fardos que suben a la superficie justo después de un naufragio, los aparatosos muebles cubiertos por viejas sábanas con letras bordadas, las iniciales de matrimonios que llevaban muchos años muertos, algún siglo, nuestros antepasados.

Hace dos meses que el artefacto especular está en este rincón, bajo la sábana, escamoteado tramposamente a mi conciencia, pero ha sido hoy, ahora, cuando lo he asociado a los muebles que mi madre mandaba tapar en la casa de Asturias y que poblaban la oscuridad de las habitaciones como polvorientos mamuts disecados. ¿Ha sido una coincidencia? ¿Ha sido una revelación fruto del alcohol, que llevaba semanas sin probar? Creo que no. Creo que después de que se hayan llevado los dos cuadros y de que mi relación con ellos haya finalizado, mi mente ha regresado al trabajo anterior, al trabajo que dejé pendiente.

El autorretrato no puede ser una instantánea de mí en la actualidad, ha de ser una instantánea de mí a lo largo del tiempo, para la cual necesito remontarme hasta Asturias. Debo remontarme hasta ese pasado y también asumirlo, igual que tuve que asumir —o estoy en ello— el labio heredado de mi familia. Mi mente ha regresado al autorretrato y eso significa regresar a Asturias. Y Asturias es esta sábana cubriendo el artefacto especular, como las sábanas de aquellas habitaciones clausuradas.

Me siento en el tresillo, poso el vaso en mi pierna, cierro los ojos. La última luz de la tarde, casi púrpura ya, persiste unos segundos atrapada bajo la carne de mis párpados.

Carmen siempre entraba la primera en las habitaciones, avanzaba unos metros en la claridad menguante, pero enseguida se paraba y se volvía hacia mí. Sus pupilas brillaban como las de un ciervo antes de ser atropellado. Su valentía se agotaba deprisa, necesitaba que yo la refrendara. Más que valentía era el deseo de ser valiente y que yo lo viera. Las iniciativas de mi pobre hermana siempre estuvieron gobernadas por este mecanismo, un órdago impetuoso y ciego que luego no era capaz de respaldar. Si le hubiera gastado la broma de empujar la puerta y dejarla encerrada ahí dentro, se habría muerto de miedo. Pero nunca le habría hecho una cosa así a mi hermana pequeña. Entraba tras ella, la cogía de la mano y comenzábamos la

expedición por aquel territorio desconocido. Muchas veces me he preguntado si ese juego no era la esencia de nuestra relación, su perfecta metáfora: yo llevándola de la mano hacia la oscuridad. Por ejemplo años después, cuando vino a Madrid a estudiar y vivió conmigo en este piso.

Sin embargo, la habitación que despertaba en nosotros un interés más acuciante no era ninguna de las clausuradas, sino otra que solía estar abierta: el gabinete de mi padre. Él pasaba allí todo el día, fumando en sus pipas, escudriñando con una lupa los grabados de viejísimos atlas, hablando por teléfono con el abogado o el contable o el administrador de los pisos, escuchando sus crepitantes discos de 78 revoluciones, o simplemente contemplando el prado por la ventana, durante horas, con las manos enlazadas a la espalda y una nube de humo azul sobre su cabeza. Cuando nos aburríamos o teníamos ganas de verlo, rondábamos por delante de la puerta haciendo ruido, dando saltos sobre la escandalosa tarima, y si había suerte nos llamaba y entrábamos.

Mi padre y el humo de su tabaco holandés aportaron un notable porcentaje de *sfumato* a la pátina que oscurecía el Mengs. La tabla estaba colgada en la pared que quedaba detrás de su ancho escritorio. Durante décadas, el avanzado labio de Alonso proyectó su sombra sobre la labor cotidiana de mi padre, sobre la relajada actividad con la que esquivaba el tedio y creaba la ilusión, supongo que ante sí mismo, de un verdadero trabajo. Cada cierto tiempo, cuando su tedio alcanzaba determinada cota, mi padre se iba a Oviedo. El pretexto era hablar con el administrador sobre unas cuestiones que no podían tratarse por teléfono; el motivo real, pasar una noche o dos con su oronda amante, como supe años después.

Era durante esas ausencias cuando Carmen y yo entrábamos subrepticiamente en su gabinete. Pero aquello ya no era un juego, y el castigo de nuestra madre si nos descubría era temible: azotes con la mano y no con su liviana zapatilla, irse a dormir antes de la cena y no comer nada hasta el desayuno, días enteros recluidos en la biblioteca sin poder salir al jardín. Nada la enfadaba más que nuestras incursiones en la habitación prohibida. Más tarde sospeché que con esos castigos descargaba en nosotros la rabia por las escapadas de mi padre a Oviedo.

El sentimiento que dominó a mi madre durante toda su vida fue el miedo. Siendo ella adolescente, a su hermano lo mataron los republicanos en la Guerra Civil. Fue una de las últimas muertes antes de que los sublevados culminaran la ofensiva de Asturias y los republicanos escaparan por el mar, una muerte perpetrada por el ejército perdedor en plena desbandada, una tragedia doblemente inútil. Aquello marcó a mi joven madre y le inoculó un miedo sin

fondo que condicionó el resto de su vida.

Vivió atemorizada por los hombres, por eso se casó tarde, y por los maquis de las montañas, por eso apenas salía de casa, y después por la llegada de la democracia, que le arrebataría sus propiedades como habrían hecho los rojos si hubieran ganado la guerra. Una de sus últimas obsesiones fue la desenfrenada y pecaminosa vida en las ciudades, en especial Madrid. Y precisamente allí terminamos yendo sus dos hijos, primero yo y después mi hermana Carmen. Este fue el único de los miedos de mi madre que a la postre estuvo justificado, y vaya si lo estuvo.

No tengo un recuerdo fiable de la despedida de mis padres cuando me vine a Madrid para estudiar Arquitectura. En mi memoria permanece confuso, invadido por el relato que tres años después me hizo mi hermana de la despedida que le dieron a ella, también en la estación de tren, también una lluviosa noche de septiembre. Aunque tal vez solo llovió en una de las dos despedidas, la mía o la suya, imposible saberlo ya, y las escenas están contaminadas la una de la otra.

Veo a mi padre con su largo abrigo de paño verde, un tanto exagerado para septiembre; mi padre plantado en el andén con una expresión de orgullo, sepultada bajo la mueca seria con la que apoya el dramático desgarro de mi madre. Ha sido él quien durante meses la ha estado convenciendo de que Madrid no es tan peligroso como ella cree, y de que será muy útil tener un arquitecto en la familia, qué mejor aplicación se le puede dar a mi talento con los dibujos. Mi madre no para ni un instante de llorar, aunque puede que en mi despedida no llorase y sea la lluvia lo que recuerdo, y que en la despedida de mi hermana sí llorase y las lágrimas se me confundan con la lluvia. Pero qué más da, ninguno de los tres puede ya desmentirme.

La historia es conocida, la he contado más de una vez. La gente ve en ella mis inicios como *enfant terrible* y supongo que forma parte de mi leyenda. Sin embargo, ni yo mismo sé cuándo tomé la decisión de no matricularme en Arquitectura, como había acordado con mis padres, y en cambio presentarme a las pruebas para entrar en Bellas Artes. Si a mis padres les hubiera dicho que me iba a Madrid para estudiar Bellas Artes, para ser pintor, no me habrían dado su permiso, ni siquiera mi padre, que era el más tolerante. Mi madre, directamente, me habría llevado del cuello a hablar con su amigo el obispo.

Sí recuerdo nítidamente un instante crucial de la mañana en que tenía que ir a la Escuela de Arquitectura para matricularme. El piso

que mi familia tenía en Madrid (y que mi madre nunca visitó), este en el que vivo desde entonces, tiene dos puertas de entrada, la principal y la del servicio. Recién llegado aquel septiembre, me dio por usar durante varias semanas únicamente la puerta del servicio. Fue una especie de absurda reivindicación política, un simbólico e inane gesto de rebeldía. Esa mañana abrí la puerta para salir, incluso puse los pies en el descansillo, pero luego se me ocurrió que podía llevarme la carpeta con mis cosas para dibujar, por si tenía que llenar el tiempo mientras hacía los trámites de la matrícula. Así que volví a entrar a la casa, crucé las dependencias del servicio —la cocina, la despensa, el diminuto dormitorio junto a la caldera— y cogí mi carpeta de dibujo, que además no era nada ligera.

Parece obvio que en ese instante, al regresar deliberadamente a por la pesada carpeta y cargar con ella durante toda la mañana, ya había decidido que en lugar de matricularme en Arquitectura iba a hacer la prueba de acceso a Bellas Artes, para la que necesitaría los útiles de dibujo que iban dentro de la carpeta. Y sin embargo no fue así, juro que no, juro que aún no lo había pensado, no conscientemente, y que bajé a la calle y cogí el metro y llegué al campus de la Complutense con la determinación de matricularme en Arquitectura. Pero a partir de ahí, en algún vertiginoso y clarividente momento, la idea de hacer Bellas Artes emergió a la superficie de mi conciencia, donde probablemente había habitado como un sigiloso parásito durante todo aquel verano, y de pronto le dio sentido a la carpeta que llevaba debajo del brazo y torció mis pasos hacia la Facultad de Bellas Artes, tan cercana a la Escuela de Arquitectura, a poco más de cinco minutos.

Los detalles más legendarios de aquella prueba de dibujo (cómo me colé sin estar inscrito, el *shock* de uno de los profesores ante mi trabajo, la célebre anécdota del desmayo y de la llegada de la ambulancia) la verdad es que no los recuerdo bien, y me los invento cada vez que los periodistas me preguntan y a mí me apetece burlarme de ellos.

También es conocido el engaño en el que durante meses mantuve a mis padres, a quienes confirmé por teléfono aquel mismo día, con los dedos todavía manchados tras la prueba en Bellas Artes, que en efecto me había matriculado en Arquitectura, que no había habido ningún problema, que tenía muchas ganas de que llegara la primera clase. Sostuve esta mentira con una firmeza que ratificaba día tras día mi mala acción, pero que también evidenciaba la rabiosa fortaleza de mi vocación artística.

He repetido infinidad de veces que no me arrepiento de nada, casi es un lema de mi vida (a los periodistas les encantan los rebeldes irredentos), pero si pienso en esos tres meses de impostura ante mis

padres quizá sí cambiaría cierto manierismo en las mentiras que les contaba, un innecesario regodeo en los pormenores. A mi padre llegué a describirle por teléfono la forma en que determinado profesor, que por supuesto no existía, cogía la tiza para hacer en la pizarra los dibujos de plantas y alzados y luego se tocaba la nariz y se manchaba. En una extensa carta, le narré a mi madre la visita que habíamos hecho algunos compañeros de clase a varios edificios emblemáticos de la ciudad, añadiendo las descripciones físicas de esos compañeros, que podían haber sido mis amigos reales de Bellas Artes pero que en cambio me entretuve en crear de la nada. ¿Por qué este ensañamiento en la mentira? Creo que había en él algo de venganza contra mis padres, una venganza injusta y además ingrata, pues vivía en Madrid gracias a ellos, con su dinero, en su piso. Y había también una parte de rebeldía contra mi origen, muy frecuente entre los desagradecidos vástagos de las grandes familias. Ilusa, puerilmente, creía compensarlo saliendo y entrando del piso por la puerta del servicio y endosando a mis padres todos aquellos datos falsos y rebuscados. Esta misma reacción es la que me llevaría a aproximarme, en esos primeros meses, a ciertos grupúsculos comunistas radicales. Qué ingenuidad, qué estupidez.

Se acercaban las navidades, volvería a Asturias para celebrarlas con mi familia, pero no tenía la menor intención de contarles la verdad. Por un lado, cuanto más se prolongara mi mentira más difícil me resultaría confesársela a mis padres, y por otro, la inercia de la impostura era cada vez mayor y me encontraba cómodo impulsado por ella. Vivía con la embriagadora euforia del mentiroso, me creía muy intrépido y astuto, puro narcisismo. Si había aguantado tres meses, ¿por qué no aguantar hasta junio y entonces contarles la verdad pero teniendo el aval de un curso aprobado con brillantes calificaciones y comentarios elogiosos de mis profesores? Los hechos consumados harían menos vulnerable mi posición.

Sin embargo, cuento esto como si detrás de mi decisión de mantener la mentira hubiera un sosegado cálculo, una fría apreciación de pros y contras. Puede que la hubiera durante muchas semanas, pero a principios de diciembre había probado el caballo y aquel inigualable deslumbramiento desbarató cualquier plan más o menos racional de cara a las navidades. En realidad, de cara al resto de mi vida.

Influyera la heroína o no, el caso es que aquellas navidades, al final, sí les conté a mis padres la mentira. No me debatí angustiosamente durante días, simplemente lo solté la noche del veinticuatro por un inesperado acceso de conmiseración.

En mi casa, las navidades se celebraban con un profundo

sentimiento religioso. Mi madre seguía puntualmente todos los ritos y mi padre la acompañaba con más devoción de la habitual, supongo que porque esas fechas le traían el recuerdo de sus padres, muertos hacía muchos años, y su irónico descreimiento remitía durante un tiempo. Se comprenderá, por lo tanto, cuánto nos sorprendió a mi hermana y a mí que tras la cena de Nochebuena hubiera regalos para ambos. Nadie mencionó a Papá Noel, eso ya habría sido un sacrilegio, a mi madre le habría salido humo por las orejas, pero estaba claro que aquellos regalos se acogían implícitamente a la tradición de Santa Claus, personaje que habíamos escuchado denostar desde siempre, en favor, naturalmente, de los Reyes Magos.

Aunque para mi hermana también hubo un regalo, una cámara de fotos, el motivo por el que mi madre transigió en sus férreas creencias fue mi regalo: un juego de tres estilógrafos Rotring Isograph, de 0,2, 0,4 y 0,6 milímetros, lo recuerdo con nitidez. Estos útiles de dibujo técnico eran bastante caros, pero sobre todo eran muy difíciles de encontrar en España a finales de los setenta. Mi padre había conseguido traerlos de Alemania por mediación de un amigo suyo diplomático. ¿Y quién merecía estas complicadas gestiones de mi padre y la generosa concesión de mi madre respecto a sus creencias? Yo, el futuro arquitecto de la familia. Recibí aquellos sofisticados artilugios como regalo de Papá Noel, y no de los tardíos Reyes Magos, para poder practicar con ellos durante todas las navidades y volver en enero a la Escuela de Arquitectura dominándolos a la perfección.

En el mes de febrero iba a conocer a Charli, y no mucho después a Mariajo, y la heroína me abriría en canal y empaparía hasta la última célula de mi cuerpo, transformándome en una persona diferente, alguien solo atento a sus propias necesidades de adicto. Pero aquellas navidades, y aunque ya me había chutado un par de veces, todavía era capaz de tener sentimientos que no giraran exclusivamente alrededor de mí. Cuando abrí el regalo y mi padre me explicó lo que había hecho para conseguirlo y comprendí que mi madre, que pese a todo me sonreía con emocionado cariño, había permitido que en aquella casa entrara por primera vez el impío y extranjerizante Santa Claus, una ola de conmiseración hacia ellos anegó mi embustera alma y no pude sostener ni un segundo más la mentira.

Mi madre, tan propensa a los gritos, se quedó sin habla hasta Nochevieja. Mi padre se encerró en su gabinete durante el mismo tiempo. Solo mi hermana, aunque estuvo varios días conmocionada por la reacción de mis padres, me transmitió su alegría y su cándida confianza en que me convertiría en un gran pintor.

Antes de la última cena del año, mis padres salieron al fin de sus respectivos encierros: el silencio, en el caso de mi madre, y su gabinete, en el de mi padre. Delante de la mesa repleta de manjares

preparados por el servicio, ambos dieron su bendición —mi madre, con lágrimas en los ojos— al plan que había llevado a cabo en Madrid a sus espaldas. ¿Qué otra cosa iban a hacer? El descarriado es una figura fundamental en la aristocracia, que de algún modo la define, y por lo tanto se acepta con más naturalidad que en una familia humilde, donde el descarrío puede tener consecuencias nefastas. En las grandes familias nunca pasa nada, aunque pase. ¿Acaso no habíamos tenido un antepasado que vivió los últimos treinta años de su vida en un prostíbulo de Centroamérica?

Mi estrategia de hechos consumados había funcionado, después de todo. Como un gesto conciliador que ahora me avergüenza, en el brindis de la cena proclamé pomposa y solemnemente que iba a utilizar los Rotring en mis trabajos de Bellas Artes. Nunca lo hice, ni siquiera llegué a cargarlos de tinta. Creo que se los llevó un yonqui de mi casa a cambio de algo. O sencillamente se los regalé, no sé.

Acerca de las drogas no existe una afirmación más simplista, tramposa y por tanto falsa que decir que son malas. Si lo fueran, ¿por qué iba nadie a engancharse a ellas? A lo largo de la historia de la humanidad hemos sido legión, de todas las razas, de todos los sexos, estúpidos e inteligentes. ¿Malas? ¡Ja! Placer en su forma más pura.

No soy original si digo que el primer chute de heroína es inigualable, de lejos el mejor de todos, y que el yonqui se pasará el resto de su vida tratando de repetirlo. Irá hasta el mismo infierno en busca de esa sensación, obsesiva, inútilmente.

Mi primer chute tuvo lugar en una reunión de un grupo maoísta que frecuenté en aquel primer trimestre antes de las navidades. Tras la acostumbrada discusión sobre qué medios emplear para alcanzar nuestros fines, que iban desde los panfletos ciclostilados a la lucha armada (pero después nadie se encargaba siquiera de imprimir los panfletos), un par de camaradas se hicieron una discreta seña, en la que creo que solamente yo me fijé, y se fueron a una de las habitaciones del piso en el que estábamos. Al cabo de unos minutos, los seguí. Pensé que iban a tratar algún tema más delicado, cómo conseguir una pistola o explosivos o la dirección de la casa de un comisario franquista.

Habían entornado la puerta de aquella desnuda habitación, pero quedaba una rendija. No eran más que tres o cuatro centímetros, pero al acercar la cabeza se amplió mi ángulo de visión y en él entraron los dos chavales. Uno estaba sentado en una silla sin respaldo y el otro estaba acuclillado a sus pies. Ambos tenían el torso desnudo, se habían quitado los jerséis y las camisetas, a pesar de que estábamos en diciembre y en aquel piso hacía mucho frío. Lo primero que me vino a la mente fue una interpretación sexual de la escena. Justo después, el

acuclillado se movió y vi la jeringuilla en el brazo del otro. Esto eliminó de golpe mi miedo a ser descubierto por ellos. Empujé la puerta y llanamente pregunté: «¿Qué es eso?». El que estaba sentado, que me vio antes, abrió la boca para contestar, pero los labios se le derritieron en una blanda mueca de éxtasis. Entonces el otro se volvió y solo me dijo: «¿Quieres probarlo?».

Placer en su forma más pura, he dicho antes, y eso fue: una cegadora y diáfana luz entrando caliente por el brazo y enseguida convirtiéndose en placer en el centro del estómago, donde estalló como una minúscula galaxia y se irradió hacia el resto del cuerpo, hasta la punta de los dedos de las manos y de los pies y hasta la piel que recubre el cráneo y hasta los genitales, anulando cualquier impulso sexual, disolviéndolo, junto con el tiempo y el ego y toda posibilidad de deseo que quedara al margen de aquel inconmensurable placer. Lo más parecido, supongo, a una iluminación mística. Ver a Dios. O más bien al Diablo.

Una semana después, me chuté de nuevo con uno de aquellos chavales y le compré una dosis para llevármela a Asturias, para las navidades, aunque no estaba seguro de si me la pondría. Pero lo hice el uno de enero.

Aliviado tras la cena de Nochevieja, contento con cómo se habían tomado mis padres el engaño de la universidad, decidí chutarme por la tarde, después de comer. A la hora de la cena, cuando me encontrara con mi familia, los efectos de la heroína estarían bastante neutralizados y no se me notarían. Elegí una de las habitaciones clausuradas y me escondí detrás de un mueble alto, uno que contenía antiguos cacharros de porcelana. Nadie daría conmigo allí ni aunque me buscaran, y por eso, y también por la arrebatadora ansia de colocarme, no cerré la puerta. Aun así, estaba detrás de un recodo de la habitación y oculto por el voluminoso mueble de las porcelanas. Pero cometí un error: no me fijé en un espejo que había en la pared, donde podía ver desde mi posición la puerta y, en consecuencia, desde la puerta podían verme a mí.

En él, en ese espejo, cuando por mis venas ya se difundía el místico y avasallador placer del caballo, de pronto vi a mi hermana Carmen con su cámara de fotos nueva. Es cierto que ella no me estaba mirando, tenía los ojos puestos en la máquina, tocaba algo en el objetivo, y es cierto también que a los pocos segundos se dio la vuelta y se marchó por el corredor. Pero nunca podré saber cuánto tiempo llevaba allí, qué pudo ver, y si lo que estaba haciendo con la cámara no era, en realidad, disimular que me había visto.

Jamás he querido calcular cuánto influyó en mi pobre hermana esa imagen de mí en el espejo, si es que la llegó a ver y si es que, de haberla visto, la entendió. Mis remordimientos no se limitarían

entonces a Madrid, al periodo en que vivió conmigo en este piso, sino que se expandirían tres años hacia atrás, hasta ese episodio del espejo. Pero no lo pienso, no me permito pensarlo ya. Para qué.

Es de noche, el estudio se ha quedado a oscuras. El bulto tapado por la sábana no se ve, se ha sumido en el negro absoluto de la pared. Puedo creer que no está ahí, que no existe, aunque para ello no me vendrá mal un poco más de whisky. Ahora, dentro un rato, iré a por la botella. Pero todavía no.

ALMERÍA

VERANO

Me he levantado hace un instante del liviano sillón de tela, pero he olvidado para qué, qué iba a hacer o a buscar, así que vuelvo sobre mis pasos y me siento de nuevo. La ventana del salón, estrecha y alargada como la de un observatorio de aves, enmarca dos franjas delgadas del mismo tamaño: el cielo arriba, pálido y sin nubes, calcinado por la intensa reverberación del sol, y el mar abajo, también muy claro, apenas azul, por cuya superficie se desplazan lentas olas de ceniza. Desde aquí sí podría pensarse que el agua tiene un sabor amargo. El nombre del pueblo, entonces, tendría más sentido.

Inexplicablemente inquieto, no puedo evitar levantarme otra vez del sillón, sin saber por qué, para qué. Y, tras acercarme a la pared en la que está colgado uno de mis cuadros, me descubro esperándola. Eso es. Sin confesármelo, llevo un buen rato esperándola. Una vez asumido esto, mi inquietud disminuye de inmediato.

En el encuadre de la ventana se ha colado ahora una de las dos lomas que comprimen la bahía de Agua Amarga. En la otra loma, en el lado opuesto, está asentada esta casa, estoy yo. El paisaje tiene un aspecto severamente desértico, como de historia inmisericorde y terrible del Antiguo Testamento, con matorrales bajos hincados en la tierra caliza y volúmenes gigantescos y abruptos de roca blanca. Las dos lomas están unidas en su base por la tensa cinta de la playa, cuya arena, a esta hora del mediodía, tiene un color pardo lavado (algunos atardeceres he visto cómo alcanzaba la calidez de la terracota). Justo detrás de la playa comienzan las casas, de muros inmaculadamente blancos y cubiertas planas de ladrillo naranja. Erguidas entremedias, hay palmeras solitarias y bulbosas copas de pinos.

¿A qué hora se ha marchado esta mañana? No he prestado mucha atención. Ha ido a Níjar con la furgoneta para comprar algo, no comida, pues la comida la compra en el pueblo, otra cosa, algo que no puede encontrar aquí, supongo que me lo habrá dicho. Como siempre, me ha preguntado si quería acompañarla y le he dicho que no, un rápido gruñido. Me he alegrado de que se fuera y ahora, viejo ridículo y huraño, estoy esperando intranquilo su regreso. Desde la sala de arriba, desde la ventana que da a la montaña, podré vigilar la carretera por la que ella ha de volver. Subo.

Aunque la casa tiene dos plantas, sería más adecuado decir que tiene una única planta a la que se ha añadido encima una sala con forma cúbica, una especie de mirador con ventanas en los cuatro lados. La tarde en que llegamos —pronto va a hacer dos semanas—

elegí esta sala nada más bajarme de la furgoneta, antes siquiera de entrar en la casa y verla por dentro. La señalé y dije: «Ahí voy a trabajar yo».

El único mobiliario estaba compuesto por una cama enorme con mosquitera, una hamaca de cuerda colgada de lado a lado y una mesa sin sillas. En un rincón hay un frigorífico pequeño. Como en la planta baja hay otros dos dormitorios, más confortables y con postigos en las ventanas, y como conozco las debilidades de Guillermo, sospecho que usará esta sala para sus juergas. Lo primero que hicimos fue pegar el colchón y el somier a una de las paredes, en vertical, para dejar diáfano casi todo el espacio, y subimos el artefacto especular y el lienzo del autorretrato inacabado (bueno, casi *inempezado*). Sin embargo, la primera mañana que vine a trabajar me di cuenta de que las cuatro ventanas, cada una orientada en una dirección y sin postigos, introducen en la sala una cantidad enloquecedora de luz.

Sin perder tiempo, bajamos al pueblo y compramos en el mercadillo *hippy* cuatro grandes telas, dos color azafrán y dos añil, y un rollo de velcro adhesivo en la ferretería. Con todo ello tapamos las cuatro ventanas, de manera que la abertura de las improvisadas cortinas se puede graduar pegando o despegando el velcro. Tras esta operación, la luz que llega al interior de la sala, dependiendo de la hora del día y de la posición de las cortinas, puede modularse en una infinidad de tonalidades, más frías o más cálidas en función de las telas que estén tamizando la claridad de fuera. De todas formas, creo que esta fijación con las ventanas fue solamente una excusa, una maniobra de distracción ante mí mismo. Porque en estas dos semanas no he tocado el autorretrato, no he añadido ni una simple pincelada. A cambio, trabajo casi todos los días en el desnudo que le estoy haciendo a ella.

La mesa de madera cepillada, muy bonita y sin duda muy cara, está en el centro de la sala. Sobre ella la hago colocarse: a veces tumbada boca arriba con una pierna doblada, otras veces sentada en una esquina, y desde hace dos o tres días con el pubis apoyado en el canto de la mesa, los pies de puntillas y las manos en el tablero. Con estas posturas, que luego reproduzco en cuatro lienzos cuadrados sobre los que trabajo al mismo tiempo, intento capturar en toda su turbadora dimensión la cicatriz, ese cordón de carne torturada que recorre un palmo de su cadera. Si no es por su cicatriz, no estaríamos aquí.

Me acerco a la ventana que da a la montaña y despego el velcro de la cortina. Así puedo controlar la estrecha carretera que sube del pueblo y expulsar fuera el humo del cigarrillo que acabo de encender. Cuando ella está posando para mí, y aunque sé que le molesta, fumo dentro de la sala y ni siquiera abro una ventana como ahora. Ella

creerá que es por mi maniática obsesión con la luz, y esa será mi respuesta si un día me pregunta o se queja, pero creo que la razón es otra, creo que de alguna manera, injustamente, la estoy castigando, y por eso también la mantengo durante horas en esas posturas tan incómodas, posiblemente dolorosas para su cadera. ¿Por qué lo hago? ¿Qué le estoy haciendo pagar? Aún no lo sé, pero de esta turbia actitud yo también soy víctima: esta mañana he creído alegrarme por su marcha a Níjar y resulta que ahora estoy aguardando con ansiedad que vuelva.

¡Tarjetas de memoria! Eso es lo que ha ido a comprar. Ha llenado con sus grabaciones todas las que trajo y necesita más. O bien calculó mal, o bien está recopilando mucho más material del que pensaba. Su estancia aquí, conmigo, está siendo fructífera. Debería alegrarme, ¿no? Su pequeña cámara de fotos, con la que graba vídeo, está también en esta sala, montada en un trípode. Cuando no estoy pintando, pintándola a ella, me pone delante de su cámara y me hace preguntas y me graba. ¿Es de eso de lo que me estoy vengando? Espero que no, espero no ser tan mezquino.

El sol del mediodía, feroz e ineludible como la radiación nuclear, incide en mi vieja Mercedes TN en movimiento y hace brillar su techo rojo a lo lejos, entre las últimas casas del pueblo. La furgoneta deja atrás las angostas calles y toma la carretera. Su motor brama al afrontar la cuesta arriba.

Me digo que es razonable experimentar un cierto alivio —no es alegría, ni mucho menos— cuando una espera llega a su fin. La furgoneta se detiene delante de la casa, el motor se apaga. A través del parabrisas veo cómo ella coge una bolsa de tela del asiento contiguo y después se baja.

Aunque no parece que la bolsa pese demasiado, ese mínimo desequilibrio basta para acentuar la amplitud de su cojera mientras camina hacia la puerta de entrada. No se le ocurre levantar la mirada hasta aquí, no me ve.

Me crucé con ella hace tres semanas, en la calle Juan Bravo. Fui hasta aquella zona de Madrid para comprar la marca de whisky japonés que llevaba un tiempo bebiendo, una cara extravagancia que ennoblecía mi vulgar alcoholismo pero que también me servía para controlarlo, pues no conocía en toda la ciudad más sitios donde lo vendieran y me hice la promesa de no tomar ningún otro, aunque cualquiera me hubiera valido, hasta el más barato y mortífero. Me crucé con ella en la acera, pero solo yo la reconocí, ella a mí no, algo que ya en aquel momento debería haberme extrañado, pues es ella la que habrá visto mi imagen desde hace años, como tanta gente. En cambio, yo recordaba bastante mal los pocos minutos en que la había

tenido delante. La reconocí, sí, pero no la abordé, dejé que siguiera su camino, encantado de no tener que hablar con ella.

Al llegar a casa y servirme la primera copa (solo en ese estado me resulta tolerable no poder trabajar en el autorretrato), me empeñé en recordar su nombre. Fui incapaz, lo cual me contrarió, y con la segunda copa llamé a mi galerista. Nunca lo hago, más bien rechazo sus llamadas o dejo que suenen hasta que él tiene que presentarse en mi casa para comprobar que no me he muerto.

Guillermo se sorprendió, lanzó un gritito de placer en el teléfono. Me preguntó, entusiasmado, si es que ya había terminado el autorretrato, y le dije que lo acababa de quemar en la terraza. Se rio, sin saber si bromeaba, pero no insistió. Seguro que temió que su insistencia me enfadara y que entonces sí le prendiera fuego de verdad. Fui al grano, le pedí que me recordara el nombre de ella. La memoria de Guillermo es magnífica, parte del secreto de su éxito, y me lo dijo al instante: Sara. «¡Claro, Sara!», exclamé, y decidí colgar de inmediato, pero el whisky había ralentizado mis movimientos y antes de hacerlo oí que Guillermo decía: «¿Quieres que la cite otra vez? ¿Le digo que estás interesado?». Y a pesar de que solo quería saber su nombre, o eso creía, me oí responder que sí. Mi galerista no necesitó más. Murmuró rápido que lo arreglaría y fue él quien me colgó para que no pudiera echarme atrás.

Sara vino a mi casa dos días después, por la tarde. Como era previsible, el encuentro fue un desastre desde el principio. Llamó al timbre y esta vez sí la hice entrar, no la dejé en el descansillo. En su cara había una trabajosa sonrisa, que llevaría varios minutos elaborando (la imaginé ensayándola en el espejo del ascensor, justo antes). Aparte de saludarla e invitarla a entrar, no le di dos besos ni tampoco la mano. Actúo siempre así, ya no recuerdo por qué. Me veo obligado a encarnar un papel desabrido y cortante que hace muchos años que tengo asignado y que por supuesto yo mismo contribuí a crear. De este modo, el recelo inicial de los desconocidos ante Eduardo Muñoz queda corroborado y se establece una corriente mutua de frialdad y desconfianza. Nadie creería que esto es una retorcida, enquistada forma de timidez, pero lo es. Sara, pese a su inteligencia, no fue una excepción y acusó mi dureza, aunque su anterior visita tampoco era el precedente más alentador. La ardua sonrisa se le congeló y, después de hacerle yo un gesto con el brazo, torció hacia el pasillo con una expresión aturdida.

No había dado delante de mí ni siquiera dos pasos cuando recordé de golpe su cojera, que había olvidado por completo, y en una veloz deducción retrospectiva tuve la certeza de que la mujer con la que me había cruzado en Juan Bravo no cojeaba y por lo tanto no era ella y por eso no me había reconocido. La incógnita que se derivaba de todo

esto era muy desconcertante: ¿por qué había pensado que se trataba de ella?

Al llegar al estudio, cuando Sara se volvió para preguntarme con la mirada dónde nos íbamos a situar, no pude evitar decirle: «¿Es posible que te viera hace un par de días en la calle Juan Bravo?». Y ella me contestó: «No. Vine ayer de Sevilla, de un congreso. Por eso le dije a tu galerista que no podía quedar antes». Sus palabras restituyeron el equilibrio que debería haber existido entre nosotros desde el principio, antes de mi gélido recibimiento. Yo perdí terreno y ella lo ganó. Ella estaba más confiada y yo menos arisco y desagradable. Y a ella le vino bien para explicarme su proyecto.

Le indiqué el destartalado tresillo y yo me senté en una silla frente a ella, en una posición elevada, dominante. Al doblar la cintura, me pareció que la torcía en un ángulo no del todo natural, como si algo se le enganchara por dentro, y que reprimía una mueca de molestia con un hábito inconsciente, incorporado a sus ademanes. Llevaba un largo vestido veraniego de tela floreada que le llegaba bastante por debajo de las rodillas y se abría por un lateral. Su postura en el sillón, y la maniobra que había tenido que realizar para acomodarse, habían replegado la tela sobre su muslo. Desconsideradamente, no le ofrecí nada de beber.

Aunque yo la miraba con seriedad e impaciencia, ella aprovechó la confianza ganada para tomarse unos segundos, quizá medio minuto, y observar mi estudio. Había en sus ojos un evidente interés, que rozó la fascinación cuando descubrió las decenas de apuntes y bocetos que se amontonan en un rincón, donde los lanzo cuando ya no me sirven o los he descartado. Le leí el pensamiento: para ella era un sacrilegio maltratar esos papeles, deshacerse de ellos. A Guillermo le sucede lo mismo, y cada vez que viene tengo que estar atento para que no rebusque en el montón de papeles, saque alguno y se lo lleve. Hace unos meses se puso más pesado de lo habitual, me intentó convencer de la posibilidad de armar una pequeña exposición con esos descartes. Como respuesta, fui al rincón, me bajé los pantalones y meé encima de los papeles. Se llevó las manos a la cabeza como si acabara de rajar *La Gioconda*, pero unos segundos después vi en su cara cómo la idea mutaba en una mejor: bocetos de Eduardo Muñoz con orina original de Eduardo Muñoz, a lo Jackson Pollock. La ambición de mi galerista es insondable. En cualquier caso, la delicada curiosidad de Sara por mis cosas me provocó una buena impresión, a mi pesar.

Carraspeé, ella puso en mí sus ojos, todavía algo atemorizados pero serenos, y me contó el proyecto de la tesis doctoral que pretende hacer sobre mi obra. Empezó a hablarme del enfoque metodológico que aplicaría, siguiendo la línea del catedrático que le dirigirá la tesis, pero la interrumpí para hacerle una pregunta sencilla: qué carrera

había estudiado. Se detuvo, perdió seguridad otra vez, y me contestó que Historia del Arte. Piadoso, hice un enorme esfuerzo para disimular mi desprecio. ¡Historiadores del Arte! ¡Eunucos explicando las claves del sexo! Moví la mano para que siguiera hablando y desconecté.

No intenté dilucidar si esta mujer era una oportunista y si la había atraído el brillo del premio y el matiz de prestigio que le ha dado a mi vieja aura de maldito. No me importaba. En buena hora le había dicho a Guillermo que concertara la cita. Saqué el paquete de tabaco y me dispuse a encender un cigarrillo. Ocupado en la labor de fumar, oculto por la cortina de humo, me sería más fácil rechazar su propuesta, negarme a colaborar con ella en su tesis doctoral. Que la hiciera si la tenía que hacer, pero yo no quería saber nada. Ni siquiera me interesaría echarle un vistazo cuando la finalizara.

Pellizqué el filtro de un cigarrillo y tiré, pero la punta tropezó con el borde del paquete y se me escapó. El cilindro cayó al suelo y rodó hacia delante. Con un rubor adolescente, pues se acababa de romper mi impecable pose de fumador desdeñoso, sobre la que iba a apoyarme para echar a Sara de mi casa por segunda vez, me quedé paralizado unos instantes. Ella inclinó su torso y lo ladeó, hizo esa mueca dolorida de la que no es consciente, y recogió el cigarrillo junto a sus pies, donde había ido a parar. Con una sutil sonrisa burlona, estiró el brazo y me lo ofreció. Ni siquiera miré el cigarrillo, no me sentí interpelado por ese gesto. Mi atención, sobrecogida y temblorosa, estaba prendida de su muslo. Al agacharse, el vestido se le había subido y la abertura lateral había dejado al descubierto lo que en un primer momento me pareció una serpiente, una víbora morada que emergía del interior de su vestido y clavaba la cabeza en la carne del final de su muslo.

El antipático papel que interpreto ante los demás, sobre todo cuando son desconocidos, también implica cierta rudeza, una impulsividad ciega y obsesiva, las manías del genio, esas estupideces, y esto me otorga una libertad que en ocasiones roza el abuso, o al menos la descortesía, eso siempre. Jugando esta baza, sabiendo que Sara no iba a protestar ni a resistirse (a veces he sentido que podría hacer cualquier barbaridad, y en el pasado acostumbraba a hacerlas y me eran perdonadas), me levanté de la silla y me arrodillé delante de ella. Aparté de un manotazo el cigarrillo, que salió volando. Sin pedir permiso, introduje los pulgares por la abertura de su vestido y deslicé la tela hacia arriba, desnudando aún más su muslo. Ante mis ojos apareció, deslumbrante y turbadora, su terrible cicatriz.

La toqué con las yemas de los dedos suave, tentativamente, con miedo de que una presión excesiva provocara que la serpiente se escabullera. La textura de la castigada carne era sedosa, casi resbalaba, y su temperatura era anormalmente caliente, como si la

sangre la irrigara con más frecuencia que al resto de tejidos. A lo largo del fruncido cordón de más de un palmo (la cola de la serpiente se metía bajo el elástico lateral de las bragas), el color de la cicatriz variaba mucho, era de una fascinante complejidad. Hasta me dio la impresión de que cambiaba con cada latido y cada nueva perfusión de sangre: azules, morados, púrpuras, rosados y rojos se retorcían en diminutos vórtices, como en el cielo nocturno y estrellado de Van Gogh. ¿Qué incisiones, qué cortes y suturas, qué desmesurada violencia se habría ejercido sobre esa mínima región de su cuerpo para que tuviera aquel aspecto? Solamente con capturar un ápice del horror que emanaba de aquella cicatriz, ya tendría una obra aceptable, digna, mucho más satisfactoria que los deshonestos cuadros de la lechuza y la liebre.

Todavía con las manos sobre su muslo, alcé la mirada hacia Sara. La serenidad se había esfumado de su cara y en su lugar había una perplejidad alarmada, pero sin rastro de pánico. Confiaba en mí. No obstante, estaba jadeando por la impresión, su pecho hinchaba y deshinchaba la tela del vestido.

En ese punto tendría que haberle pedido disculpas, pero nunca lo hago. Solo dije, con mis ojos fijos en sus ojos: «De acuerdo, haré lo que tú quieras. Me prestaré. Te proporcionaré todo lo que necesites. Para tu tesis o para lo que sea. Todo. Pero, a cambio, voy a pintarte. Esto de aquí, la cicatriz. Me interesa. No sabes cuánto me interesa. Posarás para mí. ¿Entendido? Este es el trato».

Después de unos segundos, durante los que sus ojos se abrieron mucho y luego se afinaron lentamente, Sara asintió. La barbilla le vibraba. Levanté mis manos de su cuerpo.

No me engaño. De sobra sé que mi afán por retratarla, por retratar su pavorosa cicatriz, es una nueva forma de esquivar el autorretrato. Pero al menos es un trabajo más noble, que me estimula más, del que no me avergüenzo. Y conecta con un proyecto que realicé hace casi veinte años, cuando pasé un par de meses en el hospital de lesionados medulares de Toledo. Los cuadros de la cicatriz de Sara van un poco más allá que aquellos, aunque pudiera pensarse lo contrario. Son menos evidentes. No había demasiada sutileza en mostrar la carne destrozada por un guardarraíl y su desolador resultado: aquellos jóvenes motoristas que no podían ni darse la vuelta sobre la cama y que posaban para mí con sus aullantes miradas de muertos en vida, de condenados. En cambio, la esbelta pierna de Sara, cuando le ordeno que se ponga de puntillas y la pantorrilla se estiliza y su perfecto culo se redondea, provoca un mayor espanto en el momento en que el espectador repara en la inopinada mordedura de la cicatriz. Esta atemperada monstruosidad genera un impacto indirecto, menos

sensacionalista, más sugestivo.

Pero tal vez me equivoque, tal vez me quiera convencer de ello. La decadencia de los artistas comienza así, con esta falta de perspicacia, con esta sobrevaloración de la propia obra. Bueno, en realidad da lo mismo. El caso es que gracias a los cuadros de la cicatriz he dejado de necesitar el whisky. Desde que vinimos a Almería, no he probado ni una gota.

En los días que siguieron a la visita de Sara, en Madrid subió mucho el calor y la pestilente contaminación se hizo aún más insoportable. Necesitaba aire limpio, horizontes abiertos, el mar. Otros años había alquilado una masía en Gerona, pero me había cansado de ella, y además sospechaba que no sería adecuada para mis planes. Entonces me acordé de la casa de Guillermo en Almería. Me la había ofrecido muchas veces y yo siempre se la había despreciado. Cogí el teléfono y lo llamé: «Necesito tu casa de Almería. Voy a irme allí a trabajar en el autorretrato. Sara vendrá conmigo».

Creo que al mencionarle el autorretrato ya sabía que estaba mintiendo, aunque no me lo reconociera ni a mí mismo. Mi bloqueo no se había solucionado. Si mencioné el autorretrato, que a Guillermo lo tiene tan expectante, fue para forzar que me prestara su casa. Pero el lienzo está aquí, lo trajimos junto con el artefacto especular, así que quizá ni siquiera yo haya perdido la esperanza. Mi galerista accedió («¡Por supuestísimo, querido!») y colgué. Sara era la que todavía no sabía nada de mis planes.

Después de cerrar el trato con ella (colaborar en la tesis a cambio de su posado), di por concluida su visita a mi casa abruptamente, abusando de nuevo de mi licencia para ser un impresentable. Sin embargo, no me planteé la posibilidad de que no me acompañara a Almería, estaba convencido de que me diría que sí al instante, sin pensarlo. No porque no tuviera otra cosa que hacer, sino porque, fuera lo que fuese, lo abandonaría para venir conmigo. Y así fue. Tras escuchar mi proposición por teléfono, Sara respiró sonoramente cuatro, cinco veces, y dijo: «Dame dos días».

Después de este medio mes en Almería, he llegado a la conclusión de que la rareza de Sara, su peculiar modo de comportarse, no se explica enteramente por el hecho de que seamos casi unos desconocidos, de que hayamos iniciado una convivencia habiendo estado juntos, con anterioridad, menos de dos horas. A poco que se piense, es una locura, y sin embargo no está saliendo del todo mal, a pesar de que a menudo a mí ella me estorbe y de que me alegre cuando se marcha de la casa (pero luego la echo de menos, o digamos que se me hace largo su regreso).

Su personalidad, en la que la inteligencia toma la forma de una sosegada determinación, ya se hizo patente durante el viaje de Madrid a Agua Amarga. La recogí por la mañana temprano en el Puente de Toledo, metí en la furgoneta su equipaje (una maleta bastante pequeña, una mochila con un ordenador portátil y la cámara de fotos, y el ligero trípode) y partimos hacia el sur.

En las primeras dos horas de viaje, no creo que ninguno pronunciara más de diez palabras. Pero no había incomodidad entre nosotros. Yo nunca la siento, es parte de mi papel, la más útil, pero lo curioso es que ella tampoco parecía incómoda. Su figura en el asiento del copiloto, que yo espiaba de reojo cuando necesitaba mirar el retrovisor derecho, me transmitía una seguridad calmada y atenta.

Hicimos una primera parada no lejos de Albacete. Tomamos café y ella estuvo hablando por teléfono unos minutos. Cuando volvíamos hacia la furgoneta, se atrevió a decirme que por qué no la dejaba conducir a ella. No lo esperaba, no lo habíamos hablado, no habíamos hablado nada en realidad, y me sorprendí aceptando su propuesta con agrado. Había dormido mal, como siempre, y estaba cansado. Le alargué las llaves. Durante el resto del viaje, que incluyó varias paradas más para tomar café y una para comer, condujo Sara.

Desde mi asiento, y protegido por las gafas de sol, la observé a placer. Me dije que estaba tomando apuntes mentales para su retrato, pero lo cierto es que aún no había decidido si pintaría su cara. Al final no lo he hecho: en los cuatro lienzos el borde del bastidor secciona a Sara por el cuello o las clavículas, y en uno de ellos, por encima de los pechos. Así que, en la furgoneta, mientras ella conducía, yo la miraba sin más.

Sara tiene un perfil impenetrable, toda ella lo es en gran medida. Acaso sea esta la razón por la que he dejado su rostro fuera de los lienzos. No me transmite demasiado, o yo soy incapaz de atraparlo y el problema es mío. Cuando giraba el gigantesco y duro volante a poca velocidad (mi vieja Mercedes no tiene dirección asistida), se mordía el labio inferior y su expresión se contraía por el esfuerzo, un rictus semejante a la mueca de dolor que hace cuando su cadera supera determinado ángulo. Vestía un gracioso peto de pantalón corto, amarillo, y una camiseta a rayas. Sus magníficas piernas estaban al aire y yo atisbaba el tenso movimiento de sus músculos cuando accionaba los pedales. Al cabo de un rato me di cuenta, secretamente, de que estaba esperando que en una de esas maniobras la corta pernera del peto se subiera y pudiera volver a ver su turbadora cicatriz. No sucedió en todo el viaje, pero estuve todo el viaje esperándolo.

Sara siempre está dispuesta a posar. En cuanto se lo pido, deja lo

que esté haciendo —cocinar, leer, revisar en su ordenador las grabaciones de vídeo—, se desnuda al instante para que las marcas de la ropa desaparezcan de su piel lo antes posible y sube a la sala de arriba. Las últimas veces ni siquiera he llegado a decirle nada. Me ve acercarme, cierra el libro o baja la pantalla del ordenador, y se lleva una mano al vestido. A los pocos segundos, está completamente desnuda delante de mí y yo busco con los ojos, impaciente y casi tímido, la nudosa cicatriz de su cadera, como si su cuerpo hubiera podido reabsorberla desde la sesión anterior. Pero siempre está ahí, y yo de inmediato me tranquilizo. Sara camina delante con su leve cojera (me he fijado en que no llega a plantar del todo el talón derecho) y emprende la subida de los escalones.

Sin embargo, pese a su docilidad, aún no he detectado en ella el menor signo de halago por el hecho de estar siendo retratada. Y sin duda ha de estar halagada, absolutamente emocionada, teniendo en cuenta la avidez con la que miraba el montón de bocetos descartados de mi estudio. Ahora ella es la modelo de uno de mis trabajos, un auténtico Eduardo Muñoz, pero por alguna razón su impenetrable actitud no permite que esa emoción aflore. Que conste que me parece bien, lo prefiero así, pero me tiene intrigado.

A veces me digo que el áspero papel que encarno es una forma de educación, de escrupuloso respeto, y que si no le hablo a Sara durante horas y no la acompaño cuando baja al pueblo es por hacerle más llevadera su estancia aquí. En estas dos semanas, solo he abandonado mi encastillada posición para preguntarle por la cicatriz, y pude justificarlo ante mí mismo por tratarse de una información relacionada con mi trabajo. Ella descendió de la mesa, aprisionó el antebrazo entre sus muslos para taparse el sexo —como si mis palabras hubieran convocado un pudor que no existe cuando está posando— y me lo contó.

Como muchas chicas inteligentes y estudiosas, durante la adolescencia Sara pasó por una fase rebelde en la que salió con los chicos más inadecuados, los más macarras, aquellos que podían desagradar más a sus padres. Cuando se acabara, esta fase reafirmaría su condición de niña buena y sería recordada con cierto orgullo. Sin embargo, Sara tuvo mala suerte y el miedo de sus padres estuvo justificado. No pudo escapar indemne de esa pasajera rebeldía. Con el que sería el último de esos novios macarras, un motorista aficionado a los porros varios años mayor, sufrió un accidente. Ella se destrozó la pierna derecha al estrellarse contra una farola y él no se hizo ni un rasguño.

Sara se rompió el fémur por varios sitios, incluida la cabeza que permite la articulación con la cadera. Su cojera es el resultado de una

pierna dos centímetros más corta. La cicatriz adquirió ese fascinante aspecto por el rechazo que su cuerpo desarrolló a la prótesis que sustituía a la cabeza del fémur y por una grave infección posterior. Por lo tanto, tuvo que ser intervenida en dos ocasiones más, para cambiar la primera prótesis por otra y para atajar la infección, que estuvo a punto de derivar en una peligrosa septicemia. La tierna cadera de la adolescente Sara fue abierta y vuelta a cerrar una, dos, tres veces. La irisada serpiente que recorre el final de su muslo es el producto de esta tortura quirúrgica.

Me pregunto si no habrá en Sara, en su endurecido comportamiento, secuelas de ese suceso traumático. ¿Su luminoso futuro de niña buena se torció? ¿Tomó un camino divergente? Desde luego, ahora no estaría aquí, en esta casa de Agua Amarga, conmigo, si no es por ese mal novio y su afición a las drogas. Lo cual no deja de ser curioso.

Sara es silenciosa y discreta. Al igual que en el largo viaje desde Madrid, no hablamos apenas en todo el día y aun así estamos cómodos (empiezo a sospechar que ella más que yo). Todas las mañanas, hacia las ocho, Sara baja andando a la playa y se da un baño. Desde la sala de arriba, desde la atalaya de esta casa, la veo alejarse por la carretera con su andar asimétrico, el cuerpo casi imperceptiblemente inclinado hacia la derecha, como si tuviera que contrarrestar un viento fuerte y sostenido que soplara de ese lado. No me he atrevido a sugerirle que se lleve mi furgoneta para no cansarse, porque supongo que sabe que puede hacerlo y porque no quiero ofenderla aludiendo así a su cojera, aunque a estas alturas no creo que ella se vaya a ofender por nada que yo le diga. Cuando vuelve, con el pelo todavía mojado, prepara el desayuno: tostadas, café para ella y té para mí. Si estoy despierto y me da por acercarme a la cocina, desayunamos juntos, a menudo sin hablar, vigilándonos de reojo. Si no, me deja el té en la tetera de hierro colado, enfriándose.

El resto del día, cuando no está trabajando (en su tesis o posando para mí), se ocupa de la comida, ve series en su ordenador, lee o simplemente contempla la bahía desde la ventana del salón, con las manos a la espalda, masajeándose la cadera de vez en cuando. Siempre que la descubro haciendo esto, me prometo mentalmente decirle que coja la furgoneta cuando baje a nadar, pero nunca logro reunir el valor suficiente. Para bien y para mal, estoy encerrado en mi papel, cautivo.

Los primeros días, Sara hablaba bastante por teléfono, no mucho tiempo pero sí varias llamadas diarias. Aunque yo procuraba no escuchar y me iba de la habitación, me pareció que el tono que empleaba no era del todo relajado, había de fondo un reproche, o más

bien la respuesta tranquila pero inflexible a un reproche. A partir de un momento dejó de hablar, y hasta creo que su teléfono suele estar ahora apagado, solo lo enciende para enviar algún mensaje. Es inevitable que haya pensado, aunque me puedo equivocar, que alguien no está conforme con la estancia de Sara aquí.

Todo cambia entre nosotros cuando ella me pone delante de su cámara. Regula también la abertura de las cortinas —más o menos luz, más cálida o más fría—, comienza a grabar y me hace preguntas. Entonces, siguiendo un rol previamente establecido, ambos hablamos. Sobre todo hablo yo, claro, contesto a sus preguntas, pero ella también interviene, no tiene reparos en interrumpirme para que concrete un dato, detalle una anécdota o desarrolle una idea. No me permite eludir su insistente y minucioso interés. Durante estas sesiones estoy sometido a Sara, y me sorprende lo poco que me importa, mi grado de tolerancia ante este escrutinio de mi vida. Hace no tanto, esto habría despertado al Eduardo Muñoz más agresivo y salvaje. Estoy perdiendo facultades.

Cuando apaga su cámara, los dos volvemos al mutismo, a controlarnos con el rabillo del ojo, a nuestras vidas separadas dentro de la misma casa, como si viviéramos en dos dimensiones distintas dentro de un único espacio. Si camináramos el uno hacia el otro, nuestros cuerpos nunca llegarían a chocar, se traspasarían y seguirían su trayectoria previa.

Las fotografías están esparcidas sobre la mesa, delante de mí, y sus bordes abarquillados proyectan en la madera una sombra que genera la ilusión del volumen. Cada foto parece ocultar debajo una decena más de fotos. El papel es mate y todas son en blanco y negro. Los grises tienen esa pureza que solo proporciona la película, el revelado químico, la captura analógica de la luz.

Contemplándolas juntas a cierta distancia, sin fijar la atención en ninguna concreta, me doy cuenta por primera vez de que el motivo central de las fotos no son las personas retratadas. Guiño un ojo, luego el otro, y la impresión se ratifica. Detrás de los protagonistas, en todas y cada una de ellas, hay una pared. Ese es el verdadero motivo. Sobre esta mesa hay un tapiz compuesto de paredes, blancas, grises y casi negras, las paredes de aquellos cochambrosos pisos donde nos chutábamos. Si aparto mentalmente las figuras humanas, todo es una gran pared, la escenografía en la que se desarrollaron los tenebrosos años de la heroína, y sobre ella hay un variado atrezo: radiadores que nunca estaban encendidos, telas orientales clavadas con chinchetas, carteles de conciertos, páginas sueltas de revistas, desplegables de mujeres desnudas con pechos enormes y el pubis sin rasurar, desconchones de pintura plástica, papel arrancado a jirones, interruptores, cables y enchufes, viejos contadores eléctricos, humedades, cañerías oxidadas, alcayatas y clavos, estampas de vírgenes, cuadros cinegéticos con ciervos y espingardas…

Me he abstraído tanto que, por unos instantes, me he olvidado de Sara. Su voz me sobresalta:

—Coge una de las fotos, la que quieras, y enséñamela.

Carraspeo para disimular mi desorientación y muevo de sitio el paquete de tabaco. Decido no obedecerla de inmediato:

—Nunca me había fijado en que, en todas las fotos, hay una pared detrás. No un pasillo, ni una ventana, ni un mueble, ni una puerta. Siempre una pared. Se podría pensar que las personas son un pretexto para hacer la foto, algo que dé sentido a la pared, y no al revés. La pared no es el entorno de la persona, sino que es la persona la que actúa como entorno de la pared. ¿No crees?

Levanto la mirada de la mesa y busco el rostro de Sara. Pero ella, creo que deliberadamente, se esconde detrás de la cámara y el trípode. Además, se beneficia del contraluz en el que la sumergen las ventanas que están a su espalda. Por lo tanto, sus facciones están medio tapadas y oscurecidas.

Me ha dejado hablar con indulgencia, pero no va a contestar a mi divagación. Está trabajando, es su sesión, y en su sesión es ella la que manda. Abro la solapa de la cajetilla de tabaco y palpo el mechero sobre la mesa, amenazo así con encender un cigarrillo y llenar de humo la sala y también la imagen que ella está grabando. Pero es una fanfarronada, lo admito: no me voy a atrever a fumar. Y a estas alturas ella lo sabe, me conoce lo suficiente, luego estoy haciendo el ridículo.

En efecto, ella desoye mi comentario y repite con paciencia:

—Enséñame una de las fotos. Cualquiera.

Alzo la mano de la cajetilla tras mi fútil desafío y la poso sobre la mesa, sobre una fotografía al azar. Introduzco el dedo bajo el borde alabeado y la cojo. Antes de enseñársela, la observo yo.

Como si revirtiera un efecto óptico, hago surgir ante mis ojos al personaje retratado, que adquiere espesor contra la pared que hay detrás (con un marco colgado, sin cuadro dentro, y la palabra «Bah» escrita con lápiz o quizá rayada en la sucia pintura). Incrustada en una nube de pelo rizado, hay una cara enjuta de hombre joven, con las mejillas metidas hacia dentro, la nariz agigantada, dos labios finos sin emoción alguna y dos pupilas minerales y mortecinas. El resto del cuerpo, anguloso, picudo, sostiene la tela de un albornoz raído y demasiado grande, como si el hombre hubiera adelgazado sin quitárselo. Aprieto las muelas con rabia para detener la tristeza, la desolación.

Mientras giro la fotografía hacia Sara, echo violentamente de menos un vaso de whisky, beber de un golpe un trago largo que me abrase por dentro. Pero en la casa solo hay cerveza, y de todos modos no quiero mostrarle a ella mi debilidad.

—¿Puedes subirla un poco, por favor? Es para que la cámara la enfoque. Ahí, ahí. Perfecto. Déjala unos segundos.

Ahora soy yo el que se esconde detrás de la fotografía. La tengo cogida con las dos manos delante de la cara.

—¿Quién es?

—Fede.

—¿El hermano de tu…? ¿El hermano de María José?

—No. Ese era Charli.

—Tienes razón. Perdona, perdona.

Oigo cómo Sara, nerviosa, pasa rápido las páginas de su cuaderno. Consulta algo en él y después compensa su equivocación haciendo un pequeño alarde de meticulosidad:

—Federico era el estudiante de Filosofía, de origen más humilde. Su madre era ama de casa y su padre trabajaba en un banco, de ujier o algo así. Federico estaba interesado en Oriente, hacía taichí, meditaba. De todo el grupo, era tu mejor amigo, ¿no?

No contesto y chasqueo los labios. Intento que ella se sienta mal, al menos un poco mortificada por su error sin importancia.

—Gracias. ¿Me enseñas otra, por favor?

Me quito la foto de mi amigo Fede de delante de la cara. La luminosidad tamizada de las ventanas me ciega ligeramente y parpadeo más de lo necesario. Finjo que el brillo acuoso de mis ojos (que la compacta pero potente cámara digital captará con nitidez) se debe a la claridad y no a la emoción.

Estoy situado frente a las dos ventanas que dan a poniente, justo en la confluencia de ambos haces de luz. Uno está filtrado por una cortina de color añil y el otro por una de color azafrán, de modo que la mitad izquierda de mi cuerpo tiene una tonalidad fría y la mitad derecha, cálida. Si vuelvo la cabeza hacia un lado y hacia el otro, creo notar cómo mi piel se entibia y después se refresca, y cómo se mezclan sobre ella los colores.

Dejo la foto en un extremo de la mesa y observo las restantes. Ahora sí voy a elegir la siguiente, el azar ha demostrado ser peligroso. Mi mano sobrevuela el *collage* de paredes en blanco y negro. Vacilo. Ver a mi amigo Fede me ha afectado mucho más de lo que esperaba y mi mano busca algún retrato inocuo, tolerable. Pero no existe. La mesa es un campo de minas donde no hay ni un solo centímetro libre en el que posar la punta del dedo sin riesgo de salir volando por los aires. Una vez obtenida esta conclusión, esquivo de momento las fotos más dolorosas.

—Ese es el abogado. Se llamaba Javier. ¿No es cierto?

Vuelvo a no contestar a la pregunta de Sara, que únicamente quiere enmendar su anterior fallo. No diré nada a no ser que se equivoque de nuevo.

Pero Sara no se equivoca. Voy enseñando a la cámara las fotografías una a una y ella nombra, en ocasiones con ayuda de sus apuntes, a las personas: Charli sentado en un sofá de cuero rajado, con la mirada vidriosa y los labios entreabiertos; Fede otra vez, vestido con una chilaba y con un sombrero mexicano en la cabeza; Mariajo con un largo flequillo partido en dos y su hoyuelo en la barbilla; los dos hermanos, Charli y Mariajo, acuclillados contra una pared junto a un lavabo rinconero, sacando la lengua a la cámara; Fede y yo, con otros dos yonquis de tupé *rockabilly*, sentados en un colchón desnudo, delante de una bandeja con todo lo necesario para inyectarse.

Como mi elección de las fotos ha seguido un criterio de cobardía, de huida del dolor más lacerante, la última de ellas, la que he evitado coger una y otra vez, es la peor de todas, la más dolorosa. Y haber visto todas las anteriores no me ha producido una desensibilización, como había pensado con optimismo. Al contrario, la tristeza de cada una se ha ido acumulando sobre la tristeza de la anterior y estoy más

emocionado que al principio.

Me resisto, sacudo la cabeza y me froto los párpados. Cojo el paquete de tabaco; no, no puedo fumar; lo vuelvo a soltar. En otras sesiones, llenaba un termo con té y me lo iba tomando poco a poco. Pero hoy no, esta tarde no tengo nada que llevarme a la boca, nada con lo que diferir el golpe que sé que me espera. Estoy arrinconado, sin salida.

¿Por qué tengo que hacer esto? ¿Para qué quiere ella toda esta información? ¿Qué interés pueden tener para su tesis estas fotos y todas estas personas muertas?

Pero ya me lo explicó y yo acepté el trato. Su tesis tiene un enfoque sociológico y necesita estudiar la historia personal del artista, su entorno, sus relaciones, y en especial los aspectos sociales y económicos; todo queda reflejado en la obra artística. Aggg, basura académica, construcciones sobre el vacío para sustentar el tinglado de la universidad: títulos, puestos, buenos sueldos; profesores, catedráticos, decanos; todo pagado con dinero público, dinero que podría ir a colegios y a hospitales. En el fondo, moralmente, corrupción.

Sin embargo, esto ya lo sabía y acepté el trato, y por eso estamos los dos aquí, en esta casa colgada en una loma entre el mar y el desierto.

Aunque ¿y si Sara me está engañando? Quizá no va a hacer una tesis doctoral sobre mí, sino que va a escribir una serie de reportajes morbosos para una revista sensacionalista. O peor aún: una puta novela.

Pero esto son excusas. Estoy delirando. Mataría por una copa de whisky.

—¿Estás bien, Eduardo? ¿Quieres que descansemos un rato? Por mí no hay problema.

—¡No! Acabemos de una vez.

Adelanto el torso sobre la mesa y me asomo a la última fotografía, a este rectángulo de papel abarquillado que contiene una materia —blanca, gris y negra— con un efecto arrasador sobre mí.

En la imagen solo hay una pared cubierta por un feo papel de flores y, sobre ella, un espejo ovalado. Nada más. O casi nada más. Reflejada en el espejo, entre las manchas carcomidas del azogue, se ve a una muchacha muy guapa y delgada (aún no demasiado delgada), que sonríe guiñando un ojo mientras aprieta el disparador de una cámara fotográfica. Es un autorretrato.

Como si me enfrentara a un pelotón de fusilamiento, agarro la foto con ambas manos y valientemente la expongo a la mirada de Sara y al objetivo de su cámara. Respiro hondo.

—Esa es tu hermana, supongo.

—Sí. Carmen.

—No había aparecido hasta ahora. ¿Todas las fotos son suyas?

—Claro. Ella vino a Madrid para estudiar fotografía. Quería convertirse en fotoperiodista, quería cubrir desastres y guerras. No lo consiguió. Pero no era una mala fotógrafa, no lo era en absoluto. O eso creo yo.

—Estoy de acuerdo contigo. Estas fotos son magníficas. Magníficas.

—Tres años antes de venir a Madrid, en navidades, mis padres le habían regalado a mi hermana una cámara de fotos. Una estupenda Nikon F2 con un objetivo de 35 mm. Era una cámara profesional, que no todos los fotógrafos de prensa se podían permitir. Poner ese aparato en las manos de una niña de quince años era una insensatez, el típico regalo de familia adinerada que acaba enseguida en un armario, a las pocas semanas o incluso días, un derroche absurdo. Las cámaras de ahora, como esa que tú tienes, son muy fáciles de usar, ni siquiera hace falta conocer los conceptos básicos de fotografía para que la foto salga correctamente. Pero con aquellas, si no las sabías manejar, la foto no servía. Salía muy oscura o muy clara, movida o desenfocada. Sin embargo, no sé cómo, quizá gracias a algún libro, mi hermana aprendió a utilizarla. Durante los tres años que pasé en Madrid, antes de que ella también viniera a estudiar, cada vez que volvía a Asturias mi hermana me enseñaba las fotos que había estado haciendo. Eran buenas, y mejoraban de una vez para otra. No sé, tenía ojo, componía bien, usaba la técnica de manera ingeniosa, jugando con sus límites. En las fotos que hacía, ya fuera en el entorno rural de nuestra casa o en la ciudad, cuando iba a Oviedo o a Gijón, mi hermana aplicaba una rara ironía, que flotaba perceptiblemente sobre la foto, como si se burlara de las vacas que fotografiaba en un prado o de los matrimonios bien vestidos que paseaban por la ciudad. De alguna forma, conseguía transmitir su crítica a la vida que la rodeaba. De sus fotos se deducía que mi hermana no estaba a gusto allí. Esto era lógico, por supuesto, tratándose de aquella enorme casa y de mis padres, pero tenía mérito que se viera en las fotos. Llegó a convencer a mi madre para que le permitiera utilizar uno de los baños de la casa como cuarto oscuro. Mi hermana se tiraba las horas muertas dentro, revelando. Alguna vez estuve con ella y me enseñó cómo lo hacía. Cogió mucha práctica con la ampliadora, se le daba realmente bien. Sé que mis comentarios positivos, mis elogios, la enorgullecían. Mi hermana siempre me había admirado. Bueno, esto les pasa a casi todos los hermanos menores, pero entre nosotros quizá un poco más. Habíamos tenido una infancia muy solitaria en aquella casa, sin amigos de nuestra edad, solos el uno con el otro. Que yo valorara sus

fotos, siendo estudiante de Bellas Artes, creo que fue determinante para que quisiera ser fotógrafa y venirse a Madrid. Pero hace muchos años que dejé de sentirme culpable por ello.

—¿Dónde está esa cámara? ¿La conservas?

—Pensé que sí, pensé que estaría en el mismo sitio donde guardaba estas fotos. Pero cuando me pediste, antes de venir aquí, que me trajera todos los documentos y objetos que conservara de aquella época, no la encontré por ninguna parte. Pensándolo después, es posible que en algún momento la vendiera. Es decir, la malvendiera. ¿Antes de irme a Praga a desengancharme definitivamente? A lo mejor, a lo mejor.

Sara despega su espalda de la silla y su cabeza asoma por encima de la cámara, junto al micrófono externo que está adaptado a la parte superior. Tiene la frente arrugada y una mueca torcida en la boca. Primero se me ocurre que se siente incómoda porque cree que le miento o le oculto información. Después me acuerdo de su cicatriz y temo que la postura en la silla le haga daño. Finalmente, su inquietud no se debe a ninguna de estas razones:

—Esta tarjeta se ha llenado. Dame unos segundos y la cambio.

Manipula un lateral de la cámara y se levanta. Camina descalza hacia un rincón de la sala con sus pasos desiguales, que producen contra el suelo una suave arritmia. Al cruzar por delante de la ventana añil, su silueta se impregna de un ofuscado naranja, el que destila en el aire el resplandor de la ventana contraria.

Sara viste un pantalón vaquero corto de bordes deshilachados y una camiseta de tirantes. Debajo, no lleva sujetador, dejó de usarlo a los pocos días de estar aquí, supongo que para poder desnudarse lo más rápido posible en cuanto la reclamo para el retrato. Cada vez que se mueve, adivino el temblor soterrado de sus pechos bajo la holgada tela.

Hace días que no soy capaz de discernir de qué naturaleza es este deseo que experimento ante ella, por ejemplo ahora, mientras vuelve a su silla detrás de la cámara. No sé si es simple deseo sexual o una derivación del ansia por pintar su cicatriz, que no decae en mí y que se aviva en este instante, cuando ella se sienta de nuevo en la silla después de cambiar la tarjeta de memoria, cruza las piernas y el corto pantalón descubre unos centímetros más de su muslo, donde está su obsesionante cicatriz aunque yo no pueda verla. ¿Deseo pintar su cicatriz? ¿Deseo follar con Sara? Tal vez me empeño en distinguir un matiz que no existe, o que a fin de cuentas importa poco.

—Ignoro cuánto le costó a mi hermana convencer a mis padres, sobre todo a mi madre, de que tenía que ir a Madrid a estudiar. Yo

apenas estuve en Asturias ese verano y en cualquier caso estaba enganchado a la heroína y todo me daba igual. Sí recuerdo haber hablado con mi hermana por teléfono y también con mis padres, varias veces, y debí de intervenir a favor de Carmen. Pero lo que resultaría más decisivo sería, sencillamente, que yo ya vivía en Madrid, en el piso familiar, así que ella no iba a la aventura. Viviría conmigo, yo cuidaría de mi hermana. Mis pobres padres, qué equivocados estaban, pero qué equivocados…

Como si buscara una imperfección en la madera, paso la palma de la mano por el canto de la mesa y luego por el tablero. Rodeo el paquete de tabaco y el mechero y alcanzo el montón de fotos. La que está encima es el autorretrato de Carmen. Poniendo una desesperada precaución en no mirarla, la vuelvo boca abajo. De repente puedo respirar mejor, cierta opresión en mi pecho se ha liberado.

—Eduardo, Eduardo.

La voz de Sara penetra en mi dolido ensimismamiento.

—Qué.

—Puedes fumar si quieres.

—No, no voy a fumar.

Es la primera vez que ella me dice algo así. Lo cual me emociona, íntimamente se lo agradezco, pero intentaré con todas mis fuerzas que no lo note.

—Carmen llegó a Madrid en tren, exactamente igual que yo tres años antes. Recuerdo bastante bien, para lo colgado que estaba en esa época, la primera noche de ella en el piso. Aunque tiene sentido, pues me controlé un poco con el caballo durante esas primeras semanas de Carmen en Madrid. Me preocupaba que se diera cuenta de mi adicción. No por ella en realidad, sino por mis padres, por si llegaban a enterarse y dejaban de enviarme dinero y de pagar los gastos del piso. Por eso no había estado en Asturias ese verano más que un fin de semana. Les dije que no tenía tiempo, que estaba muy ocupado con los cuadros para una exposición colectiva que se celebraría en enero. Y era cierto, ese verano estuve pintando bastante, pero también me pasé colocado muchos días, tirado en el suelo de algún caluroso piso donde habíamos quedado para pincharnos. Por lo tanto, es posible que hubiera disminuido mi consumo antes de la llegada de Carmen y que aquella noche estuviera más despejado de lo habitual. Me estuvo contando la despedida de mis padres en la estación, con mi madre montando un drama parecido al que me había montado a mí tres años antes. Y después me estuvo enseñando sus últimas fotos y dos nuevos objetivos para la cámara, un 50 mm y otro para retratos, ambos muy luminosos. Mi padre se los había regalado para completar su equipo de cara a la carrera. Carmen estaba muy ilusionada, muy excitada. Por la universidad, por haber salido de Asturias y de aquella casa, por

estar en Madrid, por estar conmigo.

—¿Cuánto tardó tu hermana en darse cuenta de que estabas enganchado?

—La verdad es que no lo sé. Supongo que bastante poco, mi hermana era muy lista. Y no hay que ser ningún genio para sacar esa conclusión al observar el esqueleto andante que es un yonqui. Ella vivía conmigo, pero además enseguida conoció a mis amigos en una fiesta. Nunca hicimos nada delante de ella, la protegíamos, pero habría tenido que estar ciega. No obstante, mi hermana nunca sacó el tema, nunca me preguntó. Me respetaba demasiado, quizá. Me admiraba, como te he dicho antes. Ella empezó a hacer vida de universitaria: asistía a las clases, realizaba las prácticas, sus fotos, formó un grupo de amigos, quedaba con ellos… Se adaptó muy bien a Madrid, estaba entusiasmada. Hasta empezó a salir con un chico.

—¿De la universidad?

—Sí, estuvieron saliendo varios meses. Coincidían en la facultad pero él no estudiaba exactamente lo mismo que mi hermana, que creo que se llamaba Ciencias de la Imagen, sino Periodismo. De hecho, a él no le ha ido mal después, es relativamente famoso. Es uno de esos tertulianos que salen por la radio y la televisión diciendo tonterías sobre política. Seguro que lo has visto, lleva unas chaquetas de color pastel muy ridículas. En todos estos años, me lo he encontrado más de una vez en algún acto, una inauguración, una entrega de premios. Nos miramos, los dos sabemos lo que tenemos en común, el triste recuerdo de mi hermana Carmen, pero no nos dirigimos la palabra. Tendrá mujer e hijos, hasta podría ser ya abuelo.

—¿Por qué lo dejaron?

—¿Que por qué? Obviamente por la heroína. Y yo a él no lo culpo. Nadie aguanta a un yonqui. Solo otro yonqui.

Sara utiliza para escribir una diminuta estilográfica de aluminio, ahusada y negra, del tamaño de un cigarrillo. Apoya el cuaderno en el muslo y sus rígidas tapas se prolongan rectas en el aire y hacen resonar los arañazos del plumín como si escribiera sobre el parche de un tambor. En el silencio de la sala, el rasgueo metálico se oye con absoluta nitidez sobre el fondo cansino de las olas del mar. Cuando termina de tomar notas, enrosca la estilográfica en el fino capuchón y me apunta con ella para lanzarme la siguiente pregunta:

—¿Cuánto se alargó esa situación?

—¿La relación de Carmen con este chico?

—No. Vosotros viviendo en la misma casa y ella sin enterarse de que eras un adicto. Bueno, o sin aludir expresamente a ello, aunque lo sospechara. Pero si tú consumías menos, tu comportamiento sería más discreto, ¿no?

—Estuve consumiendo menos un par de semanas, quizá ni eso. Bajé el ritmo unos días antes de que mi hermana llegara a Madrid, para que su primera impresión no fuera muy mala, pero no creo que tardara mucho en volver a las andadas. Los buenos propósitos de un yonqui a veces no duran ni siquiera hasta el siguiente chute.

—Entonces se enteraría enseguida. O por lo menos vería que te ocurría algo… anómalo.

—Sin duda, sin duda. Lo que digo es que era yo el que no se enteraba de nada, como es lógico. No me enteré del proceso que siguió ella, cuándo exactamente lo comprendió o lo dedujo. Solo te puedo contar cuándo y cómo supe yo que mi hermana estaba al tanto.

—De acuerdo. Pues cuéntame eso.

Durante estas sesiones, casi nunca reparo en la cámara que me está enfocando, tal y como Sara me aconsejó el primer día. Me olvido de que todo lo que diga quedará grabado, también mis gestos y la expresión de mi rostro. Solamente cuando me desvío de la verdad, o cuando formulo una verdad fragmentaria, el implacable ojo de la cámara se me hace patente y parece acusarme. Así sucede ahora, cuando descarto hablar de aquel borroso e incierto episodio que tuvo lugar en la casa de Asturias, el uno de enero de tres años atrás, cuando me chuté en una de las habitaciones clausuradas y nunca supe si mi hermana llegó a verme. Es decir, ella pudo conocer mi adicción mucho antes de vivir conmigo en Madrid. O quizá no. Pero no puedo transmitirle a Sara esta incógnita.

La cámara me examina con su concienzuda lente y temo que su tecnología incluya un sistema sensible a la falsedad, a las mentiras por elusión, algo que indique a Sara con una luz roja que lo que estoy diciendo no es la verdad completa, sino una verdad simplificada que elaboro para que mi testimonio sea más coherente y sólido y no contenga regiones de incertidumbre. ¿Contemplará ella ese margen, esa holgura entre mis palabras y la realidad que supuestamente reconstruyen? ¿Cuánto crédito le dará al relato de un viejo heroinómano? Espero que no demasiado. Sara es inteligente y sabrá hacer el ajuste necesario.

Entrecierro los párpados hasta dejar únicamente dos rendijas, mis pupilas se dilatan en esta momentánea penumbra, y luego los abro de golpe. La claridad de las cortinas me hiere y así consigo que la cámara y el trípode se adelgacen hasta casi disolverse en el contraluz. Ya no estoy sometido a su censura y puedo continuar con más libertad:

—No recuerdo demasiado del primer trimestre de Carmen en Madrid. En cuanto comenzaron las clases, tanto las suyas como las mías, aunque yo acudía a la facultad más bien poco, se estableció rápidamente una rutina. Cada uno tenía sus planes, hacía su vida, y el enorme piso facilitaba las cosas. Nos podíamos ver si queríamos, pero

también podíamos estar muchas horas aislados. Mi hermana me sorprendió. Afrontó muy bien el cambio, la ciudad, desde el principio se mostró muy independiente. Llevaba mucho tiempo esperando ese momento, preparándose, y ya no era la adolescente miedosa de unos años antes. En cuanto a mí, pronto dejé de preocuparme por ella, por la impresión que pudiera llevarse de mí, y me abandoné de nuevo a la ralentizada vorágine del caballo. No delante de ella, pero sin tomar tampoco excesivas precauciones. Entonces llegaron las navidades y ambos volvimos a Asturias. Fue allí donde comprendí que mi hermana lo sabía todo.

—¿Cómo fue?

—Yo estaba muy flaco, más todavía que el verano anterior. Tenía una pinta de yonqui que se notaba a un kilómetro. Pero los padres siempre eran los últimos en percatarse, y más en esa época, cuando la heroína aún no había causado estragos. Lo primero que me preguntó mi madre, en el mismo zaguán de la casa, con la cara asustada y estrujándose las manos, fue que por qué estaba tan flaco, qué me pasaba. Yo había dormido durante todo el viaje en tren, iba colocado, y no supe qué decir, seguía muy puesto. Y fue Carmen la que contestó en mi lugar.

—¿Y qué contestó?

—Mi hermana contestó con una mentira. Luego pensé que hasta pudo habérsela inventado antes, con lo cual su intervención fue doblemente deliberada y consciente. Le dijo a mi madre que había estado enfermo, que había tenido un virus intestinal y había estado dos semanas en cama tomando solamente líquidos, y que no les habíamos informado para que no se preocuparan, pero que ya estaba casi recuperado. Todo falso. Así que mi hermana me cubrió, ocultó a nuestros padres mi adicción, por lo tanto estaba perfectamente enterada de todo. Fue mi cómplice sin que lo hubiéramos acordado. ¿Por qué lo hizo?

Sara estaba escribiendo algo en su cuaderno y la pregunta la coge desprevenida. Me mira por un costado de la cámara. Mis palabras le han impactado como una bala perdida y no sabe si mi intención es retórica o si debe dar una respuesta. Al fin y al cabo, lo que ella pueda decir será tan válido como lo que yo diga, cuarenta años después de aquella situación. Incluso su perspectiva, externa y más limpia, puede arrojar un mejor resultado que la mía, viciada por el dolor, la subjetividad y los remordimientos. Aunque, tanto tiempo después y estando todos muertos, ¿qué más da?

Sara decide no contestar a mi pregunta, que ni yo mismo sé si era retórica, y retoma el papel que le corresponde en estas sesiones:

—Después de que ella demostrara que conocía tu adicción, ya sí hablaríais del tema, ¿no? Le dirías algo a tu hermana, al menos le

agradecerías que te salvara ante vuestros padres.

—No.

—¿No? ¿En serio?

—Subestimas la pereza de un yonqui, su capacidad infinita de inacción. Si pudiera, un yonqui ni siquiera respiraría. No, fue como si esa escena en el zaguán de la casa jamás hubiera sucedido.

—Bueno, puedo entender que no tomaras tú la iniciativa de hablar con ella. Pero ¿y ella? ¿Por qué no habló ella contigo?

Lentamente, complaciéndome por primera vez en la presencia de la cámara, que va a captar con extraordinario detalle mi cara, sonrío con la mitad de la boca. Ahora ha sido Sara la que ha lanzado una pregunta que solo podría contestar un muerto, mi hermana Carmen. Si cualquiera de los dos lo hiciera por ella, estaría cometiendo una usurpación, una especie de sacrilegio.

Llevamos varios minutos dando vueltas en círculo, la conversación ha encallado en una zona de la que Sara no logra sacarnos. Pero quizá la culpa sea mía, de mi pudorosa resistencia a ser escrutado, y opto por enunciar una teoría que nunca antes me había planteado pero que de pronto me parece verosímil y además concuerda con la coherente y sólida verdad que estoy fabricando para ella:

—Creo que mi hermana sentía fascinación por la heroína, o por las drogas en general, como tanta gente en esa época anterior a la hecatombe yonqui. Creo que no se atrevió a hablarme de ello porque estaba esperando el momento idóneo, no quería hablar antes de tiempo. El momento idóneo llegó un mes después, en enero.

—¿Fue entonces cuando te sacó el tema?

—En realidad… En realidad no. Simplemente me pidió que le inyectara una dosis.

No he querido ser efectista, pero Sara encaja mi afirmación con un estremecimiento de su cuerpo, que casi no distingo, es apenas una masa gris envuelta en un tenue resplandor. Desde luego, la conversación se ha desencallado, y ella se precipita con un interés incisivo y brusco:

—¿Cómo te lo pidió? ¿Dónde estabais? ¿En el piso? ¿Y te lo dijo así, sin más?

—Fue al día siguiente de la inauguración de esa exposición colectiva de la que te he hablado. A la que, por cierto, ella acudió con su novio. Fue un desmadre. Todo el mundo estaba borracho o drogado o las dos cosas. Mi hermana bebió, nada más, y probablemente poco. Su novio, el futuro tertuliano, estaba como una cuba. No decía más que gilipolleces, ya apuntaba maneras. Al día siguiente, mi hermana y yo nos despertamos a la hora de comer, aunque sin muchas ganas de comer. Bueno, yo nunca las tenía. El caso es que por la tarde nos

quedamos dormidos en el salón, en un sofá grande que teníamos. Cuando me desperté, mi hermana me estaba mirando, tenía la cabeza apoyada en mi hombro y me miraba con los ojos muy abiertos. Repitió mi nombre varias veces, Edu, Edu, para asegurarse de que me estaba enterando, y después me lo pidió.

—¿Qué te dijo exactamente?

—Exactamente no lo recuerdo. Quería inyectarse caballo. Quería que yo lo hiciera.

—¿Y tú accediste? ¿No te lo pensaste ni siquiera un poco?

Sara, que hasta ahora había asimilado mi testimonio con seriedad y distancia, como si registrara unos hechos ocurridos en otro continente y otro siglo, manifiesta en su voz un timbre de escándalo.

Ya casi no puedo ver su rostro ni la expresión que le da forma, y no puedo clavarle una dura mirada de advertencia o de desafiante dignidad. Pero a estas alturas no voy a aceptar su reprobación. Nunca la he aceptado de nadie. Voy a continuar hablando, de acuerdo, ese es el trato, pero no intentaré justificarme. No me justificaré.

—No era la primera vez que se chutaba. Eso me dijo. Que lo había hecho la semana anterior con una amiga. Pero el material no era bueno o lo habían hecho mal, su amiga no tenía casi experiencia. Me dio a entender que había sido peligroso y que, si no lo hacía conmigo, lo volvería a hacer con su amiga. Y no me cupo la menor duda de que sería así, lo volvería a hacer antes o después, conmigo o con otras personas. Por lo tanto, ¿con quién mejor que conmigo?

—Y tú lo hiciste.

En su entonación persiste el juicio, una metálica ondulación de condena. La ira me sube por las piernas, se retuerce en mi estómago —donde sigue sin haber ni una maldita gota de whisky— y me estalla en el cerebro como una vena taponada por un coágulo. Golpeo la mesa con la palma de la mano. Sara da un salto sobre su silla (no me avergüenza sentir alegría al pensar que la cadera le habrá dolido) y yo puedo percibir el miedo en su interior, paralelo a mi ira, consecuencia de ella. Me muerdo las mejillas por dentro (la cámara lo captará nítidamente) y consigo no alzar demasiado la voz:

—¡Claro que lo hice! ¿Es que no lo sabes ya? ¡Lo sabes perfectamente! Mi hermana se enganchó a la puta heroína por mi culpa y murió. ¡Murió! ¡Lo sabes desde el principio! ¿Acaso no estás aquí por eso? Entonces, ¿a qué viene ahora ese tono?

—Eduardo, no… Yo no…

—¡Bah!

A punto estoy de dar otro golpe en la mesa, pero me contengo. Me levantaría y me marcharía de la sala, pero esto también sería una derrota, y además descubro con fastidio que continúo bajo unas reglas

que por alguna razón soy incapaz de infringir: esta es la sesión de Sara, es ella la que manda, yo el que obedece: no me puedo marchar si ella no me da permiso.

Aflojo los músculos que se preparaban para sacarme de aquí. La relajación que viene después alumbra en mi cabeza una fulgurante idea, la sospecha de que ella haya querido provocarme, de que me haya tendido una trampa para desencadenar en mí esta reacción. Sara es suficientemente lista para tramar algo así, aunque no sé si tan taimada.

De su negra silueta aflora la figura de un brazo. La mano que está en su extremo se acerca a la cámara. Sara dice:

—Lo dejamos ya, si quieres. No queda mucha luz.

—Si es por la luz, de acuerdo. O si es por ti. Pero no por mí, yo estoy bien.

—En ese caso… La verdad es que esta cámara puede grabar casi en la oscuridad.

—Pues por mí seguimos un poco más.

—Claro, claro. Gracias.

Su voz ha adoptado una modulación más pura, se ha limpiado del desagradable moralismo pero también del miedo. No me arrepiento del golpe en la mesa, de la agresividad, de haber disfrutado del dolor de su cadera.

Cierro los ojos. Siento la atención del objetivo como una vibración en la carne de mis párpados. Pienso en mi hermana, en aquella desgraciada tarde. Comienzo a hablar:

—Fuimos a mi habitación, donde tenía guardado el material. Recuerdo la mirada fascinada de mi hermana mientras yo lo preparaba todo. Ahora la visualizo sacando fotografías del proceso, pero sin duda eso tuvo que ser más tarde, no aquel primer día. A partir de un determinado momento, mi hermana no hizo fotos de un tema que no fuera el caballo, los yonquis, esa extraña vida de muertos a la que ella se quedó enganchada. No solo de la sustancia en sí, sino también del ambiente, de la parafernalia, de aquel tiempo que parecía detenerse mientras estuvieras colocado. A todos nos pasaba, pero a Carmen la heroína la absorbió por completo, la vampirizó, y rapidísimo. Recuerdo que cuando lo tuve todo listo y le agarré el brazo, estaba temblando. Tantos años después, tengo la imagen clarísima, y esta no la confundo con otra posterior, del dorso de su frágil brazo adquiriendo relieve en unos pocos segundos, sus pálidas venas hinchándose por el estrangulamiento con el cinturón de mi bata. Acerqué la aguja a su piel y empujé muy despacio para que el pinchazo fuera lo más suave posible, para no hacerle daño. Una vez que la aguja se clavó y antes de presionar el émbolo, miré a mi

hermana a los ojos. Esperé unos instantes y le inyecté la heroína. Y entonces supe que me había mentido.

—¿Qué?

—Me mintió.

—¿Ella? ¿Cuándo?

—Al decirme que se había chutado antes. No era verdad, mi hermana me engañó. Aquella era su primera vez. Lo supe mirándola a los ojos. Cuando terminé de apretar el émbolo, sus ojos estaban nadando en el océano de placer de la heroína, donde la brutal sensación que pulsa todas tus terminaciones nerviosas se une a la sorpresa de que sea tan potente. Esa conmoción solo ocurre la primera vez. Un yonqui reconoce esa mirada, el eterno hundimiento del primer chute, y es la razón por la que los drogadictos son proselitistas. Tienen mitificada la primera vez y la persiguen toda su vida, inútilmente, la intentan revivir una y otra vez a través de otras personas, a las que animan a que lo prueben, aun a sabiendas de que significará su esclavitud, su perdición, probablemente su muerte. Es una forma demencial de generosidad. O todo lo contrario, de egoísmo, no sé. Pues yo reconocí esa mirada en mi hermana.

—¿Y no te enfadaste con ella? Por haberte mentido, me refiero.

—No.

—¿Ni siquiera si lo piensas ahora? ¿No te arre…?

Sara se interrumpe. Está pisando de nuevo el terreno del juicio moral y teme mi ira, otro manotazo en la mesa, que me cierre en banda y no conteste a más preguntas. Lo paso por alto y repito:

—No. El hecho de que me hubiera mentido, de que no se hubiera chutado antes, no cambiaba las cosas. La idea estaba inoculada en su cerebro, el interés por la heroína, la fascinación. Fíjate cuánto lo deseaba que llegó a mentirme a mí, a su admirado hermano, para conseguirlo. Así que se habría chutado antes o después, conmigo o con otra persona. No, no me enfadé con ella. ¿Sabes en cambio lo que sentí? ¿Sabes lo que sentí al ver cómo sus párpados se entrecerraban por el éxtasis y su cuerpo se ablandaba entre mis brazos? Envidia. Una tremenda, casi insoportable envidia. Era su primera vez, su primer chute, y yo lo tenía ahí, al alcance de mi mano. Y aunque me había dicho a mí mismo que no lo haría, que estaría pendiente de ella por si algo iba mal, cambié de opinión y también me chuté. Recosté a mi hermana en la cama, de lado, le puse una almohada debajo de la cabeza como en un fumadero de opio, y me inyecté con la misma jeringuilla.

Abro los ojos. En estos minutos, la tarde ha terminado de caer. Por las dos ventanas que dan a poniente se cuela una débil fosforescencia cuya intensidad solo alcanza a impregnar la tela de las cortinas —el

añil es casi gris, el azafrán también, ambos rozan una lividez monocromática—. A pesar de lo que Sara ha dicho, no creo que su cámara pueda obtener información de esta acentuada penumbra. Pero quizá sea mejor así, quizá mi voz sonando en la oscuridad sea un testimonio más fiel de aquel lúgubre episodio. Pero no me voy a preocupar por esto, Sara lo habrá contemplado. Es su sesión, ella manda.

Y justo ahora, como si me hubiera leído el pensamiento, dice:

—Lo vamos a dejar aquí. Muchas gracias, Eduardo.

Con dificultad, recurriendo a la imagen residual que conservo de toda la tarde, localizo sobre la mesa el paquete de tabaco y el mechero. Los agarro con una mano, empujo la silla hacia atrás y me pongo en pie. Sé que no hay ningún obstáculo hasta la escalera y camino recto hacia ella, hacia el vaho luminoso que asciende de la primera planta y que me permitirá bajar los peldaños sin peligro. Cuando llego a la escalera, antes de abandonar la sala, hago algo que no tenía previsto: acerco la mano al interruptor de la pared y vuelvo la cabeza para que mis palabras se oigan mejor:

—Ahí no verás nada. ¿Te enciendo la luz?

—Ay, sí. Te lo agradezco.

Lo hago, y sobre mis hombros se derrama un brillante manto halógeno. Empiezo a bajar, pero no llevo ni tres peldaños cuando Sara se dirige a mí, rompiendo —ella también— la regla de mutismo que rige entre nosotros cuando no estamos en una sesión, suya o mía:

—Eduardo.

—¿Sí?

—Hay un pequeño restaurante en el pueblo, frente a la playa. Lo veo todas las mañanas cuando voy a nadar y no tiene mala pinta. Hacen pescado a la brasa. Tal vez te apetecería cenar allí.

—Eh… Sí, claro.

—Estupendo. Recojo esto y estoy lista en cinco minutos. Tengo hambre.

Hago un ruido de asentimiento con la garganta y continúo bajando.

Aunque hace horas que lo deseo, mis ganas de fumar han disminuido de golpe. Pero voy a fumar, me digo, voy a salir al porche de la casa a fumarme un cigarrillo, ya lo creo.

Mientras cruzo el salón a oscuras, me pregunto a qué se debe esta súbita, contradictoria distensión entre nosotros, que he propiciado yo sin pensarlo y que ella ha respaldado de inmediato, hábilmente, como si lo hubiera estado esperando desde antes de mi gesto con el interruptor de la luz. ¿Han sido su juicio moral y mi posterior ira una manera de acercamiento? Pero puede que no, puede que haya sido al

revés: que este acercamiento sea una manera de disculparnos —yo primero y ella después— por la ira y el juicio, por ese encontronazo que constituye otra forma de cercanía, la mayor entre nosotros desde que estamos aquí. Pero ¿no es lo mismo?

Salgo de la casa y doy la primera calada al cigarrillo. Abajo, en Agua Amarga, las farolas ya están encendidas, aunque en el cielo aún persiste la inflamación azul que ha dejado el sol al ponerse. Espero que el vino blanco de ese restaurante esté muy frío.

—No te lo conté durante la última sesión porque nunca le he dado importancia. Pero también, o sobre todo, porque nunca he estado completamente seguro de que sucediera. Y casi cuarenta años después, si intento indagar en mi memoria, no hago más que inventar sin quererlo imágenes dudosas o enturbiar las pocas fidedignas, como si hurgara con el pie en el cieno del fondo de un río. Un ejercicio frustrante y vano. No, no creo que tuviera importancia, si es que llegó a suceder, aunque es algo que volvería loca a mucha gente, una experiencia perturbadora de esas que luego se recuerdan todos los días con una mezcla de vergüenza y negación. Sin embargo, en estas sesiones no soy yo quien decide lo que es importante y lo que no. Es tu tesis, tú decides. Yo te lo cuento, aunque acaso nunca ocurriera, y tú haces lo que quieras con la información. Es solo una conjetura, estás advertida.

Con un pudor que no ha manifestado en las últimas dos horas, Sara se cubre los pechos con el antebrazo y desliza el pie sobre la mesa para que el muslo se alce y oculte el pubis. La piel alrededor de la cicatriz se frunce y el color de esta, debido a la tirantez de la carne, varía y se acerca a un beis muy oscuro con hilos rosáceos.

Tras haber forzado yo este salto de eje, este cambio no acordado entre una sesión mía y una suya, el comportamiento de cada uno tiene que adoptar un nuevo registro: ella ha pasado de la exhibición al pudor y yo voy a dejar de ser el observador para ser el observado. No sé si ha sido una buena idea, pero no lo he podido evitar.

Ella tarda unos segundos en asimilar la transición, en ceñirse el inesperado uniforme de entrevistadora, púdico e inquisitivo. Pero, cuando habla, lo hace ya con el tono sereno y firme de sus sesiones:

—Pues cuéntame esa conjetura. Cuéntame eso que tal vez no sucedió. Me interesa mucho. Pero dame unos minutos para que lo prepare todo, ¿de acuerdo?

—Sí, por supuesto. Y perdona.

Se agarra con ambas manos al borde de la mesa, bascula el cuerpo sobre esos dos puntos y arquea el torso antes de saltar al suelo. Resuelta y sigilosa, va hasta el rincón donde está la mochila con sus cosas —el cuaderno, las baterías, las tarjetas de memoria— y después hasta la cámara montada sobre el trípode.

Admito que me gusta su cojera, que busco nuevas formas de disimulo para observarla. Tiene algo paradójicamente armónico, cadencioso, como el contoneo incitante de una bailarina. Sigue

desnuda, su pudor ha quedado postergado por la urgencia, por la viva curiosidad sobre lo que voy a desvelarle. Mientras tanto, retiro el caballete con los dos lienzos en los que he estado trabajando hasta hace un momento, cuando me ha asaltado el brumoso recuerdo que he decidido contarle (¿ha sido por su cuerpo desnudo?, ¿por alguna postura concreta?; pero no se parece en nada a mi hermana Carmen). Ya limpiaré luego los pinceles.

Mis sesiones, en las que Sara posa y yo pinto, han sido siempre por la mañana, y las suyas, las de su tesis, por la tarde, quizá porque para recobrar un pasado tan lejano necesito tener la cabeza desentumecida, despierta, no recién incorporada a la vigilia. Pero ahora es por la mañana, aún no habrán dado las doce y, sin embargo, voy a hablar delante de su cámara. Creo que cada vez me cuesta menos regresar a esa época. O acaso sucede que, de una sesión a otra, no la abandono por completo, una parte de mí se queda en aquel lado y durante el día me manda imágenes que debo transmitirle a Sara.

Como es por la mañana y el sol está en la posición contraria, Sara cambia de lugar la silla en la que suelo sentarme. Pero no mueve el trípode, se limita a girar la cámara ciento ochenta grados sobre su eje. La enciende, hace alguna comprobación en la pantalla y regula las cortinas de las cuatro ventanas. Y solo ahora, cuando está todo listo, parece acordarse de su desnudez, del pudor, y se viste: las bragas, una camiseta azul, el peto corto amarillo. Lo hace de espaldas a mí, aunque yo lleve dos horas viéndola sin ropa con un grado de atención extremo.

Sara coloca su silla detrás de la cámara, se sienta, y espera a que yo haga lo mismo, sin mirarme para no meterme prisa. Finge que repasa algo en sus apuntes; desenrosca la estilográfica y contempla al trasluz el nivel de la tinta; se masajea maquinalmente la cadera.

De pronto tengo ganas de fumar. Pero no las tenía mientras pintaba. Acaso sea una manera de arrepentirme por haber mencionado este tema, que en la última sesión opté por mantener oculto. Entonces no son ganas de fumar: es vértigo, deseo de huir, un vago miedo. Pero ya no hay vuelta atrás.

Me siento en la silla. Sara manipula la cámara y comienza a grabar. Hago crujir mis nudillos.

—Lo último que te conté fue el primer chute de mi hermana. Me mintió para que le inyectara caballo y yo lo comprendí al ver sus ojos. Pero no tengo ninguna duda de que se habría chutado de todos modos. Fue al día siguiente de…

—De la inauguración de la exposición colectiva en la que participabas: *Joven vanguardia pictórica*.

—¿Se llamaba así? Qué horror. No lo recordaba.

—Tú expusiste tres obras.

—Vaya, te lo sabes mejor que yo. Entonces hacía esas escenas nocturnas de Madrid, de callejones, de solares, de edificios abandonados, y les pegaba encima trozos de periódico, con anuncios, con fotos. Eran una mezcla de cuadro y *collage*. Bueno, pues continuamos en aquel día, la tarde siguiente a la inauguración. Muerto de envidia al ver a mi hermana derretirse en la heroína, y aunque me había prometido no hacerlo, me chuté también. Una vez al principio, justo después que ella, y otra vez unas horas más tarde. Estaba muy muy puesto. ¿Por qué lo hice? Era mi hermana pequeña, con la que tenía una relación tan especial, y de alguna forma, y supongo que sonará terrible, criminal, de alguna forma me alegraba que se reuniera conmigo en la heroína. Era el lazo más fuerte que habíamos tenido nunca, más que haber crecido juntos o que compartir el piso de Madrid. Fue una especie de profunda y trascendental comunión. Aunque estas palabras habrían sido más propias de Fede, con ese rollo místico que tenía. A Carmen le duró muchas horas esa primera dosis. Tenía los ojos abiertos, eso sí lo recuerdo, y una sonrisa floja en los labios. Le bajaba un hilo de saliva por la barbilla. Respiraba muy lentamente, muy pocas veces por minuto, seis o siete, algo así. Pero este recuerdo pertenece a las primeras horas, antes de que me chutara de nuevo. Y ella se iría despejando poco a poco. La cuestión, y este es el motivo de que no esté seguro de que realmente sucediera lo que voy a contarte, la cuestión es que tengo una laguna en la memoria de aquella tarde, o mejor dicho de aquella noche. Nada extraordinario tratándose de un yonqui. Recuerdo a mi hermana noqueada, feliz, babeando, y también recuerdo estar preparando la segunda dosis para mí unas horas después. Y ya está, nada más. Fundido a negro.

Bajo la mirada a mis manos. Las tengo manchadas de pintura, como siempre que trabajo, pero me hago el sorprendido para ganar tiempo, aunque nada puede importarme menos. Me froto las manchas con las yemas de los pulgares. Todavía puedo detenerme aquí y no contárselo, me digo, todavía puedo huir.

Sara permanece callada, paciente y en tensión. No me pregunta.

Carraspeo. Allá voy:

—Lo siguiente que recuerdo es que ha amanecido. Seguimos en mi habitación, tumbados en la cama. Fue en el mes de enero, cuando se hace de noche muy temprano, y la tarde anterior no habíamos bajado la persiana, ya estaba oscuro cuando llegamos, así que ahora entra por la ventana mucha luz, demasiada. Una luz desagradable, que me deslumbra. Pero, antes de cerrar los párpados, en mi retina se clava una potente imagen. Uno de esos crudos retratos de Lucian Freud. O mejor, de Egon Schiele, un poco grotescos, expresionistas. Sabes a los que me refiero, ¿verdad? Pues eso: mi hermana Carmen estaba

desnuda. Pero es que también lo estaba yo. Y no me acordaba de nada. De nada. Ella estaba tumbada con medio cuerpo sobre el mío, la cabeza en mi vientre, una mano en mi muslo. Como si hubiéramos estado… Como si hubiéramos…

—Entiendo.

Sara se ha asomado por un lateral de la cámara. Aunque sé que está conteniendo su propia reacción, rebajándola para no condicionar mi relato, una clara estupefacción ha tomado su rostro y desorbita levemente sus ojos, como si en lugar de estar viéndome a mí estuviera viendo la estampa que acabo de describirle.

—Depende de cada persona, claro, pero el caballo suele dar calor. De repente te sobra ropa y empiezas a desprender el calor de la heroína, que arde dentro de tu cuerpo durante horas como una pólvora lenta y silenciosa. Sin embargo, estábamos en el mes de enero, hacía frío, y aunque la calefacción de ese piso siempre estaba alta, no era lógico estar tumbados encima de la cama, desnudos y destapados. De hecho, yo tenía frío. ¿Qué había pasado? ¿Me había quitado ella la ropa? ¿Y por qué? ¿Para qué? Mi hermana tuvo que despejarse mucho antes que yo, pues solo le había inyectado una dosis, aunque para ella fuera la primera. En mitad de la noche, ella estaría bastante sobria y yo medio muerto por el segundo chute. ¿Qué había pasado? Nunca lo he sabido.

—Pero ¿por qué piensas que pasó algo entre vosotros, algo… sexual? Porque te refieres a eso, ¿no?

—Claro que me refiero a eso. Pero de acuerdo, entonces no pasó nada. Ya está.

—No, Eduardo, yo no…

—No pasó nada. El caballo y el sexo son prácticamente incompatibles, y yo estaba puestísimo.

Ansiosa, disgustada por haber desviado sin querer el curso de mi confesión, Sara chasquea la lengua y frota sus pies descalzos contra el suelo. Prueba con otro ángulo de ataque:

—Pero algo así, algo tan fuerte, ¿no lo recordarías al menos un poco? ¿Alguna imagen?

—Pero es que sí recuerdo imágenes.

—¿Ah, sí?

—Sí. Pero estoy casi convencido de que las inventé después, de que al intentar recordarlo creé imágenes a partir del cuerpo desnudo de mi hermana, y del mío, y de nuestra posición sobre la cama. Intentando recordar, y con la confusión del caballo, llegué a ver lo que pasó aunque quizá no pasase nada. Esto parece un trabalenguas…

—No, no. Te entiendo.

—Pero me has preguntado que por qué pienso que pudo pasar

algo. ¿Sabes por qué? Por la admiración que mi hermana tuvo hacia mí desde siempre, desde que éramos niños. Una admiración que tal vez, y esto nunca se me había ocurrido hasta ese momento, tal vez en la cabeza de Carmen iba un poco más allá, era algo más que admiración. Una especie de idealización, de fascinación platónica, de enamoramiento. Esto tampoco es tan infrecuente entre hermanos. Recuerdo situaciones equívocas en la casa de Asturias, durante años, en el límite entre lo infantil y otra cosa, entre lo inocente y otra cosa, en las habitaciones, en el cuarto de baño, durante las siestas de verano. Nada del otro mundo. Pero Carmen podía llevar muchos años sintiendo algo y aprovechó esa intimidad suprema que nos proporcionó la heroína para, del modo que fuera, satisfacerlo, consumarlo, llámalo como quieras. Suena morboso, o sórdido, soy consciente. Pero hace un rato he creído que tenía que contártelo. Insisto en que no es más que una conjetura, indemostrable tanto tiempo después. Así que perfectamente puedes olvidarlo. O borrar la grabación. Ya está.

Vuelvo a restregarme las manchas de pintura de las manos. Bajo mucho la barbilla, trato de enseñar a la cámara un escorzo más oblicuo, menos franco, esconderme de Sara en alguna medida. Me invade el pecho una quemazón depresiva, el desaliento. Tengo la certeza de no haber sabido explicarlo bien y, en consecuencia, de haber malgastado frívolamente la preciada memoria de mi hermana Carmen. Esta ambigua historia tenía más valor mientras permanecía dentro de mí, férreamente acallada. Pero al verbalizarla ante Sara se ha corrompido, su rara belleza ha quedado devaluada, como una sutil sustancia mantenida en el vacío que al contacto con el aire se hubiera degradado en pocos segundos.

Miro hacia las dos ventanas que me alumbran. El vivo sol del mediodía prende en las cortinas, que Sara ha echado por completo, el color puro de las telas: el vibrante índigo a la izquierda, el naranja incandescente y tórrido a la derecha.

Quizá, me digo, quizá la imprecisión en que he envuelto mis palabras, la deliberada turbidez que he removido delante de ellas, se ajuste a la verdadera naturaleza del recuerdo de aquel episodio. Quizá era necesario sacarlo de dentro de mí, que entrara en contacto con el corrosivo aire, para que quedara así reducido a un fino polvo inerte, a casi nada, a nada.

La prudente, temerosa voz de Sara interrumpe el silencio, que ha podido durar un par de minutos:

—No contestes si no quieres, Eduardo, pero… Cuando piensas en lo que tal vez pasó entre vosotros esa noche, ¿qué sientes? Es simple interés mío. Puedo dejar de grabar. O por supuesto puedes no contestar.

—No, no dejes de grabar. Nada, no siento nada.

—¿Nada? Pero… era tu hermana. Y disculpa si…

—Ya sé que era mi hermana. Pero te lo he dicho al principio: nunca le he dado importancia a esta historia. No la tuvo. Aunque en efecto sucediera, no la tuvo. Para los yonquis no existe la moral, sobre todo cuando se acaban de chutar o cuando necesitan urgentemente chutarse. Es decir, casi todo el tiempo. Para un yonqui no existe nada más que la heroína. Todo lo demás queda por debajo, incluida la muerte, aunque la estén rondando cada vez que se chutan. Por lo tanto, ¿qué importancia iba a tener que mi hermana y yo hiciéramos algo aquella noche? Si lo hicimos fue porque ella, encaprichada, enamorada de mí o lo que fuera, lo deseaba. ¿Y quién era yo para negarme? De hecho, lo volvería a hacer, si es que hice algo o consentí en hacerlo o no me opuse. Ella era mi hermana pequeña, mis padres me la habían confiado, y yo le había proporcionado su primera dosis de heroína, la sustancia que acabaría con su vida en muy pocos meses. ¿Qué importancia iba a tener que nos acostáramos? Ninguna, ninguna. Antes de aquel verano, ella iba a estar muerta.

Mientras trago despacio el té frío, que diluye en mi lengua la saliva impregnada de tabaco, devuelvo el vaso al suelo. En la baldosa de al lado está el termo de acero inoxidable. La violenta luz del exterior, que las cortinas tiñen pero no atenúan lo suficiente, incide en el recipiente con forma de bala de cañón y lo hace centellear.

Cruzo las piernas, me rasco la muñeca con la barba del mentón, miro las manchas de pintura de mis manos. ¿Qué hará Sara con estos planos de cámara en los que no hablo? Podrían servir para montar una de esas insoportables piezas de videoarte que proyectan en las galerías. De fondo, por ejemplo, podría oírse el tictac de un metrónomo. O los mugidos de una ternera recién nacida, en bucle, una y otra vez. Maldito Warhol.

Me concentro en la pregunta que Sara ha formulado antes de que paráramos para beber, ella agua y yo té frío. No hago caso a esta suave angustia que sordamente me pide que no hable más, que deje de agitar este material inestable con tanto poder para trastornarme. Sigo hacia delante y contesto:

—Cinco o seis meses. No sé si llegó a medio año. Su primer chute fue al día siguiente de aquella inauguración, quizá tú sabrás la fecha.

—La inauguración fue el quince de enero.

—Pues entonces su primer chute fue el dieciséis de enero. Y el último, el que la mató, fue a principios de julio, el tres. Eso son… cinco meses y pico, menos de medio año. Ese fue el tiempo que mi hermana tardó en disolverse en la heroína. Un cataclismo. Pero me va

a ser difícil contarte cosas de ese periodo, detalles. Primero porque Carmen, a partir de un cierto momento, comenzó a desaparecer, a pasar días fuera de casa sin que yo supiera dónde podía estar. Y segundo porque yo también caí en barrena, me drogué más que nunca, y mi memoria de ese periodo es un gran agujero.

—¿Por qué crees que te drogaste más? ¿Porque ya no tenías que esconderte de tu hermana?

—A un yonqui le sirve cualquier excusa para chutarse otra vez o para poner un poco más de material en la cuchara, un golpecito con el dedo, un grumo más de caballo. A lo mejor pensé que si me drogaba más que mi hermana, ella estaría a salvo. Si yo iba por delante, más puesto que ella, y no me pasaba nada, a ella tampoco. Así funciona la cabeza de un yonqui. De todos modos, esta idea tenía algo de sentido.

—¿Sentido?

—Sí. Todos los de la pandilla consumíamos el mismo material, el que conseguía Mariajo. Por lo tanto, si yo me metía una mayor cantidad y no me pasaba nada, Carmen no correría peligro. ¿Ves? Tiene lógica.

—Háblame de esos meses, de ese medio año.

—Haré lo que pueda. Te repito que estaba en las peores condiciones para retener información. Solo recuerdo imágenes sueltas, y además están desordenadas. No voy a poder asegurarte al cien por cien cuál iba antes y cuál después. Recuerdo situaciones estáticas, estampas, pero con el *leitmotiv* permanente de la heroína. Eso es todo lo que voy a poder contarte.

—De acuerdo.

Con languidez, descuelgo el brazo hasta el suelo y agarro el vaso. Desde este ángulo ligeramente distinto, lanzo una mirada rápida hacia el muslo derecho de Sara. No me hace falta ver su cicatriz. Después de estudiarla durante días, está grabada en mi cerebro y soy capaz de proyectarla sobre la realidad, sobre la corta pernera amarilla de su peto, que se vuelve transparente ante el empuje de mis ojos y me muestra el trenzado cuerpo de la serpiente. Ahogo mi excitación con un sorbo de té frío.

—La degeneración de mi hermana fue la típica de un heroinómano, pero mucho más acelerada, comprimida en poquísimo tiempo. Precisamente por ello fue más perfecta, canónica, si se puede decir así, sin engañosas etapas de desintoxicación y aparente mejoría. ¿Cuál fue la primera señal de su caída en picado, la primera de todas? Por supuesto, las clases, empezó a faltar a las clases. Me acuerdo de un día. Estaba pintando en la habitación que usaba en aquella época como estudio, serían las dos o las tres de la tarde, y de repente entró Carmen. Me dio un susto. Llevaba la ropa del día anterior, arrugada,

evidentemente se acababa de despertar. Yo la estaba esperando para comer, creía que se había ido por la mañana a la facultad y, sin embargo, llevaba toda la noche y toda la mañana durmiendo en su habitación. En esa fase inicial, mi hermana pasaba mucho tiempo en casa, todo el día. Estaba tirada en la cama o en el sofá o sobre una montaña de cojines en un rincón de su cuarto, hojeando algún libro de fotografías o de arte o viendo la televisión. Para qué iba a salir de casa, si allí tenía todo el material que quería. La segunda señal fue la ruptura con su novio, ya sabes, el futuro tertuliano. Aunque quizá fue la primera y yo me enteré tarde. En los meses anteriores, él venía de vez en cuando a casa, a cenar, a tomar algo, a pasar la tarde con mi hermana, y en alguna ocasión se quedó a dormir. Pero un día caí en la cuenta de que llevaba bastante sin verlo, varias semanas, no sé, y le pregunté a mi hermana. «Ya no estamos juntos», me respondió, sin explicar nada más, y siguió mirando la tele y comiendo caramelos, unos caramelos que le dio por comer un tiempo, pequeños, redondos, que te dejaban la lengua roja. Tenían un drácula en el envoltorio. Comía montones de ellos, tenía una bolsa enorme siempre a mano, iba por toda la casa con la bolsa. Lo cual no impidió que siguiera adelgazando.

—¿Y tus amigos? ¿Tuvieron más trato con ella a partir de ese momento?

—Claro, claro. Desde que se convirtió en yonqui, mi hermana se unió a mi pandilla. Igual que dejó a su novio, o él la dejó a ella cuando se enteró de que se había enganchado al caballo, da lo mismo… Igual que dejó a su novio, dejó a sus amigos de la facultad y se unió a nosotros.

—¿Se llevaba bien con ellos a pesar de la diferencia de edad? Porque María José era bastante mayor.

—Mariajo tenía casi diez años más que mi hermana. Y Javier, el abogado con dos hijos, le sacaba veinticinco. Pero supongo que ya habrás entendido la dinámica de la heroína. El abogado cuarentón y padre de familia tenía más en común con mi hermana, siendo los dos yonquis, que con su propia mujer. ¿Cómo iba a seguir Carmen saliendo con su novio o con sus compañeros? Estaban en galaxias distintas.

—Se llevaba bien con tus amigos, entonces.

—Sí. Un yonqui siempre es bienvenido por otro yonqui. Es alguien como tú, que no te mira mal, que no te sermonea sobre los peligros de la droga. Pero a mi hermana la recibieron con especial cariño, si se puede hablar de una emoción de esa intensidad en personas que están todo el día dormitando o frenéticas, buscando desesperadamente la manera de ponerse. A Carmen la empezaron a llamar «canija». Hasta yo la llamaba así. «¿Sabes dónde está la canija?» «¿Qué tal, canija?»

Aunque, ahora que lo pienso, también es cierto que tuvo algún roce con Mariajo al principio.

—¿Por qué?

—Creo que por celos de Mariajo, celos de algún tipo, no sé. Mariajo era muy atractiva, seducía enseguida a todo el mundo, hombres y mujeres, con su belleza y con su forma de ser, cálida, inteligente, *sexy*. Pero también tenía su vanidad, y dentro del grupo ejercía de líder. Era el nexo entre todos nosotros, casi todas las relaciones giraban alrededor de ella: era mi novia, la hermana de Charli, ella introdujo a Javier en el grupo después de su juicio, nos conseguía el material a todos… Carmen, en cambio, entró en el grupo por mí. No creo que Mariajo viera cuestionado su liderazgo, en absoluto, ni por mí ni muchísimo menos por mi hermana, la pobre. Sin embargo, de algún modo quiso demostrar que tenía la potestad de vetar incluso a mi hermana. Fue un alarde de poder, algo así. Vaya, no suena muy bien. Mariajo tenía sus cosas, sí.

—Alguna vez has dicho que tu hermana y tu amigo Fede estuvieron liados. ¿Cuándo fue eso?

—Nunca lo supe con seguridad. Nunca los vi comportarse como pareja delante de mí. Aunque… ¿qué hace una pareja de yonquis? ¿Qué los convierte en pareja? En muchos casos, que haya sexo entre ellos o que no lo haya no significa nada. Mariajo y yo éramos pareja, lo fuimos durante años. ¿Por qué lo éramos? Por un lado, pasaban muchos meses sin que ocurriera nada sexual entre nosotros. Y por otro lado, Mariajo podía dejar que un camello se acostara con ella a cambio de material gratis o más barato. Sin embargo, ninguna de estas dos circunstancias alteraba nuestra condición de pareja. Éramos novios. Así lo sentíamos y lo decíamos si nos preguntaban. Respecto a mi hermana y a Fede, fue después de la muerte de ella cuando sospeché que habían tenido algo. Primero, porque a Fede le afectó mucho, hasta se planteó subir con nosotros a Asturias para el entierro. Y después porque relacioné varios hechos. A menudo Fede sabía mejor que yo dónde estaba mi hermana. Una de esas veces en que desapareció durante días, fue él quien la encontró. También solía ser él quien la ayudaba a chutarse, le gustaba hacerlo, y ella a él. Entre los yonquis, esa es la mayor intimidad que se puede compartir. Otro dato: de la pandilla, a quien mi hermana más fotografió fue a Fede, incluso más que a mí. En fin, es una sospecha, nada más, y puedo estar equivocado. Pero me hace sentir bien, o menos mal, pensar que mi hermana y mi mejor amigo estuvieron juntos. Aunque tampoco esto tiene importancia. Da igual.

Mi vaso se ha quedado vacío y me inclino para alcanzar el termo. La luminosidad de las ventanas incide en las finas estrías del acero cepillado y refleja sobre las baldosas, conforme muevo el termo, un

mapa de círculos concéntricos. Mientras me sirvo té, no puedo evitar que una sonrisa agria deforme mi boca. Noto que Sara me observa, y la cámara no para de hacerlo ni una décima de segundo. Antes de cerrar el termo, me apresuro a seguir hablando para justificar mi sonrisa y que no quede enigmática, en el aire, absurda o cínica:

—A veces he llegado a pensar que a mi hermana no la mató la heroína sino la fotografía. Por lo tanto, el culpable de su muerte no fui yo, fueron mis padres. Ellos le regalaron la cámara de fotos.

—¿Por qué piensas eso?

—Bueno, a lo mejor lo pienso porque soy un miserable.

—¡Venga ya!

Me llevo el vaso a los labios. Por encima del borde miro a Sara, que cada vez se oculta menos detrás de la cámara, y de pronto comprendo que ella tiene una determinada imagen de mí, sin duda más favorecedora que la que tengo yo, y no permite que se la ensucie. También comprendo que, a ratos, yo sucumbo a la tentación de hacerlo, de ensuciársela, poniéndome innecesariamente melodramático, como ahora mismo.

Sonrío de nuevo, más afablemente, mientras deposito el vaso en el suelo. Me disculpo:

—Sí, perdona. Ha sido una tontería. Lo que quería decir es que la adicción de mi hermana y su progreso como fotógrafa discurrieron en paralelo, se retroalimentaron. Y si la degeneración debida al caballo fue extraordinaria, por rápida, por fulminante, una curva perfecta hacia el abismo, su trabajo fotográfico también evolucionó de un modo extraordinario. Por alguna razón la heroína, que deprime el sistema nervioso y convierte a sus consumidores en peleles, a mi hermana le estimuló la creatividad, el impulso artístico. El caballo la empujó a hacer más y mejores fotos. Creo que esto se debió a que en Carmen se produjo una identificación indisoluble entre ambos mundos. Desde que empezó a chutarse, ya no hizo fotos de otra cosa que no fuera la heroína, los yonquis. Trasladó su fascinación por ese ambiente a la fotografía. Encontró su tema. Y hay artistas, incluso muy cotizados, que se pasan toda su vida sin encontrarlo.

—¿Consideras que tu hermana era una buena fotógrafa?

—Sin duda. No soy objetivo, claro, mi opinión no vale, pero estoy convencido de ello. Fue una verdadera artista con un proyecto muy potente, muy claro, y nada tópico en aquella época. Técnicamente era muy buena, tenía un equipo profesional y llevaba años revelando sus fotos. A su edad, tenía una gran experiencia con el blanco y negro. La cuestión es que su proyecto iba más allá de la fotografía. Esto es algo que he pensado después. A ver si consigo explicarlo…

Tanteo con las yemas de los dedos, a ciegas, el vaso de té, pero no

atino en un primer intento y después me doy cuenta de que no me apetece, de que este gesto tendría sentido si la bebida fuera whisky o si estuviera buscando el paquete de tabaco. Pero no quiero más té y sigo hablando:

—El proyecto de mi hermana era fotográfico pero también, en cierto modo, era una *performance*. Para retratar de la mejor manera posible a los yonquis se convirtió en uno de ellos. Se chutó como ellos, vivió como ellos. La realización completa de su proyecto implicaba su propia muerte. Su muerte por sobredosis estaba dentro de sus objetivos artísticos, era el objetivo final, el que cerraba el proyecto. Y lo logró, vaya si lo logró. Me parece, Sara, que estás haciendo tu tesis doctoral sobre el Muñoz-Merchán equivocado. La obra y la vida de mi hermana son mucho más interesantes. Te saldría una tesis más original.

—Lo pensaré, lo pensaré… Pero ¿dónde están todas las fotos de tu hermana? El otro día no me enseñaste más que quince o veinte.

—¿No me conoces ya lo suficiente? ¿Dónde crees que estarán esas fotos?

—No lo sé.

—Pues ya somos dos. Se perdieron. O las perdí. Cientos de fotos y de negativos. Las que te enseñé estuvieron pegadas en la pared de mi estudio durante años, por eso se salvaron. El resto desaparecieron en algún momento, sospecho que durante alguna de mis estancias fuera de Madrid para desengancharme, seguramente cuando estuve en Praga. Le dejé las llaves de mi piso a un amigo, un yonqui. He olvidado su nombre.

—¿Él te robó las fotos?

—No creo. Era majo, si no recuerdo mal. Pero por el piso pasaría un montón de gente, y a saber… No me extrañaría que las fotos y los negativos acabaran en el Rastro, vendidos por cuatro duros. Una pena. Bueno, o un tesoro para quien las encontrara. ¿Ves? Una tesis sobre mi hermana sería apasionante. Tendrías que empezar buscando esas fotos, como si se tratara de una investigación detectivesca.

Sara estira una pierna entre las patas del trípode y repasa con el pie descalzo el borde de una baldosa. Sobre su piel hidratada y brillante, que está muy bronceada después de tantas mañanas de baños en la playa, la luz se desliza y reverbera y marca la línea recta de la tibia, que destella ante mis ojos como una delgada barra de neón, iluminándome. Pero mis ojos no necesitan seguir subiendo. La memoria reciente de su cuerpo desnudo se impone sobre la realidad. Para mí no hay peto, no hay camiseta, no hay ni siquiera bragas: Sara es la superficie curvada e inconsútil de su piel, solo interrumpida por la mórbida rotura de la cicatriz, por los oídos, por la boca, por los demás orificios. Y esta visión proyectada vuelve a despertar el

recuerdo de mi hermana, de su primer chute, de la mañana en que amanecimos desnudos en mi cama. Así que, en efecto, ha sido el cuerpo de Sara el que ha convocado, casi cuarenta años después, el de mi pobre hermana. No lo entiendo. ¿Por qué? ¿Por qué?

—Mi hermana empezó fotografiándonos a nosotros, a los de la pandilla. Era paciente, y mientras nosotros nos desesperábamos por chutarnos lo antes posible, con la boca seca y las manos temblorosas, ella daba vueltas con su cámara y nos iba sacando fotos. Nosotros no le hacíamos el menor caso, ni aunque hubiera entrado el Papa de Roma le habríamos hecho caso, y por eso las fotos eran tan buenas. El personaje retratado no era consciente de la cámara y esta, en consecuencia, desaparecía. Eran fotografías como hechas sin cámara, un simple pestañeo de cualquiera de los que estábamos allí, una mirada subjetiva sumergida dentro de aquel mundo. Y como técnicamente estaban tan bien, como la exposición era perfecta y estaban tan bien reveladas, al verlas se te olvidaba que eran el producto de un complejo artificio. Después, mi hermana guardaba la cámara, o mejor dicho la escondía, pues con los yonquis nunca se sabe y siempre había alguien a quien no conocíamos bien, y entonces se chutaba. Siempre la última. Te hablo, al menos, de cuando se chutaba con nosotros, al principio.

—¿Y después? Quiero decir, ¿adónde se iba tu hermana? ¿Con quién?

—Nunca lo supe demasiado bien. Pero alguna vez ella me comentó algo. O quizá fue Fede, ya no recuerdo.

—Pues cuéntame lo que sepas.

—Ya voy, ya voy. ¡A sus órdenes!

De nuevo esbozo una sonrisa ladeada, artificiosamente cínica, y me toco con dos dedos la frente en un descreído ademán militar. Pero ahora es Sara la que se disculpa:

—Perdona, igual te estoy atosigando. ¿Prefieres que paremos? Casi es la hora de comer. ¿Tienes hambre?

—Nunca tengo hambre. Seguimos, si te parece bien.

—Gracias. Adelante.

—Como parte de su proyecto fotográfico, de su enloquecida *performance*, Carmen recorrió un itinerario suicida que buscaba agotar el tema, su tema: la heroína, aquellos yonquis pioneros que no sabían hacia dónde se dirigían, que ignoraban los riesgos de una sustancia a la que se habían enganchado por curiosidad o puro aburrimiento. Aquellos yonquis no habían visto por televisión las imágenes de los estragos del caballo. No las habían visto porque todavía no existían, eran ellos los que las iban a protagonizar, pero no lo sabían. Mi hermana recorrió ese camino con su cámara de fotos, etapa por etapa,

un camino descendente, una caída en picado. Lo empezó conmigo, con nosotros, dentro de la pandilla. Esa fue la primera etapa. Nos hizo fotos a nosotros y, cuando tuvo suficientes, siguió bajando.

—Bajando… ¿adónde?

—Te repito que no retuve demasiada información, y en cualquier caso está desordenada en mi cabeza. Pero veía las fotos de mi hermana y me hacía una idea. Puedo reconstruir ese itinerario descendente siguiendo una gradación lógica, aunque Carmen seguramente no la siguió. Ordenaré las etapas para que sea más comprensible.

—Te lo agradezco.

—Pues… veamos. Recuerdo haber visto fotos de tribus urbanas: de *rockabillies*, de punkis, de moteros. Me refiero a miembros de esas tribus que se chutaban heroína. Después estuvo haciendo fotos en pisos de okupas, que entonces se llamaban *squatters*. Eran heroinómanos que no gastaban el poco dinero que tenían en alquilar un piso sino en drogarse. Un escalón más abajo estaban las casas abandonadas, que en realidad eran como los pisos de *squatters* pero en la periferia de Madrid. Eran los mismos yonquis en una fase más avanzada de su destrucción. Una vez, en una de esas casas abandonadas, creo que por San Blas o Vicálvaro, Fede encontró a mi hermana tras varios días sin dar señales de vida. Después de las casas abandonadas… cualquier cosa. Te lo puedes imaginar fácilmente.

Ahora sí agarro el vaso. Al ser atravesado por la luz, el té adquiere el aspecto de una miel oscura. Cuando lo apuro, respiro hondo y me aplasto los labios con el dorso de la mano.

—Cuéntamelo mejor tú.

Sara ha hablado con ese tono cauteloso pero decidido que emplea últimamente en sus sesiones. Con él se aproxima todo lo posible a un tema peliagudo pero sin que a mí me quede margen para resistirme, protestar, cerrarme en banda. Me tengo que plegar, a regañadientes, pero me tengo que plegar. No tengo derecho a incumplir nuestro trato. Porque cuando le ordeno que pose para mí, ella no rechista, se quita al instante la ropa y me ofrece, franca y exenta, la visión de su cuerpo. Si alguna vez se quejara, si pidiera postergar mi sesión aunque no fuera más que un minuto, entonces me estaría dando un futuro pretexto para desobedecer, para negarme a compartir ante su cámara ciertos detalles. Pero Sara es inteligente y no lo hará. Y de este modo me tiene a su merced.

—Sí, claro. Cómo no. Te lo cuento, te lo cuento. Para eso estamos aquí.

—Gracias.

Con esta permanente y redicha amabilidad, sí que está más cerca

de sacarme de quicio. Preferiría que fuera más fría, más dura, incluso que me insultara.

—Vi fotografías de mi hermana en las que aparecían yonquis pinchándose en naves industriales vacías, dentro de coches destartalados con los asientos rajados y los cristales rotos, en escombreras, en vertederos, dentro de contenedores de obra, debajo de puentes, al lado de arroyos de agua sucia… Mi hermana, quizá sin ser del todo consciente, realizó un completo tratado antropológico sobre aquellos drogadictos. Ella casi no se fotografiaba, cosa extraña, pues los fotógrafos suelen autorretratarse continuamente, pero todas aquellas fotos eran una especie de autorretrato, de crónica fotográfica de su inmolación, de su sacrificio en el altar de la heroína. No puedo contarte más, Sara. No sé más. Creo que nunca lo supe, y si lo supe lo he olvidado. Lo siento.

—Gracias.

—¡No me des las gracias! No te estoy haciendo ningún maldito favor, así que no me des las gracias.

—Perdona, perdona.

—¡Y tampoco me pidas…! Da igual, da igual. ¡Pregúntame! ¡Lo que tienes que hacer es preguntarme! ¿No era ese el trato?

—De acuerdo. A ver… Durante… Durante ese medio año en el que tu hermana estuvo enganchada a la heroína, ¿dónde estaban tus padres? Quiero decir… ¿no se enteraron de nada?

—No. Nunca venían a Madrid. Y en la Semana Santa de ese año no volvimos a Asturias, ya no recuerdo qué excusa pusimos, algo relacionado con los estudios, supongo, cuando ni siquiera pisábamos la facultad… Si mis padres la hubieran visto en Semana Santa, si hubieran visto el cambio que había dado desde las navidades, se habrían asustado. Había adelgazado mucho, y eso que siempre estuvo delgada, se le marcaban las costillas, tenía ojeras y las mejillas hundidas, los brazos y las piernas acribillados a pinchazos. Pero, sobre todo, tenía algo muy distinto en los ojos, en la mirada. Su mirada estaba parasitada por la heroína, raptada, como si fuera otra persona o una evolución de sí misma, muchos años más vieja, en cierto modo más sabia.

—Durante esos meses, ¿no tuvisteis ningún contacto con tus padres?

—Hablábamos por teléfono casi todas las semanas. Sobre todo mi hermana.

—¿Ah, sí? ¿Y tus padres no notaban nada? Si estaba tan enganchada…

—Mi hermana era muy inteligente, no te lo puedes ni imaginar. Lo era también de adolescente, pero como yo la conocía desde que nació

y como era muy tímida, nunca me había parecido extraordinario. Pero cuando llegó a Madrid para estudiar, su inteligencia afloró de repente. Igual que era capaz de chutarse heroína y de seguir haciendo unas fotos magníficas, Carmen podía hablar con mis padres y que ellos no se dieran cuenta de nada. Era asombroso. Por eso era ella la que hablaba casi siempre, yo lo habría hecho fatal. Se inventaba sobre la marcha anécdotas de la universidad, planes que supuestamente habíamos hecho juntos, detalles falsos de nuestro día a día, qué habíamos comido, qué íbamos a cenar esa noche… Aunque en realidad casi nunca comíamos nada: caramelos de drácula, patatas fritas, aceitunas, pepinillos, anchoas, cosas así. Mira, recuerdo una vez. Yo estaba a punto de inyectarle a ella una dosis y llamaron mis padres. Carmen descolgó. Se puso a hablar con ellos y me hizo un gesto para que siguiera. Y eso hice. Le enrollé un cinturón alrededor del brazo y le clavé la aguja, mientras oía la voz de mi madre con su acento tan marcado. Mi hermana seguía la conversación, con los ojos cerrados y derrumbada en la silla, pero la seguía. Le contó a mi madre una historia sobre el bebé de los vecinos, algo del ascensor y el carrito del bebé, un disparate, todo mentira, ni siquiera sé si los vecinos tenían un bebé. A lo mejor sí, y era yo el que no me había enterado de nada.

Con un movimiento apresurado, Sara enrosca la estilográfica en su capuchón, la deja sobre el cuaderno e introduce la mano por debajo de su peto, a la altura de la tripa. Aun así, no evita que en el silencio de la sala se oiga, elocuente, inconfundible, el ruido de su estómago. La miro, serio, sin sonreír. Ella está ligeramente avergonzada:

—Yo sí tengo hambre, la verdad. Vamos a parar, ¿de acuerdo?

—Como quieras.

—Y por la tarde me sigues hablando de tu hermana.

—No tengo nada más que contarte de ella.

—Bueno, por lo menos su… su muerte. ¿No?

—Ah, claro, su muerte, sí.

Sara detiene la grabación y apaga la cámara. Camina descalza hasta su mochila para guardar el cuaderno y la estilográfica. Después cruza a mi lado, hacia la escalera, y en el aire removido que llega a mi nariz percibo el olor del suavizante, de la crema corporal, del champú, todo mezclado con el salitre muy diluido del baño de esta mañana. Comienza a bajar la escalera y desde allí me alcanza su voz decreciente:

—No tardo nada en hacer el arroz.

No me muevo de la silla. Voy a quedarme aquí unos minutos, quieto, respirando despacio, mientras por mis brazos y por mis piernas se va escurriendo, con cada latido, este malestar erizado que se ha

acumulado dentro de mí durante esta sesión dedicada a mi hermana, y que es un anticipo del que me invadirá, aún más áspero y desagradable, esta tarde.

Cierro los ojos. En la cocina, un cacharro de metal se cae al suelo. Sara lanza una exclamación.

El mar, bajo la insólita masa de nubes que ha cubierto de lado a lado el cielo, se ha transformado en una vidriera horizontal de tonos más grises que azulados. Sobre su superficie irregularmente plana se deslizan lentas olas en dirección a la playa. ¿Cuántos días nublados habrá al año en Almería? ¿Y durante el verano? Cuesta no pensar en una señal apocalíptica o en una profecía pesimista del cambio climático.

En distintos puntos del cielo, cada cierto tiempo, las nubes se rasgan y el sol del atardecer cuela oblicuos cañones de luz que rastrean concienzudamente el agua. ¿En busca de qué? Barcos a la deriva, nadadores exhaustos, náufragos, ballenas blancas, cadáveres flotantes.

Cojo la copa del alféizar de la ventana y bebo un sorbo de vino tinto. Hacía mucho que no probaba un burdeos. Eran los favoritos de mi padre, todos los meses recibía varias cajas: Saint-Émilion, Graves, Médoc, Margaux. Mi primera borrachera fue con una de aquellas botellas, a los doce años. A esa edad, la embriaguez ya me resultaba una excitante región por descubrir, en la que adentrarme con la ciega intrepidez de un explorador.

Podría atribuir el placer de este vino a su sabor, complejo e indudablemente rico, que hace resonar en mi boca una densa triangulación de ecos, y sería verdad. Pero no es menos verdad que cualquier otro me serviría, cualquier alcohol en realidad. Bebo este vino para hacer más soportable lo que me espera, para anestesiarme. Con esa finalidad lo compraría Sara —¿cuándo?— y por eso lo ha sacado antes, en la comida, demostrando una sutil y sensible perspicacia, intuyendo mi necesidad, anticipándose.

¿Tendrá más botellas? ¿Me las dará si se las pido, si las necesito dentro de un rato para contar lo que tengo que contar? Bebo otro sorbo despacio, dejando que el aire entre en mi boca, se mezcle con el vino y atomice sobre mi lengua sus deliciosos vapores. Devuelvo la copa a la ventana.

Estoy en el porche de la casa, sentado en el liviano sillón de tela, delante de la silla vacía de Sara y del trípode con la cámara. Me ha propuesto continuar la sesión aquí fuera. El cielo no va a despejarse en lo que queda de tarde (ha encendido su teléfono para consultar la previsión meteorológica) y esta luz neta, que no genera sombras, será adecuada para la grabación, eso ha dicho. Creo que lo ha decidido

más bien por mí, para que no me sienta enclaustrado en la sala de arriba y pueda descansar la mente en el paisaje que tenemos alrededor: el mar de vidrio gris, el cielo acolchado y tenebroso, las rocas blancas, el desierto. Ella me proporciona vino y este hipnótico entorno para que sea capaz de hablar o me cueste menos esfuerzo. Sara me manipula. Por mí, que haga lo que quiera.

Como hay un poco de viento, ha quitado de la cámara el micrófono externo y lo ha montado en un taburete junto a este sillón, mucho más cerca de mí. Cojo de nuevo la copa. Tengo la sospecha de que Sara me está dando tiempo, está esperando a que beba más vino, a que me emborrache un poco más. No tengo inconveniente: bebo. Y cuando suelto la copa —¿me estaba espiando a través de la cortina?— ella sale al porche, descalza y silenciosa, con una segunda botella de burdeos ya abierta. Sin decir nada, la pone en el alféizar junto a la otra casi vacía, a mi alcance. La pieza de videoarte va a ganar mucho interés, incluso fumaré delante de la cámara, ya que estamos en el exterior. También esta habrá sido una concesión de Sara, otra forma de manipulación.

Con su quebrado contoneo, rodea el trípode y se sienta, doblando el torso en ese ángulo sesgado con el que elude el dolor o lo minimiza. Enciende la cámara, comienza a grabar. Me mira expectante pero sin atosigarme; ella no va a hablar, no va a preguntar. La cuestión está planteada desde hace un par de horas, desde antes de comer, y lleva todo este tiempo suspendida, pendiente sobre nosotros, o sobre mí, asfixiante como una niebla que solo se disipará cuando lo cuente todo. O al contrario: conforme hable, se hará más espesa y terminará anegando mis pulmones y envenenando mi sangre.

Me sirvo más vino. Bebo. Empiezo:

—Al menos mi hermana no murió en uno de esos sórdidos lugares que frecuentaba en su última etapa: dentro de una furgoneta sin ruedas sostenida sobre ladrillos, debajo de un puente, en un descampado… Al menos no se tiró varios días desaparecida ni la encontraron unos niños que jugaban o alguien que paseaba al perro, el perro sale corriendo y no responde a la llamada del dueño, el dueño va detrás y se mete en la casa en ruinas y da con el perro, que está quieto al lado de un cadáver encogido en un rincón. No, eso no pasó, por suerte. Y hay que alegrarse. Mi hermana murió con nosotros, con la pandilla. La canija murió conmigo. Y yo me alegro, me alegro. He llegado a pensar… Bueno, he pensado un millón de cosas desde que sucedió, todas posibles, todas y ninguna, cómo saberlo ya, y qué importa. Pero he llegado a pensar que mi hermana, dentro de su perfecto plan, de su magistral *performance*, decidió morir así, escogió el escenario de su última actuación y nos escogió a nosotros como espectadores privilegiados. Fue en el piso que Mariajo tenía alquilado

entonces, donde vivía con su hermano, en Maravillas, en la calle San Andrés. Era un edificio antiguo, sin ascensor, con el suelo de madera que crujía cuando lo pisabas. No estaba mal del todo, o digamos que los hubo mucho peores después. No recuerdo si habíamos quedado expresamente, pero el caso es que Mariajo había pillado material y a lo largo de la tarde todos nos fuimos dejando caer por allí, toda la pandilla, y también dos hermanos gemelos gallegos, con mucho acento, que siempre iban vestidos igual. No sé de dónde habían salido, los estuvimos viendo durante una temporada. Los traería Mariajo, supongo.

—Fue a principios de julio, me dijiste.

—Sí, hacía bastante calor. Ah, aquella tarde estaba también un tipo gordo, un panadero que trabajaba de noche, acabo de acordarme. Para que veas que no todos los yonquis eran esqueletos andantes. Aunque años después este tipo sí que adelgazó, vaya si adelgazó, no por el caballo en sí sino por el sida. Pero esta es otra cuestión. Bueno, pues fuimos llegando todos al piso de Mariajo, mi pandilla y los gemelos y el panadero gordo. El último de todos fue Javier, el abogado. Se escapó del cumpleaños de uno de sus hijos. No pensaba venir, nos dijo, pero la tentación del material nuevo fue superior a él. Mi hermana y yo habíamos llegado juntos. Supongo que Carmen vino, sencillamente, por el material nuevo de Mariajo, para chutarse, ya está. No hubo más premeditación, no fue el acto final de su proyecto artístico. Ni siquiera se trajo la cámara de fotos aquel día. Era una yonqui, nada más. No sé por qué me empeño en dignificarlo. Una jodida yonqui, como todos nosotros.

Aunque Sara me dijo el primer día que no mirara a la cámara, mis ojos la desobedecen y se posan en la curvada lente del objetivo, que refleja en una luna azul todo lo que tiene delante, deformado y diminuto: yo, la copa de la que bebo ahora mismo, esta casa, el mar, las rocas, el tupido cielo. Creo que he mirado al objetivo porque, por primera vez, he sentido pudor. No por mí, sino por mi pobre hermana, por el retrato de ella que estoy a punto de hacer.

Trago el vino, sacudo la cabeza para espantar el pudor.

—La imagen que guardo de mi hermana no es única, fija, constante. Carmen se deterioró tanto en tan pocos meses que ahora me cuesta asociar su aspecto con un determinado momento. Las sucesivas Cármenes se me confunden. De todos modos, es obvio que el último día de su vida, en el piso de Mariajo, tendría el peor aspecto de todos. No sé cuánto pesaría, ¿cuarenta y cinco kilos? Y no era mucho más baja que yo. Le habían desaparecido los pechos, se le marcaban las costillas a través de la camiseta, sus huesos se habían afilado y abultaban la piel como punzones. Tenía los brazos y las piernas acribillados, con un montón de pequeños hematomas y derrames. Y

por supuesto tenía las mejillas hundidas, con la piel tirante entre los pómulos y el mentón, como si la calavera quisiera ver la luz antes de tiempo, solo un poco antes de tiempo. Pero el físico casi era lo de menos. En un yonqui, y mi hermana era una yonqui en su forma más pura, lo que impacta es el rostro, la mirada, esa honda y sabia tristeza. Un yonqui da la impresión de que ya lo ha vivido todo, de que ha contemplado todas las posibilidades de la vida, todas las experiencias al alcance de un ser humano, y las rechaza desapasionadamente con una íntima sensación de estafa. Y por eso se abandona en un rincón, sin molestar, y se deja morir. El tema de las fotografías de mi hermana es esa callada desesperación. Para mí, nadie lo ha captado mejor que ella. Pero estoy hablando demasiado, Sara. Estoy dando vueltas, esquivando la cuestión. Córtame cuando desvaríe, por favor. Hazme preguntas. Dirígeme.

—Tranquilo. No tengo prisa.

—Pero yo sí. Quiero contártelo ya. No: quiero habértelo contado.

Extiendo el brazo hacia el alféizar, pero mi mano vacila: la copa de vino, el paquete de tabaco, la copa, el paquete, la copa… Quizá me convendría beber más despacio.

La primera bocanada de humo asciende lentamente, retenida por la baja presión atmosférica, pero en cuanto sobrepasa el alero del porche, una ráfaga de aire la desbarata. Recibo con satisfacción el arañazo del tabaco en la garganta, este dolor con el que pago una ínfima cuota del castigo por la muerte de mi hermana.

—En realidad, la historia es bastante tópica, vulgar. En aquellos años, ocurrió miles de veces, miles de yonquis murieron por sobredosis. El piso de Mariajo no era muy amplio, las estancias eran bastante pequeñas y no cabíamos todos en una, así que estábamos divididos en dos grupos, unos en el dormitorio de Mariajo y otros en el salón, que tenía un balcón abierto a la calle.

—¿Tú dónde estabas? ¿Lo recuerdas?

—Cómo no. Yo estaba en el dormitorio, con Mariajo, Charli y mi hermana. Cuatro hermanos, dos a dos. Es raro que no estuviera Fede, ya te dije que le gustaba chutarse con Carmen. Creo que uno de los gemelos gallegos era un gran lector y Fede charlaba con él de libros. Supongo que se quedó en el salón por eso. Así que en el dormitorio estábamos nosotros cuatro y el resto en el salón: Fede, Javier, los gemelos y el panadero. En fin, sé que es un ejercicio inútil, pero también es inevitable, y mi cerebro se obsesiona con él todavía hoy, tantos años después.

—¿Qué ejercicio?

—Bueno, pensar qué habría pasado si Fede hubiera estado en el dormitorio y, como solía hacer, le hubiera puesto la dosis a mi

hermana.

—¿Por qué?

—Porque fue Mariajo quien se la puso. Y nunca antes lo había hecho.

Es evidente que obtengo algún tipo de placer escandalizando a Sara. Es un placer que proviene de mi vieja rebeldía, de mi rabioso y en el fondo infantil deseo de epatar, sobre el que está basada parte de mi obra artística. El *enfant terrible* que todavía hay en mí, indómito y narcisista, se frota las manos cuando detecta las señales del escándalo, de la reprobación, de la condena.

Sin embargo, aunque en las primeras sesiones con Sara exageré ciertos sucesos e insinué monstruosidades con el único propósito de incomodarla, en esta ocasión no he hecho más que transmitirle una sospecha genuina. No diré que me haya mortificado todo este tiempo —nada me mortifica, o lo que es lo mismo: todo—, pero sí que he vuelto una y otra vez sobre ello con una desazón que no se aplaca.

Me llevo el cigarrillo a los labios y aspiro con todas mis fuerzas hasta que me duelen los pulmones, un insuficiente y cobarde tributo de dolor. Pero juro que aceptaría con inmensa paz un cáncer virulento, fulminante. Suelto el humo hacia arriba y apunto con la barbilla a Sara:

—Pregúntame, Sara. Pregúntame lo que estás pensando. Empiezo a estar borracho y te voy a contestar. ¡Venga! ¡Te voy a contestar!

Ella se mueve sobre la silla, cambia su peso de un glúteo a otro, busca un mejor acomodo para su dolorida cadera, y observa su cuaderno como si en él estuviera escrita la pregunta que va a hacerme. Yo fumo de nuevo, me castigo, aguardo. Entre las nubes se cuela un potente cilindro de luz que muere en el mar. Por él descenderá en cualquier momento Jesucristo resucitado o una nave extraterrestre. Pero es la voz de Sara la que parece caer del cielo:

—Me dijiste que María José y tu hermana no se llevaban bien, ¿no?

—Más o menos.

—O que María José tenía celos de tu hermana.

—Alguna clase de celos, sí. Mariajo era el centro de la pandilla, el eje sobre el que todo giraba. Carmen se escapaba de su órbita y eso a Mariajo le fastidiaba, le restaba protagonismo. Pero no me estás haciendo ninguna pregunta, Sara.

—Ya, ya. Eh… Pero eso fue al principio, me dijiste, cuando tu hermana se enganchó a la heroína y se incorporó al grupo.

—Eso es.

—¿Y después? Quiero decir… ¿María José seguía sintiendo celos hacia tu hermana a esas alturas, en el mes de julio?

—Podría ser, aunque no los manifestaba, o yo no me di cuenta. ¿Era esa tu gran pregunta, Sara?

—No, no… ¿Y por qué quiso María José, aquel día, inyectarle la heroína a tu hermana?

—No lo sé.

—Lo lógico es que lo hubieras hecho tú, ¿no?, si no estaba Fede.

—Supongo que sí. Pero yo no me encontraba en muy buenas condiciones aquella tarde. Y Charli tampoco. Lo recuerdo metido dentro del armario, un armario sin puertas, acurrucado encima de un montón de ropa, colocadísimo. Yo estaba sentado en un sillón de orejas al que le faltaba una pata y estaba ladeado.

—¿Y no notaste nada raro cuando Mariajo…?

Con un gesto brusco doy la última calada y Sara interrumpe su pregunta, que no es la pregunta adecuada y ella lo sabe. El cigarrillo se ha consumido hasta el filtro y lo lanzo fuera del porche impulsándolo con la uña. El ascua se inflama con el aire de su propio desplazamiento y dibuja en la atmósfera gris una espiral incandescente, una luciérnaga naranja que se estrella contra el suelo y se queda allí agonizando, apagándose poco a poco.

—Estás dando vueltas, Sara, igual que yo hace un rato. Haz ya la…

—¿Tu hermana murió por culpa de María José?

Aunque en mi cabeza he regresado a este asunto durante más de treinta años, aunque he asumido una a una todas las hipótesis, oír estas palabras en boca de Sara me ha impresionado. Para engañar a la cámara y también a mí mismo, agarro la segunda botella de vino, me lleno la copa y bebo. Después, hablo mirando al mar, al pausado discurrir de las olas hacia la playa:

—Esa es la pregunta, Sara, muy bien. Ya está. Era fácil, obvia. ¿Verdad?

—¿Y?

—Y… nada. Esa es la pregunta, pero yo no tengo la respuesta, nunca la he tenido. La respuesta se perdió con la muerte de Mariajo. Lo único que queda es la pregunta, que sigue ahí, aquí, dentro de mi puta cabeza, irresuelta, perturbadora, desquiciante. Vuelvo de vez en cuando sobre ella y no obtengo nada. O solo un dolor difuso que no sé hacia dónde orientar, que me hiere sin que haya contrapartida alguna, sin consuelo. Habrá que esperar a que la pregunta también se pierda, como se perdió la respuesta con la muerte de Mariajo.

A Sara no le interesan ahora mis arrebatos melodramáticos y quiere avanzar en otra dirección:

—Y si en lugar de Mariajo hubiera sido Fede quien…

—¡No!

—Todavía no te he hecho ninguna pregunta.

—Si aquel día Fede le hubiera puesto la dosis a mi hermana y esta no hubiera muerto, habría muerto al día siguiente, o al siguiente, o un mes después. ¿Qué más da? Por lo tanto, fue una bendición, como lo oyes, fue una bendición que a Mariajo se le fuera la mano con el caballo al chutar a mi hermana, si es que fue así, cosa que ignoro e ignoraré siempre. Si no, Carmen habría muerto en un lugar mucho peor, rodeada de gente indeseable, o un poco más indeseable que nosotros, que la habrían abandonado, que la habrían dejado tirada sobre un montón de cascotes. Si se hubiera salvado aquella tarde y diez tardes más como aquella, mi hermana, aun así, hoy seguiría estando muerta. ¿No te ha quedado ya claro?

—Sí, Eduardo. Solo intento…

—Lo que me perturba de la posibilidad de que Mariajo fuera responsable de la muerte de mi hermana es… es… Mariajo era mi novia, ¿entiendes?, lo fue durante años. Ha sido la relación más importante de mi vida. ¿Por qué quiso, si es que lo quiso, hacerle daño a mi hermana, ya no digo matarla, hacerle daño? ¿Por qué? Lo que me perturba de la muerte de mi hermana no es mi hermana, sino Mariajo, la remota posibilidad de que ella la provocara. Esa oscuridad de Mariajo, de mi novia, es lo que me vuelve loco. La muerte de mi hermana me entristece profundamente, cada día y cada hora desde entonces, pero no me perturba. Carmen estaba sentenciada desde el principio, como todos nosotros, incluido yo, aunque milagrosamente sobreviviera.

—Entonces nunca le preguntaste a María José.

—¿Qué le iba a preguntar? ¿Y ella qué me habría contestado? ¿La verdad? Ni siquiera la sabría.

Ahora debería fumar otro cigarrillo o apurar la copa de burdeos. Pero tengo el estómago revuelto, la boca espesa por el tabaco y el vino, estoy al borde de la náusea (aunque no por el vino ni por el tabaco), de modo que busco aturdirme con otro estupefaciente: el deseo por el cuerpo de Sara, que se encuentra a dos metros de mí, que no tiene que estar desnuda para que yo la vea desnuda, ni siquiera he de tener los ojos abiertos. El deseo que Sara me despierta, la idea de follar con ella, me proporciona un grado de excitación y de tentadora culpabilidad no muy distinto al del alcohol y el tabaco, y en consecuencia me apacigua y me distrae de la náusea.

—¿Estás bien, Eduardo? ¿Quieres que sigamos?

—No, no estoy bien. Pero sigamos.

—¿Sí?

—Sí.

—De acuerdo. ¿Cómo murió tu hermana? Quiero decir… No sé exactamente cómo es una muerte por sobredosis.

—Yo tampoco, y viví unas cuantas. ¡Ja! Buena frase: viví muchas muertes. En fin. Sobredosis es un término bastante impreciso. Las causas pueden ser varias: demasiado caballo, o demasiado puro, o un yonqui muy machacado que tenga problemas en el corazón o en otros órganos. Y las consecuencias también: paro cardíaco, insuficiencia renal, derrame cerebral, casi cualquier cosa. Pero mi hermana era joven y llevaba poco tiempo consumiendo. En esos casos, el exceso de heroína afecta sobre todo a la frecuencia de la respiración. Antes te he dicho que a un yonqui no le interesa ni siquiera respirar. Dejar de respirar es el grado supremo de la desidia vital del yonqui. ¿Respirar? ¿Para qué? Y eso fue lo que le ocurrió a mi hermana.

—¿Dejó de respirar?

—Mariajo le puso la dosis y luego se chutó ella. Las dos estaban tumbadas en la cama. Nosotros, Charli y yo, llevábamos un rato colocados, colocadísimos, él dentro del armario y yo en el sillón de orejas. No sé cuánto tiempo pasó, ¿diez minutos?, ¿hora y media? En un momento dado, oí a Mariajo decir algo, balbucear, como si intentara gritar pero no tuviera suficiente energía. Debí de intuir su preocupación, su alarma, y conseguí ponerme en pie. Entonces lo vi. Mariajo estaba de rodillas en el colchón, casi sin ropa por el calor, como todos nosotros, en bragas y camiseta, y zarandeaba el cuerpo de mi hermana, también semidesnudo, lo zarandeaba como podía, con muy pocas fuerzas. El cuerpo de mi hermana estaba morado, y no es una forma de hablar. Estaba entero de color morado. Cianótico. Había dejado de respirar.

Me restriego la cara con las manos. Me hundo los nudillos en las cuencas de los ojos y bajo mis párpados estallan racimos de chispazos. Después pestañeo, deslumbrado, y contemplo el paisaje lívido, casi transparente, que titila como un tenue e irreal dibujo a grafito: la superficie blanca del mar, las blancas rocas, las casas blancas de Agua Amarga. Respiro, respiro hondo. Intentaría vomitar si tuviera la certeza de que iba a aliviarme, pero sé que no, así que prefiero seguir con el veneno dentro de mí. Hablo:

—¿Cuánto tiempo llevaba Carmen así, sin respirar? Luego nos lo preguntarían, primero los médicos de la ambulancia y más tarde la policía, pero ni siquiera ante ellos supimos dar una respuesta. ¿Una hora? ¿Dos? Un yonqui no mira el reloj, si es que lo conserva, si es que no lo ha vendido para pillar caballo. Pero debió de ser bastante tiempo, porque mi hermana estaba fría, helada, en pleno verano. Y eso en parte me tranquiliza, egoístamente me tranquiliza, pues no habríamos podido hacer nada. Desde el momento en que nos dimos cuenta, en que Mariajo se dio cuenta y nos avisó, a mi hermana ya no se la podía salvar, estaba muerta desde hacía rato. Unos meses después, a mí me ocurrió lo mismo, pero me cogieron a tiempo y

lograron que volviera a respirar. Pero con mi hermana no hubo nada que hacer. Yo también la zarandeé, le di bofetadas, puñetazos en el pecho. Pero no reaccionó. No sé cómo fui capaz, pero la arrastré por el pasillo hasta el cuarto de baño, la metí en la bañera y le eché agua fría. Nada. Fede también lo intentó, histérico, gritando como un loco ralentizado. Inútil. Por cierto, para que comprendas un poco mejor a los heroinómanos: tanto los gemelos como el panadero gordo salieron pitando de la casa, se marcharon sin decir ni mu, como si la muerte pudiera contagiarlos. Yo habría hecho lo mismo en su lugar, que conste.

—¿Llamasteis a una ambulancia?

—Sí. En ese piso no había teléfono y alguien pidió ayuda por el balcón, a gritos, alguien pidió que llamaran a una ambulancia. ¿Lo hizo Fede? ¿Lo hice yo mismo? A saber… Tardaron bastante en venir, o se me hizo largo, aunque la verdad es que daba absolutamente igual. Y después vino la policía, la llamarían los de la ambulancia al comprobar que mi hermana estaba muerta. Tampoco se esforzaron demasiado, me refiero a la policía. No insistieron con sus preguntas. No debimos de dar respuestas muy coherentes y de todos modos éramos yonquis y en esa época moríamos como cucarachas. Estarían hartos. Una yonqui más. O mejor dicho: una menos. No iban a abrir una investigación policial para averiguar las circunstancias de la muerte, qué había sucedido, cómo, quién era el culpable. Lo éramos todos. Todos y ninguno.

—¿Y dónde se llevaron el cuerpo de tu hermana?

Las palabras de Sara me cogen estirando el brazo hacia el alféizar, sin haber decidido aún con qué voy a seguir intoxicándome, alcohol o tabaco. Pero un calambrazo de incomprensión y luego de indecisa, de aturdida ira, congela mi gesto a mitad de camino. Busco sus ojos, que ya no están parapetados tras la cámara.

—Explícame bien, Sara, a ver, para que yo lo entienda, explícame para qué vas a usar esa información en tu tesis doctoral. De pronto me ha entrado una curiosidad enorme.

Ella no consigue desasirse de mis ojos, o quizá tiene la valentía suficiente para aguantármelos, y me contesta de inmediato con franqueza:

—Para nada. No la necesito para mi tesis. Es simple curiosidad.

—Ah. Pues en ese caso ya está. Si no la necesitas, ya está. ¿Te parece?

—Sí, claro.

—Fantástico. Voy al baño.

Me levanto del sillón de tela. Como Sara, paralizada por mi inusitada negativa, no ha detenido la grabación, la cámara me captura

haciendo acopio de equilibrio con una mano en la ventana y encaminándome después hacia la puerta de la casa con una trabajosa y ardua verticalidad, debida menos al vino, aunque ella lo piense, que al anquilosamiento de mis viejas piernas, mis articulaciones, mis vértebras. Irrumpo en la casa dando traspiés.

En un fogonazo de lucidez, me digo que podría soltarle a Sara el mismo argumento para la mayoría de sus preguntas y así no tendría que responderlas. Un instante después, me digo que esto lo supe desde el principio y estuve de acuerdo.

Al otro lado de la ventana del salón, estrecha y alargada como la de un observatorio de aves, la noche ha caído de golpe. Las nubes llevaban horas conteniendo el atardecer, prolongándolo, pero en pocos minutos el cielo ha virado hacia un azul marino que rápidamente se ha disuelto en negro. Entonces, a idéntica velocidad, mi rostro alumbrado por los *leds* ha aparecido reflejado en el cristal de la ventana. En él me miro.

Durante unos segundos, gracias al extrañamiento del alcohol, estudio mis rasgos desde una perspectiva nueva y casi me veo con algo que podría acercarse a la objetividad. Pero en cuanto percibo esta virtud, la objetividad se esfuma, o queda reducida a una falsa impresión de objetividad, un trampantojo de la conciencia. Y mi rostro en el cristal vuelve a revestirse con cinco décadas de vanidad, de pugnante ego, de autoengaño. En consecuencia, ¿cómo voy a ser capaz de pintar mi autorretrato?

Una mirada diferente a la mía, esta sí objetiva, me está observando desde un ángulo perpendicular a la ventana: Sara con su cámara. Ella me graba mientras hablo y mientras estoy en silencio, mientras me froto las manos y bebo vino y miro mi propio reflejo en el cristal. No hay duda —caigo ahora en la cuenta, atónito y frustrado— de que este retrato, el que Sara lleva varias semanas haciéndome con su cámara, será más completo y mejor que el que yo pueda hacerme sobre ese lienzo que comencé en primavera y que está desde entonces atascado. Nunca debí comenzarlo. Pero, en cierto modo, estas grabaciones sí son un autorretrato: soy yo el que habla y cuenta su vida, Sara solo pone a mi disposición el soporte y me reconduce cuando descarrilo o invento escapatorias para eludir la verdad. ¿Pueden varios autores realizar el autorretrato de una única persona?

Desde luego, el trabajo que Sara está llevando a cabo en Almería es mucho más valioso que el mío, sus sesiones son más singulares y fructíferas. En cambio, yo estoy aplicando mis reconocibles manías, mi consabida y rutinaria morbosidad, a una serie de cuadros sobre su cicatriz que serán una imitación de mí mismo que no aportará nada a mi trayectoria, al contrario, pondrá en cuestión mi anterior y supuesta

originalidad, revelará su condición de fácil fórmula, de sostenido fraude, y Eduardo Muñoz será al fin desenmascarado. Pero estoy borracho y mi juicio es menos fiable que nunca. Hay que acabar de una vez la tortuosa sesión de hoy. No queda mucho.

Cuando he salido del cuarto de baño, donde he permanecido varios minutos con la nuca bajo el chorro de agua fría, Sara estaba en la cocina comiéndose una manzana. He aprovechado su pausa para fumar un cigarrillo, y luego otros dos. La angustia solamente se calma con actos compulsivos, y gracias al tabaco y al vino la mantengo a raya (pero sé que estas sustancias también desatan la angustia, son el veneno y su antídoto a la vez). Después Sara ha ido al baño. Cuando ha regresado al porche, el viento había aumentado y ella ha decidido continuar la sesión dentro. Además, no quedaba mucho tiempo de luz.

Ha instalado todo el equipo aquí, en el salón, junto a la apaisada ventana. La iluminación la proporcionan unos curiosos artilugios que no había utilizado antes, dos esteras flexibles de *leds* que ha desenrollado y ha enfocado hacia mí, una a cada lado. Esta luminosidad muy blanca es la que ahora me está alumbrando, la que hace levitar mi fantasmagórico rostro en el cristal de la ventana.

Tengo el paladar insensible y agriado por la densa tinta del burdeos y no me apetece seguir bebiendo, pero sí necesito seguir borracho. Cojo la copa del suelo y bebo un sorbo mirando a Sara, que lleva varios minutos aguardando tras el trípode e interpreta mi mirada —acertadamente— como la señal para reanudar la sesión. Manipula la cámara y empieza a grabar.

No voy a hablar demasiado, no quiero hablar demasiado. Y si ella insiste podré negarme. Todo me está ya permitido tras el precedente de hace una hora, cuando he osado cortar el camino a su curiosidad. Y ella no podrá protestar y exigir respuestas, a lo sumo se negará a continuar con la transacción, a cumplir su parte del trato. Pero ya no me importa si no quiere posar para mí. Esos cuadros de su cicatriz no valen demasiado, lo he asumido, y podré terminarlos sin ella, hasta podría hacerlo con los ojos cerrados. Su cuerpo desnudo está dentro de mi cabeza, más nítido que mi propio rostro. Quizá llevemos demasiado tiempo en Almería, aislados en esta casa. Quizá debamos volver a Madrid.

Giro el cuello a un lado y a otro, dejo que la cristalina luz de los *leds* me impregne una mejilla y luego la otra y resbale por mi mentón como un líquido espeso y blanco. Ya que no soy capaz de ver cómo soy, que la cámara de Sara lo haga.

—Te lo digo de antemano: he olvidado muchos momentos y situaciones de aquellos días terribles. No guardo en mi memoria ni rastro de algunas cosas, como si no las hubiera vivido o las hubiera vivido otra persona por mí. Se suele decir que la memoria almacena

peor las vivencias negativas, dolorosas, que las dulcifica y en casos extremos las borra para poder seguir adelante. Pues imagínate lo que ocurre con la memoria de un yonqui, un yonqui que además se droga salvajemente para soportar una realidad tan dolorosa. ¿Te haces una idea? Lo sorprendente es que me acuerde de algo. Por ejemplo, no recuerdo cómo avisé a mis padres de que mi hermana había muerto. Por teléfono, claro, pero no recuerdo con quién de los dos hablé, lo que dije, las explicaciones que di. Tuvo que ser dramático, horrible, pero en mi cabeza no ha quedado ni rastro de ese momento. Y luego es cierto que no tuve que encargarme de nada, por lo tanto no había mucho que almacenar en la memoria.

—¿Vinieron tus padres a Madrid?

—No, no se movieron de Asturias. Pero mi padre lo organizó todo desde allí. Conocía a mucha gente, gente importante, poderosa. Haría llamadas, contactaría con quien fuera, y organizó el traslado del cuerpo a Asturias. Porque, por supuesto, mi hermana tenía que ser enterrada allí, en el panteón familiar. Sí recuerdo a un tipo que vino a casa al día siguiente de la muerte, un treintañero muy serio que iba vestido como si tuviera cincuenta años. No sé si me llegó a decir quién era o de parte de quién venía. Me hizo algunas preguntas y dio una vuelta por el piso. Después pensé que vino simplemente para ver cómo me encontraba yo, en qué situación, y para intentar comprender lo que había sucedido. Supongo que se lo transmitió todo a mi padre. Creo que también fue él quien me llamó para informarme de cuándo iban a trasladar el cadáver de mi hermana a Asturias y para preguntarme cuántos billetes de tren necesitaba. Le dije que dos, para Mariajo y para mí. Unas horas después vino un mensajero con los billetes. En la estación, minutos antes de coger el tren, creí verlo de lejos entre la gente, pero cuando quise cerciorarme no lo encontré. Quizá nos había seguido discretamente desde la casa para asegurarse de que montábamos en el tren. No volví a ver a aquel tipo, al treintañero anticuado, hasta bastantes años después, en la televisión, cuando fue nombrado ministro del Interior. Era él, no me cabe ninguna duda.

Pese al leve encandilamiento que me producen los *leds*, que oscurecen varios grados todo lo que me rodea, noto la súbita inquietud de Sara, esa sutil inmovilidad de su cuerpo. Se muere por preguntarme el nombre del ministro, ha estado a punto de hacerlo, pero justo antes ha anticipado mi reacción y no ha hallado ningún argumento para convencerme. No, no necesita el nombre del ministro para su tesis, qué más da quién fuera. Sara empieza a pensar como yo, o está asimilando mi manera de razonar y es capaz de pronosticarla.

—Del viaje a Asturias, apenas se libraron de la amnesia algunas oscuras imágenes dentro del tren y una sensación asfixiante, que ha

adquirido en mi cabeza la forma de un olor fuerte y extraño, una mezcla del olor que desprendían los asientos y ese falso olor que percibes cuando te dan un puñetazo en la nariz. La amnesia que cubre aquella noche era buscada, claro. Mariajo y yo llevábamos heroína como para anestesiar a un regimiento de soldados a los que hubiera que amputar ambas piernas. Mi dolor era semejante a ese, o así lo creía yo. El drogadicto es un egocéntrico, un ensimismado, alguien que antepone su propio estado de ánimo a todo lo demás, alguien que huye de la realidad y se refugia en sus percepciones. Nadie sufría más que yo y por eso tenía derecho a drogarme más. La muerte de mi hermana por sobredosis fue una excusa nueva, la más sólida de todas, para entregarme al caballo. Una pura paradoja. Y Mariajo me seguía el ritmo, cómo no iba a acompañarme, cómo iba a dejarme solo. Esa era su excusa. Al principio del viaje nos chutamos en el diminuto y maloliente aseo, pero luego nos quedamos solos en el compartimento y allí mismo nos volvimos a chutar. Si nos pillaban, siempre podíamos decir que éramos diabéticos, una patraña que en aquella primera época solía funcionar, sobre todo con personas mayores que no estaban muy al tanto de la epidemia yonqui. Recuerdo la luz sucia de las estaciones y apeaderos por los que pasábamos, que yo conocía bien de otros viajes pero que aquella noche parecían distintos, como de otro planeta. Bueno, y es que eran de otro planeta, de uno en el que ya no estaba mi hermana Carmen. Recuerdo a Mariajo hecha un ovillo en el asiento, con calor, sudando, y luego con frío, metiendo los pies debajo de mis piernas para calentarlos. Recuerdo que después de chutarnos por segunda vez, ya solos en el compartimento, me tumbé en el asiento de enfrente y ahí estuve dormitando varias horas, memorizando para siempre aquel olor del cuero gastado o el escay o lo que fuera, aquel olor que era como un puñetazo en la nariz. No recuerdo más de aquel viaje.

—¿Cómo fue el encuentro con tus padres?

—Pues… Pues… No lo sé, Sara, no lo sé.

—No te preocupes.

—Es que no recuerdo ese momento concreto. Porque sí hubo una escena en el zaguán de la casa, los cuatro allí, en silencio, mis padres, Mariajo y yo, evitando mirarnos, pero creo que eso fue la mañana del entierro, antes de ir al cementerio.

—No importa.

El vino, al trasluz del vapor luminoso que emana de las esteras de *leds*, presenta un color violeta con irisaciones verdes, y su sabor tiene un desagradable matiz musgoso, de humedad e incipiente corrupción. Lo trago sin respirar, como una medicina.

—Estoy seguro de que mi padre lo supo todo: la causa de la muerte de mi hermana, lo que había estado sucediendo en el piso durante

meses y obviamente también mi adicción. Mi padre era inteligente y pragmático, y además había desplegado desde Asturias su red de contactos, que hicieron todas las gestiones y le contaron lo que habían visto. Seguro que hasta tuvieron acceso al informe de la autopsia. Mi padre no pudo engañarse, por más que desconociera el mundo de la heroína. Aunque era un gran lector de periódicos y puede que supiera ya algo. Mi madre, en cambio, tal vez porque se lo ocultaron y le dieron una versión más atemperada, creo que no comprendió nunca lo que había pasado. No lo comprendió o se negó a comprenderlo. Su única hija, su niña, había muerto a los dieciocho años, qué más daban las circunstancias. Había muerto en Madrid, la ciudad del pecado a la que ella le tenía tanto miedo, adonde no quiso que ninguno de los dos nos fuéramos. Su hija había muerto porque nadie le había hecho caso. Mi madre llevaba toda la razón. Y la prueba, la demoledora y tristísima prueba, era el cadáver de mi hermana volviendo a Asturias dentro de un ataúd, menos de un año después de que se hubiera ido. Mi madre estuvo a punto de volverse loca de dolor. Pero supongo que la religión, su fe, la ayudaría. Para eso sirven las religiones, ¿no?

Dentro de esta iluminación de sueño o pesadilla, veo una copa de vino flotando en el aire. El contenido violeta se mece ante mis ojos y luego se estira hasta verterse en una boca. Sara también se ha servido burdeos y está bebiendo. ¿Desde cuándo? Estará saturada y exhausta como yo, y necesita la distensión del alcohol para aguantar lo que queda. Tengo que abreviar, por mí y también por ella.

—Te voy a ahorrar los pormenores de la misa y del entierro. Supongo que se ajustaron a la ceremonia habitual, con alguna alusión a la juventud de mi hermana, quien había sido llamada antes de tiempo por el Señor para que estuviera junto a Él en la Gloria, esas cosas tan repugnantes que dice la religión católica. Quizá a mi madre le sirvieron. Pero si le sirvieron sería más adelante, porque el día del entierro, cuando cogieron el ataúd por última vez para introducirlo en el panteón, mi madre se tiró sobre él gritando como una loca: «Mi niña, mi niña, mi niña…». Fue algo atroz, atroz. No sé cómo lo soportó mi padre, que permaneció muy entero toda la ceremonia. No descarto que hubiese bebido, al menos un poco, un par de oportos o tres. Yo iba colocadísimo, los dos íbamos colocadísimos, Mariajo y yo. Así que viví todo aquello, lo presencié, estuve delante, pero estaba literalmente anestesiado frente al dolor, tanto físico como emocional. El drogadicto es un gran cobarde, alguien que no tiene el valor suficiente para afrontar la vida y toma un atajo mucho menos ingrato, más dulce y placentero, sin ser consciente de que ese atajo lo lleva directamente y con mayor rapidez a la muerte. Ya está, Sara, no tengo mucho más que contarte de aquel terrible viaje.

—¿Cómo fue la relación con tus padres a partir de entonces?

—No hubo relación, durante años no la hubo. Y no los culpo. Yo, en su lugar, habría estrangulado a mi hijo con mis propias manos. Ellos simplemente dejaron de hablarme. Y hasta me permitieron seguir viviendo en el piso de Madrid, su piso, y no tendrían por qué haberlo hecho. Durante varios años no supe nada de ellos, hasta que un hermano de mi madre murió y me dejó en herencia una cantidad de dinero. Mis padres intentaron que no la cobrara, en el fondo con buena intención, pues lo peor que le puede suceder a un yonqui es que tenga dinero, pero me salí con la mía y heredé. No diré que no lo malgastara, por supuesto que lo malgasté, a manos llenas, pero también lo empleé en alquilar un estudio durante unos años, el periodo crucial en el que mis cuadros empezaron a cotizarse y me situé en el panorama nacional.

—Pero… ¿no volviste a ver a tus padres? ¿No os reconciliasteis?

—Sí, claro que los vi. Aunque la palabra «reconciliación» es un poco exagerada. Cuando por fin decidí desengancharme, después de varios intentos fallidos, llamé a mi padre y le pregunté si podía ir una temporada a la casa de Asturias para alejarme del entorno viciado de Madrid. Con naturalidad, como si no lleváramos años sin hablar, me dijo que por supuesto. Aquel tampoco fue el intento definitivo, para desengancharme completamente tuve que irme más lejos, a Praga, pero pasé varias semanas en Asturias con mis padres y podría decirse, supongo, que nos reconciliamos. Pero esto fue bastantes años después de la muerte de mi hermana. Te lo contaré otro día, Sara, ¿quieres?

—Cómo no, cómo no. Lo dejamos aquí. Y mil gracias, Eduardo.

Cabeceo muy despacio, de asentimiento, de fatiga, de alivio, no sé, y aprovecho el balanceo de mi torso para estirar el brazo y agarrar la copa. Hundo mis labios en el líquido morado y bebo lentamente conteniendo la náusea. Oigo a Sara desplazarse por el salón recogiendo su equipo. Calculo las fuerzas que me quedan para levantarme y salir a fumar un cigarrillo.

Aunque tengo los ojos cerrados, percibo en la claridad rosada de mis párpados que las esteras de *leds* se apagan, primero una y después la otra. Cuando los abro, Sara está plantada delante de mí, enrollando las esteras y doblando sus cables. Me mira desde arriba con una sonrisa de sus labios manchados de vino tinto, una sonrisa cuya intención no acierto a descifrar, acaso porque me niego a asumir que esté próxima a la conmiseración, aun escoradamente, a la piedad. Y como reacción por si se trata de piedad, como castigo, porque ella está tan cerca y es tan fácil, y porque estoy borracho y podré acogerme a la atenuante del alcohol, y porque puede que ella también lo esté un poco y su mirada no sea de piedad sino de alguna retorcida forma de deseo, estiro la mano, la poso en su muslo y la deslizo hacia arriba, empujando con la muñeca el borde de su peto. Su cálida piel va

pasando bajo las yemas de mis dedos y continúo hasta alcanzar la febril y rugosa y aterciopelada protuberancia de su cicatriz. Allí me detengo.

Sara me sigue mirando y no se retira. Yo puedo fingir que mi irreprimible gesto, esta avidez con la que he recorrido su pierna, es una derivación de mi impulso por pintarla, aunque hace días que este impulso desfalleció. Ella puede convencerse de que su pasividad —podría dar un paso hacia atrás y el contacto se extinguiría— es la actitud que me debe como modelo de mis cuadros, un anticipo del posado de mañana.

Mientras estas imposturas se resuelven, permanecemos inmóviles, respirando el mismo aire, mirándonos. La cicatriz palpita bajo mis dedos.

Con una terca voluntad de autoengaño, observo el líquido contra el fondo negro del vaso improvisado —uso la propia tapa del termo— y me digo que podría ser cualquier bebida, hasta un saludable zumo de frutas ecológicas. La arrasadora luz del mediodía apenas logra colar sus rayos en el recipiente opaco y el color del líquido es indistinguible, un apagado destello en la palma de mi mano. Podría ser petróleo o el agua más pura. Dejándome llevar por esta deliberada confusión, alzo mi brazo y me bebo el líquido de un trago. Vuelvo a enroscar la tapa y entierro el termo en la arena; después, lo cubro con el borde de la toalla.

En la otra punta de la playa, la gigantesca roca volcánica, que a ratos me parece la quilla de un barco y a ratos la monstruosa cabeza de un punki, impone al paisaje una resonancia ancestral e intimidatoria, como si no necesitara la presencia del ser humano o aguardara pacientemente su extinción. Y de pronto, quizá porque el líquido actúa en mi estómago, me pregunto indignado por qué me ha traído Sara aquí, a la playa de los Muertos. ¿Es que ya no le impongo el mismo respeto del principio y está empezando a jugar conmigo? ¿Me ha traído a este lugar por una macabra y cruel ironía?

Pero he sido yo el que ha querido salir de la casa, huir de lo que allí me espera, el maldito autorretrato, que llevo semanas relegando en mi cabeza e incluso esquivando físicamente (su bulto está en un rincón de la sala de arriba, de cara a la pared). Llevo semanas desoyendo una insólita exigencia del deber, de la responsabilidad (yo, que siempre he hecho lo que me ha dado la gana). Esta exigencia ha aflorado esta mañana, puntiaguda y ácida, con la llamada telefónica de Guillermo, quien ha sido incapaz de no preguntarme por el autorretrato. Por toda contestación, lo he mandado a la mierda y he colgado. Pero la exigencia había quedado al descubierto y he decidido huir de la casa. Le he dicho a Sara que me llevase a una playa cercana, pero no la de Agua Amarga, y por eso estamos aquí. Ella no tiene culpa de nada, no puedo indignarme con ella.

En cualquier caso, no creo que exista un lugar mejor que este —¿en todo el mundo?— para la sesión de hoy. Es casi demasiado apropiado, de una obviedad enfática y cursi, como si lo hubiera escogido un guionista con muy poco talento. En el pasado, en una época en que los barcos eran más primitivos y precarios, los cadáveres de los náufragos de esta zona del Mediterráneo eran arrastrados por las corrientes marinas hasta esta playa, la playa de los Muertos. Cuando le empiece a relatar a Sara la muerte de todos mis amigos,

¿llegarán sus cuerpos flotando a esta playa, uno a uno, y se posarán suavemente en la arena, a nuestros pies? ¿Vendrán navegando desde el inframundo todos ellos, en fila, para ilustrar mis palabras? Primero mi amigo Fede, después Charli y Javier, y por último Mariajo. Oh, sería un efecto terrible y fantástico. Grandioso.

Mi toalla está extendida dentro de la elipse de sombra que proyecta la sombrilla. Estoy sentado con las rodillas dobladas y los brazos alrededor, como si estuviera esperando una explosión atómica y me diera a mí mismo un último abrazo antes de desintegrarme en la ola de fuego naranja. Sara está tumbada junto a mí, muy cerca pero fuera de la elipse, al sol, boca arriba, con el torso levemente alzado y apuntalado por los codos. Está mirando hacia el mar con su corta melena por delante de la cara. Los mechones encierran sus ojos en una cárcel de penumbra y esporádica luz, y no puedo saber con exactitud hacia dónde miran, si en efecto al mar o al cielo pálido que queda encima o a mí, que la contemplo desde la sombra y desde el otro lado del cristal verdoso de mis gafas de sol.

Aunque en esta playa se puede practicar nudismo (hay algunos grupos dispersos), Sara lleva un bikini completo. Pero esos trozos de tela, que tapan lo que de sobra conozco y podría pintar con los ojos cerrados, paradójicamente exacerban mi deseo por ella, por su cuerpo. Este deseo, que nació enredado con el interés morboso por pintar su cicatriz, hace tiempo que se liberó de ese subterfugio y late diáfano y concentrado, puramente sexual.

Sin embargo, gozo de un notable grado de impunidad. Puedo ejercer mi deseo hasta cierto límite y continuar protegido, a salvo de malentendidos. Ha sido así desde el principio, desde la primera vez que Sara entró en mi casa. Me aproveché de mi aura de artista caprichoso y maldito, que siempre he fomentado y que me otorga licencia para hacer cualquier cosa y ser perdonado, y puse mis manos sobre su muslo, le subí el vestido y toqué su cicatriz. Y ella no rechistó, seguramente se sintió fascinada ante ese arrebato de Eduardo Muñoz, el gran artista (¡Ja!). Por eso, entre otras razones, aceptó mi disparatada propuesta de venir a Almería.

Pero esta impunidad, que debería complacerme, me produce en cambio una enervante impotencia. Quiero que Sara perciba mi deseo, que se lo tome en serio, que no lo atribuya a mi excentricidad de artista. Quiero que responda francamente a él, que lo acepte o lo rechace, da lo mismo, pero que no lo encaje como una más de mis rarezas o exabruptos. Lo ha hecho de nuevo hace unos minutos, cuando instalaba el micrófono sobre mi toalla y yo he puesto mi mano sobre su espalda, al final, en la curva que preludia al culo, y hasta he colado el meñique bajo el elástico del bikini. Ella me ha dedicado una sonrisa fugaz, como si agradeciera un inofensivo piropo, y ha

regresado a su toalla, a la espera de que empiece a hablar. Y lo hizo también el otro día, al acabar la tortuosa sesión sobre mi hermana, cuando se acercó a mí para desmontar el equipo y yo metí los dedos por debajo de su peto y acaricié su cicatriz. Su respuesta, al cabo de unos segundos, fue revolverme el pelo con la mano, el mismo gesto condescendiente que se le dedica a un niño que da muestras de su incipiente sexualidad, o a un anciano que le palpa el pecho a la joven enfermera que lo atiende. ¿Es así como me ve Sara, como un niño o un anciano?

La sesión de hoy se va a desarrollar aquí, en la playa de los Muertos, pero Sara no va a grabar mi imagen sino solo mi voz. Para ello ha conectado mediante un adaptador el micrófono externo a su teléfono móvil. Ha dicho, con un admirable y delicado circunloquio, que las muertes de mis amigos no le interesan para su tesis y que tendrá suficiente con el audio de mi voz narrándolas.

Creo que Sara ha cometido un error, el primero. Ha dado un paso en falso. Al reconocer la irrelevancia para su tesis de las muertes de mis amigos, ha cuestionado implícitamente buena parte de la información que lleva recopilando desde que estamos en Almería. ¿Acaso eran más interesantes, esenciales para su tesis, las fotografías que hacía mi hermana? ¿O su primer chute? ¿Eso sí merecía ser grabado en vídeo? ¿Lo incluirá en su tesis sobre mi obra?

Desdoblo lentamente las rodillas, que envían a mi cerebro una sucesión de flojas punzadas de dolor, y saco mis piernas de la elipse de sombra. La aplastante luz incide en mis pies como los rayos invisibles de una radiografía y me escandalizo ante la imagen revelada: son, ciertamente, los pies de un anciano, deformados, de dedos retorcidos y articulaciones abultadas, de una incontrovertible fealdad. Tiendo a olvidar, y más durante estas semanas en las que he estado rememorando concienzudamente el pasado, cuando yo era un prometedor y salvaje pintor joven y desdeñaba con furia el tiempo, tiendo a olvidar que falta poco para que cumpla sesenta años. Esta es la edad que tengo, la que me gritan mis irreverentes, deslenguados pies. Sesenta años. ¿Cómo no va Sara a tratar con condescendencia las manifestaciones de mi patético deseo? Se está comportando con una extraordinaria y piadosa amabilidad.

Mi ligero desplazamiento entre la sombra y el sol ha puesto a Sara en alerta. Ha sacudido la cabeza para retirarse el pelo de la cara, ha vuelto el torso hacia mí y ha agarrado el teléfono, dispuesta a comenzar la grabación. Me mira. El olor de su piel calentada por el sol llega hasta mi nariz y convoca una vez más mi deseo. Muevo afirmativamente la barbilla, ella afianza el micrófono sobre la toalla, junto a mi muslo, y toca la pantalla del teléfono para empezar a grabar.

Pienso en Fede, mi amigo Fede, la muerte de mi amigo Fede. Pero antes voy a tener que desenterrar el termo. La arena se desliza por la superficie de acero sin dejar ningún rastro, ni siquiera polvo. El líquido, al caer con un fino chorro en el vaso, tiene un color de miel clara, diluida. ¿Quién podría decir que no es té?

—Aunque la muerte de mi hermana fue muy traumática, porque fue la primera y confirmó lo que no queríamos creer, que el peligro de la heroína era real y serio, aun así fue una muerte limpia, idílica, digamos. Mi hermana murió entre nosotros, en la cama, se quedó dormida como una princesa de cuento. No hubo sordidez, a pesar de que ella se hubiera movido por unos ambientes terribles para hacer sus fotografías. No, las muertes sórdidas vinieron después. Y el siguiente fue mi amigo Fede, tres o cuatro años más tarde. Lo cual no deja de ser cruel, pues él era un idealista y se había adentrado en el mundo de la heroína como quien hace un viaje espiritual a la India o al Tíbet. Pero su muerte no tuvo nada de mística. Murió dentro de un urinario portátil de unas obras en construcción. ¿Se te ocurre algo más sórdido? Mi amigo Fede, como ya te conté, venía de una familia bastante humilde de Burgos. Cuando abandonó la universidad, y la causa no fue otra que el caballo, tuvo que buscarse la vida. Trabajó al principio de camarero y después haciendo mudanzas, descargando camiones. En un determinado momento, como muchos yonquis, pensó que tenía la astucia y los conocimientos suficientes para engañar a la vez a los camellos y a otros yonquis. Es decir, empezó a trapichear con el caballo. La idea parece redonda y el yonqui no es ambicioso, se conforma con sacar algo de dinero para poder seguir chutándose. Pero siempre es un desastre, no se puede añadir un eslabón a la cadena de distribución sin que todo el mundo quede descontento. Y los camellos y los yonquis no son precisamente unas personas tolerantes. No sé si Fede cortaba el material, si le añadía alguna sustancia para realizar el milagro de los panes y los peces, es posible. O quizá se limitaba a hacer entregas, a llevarlo de acá para allá y cobrar en especie del camello de turno. Haría de todo, da igual. El caso es que estaba en el barrio de La Elipa, con sus negocios, vendiendo o comprando, y necesitó chutarse, porque sí o porque quería probar un material nuevo. Para hacerlo se metió en una de esas cabinas portátiles, esos urinarios que colocan en las obras o en cualquier sitio donde no hay agua corriente. Y eso fue lo último que hizo en su vida. Allí lo encontraron los albañiles a la mañana siguiente. Quizá el caballo era demasiado puro, o quizá todo lo contrario, quizá estaba cortado con alguna porquería más mortal que el propio caballo. ¿Y si lo cortó él mismo? No sería el primero que muere por esa paradoja, la paradoja del camello-yonqui, una especie de anillo de Moebius de la heroína, el veneno sale de ti y acaba también en ti.

Sara ha rodado noventa grados y ahora se apoya sobre el costado derecho. Está en el borde de su toalla, vuelta hacia mí y mirándome, todavía en el sol pero a pocos centímetros de la sombra, que avanzará a su encuentro y la irá engullendo como una lengua de lava negra. Igual que los rayos del sol revelan, al tocarme, mi palmaria y clamorosa vejez, así revelan también, al bañar el cuerpo de Sara, su elástica juventud, que comienza a afilarse por la proximidad de los cuarenta años. Encojo las piernas y me refugio en la sombra.

—Tú conocerás mejor que yo las entrevistas que he ido concediendo a lo largo de los años. En alguna de ellas, cuando mi aura de maldito se estaba forjando, debí de decir al periodista que no me arrepentía de nada. Una pose, pura chulería. Pero desde entonces estuve obligado a repetirlo y he llegado a creérmelo. No digo que no sea verdad en gran medida, pero tal vez esa pose ha condicionado la relación que mantengo con mis propios actos del pasado. Sin embargo, hay un hecho del que me arrepiento aún hoy, que generó en mi conciencia un remordimiento abrumador cuya onda expansiva me sigue afectando. ¿Te lo puedes creer?

—¿Qué hecho?

—La iniciación de Fede en la heroína. Y te parecerá muy incoherente que eso no me suceda con mi hermana Carmen. Pero es distinto, porque estoy convencido de que Fede no se habría enganchado si no es por mí. Era un buen estudiante, tímido, poco sociable, casi no tenía amigos. Estaba obsesionado con aprobarlo todo con buena nota para no perder la beca, de la que dependía para poder seguir estudiando y no volverse derrotado a Burgos. Cuando lo conocí, ni siquiera bebía alcohol. ¡Ni siquiera alcohol! Mi hermana, en cambio, estaba sentenciada incluso antes de su primer chute. La malsana atracción por la heroína estaba dentro de su cabeza y yo solo la ayudé a llevarla a cabo. Quizá un poco antes, cierto, pero también en mejores condiciones. El caso de Fede fue otro. En su momento, cuando le invité a su primera dosis, no lo pensé. Pero tampoco cuando murió. Los remordimientos me asaltaron de golpe, demoledores, insoportables, cuando estuve delante de sus padres.

—¿Dónde los viste?

—En el cementerio, el de Vallecas, delante del nicho donde metieron el ataúd con el cuerpo de Fede, un nicho bajo, a ras de suelo. No sé por qué no se lo llevaron a Burgos. No puedo decirte que fuera por razones económicas, pero tampoco que no lo fuera. Lo ignoro. Allí estaban sus padres el día del entierro. No eran jóvenes, pasaban de los cincuenta, el padre algo mayor que la madre. Era su único hijo. Vestían una ropa sencilla, anticuada, la ropa de los entierros. En sus caras, más que dolor, había incomprensión, una incomprensión absoluta, inabarcable. Cuando estaba ante ellos, pensé que aquella

muerte de su hijo, una muerte por sobredosis de heroína en Madrid, les venía grande. Era demasiado para ellos, como una ropa elegante que alguien les hubiera obligado a llevar, o un coche caro, o una cena en un buen restaurante. ¿Entiendes a lo que me refiero? Tenían la misma cara de retraimiento y vergüenza que habrían puesto delante de la carta de un restaurante de lujo, mientras el camarero espera con impaciencia a que elijan los platos. Algo así. Sé que este sentimiento, esta compasión sin fondo, es un sentimiento prepotente que proviene de mi origen, de mi familia, y por tanto es un sentimiento repugnante, un sentimiento de mierda. Pero precisamente ahí se genera mi remordimiento, porque yo fui el culpable de esa situación, de que ellos no comprendieran nada en aquel cementerio. Yo metí a su hijo en la droga, murió por mi culpa, y aunque ellos nunca se enteraran de esto, y seguramente estarán ya los dos muertos, a mí me sigue atormentando aún hoy, ahora, en esta playa.

Con autonomía y urgencia, mi mano repta por la toalla, aparta el borde y rescata el termo de su túmulo de arena. Mientras bebo del oscuro vaso, veo de reojo cómo Sara gira el torso e invade mi toalla. Vuelve a poner de pie el pequeño trípode del micrófono, que he tirado sin darme cuenta, pero luego no regresa a su sitio, se queda atravesada entre su toalla y la mía, entre el sol y la sombra, para defender el inestable micrófono del peligro de mis movimientos cada vez más imprecisos. Su caja torácica se expande, las costillas se marcan bajo su piel como suaves dunas moldeadas por el viento, y después se contrae. ¿Captará el micrófono su respiración? ¿Se confundirá con el murmullo del mar?

—¿Murió Charli por la heroína? Supongo que técnicamente sí, claro. Murió con la aguja clavada, con la jeringuilla colgando de su brazo, esa imagen que se suele asociar a la muerte por sobredosis. Así que sí. Pero no es menos cierto que estaba muy debilitado por la enfermedad. Su cuerpo enfermo, que además había estado seis meses sin consumir, no soportó una dosis que quizá unos años antes, estando sano, habría tolerado sin problemas.

—¿Qué enfermedad tenía?

—¿Qué enfermedad? El sida, por supuesto. El socio perfecto del caballo. Una infalible pareja asesina en aquella época. Charli estaba débil por el sida y por eso no soportó el primer chute después de un periodo de desintoxicación. Pero si no se hubiera chutado aquel día y no hubiera vuelto a drogarse, incluso si no se hubiera drogado nunca en su vida, habría muerto por el sida al cabo de un tiempo, como su hermana. De modo que, se mire como se mire, su muerte fue a causa del sida, aunque circunstancialmente se quedara seco con una aguja clavada en el brazo.

—Pero si no se hubiera drogado nunca, no habría contraído el sida, ¿no?

—Charli no contrajo el sida por chutarse con una jeringuilla infectada. Él se chutaba siempre con nosotros. Y sí, a veces compartíamos la jeringuilla, pero nosotros estábamos limpios. El sida entró en nuestra pandilla por él, por sus relaciones. En aquel periodo, murieron de sida muchos de sus amigos, de sus conocidos, de sus exparejas. Fue como si hubieran enviado a una batalla imposible de ganar a todos los gais de un par de generaciones. Murieron también heteros, por supuesto, pero proporcionalmente no tuvo nada que ver.

—Es verdad, había olvidado que Charli era homosexual.

—Si nosotros, los yonquis, estábamos condenados, los yonquis homosexuales estaban jugando a una ruleta rusa con el revólver lleno de balas. Un suicidio. De hecho, he llegado a pensar que en el caso de Charli fue algo así.

—¿El qué? ¿Un suicidio?

—Sí. Más consciente o menos. Pero sí, una especie de suicidio.

—¿Por qué?

—Porque se había desintoxicado. Estuvo un par de meses en un centro de la sierra de Madrid, en Cercedilla, y había conseguido desengancharse. Y estuvo sin meterse nada otros tres o cuatro meses, lo cual tuvo muchísimo mérito viviendo rodeado de yonquis, con su hermana en la misma casa y nosotros siempre por allí. La asociación que dirigía ese centro, que era católica aunque bastante moderna, le consiguió un trabajo. Entró como dependiente en un ultramarinos. Bueno, o como aprendiz, como chico para todo. Estaba en la calle Antonio López. Charli llevaba un guardapolvo azul y hacía recados con un carrito, llevaba la compra a las vecinas del barrio. Daba un poco de pena verlo. Yo me pasé a saludarlo un par de veces pero noté que se avergonzaba. El cantante del grupo punk Bote sinfónico tenía que aguantar a aquellas señoras y dar las gracias cuando le daban una propina miserable. Pero de todos modos él estaba contento, al menos al principio.

—¿Entonces?

—Entonces empezó a encontrarse peor, perdió peso, se cansaba en el trabajo. Y además murió uno de sus mejores amigos, Ricardo, el que había sido su primera pareja importante. Esa muerte le afectó mucho.

—¿Fue de sida?

—Claro. Y supongo que Charli se vio reflejado, vio lo que le esperaba. ¿Para qué luchar? Un yonqui no le encuentra sentido a la vida sin heroína, igual que un alcohólico. Esa es la gran lucha del adicto: saber conformarse con la vida sin sustancias, tan pálida, tan aburrida. Pero si lo que te espera es una muerte segura, ¿por qué no

chutarse?, ¿qué motivos quedan para no hacerlo? Por eso sigo diciendo que Charli murió por el sida. La condena por la heroína no era segura, con mucho sacrificio podías esquivarla, como Charli llegó a hacer al desintoxicarse. Pero en aquel tiempo la condena por el sida era segura. ¿Para qué esperarla? ¿Para qué pasar sin esperanzas por ese terrorífico deterioro? Para eso se inventaron los analgésicos, los narcóticos. En definitiva, la heroína. ¿Quiso Charli suicidarse? Quizá conscientemente, deliberadamente, no. Pero no creo que la idea estuviera muy alejada de su voluntad. Aunque hay otro indicio que apunta al suicidio, a ese suicidio digamos inconcreto, borroso, no planteado.

—¿Cuál?

—Aquel día, según me contó Mariajo, Charli había vuelto de trabajar muy cansado y deprimido. Fue al baño y, cuando volvió, le pidió a Mariajo el material. Quería chutarse tras seis meses sin probar el caballo. Ella le hizo alguna pregunta, se resistió un poco, pero después accedió. Cuesta negarle algo a quien se está muriendo. Mariajo se ofreció a ponérselo, pero él le contestó que no, que lo hacía él, y le dijo que le apetecía beber zumo de melocotón, una marca que le gustaba. Ella por supuesto bajó a comprárselo. No creo que tardara mucho, pero cuando subió, Charli ya estaba muerto. ¿Alejó a su hermana del piso para chutarse una dosis más grande y que no pudiera impedirlo? Yo lo he llegado a pensar.

Aunque Sara no se ha movido, la perseverante sombra se ha apropiado ya de casi todo su cuerpo. La raya del sol lo atraviesa oblicuamente, seccionándole una pierna por la pantorrilla y la otra por el tendón de Aquiles. Y como si hubiera escuchado mi pensamiento, Sara dobla ambas rodillas y se mete entera en la sombra, más cerca de mí, encogida casi en posición fetal alrededor del micrófono. Vuelvo la cabeza para mirar descaradamente la limpia curva de su muslo. Pienso en su cicatriz aplastada contra la arena; el olor de su piel se intensifica.

Me tumbo boca arriba. A través de la tela de la sombrilla, el ojo del sol se disgrega en múltiples ocelos, que parpadean con la ligera brisa que sopla desde el mar. ¿Es el empeine de su pie lo que está tocando mi pierna?

—Para Mariajo, la muerte de su hermano supuso un golpe muy duro. Y no fue menos dolorosa por saber que se iba a producir, al revés, pues todos contábamos con poder disfrutar de un tiempo más con Charli. Ese tiempo se contrajo súbitamente y se nos escapó entre los dedos. Mariajo nunca había intentado desengancharse. Disminuía el consumo de heroína por temporadas, o la fumaba en lugar de inyectársela, y así se mantuvo durante años. Pero a raíz de la muerte de su hermano decidió seriamente dejarlo. Contactó con la asociación

que había ayudado a Charli, se fue a ese centro de Cercedilla y en unas cuantas semanas, no demasiadas, consiguió alejarse para siempre del caballo. Lo que ella no sabía, y tardaría meses en enterarse, es que también estaba infectada. Había contraído el sida.

—¿Cómo?

—Mariajo me dijo que seguramente se lo había contagiado su hermano. Creía recordar que, antes de que a él lo diagnosticaran, habían compartido jeringuilla. De todos modos, al contrario que Charli, y a pesar de saber que también estaba condenada, Mariajo no volvió a chutarse.

—Entonces murió de sida, ¿no?

Tuerzo la cabeza hacia la izquierda, noto en mi sien el bulto duro del termo, y observo a Sara. Así, a ras de la toalla, me doy cuenta de que su cara está muy cerca de la mía, aunque más abajo, a la altura de mi pecho. La línea superior de su figura —pierna, muslo, culo y cintura; brazo, hombro, cuello y cabeza— discurre casi paralela al perfil del fondo: el recto trazo del mar, la ondulación de la arena, la quebrada silueta de las rocas. Sonrío despacio, mirándola, y dejo que interprete mi sonrisa como le plazca. Veinte, treinta segundos después, le doy la explicación:

—Mariajo no murió todavía. Por lo tanto, no puedo contarte cuál fue la causa de su muerte. No todavía. Estamos siguiendo el orden, ¿no? Antes que ella murió Javier.

—Tienes razón.

Sara me devuelve la sonrisa, que tiene, bajo esta cápsula de sombra en medio de la cegadora luz, una resonancia cálidamente cómplice, íntima. Y como sé que ella aceptará por enésima vez que haga uso de mi licencia de artista maldito, que me permite hacer cualquier cosa sin recibir reproches y sin que mi deseo sea tomado en serio, alargo mi brazo y toco su cuerpo: abarco su costado con mi mano, la deslizo por su piel mientras con el pulgar voy contando las costillas y la detengo sobre la esfera perfecta en la que se engastan su muslo, su culo y su espalda. Ella se mueve bajo mi mano (la tela del bikini se frunce entre mis dedos) y se yergue sobre el codo. Su melena se despliega como una cortina y los mechones se balancean en el aire; pierdo la referencia de sus ojos. He debido de tirar de nuevo el micrófono y Sara va a colocarlo. Para ello apoya su mano en el hueso de mi cadera y luego sobre mi esternón; necesitará un mejor ángulo para poder maniobrar, tan cerca estamos el uno del otro. Su torso se vuelve hacia mí y choca blandamente contra el mío, se pega a mí, me aplasta. No puede quedar mucho espacio entre los dos, yo diría que nada, y si no ha tenido cuidado el micrófono estará debajo de ella, incrustándose en la toalla. Los mechones de su melena se inclinan hacia mí, hacia mi cara, y a través de ellos veo el brillo agudo y ávido

de sus ojos, que reflejan el azul grisáceo del mar y el blanco calizo de la arena de la playa. Solo cuando Sara lleva unos segundos haciéndolo —tres, cinco, ocho segundos— me percato de que me está besando. Me está besando. Sara me está besando. Sus labios calientes, mullidos, levemente húmedos, se han posado sobre los míos —ásperos, fríos, rígidos— y la punta de su lengua se asoma tímida y yo la dejo entrar, incrédulo y casi indignado, como si contemplara la escena desde fuera y me pareciera una aberración. Sara está echada sobre mí y me está besando. Me está besando. Sara. ¿Está respondiendo, al fin, a mi deseo? ¿Por qué lo hace? ¿No le repugna mi aliento a whisky ni mi decrépita boca de viejo? ¿No? ¿Por qué no?

Sus labios se separan de los míos y luego se mueven despacio y susurran:

—¿Por qué no volvemos a la casa?

«Tengo que ir al baño», dice Sara en mi oído, y al despegar su cuerpo noto en la piel un raudo frescor, el de nuestro sudor evaporándose tras el inútil y frustrante esfuerzo. Mientras aparta las sábanas y se sienta en el borde de la cama, se me ocurre que esta puede ser una compasiva y elegante mentira (ha ido al baño justo antes de venir a mi dormitorio, hace menos de media hora) y que prefiere dejarme solo unos minutos para no tener que pronunciar una humillante frase de consuelo. Me la ahorra a mí y se la ahorra a sí misma.

Se baja de la cama y se detiene ante la ventana, en un atenuado contraluz que oscurece su piel sin llegar a inundarla de un negro absoluto. Con un movimiento sincronizado que parece preludiar una posición de *ballet*, sube los dos brazos por encima de su cabeza, se agarra las manos y vuelca el peso hacia delante hasta ponerse de puntillas. Su espalda se arquea y varias articulaciones emiten un chasquido. La apreciable torsión de sus caderas, que acaso se deba más a una inconsciente evitación del dolor que a la diferencia de longitud entre ambas piernas, distribuye sus formas en el espacio de una manera ligeramente imperfecta, asimétrica, y vuelve a encender en mí este sordo y —ahora ya sí— vano deseo. Por lo tanto, el problema no ha sido la falta de deseo. Después de estirarse, Sara camina descalza hacia la puerta de mi dormitorio (sus pies marcan una nítida síncopa) y sale.

Podría culpar de mi fracaso al alcohol, o a la fatiga emocional después de estar hablando de mis amigos muertos, después de llevar semanas removiendo descuidadamente mi lacerante pasado. Podría hacerlo y tendría razón. La tendría y no la tendría, porque ni el alcohol ni la inestabilidad emocional me han impedido nunca, desde que me desenganché del caballo, follar con mujeres a las que deseaba

mucho menos que a Sara, o incluso nada en absoluto, con las que llevé a cabo un simple y rudo ejercicio de invasión de la carne, de sometimiento de una voluntad, de vanidosa y desconsiderada tiranía. La culpa ha sido del alcohol y del cansancio, sí, pero exacerbados por un catalizador de creciente importancia: mi edad.

Remo con las manos sobre el colchón hasta incorporarme y apoyo la espalda en el cabecero de la cama. Me observo, y lo hago con unos ojos que están incrustados en un cuerpo mucho más que maduro, casi viejo, que no sorprendería ver sobre la gélida camilla de una morgue, o sorprendería menos que sobre esta cama junto al cuerpo abierto y entregado de la treintañera Sara. Y si quiero emprender con honestidad mi autorretrato, he de asumir este cuerpo machacado por el tiempo y por los años pasados en el infierno de la heroína. Este cuerpo he de pintar, este cuerpo soy, impotente y flácido, incapaz y fracasado y viejo.

El compás disparejo de los pies de Sara se anticipa en unos segundos a su entrada en la habitación. Sostiene contra el vientre una bandeja con patas, de las que sirven para tomar un desayuno romántico en la cama o para alimentar a un enfermo terminal en su lecho de muerte (y no puedo dejar de pensar, con melodramática autocompasión, que esto último se aproxima más a la realidad). Por debajo de la bandeja, veo el fogonazo rojo de unas bragas, que ha debido de ir a buscar a su dormitorio (las dos piezas del bikini siguen tiradas en el suelo). Arriba, en cambio, no se ha puesto nada, y durante un instante se me ocurre que es su busto lo que está servido sobre la bandeja, con los dos pechos oscilando como un postre refinado y sutil.

Sara sonríe, así que está claro que va a comportarse como si no hubiera pasado nada. Si lo hace porque cree que me avergüenzo, que mi orgullo masculino está herido, se equivoca, me da igual. Es la conciencia de mi edad, de mi imparable deterioro, lo que me ha dejado esta sensación de frustración y contrariedad. Pero me vendrá bien, será de hecho imprescindible, si quiero abordar con lucidez mi autorretrato.

En la bandeja, que Sara deposita a mi lado en la cama, no hay comida. Sobre ella está su teléfono móvil conectado al micrófono, todo lo necesario para continuar con la sesión ciega, sin vídeo, que hemos comenzado hace unas horas en la playa de los Muertos.

—¿Te parece que sigamos? Al menos un poco, antes de comer.

—Lo que tú quieras, Sara, lo que tú quieras.

—Fantástico.

Ella desoye mi amargura, también un poco melodramática, y orienta el micrófono hacia mí. Enciende el móvil y toca la pantalla para iniciar la grabación. Después se tumba atravesada en la cama, de

costado, con el mentón sobre la palma de la mano, mirándome.

Ahora mismo deberíamos estar follando, y no. Ahora mismo yo debería estar dentro de su cuerpo, y no, estoy fuera de él, contemplándolo, tan cercano e inaccesible, en otra dimensión. Tal vez sí tenga el orgullo herido, simplemente.

Hago un último intento: me concentro en su cicatriz, en su tortuoso relieve cárdeno. Algo, un estremecimiento, una quemazón, alienta aún mi dormido sexo. ¿Y si solo ha sido el whisky, que he bebido prácticamente en ayunas?

—El siguiente en morir fue Javier. Eso me has dicho antes.

—Eh… Sí, sí. Javier.

—¿Cómo fue?

Me tapo medio cuerpo con la sábana, lo oculto a sus ojos y a los míos. Pienso en mi amigo Javier.

—No hay ni una sola muerte que no sea una desgracia, un cataclismo, aunque solo sea para el que se muere. Incluso la muerte de un tirano o un asesino lo es. Ese íntimo pavor, ese vértigo sin fondo. Hitler, por ejemplo, o Sadam Huseín, sus instantes finales antes de morir. Pero hay unas muertes más dramáticas que otras, que provocan mayores daños a su alrededor. En nuestra pandilla, la muerte de Javier fue sin duda la más terrible. Su adicción a la heroína fue mucho más destructiva porque había mucho más que destruir: su brillante carrera como abogado, su patrimonio y sobre todo su familia, su mujer y sus dos hijos. Todo quedó arrasado por el caballo. Nosotros, Charli, Mariajo, Fede y yo, éramos jóvenes, aún no habíamos construido casi nada, así que no había mucho que destruir.

—¿Qué edad tenía cuando entró en vuestra pandilla? Había defendido a María José en un juicio, ¿no?

—Sí. Era abogado penalista, un buen abogado. Tenía su propio bufete con otro socio y las cosas le iban muy bien. Vivía en el barrio de Salamanca y además tenía una casita en la sierra, en Rascafría, y un apartamento en la playa. Conoció a Mariajo cuando ella trabajaba en Galerías Preciados. No sé si llegaron a tener algún lío. Si no lo tuvieron, él sin duda lo deseaba, como casi todos los hombres que se cruzaban con Mariajo. Y ella se aprovechaba. Cuando la detuvieron por un robo en una farmacia, en la época en que ya la habían echado de Galerías y hacía cualquier cosa para conseguir dinero, le pidió a Javier que la defendiera en el juicio. Gratis, por supuesto. Y salió absuelta. La noche en que lo celebramos, Mariajo le inyectó una dosis. Fue en mi casa y tengo la imagen de Javier perfectamente grabada, su rostro ablandándose mientras la heroína se abría paso en su organismo por primera vez. A partir de ese momento, su vida no hizo más que caer. Y Javier caía desde un lugar mucho más alto que

nosotros. El golpe fue más duro.

—¿Qué edad tenía, más o menos?

—Ah, sí, no te he contestado. Veinte o veintitantos años más que yo. Cuando entró en la pandilla rondaría los cuarenta y cinco. Su decadencia, gradual y previsible, duró seis o siete años, aunque yo le perdí de vista al final, incluso tardé en enterarme de su muerte. Primero empezó a irle mal en el trabajo y se gastó los ahorros familiares. Después su socio lo echó del bufete y él vendió la casa de la playa, aunque su mujer lo supo meses después de que ocurriera. Es decir, hubo un periodo en el que Javier se despedía por la mañana de su mujer y de sus hijos, salía de casa con el maletín, y luego se tiraba todo el día colocado, a menudo en el piso de Mariajo. Por la noche volvía a su casa como si hubiera estado trabajando diez horas en el bufete o el juzgado. Su mujer lo pilló cuando intentó vender la casa de la sierra, que estaba a nombre de ella, había pertenecido a su familia. Javier se fundió una fortuna en drogas, no solo caballo. También se metía cocaína, al principio para despejarse y poder seguir trabajando, mientras mantuvo el trabajo, y después para estar más presentable cuando volvía a casa después de todo un día chutándose. Una locura.

—¿Su mujer no se divorció de él?

—Sí, claro que se divorció, aunque no recuerdo exactamente cuándo. Demasiado tarde, en cualquier caso. Antes de eso, sus hijos, una chica y un chico, también se vieron afectados. Entre otras cosas, tuvieron que abandonar el colegio privado al que iban y cambiarse a uno público. La mujer, al menos, consiguió salvar el piso en el que vivían, era un buen piso, y supongo que se recuperarían. O quizá no. No supe más de ellos. Aunque ahora recuerdo que…

Una burbuja de dolor estalla en el centro de mi cabeza —la inminente resaca hinca sus dientes en la masa de mi cerebro— y me aprieto las sienes con las palmas de las manos. A este dolor se opone un vago recuerdo formándose, que asciende de las profundidades y va hacia la luz.

—¿Estás bien, Eduardo?

—Sí.

—¿Te traigo algo? ¿Agua? ¿Whisky?

—No, no, gracias.

—¿Qué es lo que recuerdas?

—Es una tontería, pero no había vuelto a pensar en ello. En medio de aquel drama, el de Javier pero también el mío, el de todos nosotros, las pequeñas noticias no dejaban rastro, enseguida quedaban sepultadas por otras más graves. Y los yonquis tampoco están muy pendientes de nada que no sea su propio ombligo. Acabo de recordar que el hijo de Javier se intentó suicidar. Era muy joven, trece o

catorce años, y por suerte no lo consiguió. Pero este suceso explica muy bien la devastación que se extendía alrededor de cada yonqui, ese perímetro de tierra quemada, estéril, que el yonqui genera con su adicción. La vida de ese chico, seguramente de ambos hermanos, también quedó arruinada por la heroína. ¿Qué será ahora de ellos? Los suicidas suelen reincidir. ¿Lo intentaría más tarde con éxito? ¿Seguirá vivo?

—Podrías buscarlos. Hoy en día no es difícil, con las redes sociales y demás.

—Supongo que no. Pero dudo mucho que a ellos les interesara hablar conmigo, al contrario. Querrían más bien asesinarme. Y no les faltaría razón.

—¿Qué fue de Javier?

—Al final le perdí un poco la pista. Se marchó de Madrid, se fue al sur, primero a Málaga y luego a Granada. Se estuvo moviendo por círculos *hippies*, que era una manera de ennoblecer la adicción, de darle una estética más aceptable. Me contaron que hacía pulseras y las vendía por la calle. Imagínate, el brillante abogado cincuentón, con dos hijos, vendiendo pulseras a los turistas. No sé cuánto tiempo duró esa etapa, la última en su caída. Su muerte no fue por sobredosis sino por una neumonía, y ocurrió en la cueva de Granada donde dormía. Al parecer llevaba una semana muerto cuando lo encontraron. Yo me enteré dos o tres meses después, quizá más. Alguien, un amigo de un amigo de un amigo, se lo contó a Mariajo.

Debajo de la sábana que me cubre, algo se agita, o mejor dicho se retuerce. Miro a Sara, el cuerpo de Sara, tumbado delante de mí casi completamente desnudo. ¿Qué es? Introduzco una mano debajo de la sábana.

—No te lo vas a creer, Sara.

—¿Qué? Dime.

—Tengo hambre.

—¿Ah, sí? Estupendo, yo también. Lo dejamos aquí entonces.

Sara se incorpora y gatea por el colchón hasta la bandeja. Detiene la grabación.

Desplazo mi mano un palmo más abajo y me estrujo el sexo, me clavo las uñas.

—En esa fase final siempre tenía fiebre, más o menos grados, pero siempre fiebre, como mínimo unas décimas, pero no era por la fiebre por lo que necesitaba estar destapada y desnuda, ni tampoco por el calor, porque hacía calor, era el mes de agosto, aunque ella moriría el uno de septiembre, así que aguantó y no murió en agosto, es triste morir en agosto cuando todo el mundo está de vacaciones, pero la

razón por la que necesitaba estar destapada no era el calor ni la permanente fiebre, sino la molestia que le provocaba el roce de las sábanas o de una simple camiseta, por muy gastada y suave que fuera la tela, el tacto o el peso liviano del algodón le producía una irritación insoportable, tenía la piel extremadamente sensible por el sida, pero también por todas las cicatrices que la marcaban, que eran el resultado de muchos años de adicción a la heroína y de su época más salvaje, más al límite, cuando hacía cualquier cosa para pillar caballo o para conseguir dinero para pillar caballo, cuando robaba al descuido en las aglomeraciones, en los mercados, en las colas de los cines, y más adelante incluso en tiendas, como aquella farmacia donde la cogieron y fue a juicio y Javier la defendió, todo eso había dejado rastro en su piel, derrames, roturas vasculares, hematomas mal reabsorbidos, pequeños quistes por golpes, quemaduras, cortes, todas estas cicatrices estaban en su piel, al aire, siempre al aire en ese mes de agosto, como un frágil lienzo o uno de esos dibujos japoneses en papel de arroz, en realidad era la piel de una mujer de más edad, de sesenta o setenta años, aunque Mariajo ni siquiera llegó a cumplir los cuarenta, pero esto no es una manera de hablar, un yonqui vive más que las personas que no han probado la heroína, vive un tiempo distinto, más extenso, el tiempo que ha pasado bajo los efectos del caballo, y en cada cicatriz de Mariajo estaba agazapado el tiempo, replegado bajo la piel herida por una quemadura o por un pinchazo o por el corte con la luna de un coche, de modo que no parecía más vieja, sino que de verdad lo era, la línea de su vida no era recta como la de una persona normal, tenía pliegues, meandros, circunvoluciones, dentro de los cuales había reservas de tiempo, años enteros de esas vivencias extratemporales que tienen los yonquis cuando están colocados, por eso la longitud total de su vida era menor o podía parecerlo, porque en su recorrido había cápsulas con un tiempo adicional, con décadas, y estas cápsulas eran las cicatrices de su piel, que aquel maldito verano ella necesitaba tener siempre descubiertas, al aire, y que yo no podía dejar de mirar.

—¿La pintaste?

—No.

—¿Por qué?

—¡Porque se estaba muriendo, Sara! ¡Mariajo se moría! No cogí un pincel en todo ese verano.

Como si lleváramos a cabo una coreografía, ambos movemos a la vez la mano derecha y agarramos nuestras copas, ella para fingir soltura y no responsabilizarse de su falta de tacto, y yo para exagerar el dominio de una ira que realmente no siento. Sara está tomando el burdeos que ha abierto para la comida, cuyos efectos son evidentes en el brillo de sus ojos y en cierta negligencia de sus preguntas. Yo sigo

con el whisky que llevo bebiendo durante horas, con pausas, desde esta mañana en la playa de los Muertos.

Estamos sentados en la encimera-isla de la cocina, uno a cada lado. La cámara de vídeo me graba desde un lateral, el trípode con las patas recogidas está montado sobre la encimera. Si el plano que ha elegido no es muy cerrado, Sara también estará saliendo en la imagen. ¿Por qué se está grabando? ¿Y por qué ha vuelto a recurrir al vídeo? ¿La muerte de Mariajo le interesa para su tesis más que las de mis amigos?

Su mirada, cuando devuelve la copa de burdeos a la encimera, es diferente, más afilada e inestable, con un temblor de diversión, pese al tema del que estamos hablando. ¿Se esconde detrás de su ebriedad para hacerme preguntas inadecuadas, para provocarme como hace un instante y que la escena tensa quede grabada?

—Y, sin embargo, la belleza de Mariajo no se había perdido, seguía allí, sobre ese colchón, a pesar de la brutal pérdida de kilos, a pesar de los estragos del sida y de la heroína, bajo aquella delicada y sensible piel marcada por las cicatrices, contraída sobre los nítidos huesos que había debajo, porque su belleza residía en su esqueleto, y este era ahora más visible que nunca, por lo tanto ella era más bella que nunca, con su finísimo mentón, con su esbelto cuello de reina egipcia, con sus largos y ligeros brazos con los que cogía un vaso de agua o me acariciaba la cara, con sus profundos ojos rasgados, que miraban con una serenidad escalofriante y a la vez muy dulce. Era difícil soportar aquella terrible belleza de Mariajo.

—¿No siguió ningún tratamiento?

—No, solo para los síntomas. Pero es que en aquella época no había tratamientos, o no en España. Aún faltaban algunos años para que se aprobaran los primeros antirretrovirales. Se suministraban experimentalmente en otros países. En Estados Unidos por supuesto. Y, dentro de Europa, en algunas clínicas francesas, aunque de manera muy restringida. Me informé, recurrí a un amigo de mi padre que era médico, que supongo que se lo contaría a mi padre, pero me tragué el orgullo. Se comportó con mucha generosidad, a pesar de que saltaba a la vista que le repugnaba la vida que llevábamos, era muy religioso. Pero hizo las gestiones, contactó con una clínica de París y me ofreció la posibilidad de ingresar a Mariajo para uno de aquellos tratamientos. Eran muy caros, pero yo entonces empezaba a tener dinero, las exposiciones individuales se sucedían y lo vendía todo, al precio que fuera. Así que el dinero no era problema. Hablé con Mariajo y se lo propuse.

—¿Y?

Sonrío. Siento la pupila azulada de la cámara clavada en mí, observándome, registrando cada matiz de mi fisonomía en alta definición y en decenas de fotogramas por segundo. Pero puedo jugar

con esta infinitesimal minuciosidad de la que soy objeto, puedo cargar mis gestos con una fuerza que se multiplicará en cada fotograma, en cada imagen aumentada hasta la diminuta unidad del píxel. De modo que, alevosa, conscientemente, abro más los labios y enseño los dientes y las encías. ¿Esta mueca que hay en mi cara parecerá todavía una sonrisa? Creo que estoy demasiado borracho.

—Recuerdo la tarde en que se lo propuse, en que le conté detalladamente las gestiones que había hecho y también mi plan, cómo iríamos a París, cuándo, dónde nos alojaríamos. Recuerdo que daba vueltas alrededor de su cama como un loco, explicándoselo y exagerando mi optimismo, la efectividad del tratamiento, las esperanzas. Recuerdo el calor que hacía en la habitación y la luz sedosa que entraba por la ventana y envolvía a Mariajo. Y recuerdo que, cuando acabé de contárselo, me detuve al pie de la cama y esperé su respuesta, que tardó unos segundos en producirse, medio minuto, un minuto, mucho tiempo. Su quebradiza piel se estiró sobre los prominentes huesos de su rostro, se hundió en todas las concavidades de su cabeza, y yo tardé en percatarme de que estaba sonriendo. Lo hacía con esa serenidad tan impactante en la que llevaba viviendo muchas semanas, o muriendo. Sonrió y luego alzó su fino brazo de la cama y trazó en el aire medio círculo y lo volvió a posar, fatigada por el extraordinario esfuerzo. Fue un ademán mínimo, que para cualquier otra persona no habría significado nada, como si hubiera espantado una mosca, pero yo sí lo entendí. Mariajo había señalado su propio cuerpo, su cuerpo y el estado en el que se encontraba, y aquella cama y aquella habitación y hasta a mí. Señaló la situación en la que estaba, en la que estábamos, y la inutilidad de cualquier iniciativa que se derivara de no asumir la realidad, de no asumir que se iba a morir y no había nada que pudiéramos hacer para evitarlo. No abrió la boca, no dijo una palabra. Fue suficiente con eso. No íbamos a ir a París.

—¿Y sus padres? ¿Vivían aún?

—No. El padre los había abandonado justo después del nacimiento de Charli, no tuvieron ninguna relación con él. Y la madre había muerto hacía bastantes años, al poco tiempo de que nos conociéramos. Aunque, bueno, quizá el padre seguía vivo, quién sabe. Ellos nunca hablaban de él.

Sara desliza la mano por la encimera en dirección a su vino. Pero calcula mal, sus uñas tropiezan con el tallo de la copa y esta se tambalea, lanzando una lengua de líquido por encima del borde. Con unos insospechados reflejos, detengo con dos dedos el baile de la copa y evito que se caiga y que el vino se derrame del todo.

—Ay, perdón.

Sara se ha disculpado con una vocecita aguda de niña irresponsable, y ahora hace el gesto procaz de llevarse a la boca los

dedos manchados de vino y chupárselos. Luego apura la copa de un sorbo. Mientras yo la imito y bebo whisky, ella se sirve más vino.

Sus labios morados, en los que se ha quedado adherida la procacidad de hace un instante, se mueven con descontrol y dicen:

—No recibió ningún tratamiento, de acuerdo. Pero sí iría al hospital, la ingresarían en algún momento, ¿no? Por lo menos… al final del todo.

—No.

—¿No?

—No quiso. Murió en casa, en mi casa, en la habitación en la que pasó ese último verano. Murió el uno de septiembre.

—¿Y cómo fue?

—No fue de ninguna manera, no pasó nada especial, no cruzó ninguna línea. Yo estaba a su lado y no percibí el tránsito. Y dudo que el médico más experimentado fuera capaz de determinarlo. Casi se puede decir que Mariajo no murió, porque ya estaba prácticamente muerta. Solo dejó de respirar, ya está. Supongo que su muerte no fue muy diferente de la de mi hermana Carmen, ese suave, ínfimo, sutil cambio de estado, como el agua al evaporarse.

Sara ha cogido su copa con la mano lacia y da sorbitos ruidosos, como la niña que insiste en hacer lo que le han dicho que no haga, juguetona e irreverente. Me mira por encima del cristal con sus ojos chispeantes, me está empezando a enfadar. Está guapa y me enerva. La deseo y no la soporto. La follaría contra el canto de la encimera y le daría una bofetada lenta con la mano dura y ahuecada. Sus dientes golpetean en la copa, la muerden; la niña me está desafiando, está buscando el bofetón para luego reprochármelo con histerismo. Sin pretenderlo, me obliga a ser el adulto, a adoptar una seriedad que no sé si quiero adoptar en el relato de la muerte de Mariajo. Yo debería ser el niño y no asumir nada, tomármelo todo como un juego y escapar así del dolor. Pero, con su actitud, Sara no me deja, me tiene arrinconado en la racionalidad, en la absoluta conciencia de cada uno de los detalles de la desgracia.

—Murió con estoicismo, el estoicismo que desarrolló desde el día en que supo que estaba infectada por el sida. En aquel devastador periodo minado por la heroína y el sida, vi a muchos jóvenes, a muchos amigos, afrontar la muerte de esa forma, sin engañarse, sin acogerse a falsas esperanzas o supersticiones. Esa serenidad le llegó a Mariajo con el diagnóstico del sida y se le acentuó, paradójicamente, con el embarazo. No entró en pánico, no…

—¡Oye, Eduardo!

La niña ansiosa y egocéntrica (la treintañera borracha) me ha interrumpido, y yo, el adulto, tengo que ser paciente y no enfadarme.

Cojo mi vaso de whisky —ahora sí para dominar la ira—, bebo despacio y la dejo hablar:

—Llevo unos días pensando que quizá… A ver, es que todo lo que me has contado estas semanas tiene muchísima fuerza. Hay más material y es más potente de lo que pensaba. Y quizá debamos replantearnos la manera de… de canalizarlo.

—¿Canalizarlo? ¿De qué demonios estás hablando, Sara?

Ella agarra otra vez su copa, aunque estoy convencido de que es solo para ganar tiempo, y dedica un minuto a dar esos sorbitos que me sacan de quicio. No estoy seguro de si se está haciendo la niña o la tonta, y si por tanto he sobrestimado su inteligencia. No sé si durante estas semanas he endosado su prudencia a una virtud que no existe, que Sara no posee y yo, optimista, le he atribuido. Pero no, esto no puede ser. Me ha dado muchas muestras de su inteligencia y su habilidad, de la fineza con que me ha manejado, manipulado casi. No puede ser.

—Sí, es decir… Lo que he estado pensando últimamente es… ¿Tú no te has planteado escribir tu autobiografía?

—¿Qué? ¿Mi auto…? Yo soy pintor, Sara. ¡Pintor!

—Ya, ya, pero… Es que estaría tan bien… ¿Y una biografía? Es decir, que alguien la escriba por ti con todo este material.

Acerco el vaso hasta la encimera y, cuando está a un centímetro, lo suelto. El grueso culo del vaso suena como un martillo y carga de violencia el aire de la cocina.

—¿Que alguien escriba mi biografía? ¿Y quién sería? ¿Tú? ¿Es eso lo que me estás preguntando, Sara?

—Pues…

—¿Es eso lo que me estás diciendo? Después de mes y medio aquí, en esta puta casa, ¿me dices ahora esto?

—Es que, si quieres que te sea sincera…

—¡Por favor!

—Si te soy sincera, Eduardo, no tengo claro el enfoque adecuado para mi tesis. No, la verdad es que no. Te lo confieso, no sé cómo voy a hacer mi tesis. O sea… No sé si la voy a hacer.

Dentro de mi aturdida y de pronto lúcida cabeza, el alcohol se espesa con la decepción y la cólera, y un rabioso nihilismo inunda todas las partes de mi cuerpo. Si mis cuadros de su cicatriz no valen nada y el proyecto de su tesis se acaba de esfumar, súbitamente disuelto en la atmósfera como un gas noble, ¿qué hacemos aquí? ¿Para qué hemos estado aquí durante seis semanas?

Pero esta repentina lucidez destila un líquido puro: la convicción de que Sara me ha estado engañando todo este tiempo, ha escenificado día y noche, durante todas las horas del día, un papel que

tenía preparado de antemano y que debía superar un momento crítico, este de ahora mismo. Y me pregunto si el sexo que me ha ofrecido esta mañana no era parte de su plan, un calculado y mezquino soborno para persuadirme, una sublimada forma de prostitución. Si esto es así —pero lo ignoro y me da igual y no perderé un segundo en averiguarlo—, no se lo voy a permitir.

Me pongo en pie. La sangre pierde presión dentro de mi organismo y la vista se me nubla. Cuando salgo del fundido en blanco, estiro el brazo hacia Sara y la apunto con mi dedo índice. En su cara aflora el miedo, un miedo franco, no fingido: cree que la estoy amenazando, que la voy a agredir. Y quizá iba a hacerlo, iba a hacerlo de alguna rebajada manera, estoy seguro, hasta que he visto su miedo y me he arrepentido. Entonces, giro sobre mis pies unos grados, mi dedo estirado barre el espacio y elijo otra diana: la cámara. Con rabia, lanzo mi brazo hacia delante y golpeo con el dedo el objetivo, una vez, y luego otra más fuerte, y otra más, hasta que el impulso de mi dedo vence el peso de la cámara y esta bascula hacia atrás sobre el trípode. La cámara cae pausadamente describiendo un arco, pero no me quedo a presenciar el golpe, echo a andar hacia la puerta de salida de la casa.

A mi espalda, la cámara se estrella contra el suelo y Sara grita. Oigo cómo varias piezas rotas se dispersan por las baldosas como ruidosas cucarachas. Esbozo una amplia sonrisa, y pienso en la grabación de la cámara, en la imagen que ha estado registrando hasta el último instante: la breve y enrarecida discusión entre Sara y yo, el conato de amenaza que he desplazado de Sara hacia la atenta pupila del objetivo, y la agresión con mi dedo que ha terminado tirando la cámara y finalizando la grabación.

Mi rostro congestionado e iracundo, mi agigantado dedo: esto es lo último que ha capturado la cámara. Y mientras salgo al exterior y respiro el aire salobre y a la vez seco —el mar y el desierto— me digo que no es un mal final para la pieza de videoarte que llevamos seis semanas realizando. Porque es lo único que hemos estado haciendo en esta casa.

MADRID-ASTURIAS

OTOÑO

Con una vertiginosa incredulidad, observo mis tres manos izquierdas —la del lienzo, la del pequeño espejo y la que tengo apoyada en mi rodilla— y vuelvo a comprobar que son tres manos diferentes. Las tonalidades de la piel y sus texturas no representan a la misma persona, y hasta se podría decir que son de edades y razas distintas. ¿Cómo es posible? Durante más de una semana, hasta ayer, las tres manos eran la misma mano, y mis ojos saltaban de una a otra con la confianza con la que nos miramos cada mañana al espejo, sin miedo de encontrarnos delante a otra persona, a una mujer o a un niño o a un asiático de nariz achatada y pelo lacio.

Mi única preocupación estos días ha sido mantener las proporciones, igualar sobre el lienzo la región de mi cuerpo que estaba encuadrada en el espejo. Sin embargo, hoy existe un abismo entre las tres manos. Y es lógico pensar que esta disparidad también se reproducirá en las otras partes del autorretrato. Pero me da pavor comprobarlo. Mi trabajo, entonces, habría sido un fracaso absoluto, otro más en mi tortuoso y paralizante empeño por retratarme.

¿Qué ha cambiado desde la sesión de ayer por la tarde, cuando mis tres manos eran aún la misma mano? Cierro los ojos. Estoy algo más bebido, es cierto, lo noto en la consistencia blanda y fluctuante que tiene la oscuridad bajo mis párpados, y tan solo son las once de la mañana. Pero también es cierto que desde que estoy con el nuevo autorretrato suelo estar borracho, y más de una noche he sido incapaz de alcanzar mi habitación y he dormido la borrachera aquí, en el desfondado tresillo del estudio o tirado de cualquier manera sobre la alfombra. Y esos días, aun así, el lienzo copiaba la realidad con una fidelidad aceptable, limitada exclusivamente por mi talento. ¿Qué ha pasado hoy? ¿Qué ha cambiado? Estaba tan contento.

Abro muy lentamente los ojos. Tengo la barbilla vencida sobre el pecho y mi mirada se desliza a ras de la piel, entre el vello canoso del esternón, por encima de los pliegues del vientre, y luego se detiene en el cuenco formado entre el pubis y los muslos, donde está acurrucado, sobre un nido también canoso, el sexo. Si me fijo solo en el modelo al natural, sin cotejarlo con el espejo ni con el lienzo, también lo percibo de un modo diferente. La textura de la piel no es la misma con la que he estado trabajando estos días, como si las arrugas, las grietas y los poros hubieran adquirido una mayor presencia. Siento un escalofrío y me estremezco; llevo un rato teniendo frío. Meto los brazos en las mangas del albornoz sobre el que estoy sentado. ¿Es el frío lo que ha alterado mi piel o la percepción que tengo de mi piel? Agarro el

paquete de tabaco, el mechero, y me pongo en pie. Esquivo el enorme bastidor de dos por dos metros (hasta ayer lo llamaba el autorretrato, pero esta es ya una denominación dudosa) y salgo a la terraza.

Después de quince días de cielos cubiertos y de lluvia, hoy ha amanecido despejado. El calor ha permanecido estas dos semanas pegado a la tierra, retenido por la barrera de contención de las nubes, pero esta noche el cielo se ha abierto y ha venido el frío, o al menos un frescor delgado y penetrante más propio de este mes de octubre. Expulso el humo hacia la fachada del bloque de enfrente y su densidad se ve incrementada por el vaho de la respiración. Tendré que subir el termostato de la calefacción si no quiero pasar frío en el estudio, desnudo todo el día, sentado entre el pequeño espejo y el gigantesco y fragmentario autorretrato.

La lluvia ha limpiado el aire, lo ha dejado ligero y euforizante como si fuera oxígeno puro, aunque las emanaciones de Madrid no tardarán en envenenarlo. Los azulejos de la cornisa del teatro destellan como diamantes incrustados en la pared de una mina y entrecierro los ojos, deslumbrado más de la cuenta por la dilatación de mis pupilas a causa del alcohol. Me asomo a la calle por encima de la barandilla.

El sol y sus sombras parásitas dibujan en la acera un complejo *tangram*, sobre el que caminan los peatones inscribiendo sus siluetas dentro de los triángulos, los trapecios y los cuadrados. La luz ataca los volúmenes con agresividad, rabiosa, iracunda, resarciéndose de tantos días de estar secuestrada por las nubes. Y los colores… ¡Claro! ¡Eso es! ¡Soy un borracho estúpido! ¡La luz! ¡La luz!

Tiro el cigarrillo sin apagar y entro corriendo al piso. El albornoz se abre y el aire fresco se cuela y me abraza. Cierro la puerta y desde aquí, con la cristalera a mi espalda, contemplo el estudio.

La luz colma la estancia de una claridad violenta y saturada, como si todas las superficies estuvieran recubiertas de la materia luminiscente de las agujas de los despertadores: las paredes claras, los muebles oscuros, la blanca parte trasera del bastidor, el reverso negro del espejo, la silla giratoria azul en la que pinto y poso a la vez, las botellas de whisky con su contenido ámbar, los estridentes lomos de los libros. Todo resplandece con una efervescencia nueva.

Solo ahora me he percatado de que este último intento de autorretrato lo he realizado en días nublados, y por tanto hoy es la primera sesión con un sol directo y sin filtrar. Lo único que ha cambiado desde ayer es la luz. Es decir, todo. Y por eso mi mano de carne y la que se refleja en el espejo y la que estoy pintando en el cuadro son tres manos diferentes. No es tan grave, no es tan grave. Tal vez mis ojos se acostumbren o mi cerebro unifique tonalidades y texturas.

De pronto echo de menos la sala de arriba de la casa de Almería, y el sistema de cortinas que me permitía modular el caudal y la temperatura de la luz. Si pudiera hacer lo mismo aquí, desplegaría por delante de la cristalera una tela añil que enfriara los colores, como han estado haciendo las nubes durante dos semanas, y quizá de este modo mis tres manos izquierdas volverían a coincidir. Aunque otra solución —pienso con una ansiedad que aplasto entre la lengua y el paladar— es beber un poco más de whisky: todas las manos del mundo podrán entonces coincidir, o empezará a darme igual.

De camino a las botellas, me ato bien el albornoz y subo la temperatura en el termostato de la pared. Escojo el vaso menos sucio (hay uno manchado de pintura, otro con una colilla y dos rotos) y me sirvo tres dedos de la botella más llena. Con una concienzuda parsimonia, casi con desgana, me llevo el vaso a los labios y bebo un trago sin que la mano me tiemble un milímetro. Si alguien me estuviera observando, no se llevaría de mí una imagen demasiado lamentable. Mantener este simulacro de calma —mantenerlo ante mí mismo, porque nadie me está observando— es lo único que me separa de la desesperación. Pero la distancia es mínima: volcar la botella demasiado rápido y tirar whisky fuera del vaso, o tirarlo en el trayecto hasta mi boca, o beber con ansia y que unas gotas de whisky resbalen por mi barbilla. Entonces, todo estará perdido.

Termino de tragar los últimos restos de whisky y saboreo el eco ahumado que tanto me gusta. (Este sibaritismo también forma parte del simulacro. Bebo para emborracharme, para inocular en mi torrente sanguíneo grandes cantidades de alcohol etílico, nada más. ¿Eco ahumado? ¡Ja!) Con el vaso en la mano, como un lord inglés después de la caza del zorro, recorro mi zona de trabajo.

El tablero con los tubos y las pellas de óleo está colocado sobre dos borriquetas de madera. Nunca he necesitado una paleta tan grande, pero a la vez estoy encerrado en una gama cromática muy restringida, pobre, tediosa, con la que intento reproducir mi piel y los vestigios de todo lo que la ha castigado a lo largo de casi sesenta años: marfil, porcelana y arena; caliza, siena y miel; almendra, café y castaña; ocre, dorado y bronce. Para las cicatrices, las manchas hepáticas, las varices, los derrames y demás accidentes del tiempo no estoy usando pintura, sino esquirlas de cualquier cosa, de trozos de plástico, de cables, de gomas, de conchas, de piedras. Las pego a la tela con resina o las incrusto en el óleo cuando su espesor es suficiente.

Entre el tablero con las pinturas, a la izquierda, y el gran lienzo, a la derecha, está el espejo en el que se reflejan las distintas partes de mi cuerpo. En relación con el bastidor, el espejo es muy pequeño, y además lo suelo situar bastante lejos de mi posición en la silla, de manera que lo que veo en él siempre es una porción reducida de mi

cuerpo: una mano como hoy, una rodilla, el vientre, un hombro, el sexo, un pie. Su tamaño es de veinticinco por veinte centímetros, exactamente el mismo que tiene la tabla en la que Anton Raphael Mengs pintó a mi antepasado Muñoz-Merchán en el siglo XVIII. Para que la semejanza fuera aún mayor, mandé enmarcarlo, aunque es un marco sencillo de madera oscura.

No es mi cuerpo lo que estoy pintando en la tela, mi cuerpo completo con todos sus miembros unidos, sino que estoy pintando rectángulos de veinticinco por veinte con distintas partes de él, algunas repetidas. Hay dos manos derechas agarrando un pincel, tres sexos en distintas fases de erección, dos antebrazos izquierdos con viejas cicatrices de pinchazos, una sola frente, cinco hemisferios inferiores de mi cara, y en ellos hay cinco bocas, todas con el arrogante y estólido y perpetuo labio Mengs, el labio de mi familia, mi labio.

Desde que la princesa me anunció la concesión del premio y decidí retratarme, he estado forcejeando conmigo mismo para asumir qué es lo que debo pintar, a quién. Llevo medio año negociando insolentemente con la realidad sin tener ninguna posibilidad de ganar. He tenido que quitar una a una todas las capas de autoengaño con las que desde niño he envuelto mi verdadera condición y he huido de lo que siempre he sido: un Muñoz-Merchán, uno más en la línea que arrancó hace siglos. No puedo escapar de ello, negarlo, defender que no provengo de parte alguna, que no le debo nada a nadie. Soy un Muñoz-Merchán, uno más, otro, por mucho que huya de Asturias y me dedique a pintar cuadros y me inyecte heroína.

Esta ardua asunción de la realidad se inició con el reconocimiento del labio Mengs en mi propia cara, ese labio que heredamos todos los varones Muñoz-Merchán —y alguna hembra con niveles anómalos de testosterona— y que aparece en el retrato que el pintor de la corte de Carlos III le hizo a mi antepasado Alonso, ese labio que es el ADN de los Muñoz-Merchán hecho carne, que es distintivo y condena, emblema y sello y maldición, pero también símbolo, y como símbolo lo estoy usando para llevar a cabo mi autorretrato. Si me reconozco en ese cuadro de Mengs (y hace treinta años habría intentado matar a quien hubiera osado decirlo), entonces lo utilizaré como herramienta de conocimiento, de reconocimiento, como lente a través de la cual mirarme. Después, plasmaré en el lienzo lo que haya visto.

Rodeo la silla giratoria y me dejo caer en ella. Dentro de mi vaso se desata una marejada de whisky que tarda unos segundos en aplacarse. Pero no he derramado ni una sola gota, todo está bien. Bebo otro sorbo afectando tedio y deposito el vaso en el tablero, entre brillantes y bulbosas pellas de beis rosado y amarillo de cobalto. Me abro el albornoz y ofrezco mi cuerpo desnudo a esta luz pura,

destilada tras dos semanas de lluvia. Guiño un ojo y con los pies voy girando la silla hasta que la marca roja en el asiento coincide con la del suelo. Poso despacio mi mano izquierda sobre la rodilla, como si bendijera mi propia articulación, y aflojo los músculos del brazo. La mano está perfectamente encuadrada en el espejo. Ya puedo continuar.

Como si se golpeara en las bandas de una mesa de billar, mi mirada rebota entre mis tres manos izquierdas, la del lienzo, la del espejo y la que tengo apoyada en la rodilla. Ahora no encuentro una diferencia escandalosa entre ellas, más allá de cierta discrepancia cromática entre el lienzo y la carne, que se acortará cuando el óleo se seque por completo y que, en cualquier caso, el espectador del cuadro no podrá apreciar. Quizá, en efecto, solo se trataba de beber un poco más de whisky.

Antes de agarrar de nuevo el pincel, me froto la mano izquierda con la palma de la derecha y me pellizco suavemente el dorso. Mis venas se hinchan entre los arcos que forman los tendones y de pronto siento un calambrazo entre mis sienes, una descarga eléctrica que atraviesa mi cerebro de lado a lado y que atribuyo primero al alcohol, a un desequilibrio de fuerzas entre la borrachera y la resaca, en favor de la segunda, y que justo después identifico como un deslumbramiento de mi memoria, una conexión remota y familiar: ¿a quién se le hinchaban así las venas de la mano? ¿Quién se tiraba horas aplastándose las venas, que desaparecían bajo la piel para resurgir un instante después? Ah, sí, ya sé. Mi madre.

Veo a mi madre en la antecocina de la casa de Asturias, sentada en una mesa camilla al calor de un pequeño brasero eléctrico, su lugar preferido en invierno porque así no tiene que calentar toda la casa y además puede controlar a las chicas del servicio sin moverse, solo aguzando el oído, con esa tacañería y mezquindad tan frecuente en quienes deberían ser espléndidos. La veo encorvada sobre la mesa, a mi madre, soportando sobre sus hombros una enorme carga con la única ayuda de sus bisbiseados rezos y el discurrir de las cuentas negras de su rosario favorito, el que le regaló su amigo el obispo. Cuando se adormece por el calor del brasero y por la pobre luz de la única bombilla de la estancia, una de quince vatios que apenas consigue disipar la oscuridad, su mano derecha frota maquinalmente el dorso de la izquierda, como si quisiera aliviarla del esfuerzo de pasar las cuentas del rosario o la ungiera con un aceite mágico, imprescindible para completar el ritual supersticioso. La palma de una mano alisa la piel de la otra y durante un instante brilla tersa y joven, aunque mi madre tiene ya más de setenta años. Pero su afligido corazón enseguida bombea sangre a la mano y las venas se vuelven a

hinchar, verdosas e intrincadas.

Observo la escena desde un rincón junto a la puerta, sumergido en la penumbra, y siento por mi madre una infinita, insoportable compasión, que solamente mengua si me abstraigo y recupero mi mirada de pintor y me digo que mi madre está encarnando una imagen perfecta para un Caravaggio, o mejor un La Tour, la llama de la vela sustituida por la mortecina bombilla y su luz aceitosa y ahumada. Pero en cuanto mi madre lanza otro suspiro y sus manos vuelven a frotarse —las venas se sumen bajo la piel y luego afloran de nuevo—, regresa mi compasión por ella, afilada además por unos sofocantes remordimientos, porque sé que soy responsable en buena medida de este sufrimiento al final de su vida, en sus últimos meses sobre la faz de la Tierra. Morirá un año y medio después.

La observo a escondidas en la antecocina de la casa de Asturias y creo saber lo que está pensando, lo que amargamente lamenta, y lo que teme. Está rememorando una y otra vez, con la insistencia masoquista de un penitente, la muerte de mi hermana Carmen, de la que se han cumplido ya quince años. Se recrimina no haber insistido más en que no fuera a estudiar a Madrid, y antes aún, no habérmelo impedido a mí. Si lo hubiera conseguido, su hija Carmen estaría hoy viva y su hijo, yo, que estoy pasando unas semanas con ellos en la casa, no tendría este aspecto de muerto viviente, cuya causa mi madre no comprende o no quiere comprender.

La observo, oigo su beato bisbiseo, y sé que reza porque tiene miedo. Teme todas las demás muertes, la mía, la de mi padre, la suya propia, una avalancha de muertes sobre la casa, en cualquier momento, sin previo aviso (y algo de razón tiene: la de mi padre tardará menos de un año en producirse).

Sin embargo, esta insólita piedad que siento por mi madre, esta acongojada y profunda atención al sufrimiento de una persona que no soy yo mismo, egocéntrico yonqui, se debe precisamente a que no estoy consumiendo heroína. Llevo varios días sin hacerlo, he ido a la casa de mis padres para desengancharme, y los estímulos impactan en una sensibilidad en carne viva, desguarnecida de la muelle protección de los narcóticos, y mis emociones —la compasión, los remordimientos— están en consecuencia desorbitadas, rozan la histeria, el colapso nervioso.

Cuando mi madre da otra vuelta al rosario y su voz se eleva un poco, sus palabras llegan hasta el rincón en el que estoy agazapado y distingo claramente el nombre de mi hermana, *Carmencita, Carmencita, mi niña*. Sé que probablemente se trata de una alucinación acústica inducida por el mono y por mi obsesión por recibir un castigo a la altura de mi mala conciencia, pero el llanto me estrangula la garganta. Antes de que mi madre me oiga, me deslizo por la puerta de

la antecocina y salgo al frío corredor. Allí, apoyando la frente en la pared, lloro largamente.

Desde el momento en que un yonqui se convierte en un yonqui, desde que se inyecta heroína por primera vez, se ve obsesivamente acosado por dos ideas opuestas entre sí. Intentará hasta la extenuación —a menudo hasta la muerte— reproducir de nuevo el primer chute, esa inigualable sensación de que todos los deseos quedan en suspenso, a un mismo tiempo saciados y abolidos. Siempre fracasará. Esta idea alberga el germen de su contraria: el proyecto, recurrentemente aplazado, de desintoxicarse.

Sin embargo, en la cabeza del yonqui no se produce una pugna entre ambas ideas, sino que coexisten. No piensa en desengancharse porque haya fracasado en la utópica búsqueda del chute primigenio, sino porque la sobriedad, estar limpio, pasar días y días con el cerebro deslumbrado por la lucidez, le parece al yonqui un plan estimulante, de algún modo un colocón tan grande como el primer chute. Incluso para desintoxicarse, el yonqui sigue pensando como un adicto.

Los yonquis más longevos, los milagrosos supervivientes, tienen otra motivación para desintoxicarse: la soledad en la que se encuentran, la vergüenza de verse solos en mitad del campo de batalla, rodeados de cadáveres. Estos yonquis afortunados (los más desgraciados a la vez) tienen un poco más fácil abandonar la heroína. O al menos ese fue mi caso.

Las muertes de mis amigos, de mi hermana pequeña y de mi novia no fueron un escarmiento suficiente para dejar la heroína. Tampoco el miedo a mi propia muerte, que estuvo a punto de suceder decenas de ocasiones en esos años. Si me decidí a hacerlo con cierta convicción fue por la soledad resultante de aquellas muertes, no por las muertes en sí. Chutarse comienza como un acto social, raramente llegas a la heroína por tus propios medios, siempre hay alguien que te ofrece —un amigo, tu pareja, un hermano—, alguien que está deseando compartir contigo la helada aguja. Todos los drogadictos son proselitistas. Después vienen las sesiones en las que los yonquis se reúnen para chutarse juntos como ratones en una madriguera. Sin embargo, cuando ya no queda nadie alrededor con quien chutarse, o los que hay son despistados veinteañeros que bien podrían ser tus hijos, la idea de desengancharse adquiere la forma de una retirada del campo de batalla, vencido y humillado, pero vivo. No obstante, esto no quiere decir que el proceso sea fácil o inmediato.

En los años noventa intenté dejar la heroína muchas veces. Después de los primeros fracasos, comprendí que no podría lograrlo si permanecía en el mismo lugar en el que había estado drogándome durante dos décadas, rodeado de los olores, las paredes, los objetos

que me habían visto hacerlo y que estaban asociados al caballo con un condicionamiento tan fuerte como el de una aguja hipodérmica o el acre humo que se eleva de una cucharilla hirviendo. No podía quedarme en mi casa, y ni siquiera en Madrid, donde cada calle o boca de metro o taxi libre podía ser el punto de partida del trayecto hasta el sitio donde pillar material.

Las sucesivas tentativas me fueron alejando de Madrid, primero a casas de amigos y después de simples conocidos. Agotadas estas opciones (que me llevaron a Ibiza, a Pamplona, a Salamanca, a Soria, a Córdoba, y a otros lugares que he olvidado), se decantó en mi cabeza una alternativa obvia, natural: la familia. Mis pobres padres. El problema era que desde el entierro de mi hermana no los había vuelto a ver, no existía ninguna relación entre nosotros. Aunque esta afirmación quizá no sea del todo precisa.

Mi padre tenía una rotunda vocación periférica. Sé que viajó mucho antes de casarse (de niño me fascinaba una foto suya en algún lugar de Indochina, con un bigote de puntas retorcidas y un salacot en la cabeza), pero su hogar fue siempre Asturias, la casa de la familia. Esta pulsión conservadora es propia de la aristocracia (aunque yo desde luego no la heredé), pero a mi padre se le acentuó con el matrimonio. Supongo que la razón fue que ya había viajado suficiente, pero también el respeto que siempre tuvo por el enfermizo arraigo asturiano de mi madre, tan reacia a salir siquiera del concejo. Alguna vez pensé que en la luna de miel en Canarias a mi madre le tuvo que suceder un hecho traumático que ratificara su empecinado estatismo. Puede que para una persona tan religiosa como ella, y que no se casó precisamente joven, el matrimonio en sí —soy incapaz de imaginarme la noche de bodas— ya ocasionó un trauma de profundas consecuencias psicológicas.

A pesar de esta vocación periférica, obligado por ella, mi padre mantuvo por todo el país una red de contactos, ya establecida por mi abuelo, que le permitía no solo controlar sus negocios sino informarse de cualquier asunto que le interesara. Tengo noticia, por ejemplo, de que la usó para localizar a su voluminosa amante en Barcelona, cuando esta se fugó allí con un taxista, y hacerla regresar a Oviedo. También yo fui alcanzado por los tentáculos de esta red cuando mi hermana murió en Madrid. Por ello, aun durante los años en que la relación con mis padres estuvo rota, más de diez, en todo momento tuve el pálpito de que mi padre estaba al tanto de mis andanzas, más allá de mis apariciones cada vez más frecuentes en los medios, que sin duda seguiría. Siempre que inauguraba una exposición, me preguntaba si entre los asistentes no habría algún enviado suyo que tomaría nota de mi estado y le pasaría un detallado informe. Esta sensación, que nunca me abandonaba, me hacía confiar en que si me

sucedía cualquier cosa, mi padre se enteraría y actuaría de inmediato, pondría remedio. Aunque quizá esta era otra más de las paranoias narcisistas de un yonqui.

Conociera o no mi situación, el caso es que cuando llamé por teléfono a mi padre para preguntarle si podía volver a casa durante un tiempo, él me contestó al instante que sí, como si no hubieran transcurrido casi quince años desde el último contacto, como si yo no hubiera tenido ninguna responsabilidad en la muerte de mi hermana Carmen.

Al igual que un pistolero en un duelo, tamborileo con mi mano izquierda sobre mi rodilla y vigilo la respuesta de la otra mano en el espejo. Creo que llego a pestañear una vez antes de que la otra mano copie mi desafiante gesto, la pequeña ola de dedos subiendo y bajando sobre la rodilla. Así que he ganado yo. Y si consigo ser aún más veloz, me digo, no atinará a reaccionar y habré vencido definitivamente el duelo. Aprieto el vaso vacío con la otra mano, miro hacia la cristalera para despistar, y entonces, como si desenfundara el revólver, tamborileo. Cuando devuelvo la mirada al espejo, la otra mano está inmóvil. ¿Se ha movido ya? ¿O aún no?

Sé que podré lograrlo si bebo un poco más. Pero las botellas están lejos, tendría que levantarme de esta silla, y ahora estoy bien aquí. La temperatura ya ha subido y el aire que envuelve mi cuerpo es apacible y sedoso, el intercambio de energía entre mi piel y la atmósfera es nulo. Me encuentro en una paz amniótica. Pero tengo ganas de beber, una inmensa sed de whisky, que no se calma y que no ha hecho sino aumentar en los últimos meses. De todas formas, esta necesidad de llenarme el estómago de alcohol no tiene nada que ver con la desquiciada ansia, el deseo loco y mortal por inyectarse heroína cuando tienes el mono.

Aunque he conocido a unas cuantas personas que se desengancharon del caballo y me lo contaron (pienso antes de nada en Mariajo y enseguida en su hermano Charli, aunque él muriera técnicamente de sobredosis), y yo mismo lo había intentado muchas veces, cuando emprendí en la casa de mis padres la tentativa que creí que sería la última, no estaba preparado. Nunca se está preparado para morir, y superar el mono es igual que morir cien veces. Y al menos el sufrimiento termina con la muerte, lo cual es un horizonte esperanzador cuando se está sufriendo, pero lo que te espera tras el mono es el desierto de la sobriedad, la peor pesadilla para un adicto.

Después de tantos fracasos, tenía una gran experiencia sobre lo que debía y no debía hacer, qué errores no cometer, qué tentaciones evitar. Lo iba a llevar a cabo por las bravas, sin la ayuda de ningún sustitutivo, simplemente iba a interrumpir el consumo y a esperar a

que el organismo recuperara el equilibrio tras la salvaje amputación química. Me encerré en el ala de la casa que mis padres apenas pisaban, en un dormitorio de la segunda planta que tenía baño, y no salí de allí en diez días, cuando conseguí superar la terrorífica fase inicial. Todas las recaídas anteriores habían tenido lugar en esa fase.

Lo peor no es el sufrimiento físico (los sudores, los vómitos, el insomnio, la rigidez en las articulaciones, el dolor en cada centímetro del cuerpo) sino el psicológico, la tortura de no saber cuándo acabará aquello y la permanente tentación de interrumpirlo, de desistir y aliviar de inmediato ese sufrimiento. Pero por eso me había ido a la casa de Asturias y sin un gramo de heroína encima. Sin embargo, mi desesperación fue tan grande que varias veces estuve a punto de interrumpirlo de la única manera a mi alcance: tirándome por la ventana. No con la intención clara de suicidarme (no lo habría conseguido desde esa segunda planta, a cinco metros de altura), sino con la confusa e instintiva de detener aquello, de quedar inconsciente al menos durante un tiempo, con el cuello roto o la cabeza o la columna, qué más daba, pero felizmente inconsciente. Recuerdo haber estado varias veces delante de la ventana abierta, con medio cuerpo fuera, mascullando entre dientes: «Tírate, tírate, venga, tírate de una puta vez». Pero no tuve la valentía, la cobardía suficiente para hacerlo.

De la noche a la mañana, a los diez días, se acabó.

Me desperté y todos los dolores habían desaparecido. Me levanté de la cama y di unos pasos sin creérmelo, temiendo que súbitamente las articulaciones me estallaran, pero no ocurrió. Con lágrimas en los ojos, salí de la habitación y recorrí el pasillo hacia la otra ala. Me encontré a mis padres en la cocina, desayunando. No los había visto en todos esos días, les había prohibido que me visitaran. Se pusieron en pie, asustados, y me abracé a ellos. Mi padre comprendió lo que había sucedido. Y creo que mi madre, en el grado que fuera, también.

En cuanto me sobrepuse a la emoción, a la alegría, me asaltó un hambre atroz, como no había tenido nunca en mi vida. No había comido nada, no había podido, todo lo vomitaba. Había bebido agua y a partir de un determinado momento zumo, solo eso. Sin llegar a sentarme, devoré cinco o seis sobaos, todos los que había sobre la mesa del desayuno. Me sentaron fatal, también los expulsé de mi organismo. Pero estaba desintoxicado.

Debí marcharme entonces. Habría podido seguir mi rehabilitación en cualquier otro sitio, quizá no en mi casa, pero sí en la de algún amigo fuera de Madrid. El mayor peligro estaba superado y solo necesitaba comer y descansar. Pero me quedé con mis padres un par de semanas, y fue un error.

Estoy convencido de que la causa de mi recaída posterior, la última, fue ese tiempo de más que pasé en Asturias, que me obligué a pasar, víctima de la debilidad emocional que creció en el hueco que había dejado el caballo y de la mala conciencia ante mis padres (por la muerte de mi hermana, por los quince años sin vernos, por la ayuda que me habían prestado para desengancharme). Pero ¿cómo iba a marcharme si nos acabábamos de reconciliar, aunque fuera de una manera tácita? Me quedé y fue un error. Yo me hundí en un espeso tedio, cargado de culpa y de una envenenada compasión hacia mis padres, y ellos sufrieron al comprobar que la relación entre nosotros no era posible, o más bien se parecía a un inepto y frustrante fingimiento, un choque entre desconocidos que no se han dado cuenta de que lo son.

Mi madre se tiraba casi todo el día en la mesa camilla de la antecocina, rezando y dormitando con el rosario entre las manos, y de vez en cuando les daba a las chicas del servicio alguna orden arbitraria que ellas fingían atender pero luego desoían (este era el único modo en el que se podía tratar a mi madre). Permanecía horas encerrada en un silencio que yo percibía, desde mi conciencia torturada por los remordimientos, dolido y acusador. No era capaz de hablar con ella —¿sobre qué?—, así que me limitaba a quedarme en la misma habitación, disfrutando del grado más bajo de su presencia. Pero no podía hacer otra cosa.

En cuanto a mi padre, tardé varios días en entender qué le sucedía, qué pensaba, qué sentía respecto a mí. Se mostró más accesible que mi madre, me aceptaba a su lado sin tensiones, pero esto no quiere decir que fuera comunicativo. Me propuse acompañarlo todas las mañanas en su paseo con los perros, que él daba religiosamente después del desayuno, lloviera o no. En su silencio, que apenas rompía para llamar a los animales o indicarme el camino, yo rastreaba señales de su estado de ánimo. Con mi hipersensibilidad de yonqui recién desintoxicado, unas mañanas llegaba a la conclusión de que estaba resentido contra mí, y otras que había perdonado mis equivocaciones, y otras que estaba buscando el momento de darme su juicio sobre mi desastrosa vida. Pero nunca me dijo nada.

Comprendí a mi padre una tarde, mientras lo observaba desde la ventana de mi habitación. Llevaba lloviendo varios días (en nuestros paseos matutinos nos habíamos pertrechado de botas y chubasquero), pero a última hora de la tarde las nubes se rasgaron y salió el sol. Abrí la ventana de mi habitación para que la sempiterna humedad del interior disminuyera, y vi a mi padre en el jardín. Había cogido una silla de hierro del cenador y la había plantado sobre la hierba mojada, en una larga franja de sol que se colaba entre el edificio de la casa y el del invernadero. Sus perros estaban echados a sus pies y tenía los ojos

cerrados, enfrentado al sol, pero no estaba dormido. La luz directa y ya rojiza, filtrada por mi aguda lucidez, actuaba sobre su rostro como un líquido revelador. Esa luz eliminaba de mi padre su templada y severa compostura, la coraza de sus ademanes, todos los recuerdos que yo poseía de él desde niño, y me mostraba lo que verdaderamente era: un anciano de más de ochenta años.

El día seguía cayendo, la franja de luz se desplazaba sobre la hierba, y la sombra terminó tragándose a mi padre. Pero él se levantó y movió la silla hacia un lado, introduciéndola de nuevo en aquella mágica luz crepuscular. Se volvió a sentar y cerró los ojos, sonriéndole plácidamente al sol, y los perros lo siguieron. Repitió la maniobra una o dos veces más, hasta que la franja se apagó. Observándolo desde la ventana, comprendí que mi padre era un anciano que no podía pensar más que en el presente, tan estrecho para él como esa movediza franja de luz. No pensaba nada sobre mí o mis nefastas decisiones, sobre el pasado, sobre lo que le había ocurrido a mi hermana Carmen hacía ya tanto tiempo. Mi padre no me culpaba ni me absolvía de nada, había dejado de pensar en ello, y tampoco se permitía pensar en el futuro, en la sombra que arrancaba tan solo unos centímetros más adelante.

Si al rememorar a mi madre en su vejez me viene a la cabeza su figura encorvada en la antecocina, dentro de la penumbra de aquella débil bombilla (y eso que a ella sí la volví a ver más adelante), es inevitable que la imagen que conservo de mi padre sea la del jardín, rodeado por sus queridos perros, vivo y bien asentado en el pleno presente de aquella última luz. Moriría unos meses más tarde.

El hecho de que en Asturias no tuviera ningún conflicto con mis padres, de que no nos enfrentáramos por el pasado (la muerte de mi hermana o mis desastrosas opciones vitales), de que con mi madre no pudiera hablar de nada y con mi padre no hubiera nada de lo que hablar, supuso de algún modo una decepción para mí, la frustración de las expectativas que había ido acumulando durante años. Pero ¿qué enfrentamiento iba a tener con mis ancianos padres?

Un adicto está enganchado a las emociones fuertes, por eso las busca en las drogas cuando la vida no se las proporciona, que es casi siempre. La mansa reconciliación con mis padres acentuó el pegajoso tedio tras la desintoxicación. El aterrizaje en la vida sobria había sido demasiado violento. Y reboté. Muy pronto. Fue cuestión de horas. ¿Dos? ¿Tres?

Me despedí de mis padres en la puerta de la casa, me monté en el taxi que me llevó a la estación, me subí en el tren e intenté dormir en la butaca. Fui incapaz, y decidí ir al vagón cafetería para tomarme un té (aunque puede que me rondara la idea de algo más fuerte). En cualquier caso, no me llegué a tomar nada, ni siquiera alcancé el

vagón cafetería. De camino, en el estrecho pasillo entre los asientos, cedí el paso a una chica muy delgada que se ponía en pie y a la que un bandazo del tren lanzó contra mí. Evité el choque agarrándola por los hombros. Estaba cabizbaja y el pelo le tapaba la cara. Levantó la barbilla con una lentitud extraordinaria, como si sus reflejos aún no hubieran procesado el desplazamiento. Los mechones de su pelo se fueron abriendo como un telón y descubrieron su cara. Y en ella, inconfundible y tentadora, ya bastante infrecuente en aquellos años noventa, había una purísima mirada de adicta.

Unos meses antes, aquella mirada me habría despertado un furibundo deseo de chutarme junto a ella, de tirarme horas y horas cerca de su cuerpo, en contacto, los dos colocados como monos catatónicos en la viscosa promiscuidad de los yonquis. No es que en el tren no experimentara ese deseo, mientras aquella chica temblaba entre mis manos y me miraba con sus estupefactos ojos de plomo, pero no fue el primer deseo, el más acuciante.

Sin soltarla, por si el movimiento del tren arrojaba su leve cuerpo hacia otro lado, evalué de un vistazo su situación. El asiento contiguo estaba vacío y nadie prestaba atención a la chica, pese a que había estado a punto de caerse, así que viajaba sola. De su brazo invertebrado colgaba un bolso. Ella me seguía mirando, y en sus ojos, aparte del brillo hambriento del adicto, había una impasibilidad oceánica, de la que no podría brotar la más mínima oposición a lo que yo pretendiera hacer con ella. Le solté uno de los hombros y giré su tronco. Le dije unas palabras al oído, no recuerdo qué, cualquier cosa, para dar la impresión de que nos conocíamos si alguien nos estaba observando, y con la ansiosa y falsa familiaridad de un secuestrador de niños, me la llevé por el pasillo hasta el aseo. Tras asegurarme de que nadie nos veía, la empujé dentro y eché el pestillo. Ella no había abierto la boca.

La adicción a la heroína anula la vida sexual. El caballo invade el terreno del deseo y se lo usurpa al sexo. La energía primordial que mueve el mundo y que perpetúa la especie humana discurre al margen del yonqui, resulta tan indiferente para él como la luz ultravioleta. Durante años, follar me dio absolutamente igual. Y, si follé, lo habría cambiado sin dudarlo por un poco más de cantidad o pureza en el material que me metía en las venas, aunque me hubiera costado la vida. Pero en aquel tren, de regreso a Madrid, yo estaba limpio, lo cual no me ocurría desde los años setenta. Cuando aquella chica se me echó encima e identifiqué la avidez de sus ojos, el deseo de chutarme con ella percutió la tecla contigua, la de follar con ella, que era una tecla nueva, recién activada. Con esa confusa pero impetuosa intención me la llevé al aseo del tren.

Como comprendí enseguida, la chica se había levantado de su

asiento precisamente para ir al aseo a chutarse, tenía el material en el bolso, así que no interferí en sus planes, y ella los llevó a cabo como si yo no estuviera en el mismo cubículo diminuto, mezclando mi aliento con el suyo. Sacó todo lo necesario de su bolso, se sentó en el lavabo y se chutó como si yo fuera invisible, como si no me encontrara junto a ella, encajado en el ángulo que formaban sus piernas, primero peleándome con su ajustado pantalón vaquero y luego desnudándola de cintura para abajo y penetrándola.

Ella acabó antes que yo. Soltó la goma elástica que agarraba con los dientes y su cabeza se posó en mi hombro mientras yo aún estaba follando con ella, o con su flaco e indolente cuerpo. Unos minutos después, cuando acabé (era la primera vez que follaba en un año y fue más doloroso que placentero, no pude reprimir un grito), cogí su cara entre las manos y la miré. La heroína había aflojado sus facciones y las arrugas de tensión que tanto avejentan a los yonquis se habían disuelto. La chica era muy joven. Durante los meses que vivió en mi casa, nunca supe con exactitud qué edad tenía, pero no creo que tuviera más de veinticinco años. No le pregunté su nombre hasta el día siguiente. Se llamaba Victoria.

Pero antes del día siguiente y de saber su nombre, antes de que se quedara en mi casa para una noche que se alargó varios meses, antes siquiera de salir del aseo de aquel tren, el confuso deseo que su mirada de adicta me había despertado, y que satisfice en primera instancia con su cuerpo, retornó a su acostumbrado camino y me exigió lo que me habría exigido unos meses antes. En aquel tren, pocas horas después de dejar la casa de mis padres limpio de heroína, volví a recaer.

No me gusta recordar mi vida durante los meses siguientes, los de mi última recaída. En la estación de Chamartín invité a Victoria a pasar la noche en mi casa y al final se quedó casi medio año. No lo decidimos expresamente, aunque desde luego tampoco decidimos expresamente que se marchara. Primera ley de Newton.

Volví al caballo, fascinado por la deslumbrante juventud de Victoria —aunque se manifestara en la marchita forma de una yonqui —, y lo que es peor, dejé de pintar. Y esto no había sucedido ni en las peores rachas de los años ochenta, cuando a mi alrededor mis amigos caían como si un certero francotirador nos estuviera disparando.

Pero no me arrepiento de nada. Cada paso en mi vida —o traspiés, o caída, o retroceso— ha constituido la condición necesaria para el siguiente paso. Por lo tanto fueron necesarios esos meses de tocar fondo con Victoria, dejar de pintar, estar a punto de morir dos veces, incluso la violencia en la que aquella relación degeneró, para poder escapar a Praga, abandonar para siempre la heroína y retomar mi

carrera como pintor, que entró en su etapa más consciente y esencial, la que acabaría consagrándome internacionalmente. *Blanco*.

Si dijera que desintoxicarme en aquel pequeño apartamento de Praga me resultó más fácil que en la casa de Asturias, estaría mintiendo. Pero también mentiría si dijera lo contrario. Lo que se aproxima más al recuerdo que conservo de ese periodo es que fue otra persona la que lo vivió, la que se desenganchó allí de la heroína para siempre, la que pasó ocho meses en aquella ciudad en la que aún se palpaba la miseria comunista.

Desde que bajé del avión y me encontré en un país del que no sabía casi nada (y del que no me esforcé por saber nada), rodeado de gente cuyas costumbres no entendía y con quienes no podía comunicarme, experimenté una especie de desdoblamiento. En aquel entorno extraño, que no calificaría de hostil pero tampoco de cálido o amigable, en el que nadie me conocía ni podía atestiguar lo que yo era o había sido hasta entonces, me convertí en el testigo externo de mi propia vida. Y como había dejado de hacer lo que mejor me definía, pintar, ni siquiera en mi conciencia era yo algo preciso y estable. Me vi como un extranjero misterioso, sin rasgos, varado en un pobre y deprimido país de Centroeuropa.

¿Por qué elegí Praga? Si las probabilidades de éxito en la desintoxicación aumentaron cuanto más me alejé de Madrid y de mi rutina, hasta el punto de que casi lo había conseguido en Asturias, tan solo tendría que irme un poco más lejos para vencer definitivamente. Tal vez Francia o Portugal habrían bastado, pero después de tantos fracasos la confianza en mi fuerza de voluntad era mínima. Así que agregué una mayor distancia, también cultural e idiomática, y elegí una ciudad hermosa, pues la belleza no tendría por qué empujarme de nuevo a la droga, antes serviría como modesto sucedáneo de ella. También influyeron en mi elección —lo confieso con encendida vergüenza— mis antiguas simpatías comunistas, que se resistían obtusamente a desaparecer y que vieron en aquel país, recién separado de Eslovaquia y perteneciente no hacía tanto a la órbita soviética, una oportunidad de revisar nostálgicamente los vestigios de la utopía socialista.

Alquilé un apartamento de un solo espacio en el barrio de Smíchov, y allí, la noche de mi llegada, me inyecté la única dosis de heroína que traje de España. La había ocultado, quizá demasiado precavidamente, en el interior de un trozo de queso manchego que facturé con mi equipaje. Hasta el día de hoy, ese ha sido mi último chute. No salí del apartamento en una semana.

Era el mes de enero. Al otro lado de la ancha ventana caían pausados y silenciosos copos de nieve y lo único que se oía en el

apartamento era el continuo siseo de la calefacción a gas, conectada día y noche para combatir los quince grados bajo cero del exterior. Los conductos que la alimentaban sin tregua estaban oxidados y temía (y a ratos deseaba con furia) que el aparato explotara o que hubiera una fuga de gas o que una mala combustión me envenenara mientras dormía.

Cuando paraba de nevar y salía el sol, su luz reverberaba intensamente en el manto de nieve que cubría toda la ciudad. Yo me retorcía tirado en un viejo sofá cama, o directamente en el suelo abrazado a un barreño para vomitar, y aquella luz, que entraba por la ventana sin persianas y rebotaba en el alto techo y luego caía sobre mí, depositaba sobre mis retinas —también— una blanca capa de nieve, me cegaba. Esta forma de tortura se extinguía con la llegada de la noche, muy temprana en esa latitud, pero entonces la madrugada se me hacía interminablemente larga. Incapaz de dormir por el síndrome de abstinencia, solo deseaba que amaneciera. Pero el amanecer traía de nuevo la luz, el fulgor de la nieve, la ceguera, y aquella angustia blanca volvía a martirizarme.

Cuento esto como si lo hubiera vivido yo. Y es cierto, físicamente lo viví, estuve en ese apartamento expulsando la heroína de mi cuerpo, pero ya he dicho que la impresión que me ha quedado no es esa. La extirpación de mi vida que supuso aquel viaje a Praga, donde no conocía a nadie, generó una separación respecto a mí mismo, introdujo distancia entre mis experiencias y yo. Yo no lo viví, asistí a ello desde fuera.

Nunca he interpretado este fenómeno de una manera que no sea metafórica, como un suceso extracorporal o algo parecido, desprecio esas tonterías y a la gente que cree en ellas, pero en los momentos de mayor delirio, cuando mi organismo pedía droga a gritos y la hiriente luz invernal me acribillaba, contemplaba mi sufrimiento como un hecho subjetivo, teórico, y hasta guardo imágenes de mí mismo desde fuera, visto desde algún punto del techo de aquel apartamento. Yo no era más que un extranjero anónimo, enfermo, angustiado, un cuerpo esquelético e insignificante tirado en un sofá y envuelto en una violenta claridad que amenazaba con devorarlo. Yo apenas era nada. ¿Por qué iba a importarle a nadie aquel dolor, ni siquiera a mí?

Superé el mono (o lo superó ese pálido insecto de tamaño humano al que yo observaba con indiferencia) y pude salir a la calle.

Durante varias semanas me dediqué a deambular por la ciudad. Escogía una dirección cualquiera, caminaba hasta agotarme y luego volvía en tranvía al apartamento. O al revés: cogía el primer tranvía que pasaba por la parada de Anděl y me bajaba al final de la línea, para después volver caminando con ayuda de un plano. Me alimentaba de huevos, tomates, galletas, plátanos, salchichas

ahumadas y unos pequeños quesos llamados «hermelín», deliciosos y muy baratos. Engordé; mis piernas se fortalecieron.

Aunque no llegué a tener la tentación, si en esos meses hubiera querido chutarme no habría sabido cómo hacerlo, dónde buscar caballo, a quién preguntar, y desde luego habría sido una locura fiarse del material que hubiera encontrado. Mi elección de la ciudad, por tanto, había sido acertada. El alcohol era mucho más accesible, pero nunca fui más allá de la cerveza que elaboran en el país, la mejor del mundo. El vodka tenía un precio irrisorio, pero el panorama de los innumerables alcohólicos que llenaban las calles no lo hacía nada atractivo.

La belleza irrefutable de Praga, que emanaba de cada plaza y cada callejón y cada adoquín del suelo y te aturdía, contrastaba con la evidente pobreza de los checos, con sus ropas pasadas de moda, sus peinados anticuados, sus zapatos de imitación de cuero. La sensación general con la que volvía después de una larga caminata era de abatimiento y tristeza. La arrebatadora decadencia de la ciudad tenía el mismo origen que el desánimo que transmitían sus habitantes, producto de décadas de restricciones y penurias, y quedarse solamente con lo primero se me antojaba una frivolidad. Aun así, cuando conseguía olvidarlo por unos minutos y, por ejemplo, cruzaba el Moldava por alguno de sus puentes, en una mañana fría en la que el sol centelleaba tras la niebla, la visión del río parcialmente congelado con el castillo al fondo me cortaba el aliento.

No era un mal lugar, Praga, para volver a la vida tras veinte años de adicción al caballo.

Aquella aplastante luz del sol, que se multiplicaba al tocar la nieve y se difundía en todas las direcciones, que penetraba en mi apartamento por la ancha cristalera y me abrasaba, que luego se vertía en mis ojos como una colada de hierro fundido y anegaba mi cerebro; aquella blancura que se extendía sin fallas desde la calle hasta el centro de mi cabeza y que imprimía en mis retinas una figura parásita, negra, acaso yo mismo observado por mí desde el techo del apartamento, desdoblado, retorciéndome de angustia sobre el sofá cama; aquella blancura que era la heroína y el mono, y a la vez la expulsión de la heroína y la superación del mono; aquella angustia blanca fue lo que me devolvió a la pintura, o más exactamente al dibujo. Ese fue el principio de mi famoso proyecto *Blanco*, cúspide de mi obra según muchos. Yo no sabría decir, qué más da.

Al viajar a Praga, mi única preocupación había sido desintoxicarme, y como llevaba meses sin pintar y había llegado a creer que no lo haría más, no se me ocurrió preguntarme cómo me las arreglaría si, una vez allí y ya limpio, me volvían las ganas de pintar.

El problema no era tanto conseguir los materiales, pues en mis paseos había localizado un par de tiendas, sino qué haría después con los cuadros, de qué manera me los traería a España. No era un impedimento invencible, lo habría podido solucionar con mayor o menor dificultad, pero en la efervescente urgencia por pintar de nuevo esta traba me sirvió para buscar una alternativa rápida, que a la postre resultó determinante para que *Blanco* fuera lo que llegó a ser.

Igual que al desintoxicarme había desandado un camino de un cuarto de siglo y volvía a ser aquel aspirante a pintor recién llegado a Madrid, con la sangre limpia y una profunda ignorancia sobre casi todo, también mi retorno a la pintura debía partir del escalón más bajo, de la técnica más elemental: el dibujo. Para dibujar necesitaba pocas cosas, y las obras podría traérmelas a España en una simple carpeta.

El impulso de dibujar fue tan fuerte, tan febril, que ni siquiera perdí tiempo en comprar papel, lápices y carboncillos en alguna de esas tiendas que había localizado. Durante la delirante convalecencia del mono me había fijado en dos elementos que de pronto se unieron en mi cabeza. En un cajón del mueble de la cocina, que ocupaba una de las paredes de la única estancia, había encontrado un par de lápices de tinta, de los que no se pueden borrar. En la otra pared había un vetusto mueble modular, y detrás del televisor, que nunca encendí, seguía estando el papel que había decorado anteriormente el apartamento. Quité el televisor y arranqué con cuidado una tira entera hasta el suelo. El recio papel tenía unas flores horrorosas, pero por la parte trasera, la que estaba pegada a la pared, era liso y blanco, extraordinariamente blanco. Se parecía a un magnífico papel verjurado, y los residuos de cola y yeso y los imperfectos bordes agregaron a los dibujos esa densidad matérica que luego fue tan alabada.

Es verídico, como se ha contado en algunos sitios, que aparté el mueble completo y recuperé todo el papel que había detrás. Y también que, cuando agoté ese papel, enamorado del blanco tan puro del reverso, le pedí a mi casero, propietario de todo el edificio, que me dejara visitar los apartamentos vacíos para coger el papel que aún quedara en ellos (y que por cierto pagué a un precio desorbitado). Por una vez, una de las numerosas leyendas que me rodean es fiel a la verdad.

No voy a entrar en las interpretaciones de aquellos dibujos, eso es terreno de los charlatanes que viven del arte sin tener talento alguno: críticos, marchantes, profesores universitarios, ¡aggg! Además terminé muy cansado de *Blanco* después de pasearla por medio mundo durante varios años. No obstante, si regreso mentalmente a los excitantes meses de trabajo en Praga, recupero íntegra la embriaguez que sentía

delante de la cegadora superficie de aquellos papeles tan peculiares, y experimento el temblor que zarandeaba mi cuerpo cuando acercaba la punta de uno de aquellos toscos lápices y esbozaba, a menudo con muy pocos trazos, la pequeña figura negra que iba a dominar el dibujo, aquellos seres retorcidos en mitad de la nieve o la nada o la luz o la heroína, las formas parásitas que habían poblado mi enloquecida y desdoblada angustia en aquel apartamento. Nunca he vuelto a sentir, ni ante cuadros más grandes cargados con espesas capas de óleo, un poder tan inmenso en la yema de mis dedos.

Aquella estancia en la República Checa, luminosa como el fondo de uno de los dibujos de *Blanco*, también tuvo su mancha negra, su figura parásita y obsesiva. En primavera, mientras se deshelaba toda la nieve acumulada, cuando los árboles se llenaron de pegajosos brotes a punto de estallar, murió mi padre. Un cáncer no diagnosticado (aunque siempre he pensado que él lo supo y no se le dijo a mi madre) acabó con su vida en un par de semanas. Volví a Asturias para el entierro, aunque debo admitir que confundo aquel fugaz viaje con el que hice un año después, ya desde Madrid, para el entierro de mi madre, muerta de un infarto mientras dormía.

Sacudo la cabeza, me froto la cara con el antebrazo. ¿Cuánto tiempo lleva sonando el timbre de la puerta?

Antes de levantarme de la silla, necesito coger fuerzas con un buen trago de whisky. Me llevo el vaso a los labios y lo voy inclinando despacio, muy despacio. No estoy tan borracho y tengo un control preciso de mis movimientos, no me lo voy a tirar encima. Cuando vuelco el vaso del todo, una solitaria gota se descuelga en mi lengua. ¿Cuándo me lo he bebido? Puede que no esté exactamente sobrio.

Con la mirada fija en las botellas de whisky, mi inmediato destino, respiro hondo y me impulso hacia arriba. Cruzo mi estudio en impecable línea recta. Me sirvo tres dedos de whisky, sin derramarlo, y al instante me bebo uno. Ya estoy en condiciones de ir hacia la puerta. Vuelve a sonar el timbre.

Y suena otra vez cuando estoy a dos metros de la puerta. ¡Joder! ¿Por qué esta insistencia? ¿Por qué no se marcha, quienquiera que sea? Tiene que ser alguien para quien este silencio, la falta de respuesta a los timbrazos, no significa que no esté en casa. ¿Quién? Sé que si lo pensara unos segundos lo adivinaría sin problemas, pero siento una pereza insuperable ante ese esfuerzo mental. Qué más da, si voy a saberlo enseguida, en cuanto abra la puerta. Pero antes bebo otro sorbito, casi nada, un empujón de energía.

Para abrir la pesada puerta tengo que desplegar mucho el brazo izquierdo, y conforme lo hago me percato de que tengo desabrochado el albornoz y se me va abriendo también, acompasado con la puerta, y deja al aire mi cuerpo desnudo. Apenas me importa, la verdad, y

menos cuando descubro quién ha estado llamando al timbre tan empecinadamente. Ah, claro, quién si no. Bah.

La alegría al ver que su insistencia no ha sido en balde y que estoy vivo se repliega rápidamente en sus mezquinos ojos, enmarcados por unas absurdas y carísimas gafas, siempre a la moda. En su lugar gana terreno un brillo temeroso, de víctima, con el que seguro que ha encajado toda su vida, desde el colegio, los abusos y tropelías de los matones de turno. Eso me convierte a mí ahora en el matón. Pero no lo acepto, a mí no me engaña, de sobra conozco lo que hay detrás de esta afectada e hipócrita cobardía: el interés propio, la ambición, la inagotable codicia. Es su estrategia.

Me mira de arriba abajo con estupor y escándalo, y yo me arrepiento de no estar completamente desnudo, sin el albornoz siquiera. Le devuelvo la mirada: viste unos ridículos pantalones verdes muy ceñidos, un chaleco a cuadros y una americana entallada de terciopelo negro, y calza unos zapatitos burdeos con un poco de tacón, siempre ha tenido complejo de bajito. Para aumentar su escándalo, y por si aún no ha visto el vaso, y porque me apetece, bebo whisky.

Esta provocación anima a Guillermo por fin a hablar:

—Es la una del mediodía, Eduardo. ¿No es muy temprano para…?

Como un borracho necio y orgulloso, que es lo que soy en estos momentos, sonrío pausadamente enseñando todos los dientes que puedo, y luego bebo un poco más.

No logro juntar el rencor suficiente para cerrarle la puerta en las narices, que es lo que haría el Eduardo más huraño, así que me aparto a un lado para que entre. No me molesto en atarme el albornoz. Él, escurridizo como una larva, se desliza por el hueco entre la puerta y yo. Lo he obligado a pasar a un palmo de mi desinflado sexo, incitando despectivamente su homosexualidad desde una homofobia impostada y chulesca.

—Estaba muy preocupado, Eduardo. Llevo dos días llamándote. Pero tienes el móvil apagado y el fijo no da señal. ¿Lo has descolgado? Habría venido antes, pero estaba de viaje.

Me rasco la tripa. Observo detenidamente los cuadros naranjas y negros de su chaleco.

—Hablé hace unos días con tu médico, el cardiólogo, y me dijo que no habías ido a hacerte el chequeo. Es importante, Eduardo, por favor. Quedan menos de dos semanas para la entrega del premio y será duro, muy cansado. Tienes que estar en forma.

Escapo de la trampa visual de su chaleco y subo a su rostro mientras entreabro los labios. Dejo que piense que voy a hablar, que le voy a contestar. Él parpadea compulsivamente para anticiparse al exabrupto, al insulto, pero me giro en redondo y le doy la espalda. ¿Es

posible que el frescor que siento en la mano sea whisky? Bueno, no lo habría tirado si me hubiera esforzado, estoy bastante bien. Voy hacia el pasillo que lleva al estudio, aunque… No, no podemos ir al estudio, había alguna razón para no ir, creo. Me freno en seco (ahora no tiro el whisky) y vuelvo a girar en redondo. Al baño, voy a ir mejor al baño. Enfilo el otro pasillo y Guillermo me sigue con su nervioso taconeo:

—Todavía no me has dicho si quieres que te acompañe a Oviedo.

Mi voz, que hace días que no uso, salvo para farfullar maldiciones hacia las botellas por estar demasiado lejos o gemir cuando estoy tirado en el suelo, sale ronca y cavernosa de mi garganta, envuelta en telarañas de saliva:

—Sí te lo dije. Y no, no quiero.

—Podría serte muy útil. Tendrás que tratar con mucha gente, y con muchos periodistas, ya sabes cómo te cabrean. Bueno, piénsatelo. ¿Tienes ropa decente? Necesitarás por lo menos dos o tres trajes. ¿Quieres que vaya contigo a comprártelos? Tengo un amigo que trabaja muy bien, y él estaría encantadísimo. No tenemos mucho tiempo.

La perorata neurótica de Guillermo me ha acompañado hasta la misma puerta del baño. Enciendo la luz de un manotazo (la superficie del whisky permanece en calma como un lago suizo) y oigo a mi espalda:

—Uy, querido, perdona. Te dejo un ratito.

No me paro a cerrar la puerta. Podría parecer que me empeño en ser desagradable, pero lo soy por pura negligencia de borracho, lo cual me viene perfecto porque quiero ser desagradable con mi galerista, quiero castigarlo por algo que ahora no recuerdo. Tenía que haberle dado con la puerta en las narices.

Pongo el vaso sobre la cisterna, junto a otro vacío que dejé hace días. Es una bendición no tener que pelearme con una cremallera o unos botones o un cinturón. Cierro los ojos.

Deseo que Guillermo se haya esfumado cuando salga del baño. Lo deseo no muy intensamente, no puedo llevar a cabo nada intensamente, pero sería fantástico no tener que aguantarlo más.

Me ato el albornoz, tengo frío. En realidad debería salir desnudo al pasillo y perseguir a Guillermo dando gritos o algo así. ¿Qué haría él? Alargo la mano hacia el vaso, pero antes de cogerlo se me ocurre coger el otro, el vacío; quiero que piense que me lo he acabado mientras meaba. De refilón, en el espejo, veo el espectro en que me he transformado. Pobre Guillermo. Pero se lo merece, creo recordar.

Aún no he plantado los dos pies en el pasillo cuando él reanuda su charla. Se encontraba a un metro de la puerta del baño, ha tenido que oír claramente el entrecortado chorro y que no he tirado después de la

cadena. Debería haberlo hecho a propósito, para incomodarlo, pero no me he dado cuenta.

—No vayas solo a Oviedo, Eduardo, te lo pido por favor. Voy contigo, en serio. No me costará nada.

Claro que no te costará nada, te mueres por venir y mangonearlo todo, y te las apañarás como sea para saludar a los reyes y a la princesa, matarías por hacerlo para luego poder presumir ante tus amigos, tus amantes, llevas toda la vida esperando este momento y estás perdiendo el culo para conseguirlo. Este es Guillermo, mi galerista: vanidad y ambición comprimidos en un pequeño cuerpo amanerado, inquieto como una bolsa de gusanos.

Vuelve a la carga:

—Mira, Eduardo, podemos hacer una cosa. Yo voy para allá por mi cuenta, ya tengo visto un hotelito estupendo cerquita del Campoamor, y si me necesitas únicamente tienes que llamarme. Si no, no te molestaré. Ni me verás, te lo prometo. ¿De acuerdo? Me pongo enfermo de pensar que estés allí tú solo.

—No voy solo.

—¿Ah, no?

Como si mi cometido en el mundo se redujera a esto, llevo el vaso vacío hacia la cocina. La claridad que desemboca en el pasillo por las sucesivas puertas va iluminando el vaso y lo llena de un líquido diferente cada vez: verdosa agua de mar, orina, espesa tinta negra en el tramo sin puertas, y al final, en la cocina, otra vez aire, nada. Durante todo el camino, Guillermo ha estado dando gritos a mi espalda, pero no he prestado atención. ¿Qué está diciendo ahora?

—¡Es que tengo derecho a saberlo! No me lo digas si no quieres, pero…

—¿Qué? ¿De qué coño estás hablando?

Enfoco mis pupilas en su cara, que está un palmo por debajo de la mía. Sus labios gordezuelos tiemblan, ansiosos y ofendidos.

—¡Que con quién vas! ¿Quién te acompaña?

Sonrío de nuevo estúpidamente. Suelto el vaso en la mesa. No sé qué he venido a hacer aquí, si aquí no hay whisky. Ah, sí: no podemos ir a mi estudio, por eso he venido aquí.

Guillermo consigue engranar las palabras que estaban patinando dentro de su boca:

—¿Vas con ella?

—¿Ella?

—Sí, con Sara.

Llevaba semanas sin pensar en esa mujer, o he atajado mis pensamientos cada vez que mi memoria regurgitaba su irritante figura. Y ahora Guillermo la nombra, la trae al presente, a esta cocina,

y además me recuerda por qué estoy enfadado con él, por qué lo llevo castigando con mi silencio desde este verano y hoy con mi áspero comportamiento. Y me estoy quedando corto.

Voy a por él con el brazo extendido y la mano abierta, como si fuera a empujarlo por un precipicio. Hay algo de teatralidad en mi actitud, pero estoy tan borracho que la línea que me separa de la seriedad es incierta, mis propios ademanes pueden enardecerme y pueden convertir el teatro en un acto consciente y agresivo. Él da un cómico respingo y empieza a recular hacia la puerta de la cocina. Pero habla, sigue hablando el condenado:

—Sara me llama a veces. Me pregunta por ti.

—No me hables más de ella.

—Me pregunta también por unos cuadros que pintaste en Almería. Unos cuadros de una cicatriz, dice.

—Cállate, Guillermo. No te lo vuelvo a decir.

—Vale, vale, no te hablo de ella. Pero… ¿dónde están esos cuadros?

—Fuera de aquí. Vete de mi casa.

Recorremos el pasillo como si estuviéramos dentro de una película de vampiros de los años treinta, todo ralentizado y más bien humorístico: mi mano en alto amenazándolo con un insufrible tormento y su cara de espanto con los ojos desorbitados. Sin embargo, por encima de este vodevil de cartón piedra, me vuelvo a enfadar con él, porque aunque sé que suelo caricaturizarlo en mi cabeza, Guillermo siempre supera los trazos maniqueos de su caricatura. Ha venido a mi casa no para interesarse por mi salud, como parecía, sino para averiguar dónde están esos cuadros, si están más o menos terminados, y si puede llevárselos para venderlos por el dineral que ahora se paga por cualquier cosa que yo haya tocado. Este es Guillermo, mi galerista.

Durante un segundo tengo la tentación de contárselo. Podría decirle que estuve a punto de dejar los cuadros en Almería, que no los quería para nada, pero como la casa era suya se los habría quedado él y eso es lo último que deseaba. Podría decirle que los tiré en la parte trasera de mi furgoneta cuando abandoné su casa y que ahí siguen, estropeándose por la humedad de estas dos semanas de lluvia y por el intenso calor que hizo en septiembre.

No le digo una palabra, disfruto de la íntima satisfacción de saber que su dinero se está pudriendo dentro de una vieja furgoneta aparcada en la calle, varios cotizadísimos Eduardo Muñoz echándose a perder con cada día que pasa.

Hemos llegado a la entrada del piso. Con la agonía de un náufrago, Guillermo se agarra al pomo de la puerta. Pensará que está a salvo

mientras no lo suelte, el ignorante.

—Hazme caso, por favor, Eduardo. No vayas solo a Oviedo. Y acuérdate de los trajes, te acompaño cuando quieras. También puedo decirle a mi amigo que se pase a tomarte las medidas, ni siquiera tendrías que salir. Pero tiene que ser pronto, no tenemos mucho tiempo.

—Lárgate.

—Ya voy, ya voy. Si no nos vemos antes, que sepas que yo estaré por allí aquellos días, ¿de acuerdo? Por si me necesitas.

—¡Que te largues!

Lanzo mis manos hacia él pero las esquiva hábilmente y abre. Sale por fin de mi casa. Con toda la rabia acumulada, empujo la puerta. Aguardo el sonido del portazo para resarcirme de la frustración, pero no se produce, algo lo impide. Guillermo ha colado el pie entre el marco y la puerta.

—Pero ¿es que no te vas a ir nunca?

Aprieto. Quiero destrozarle el pie, o al menos su zapatito burdeos. Su rostro, que se contorsiona histriónicamente, sigue soltando palabras por el orificio de la boca:

—Enciende el móvil, por favor, no estés desconectado. Y ve al cardiólogo, el día que te venga mejor, a cualquier hora. Él está avisado, te espera, no habrá ningún problema. Y no bebas tanto, Eduardo, por favor. Me quedo muy preocupado.

Antes de que saque el pie y el portazo pueda producirse, veo su cara muy cerca, la observo con el interés minucioso y suspendido que propicia el alcohol en alguna de sus fases, esta de ahora, que te permite llegar a la esencia de las cosas y a la naturaleza de tu relación con ellas (o que te induce el espejismo de todo ello, lo cual no es muy distinto). Y en la cara de Guillermo, que ahora mismo odio, vislumbro una preocupación y una angustia genuinas, honestas, que él disimula debajo de su parafernalia frívola. Quizá está representando ese papel como yo represento el de artista furibundo e intratable, aunque ninguno de los dos seamos exactamente eso. La puerta se cierra.

Apoyo la espalda en la madera que todavía vibra. Intento pensar en la inesperada conclusión a la que acabo de llegar, pero el alcohol también actúa aquí y favorece la inconstancia de las ideas, su dispersión ante la acometida de las siguientes. Guillermo, Guillermo… No sé.

El whisky está en el salón y voy hacia allá. Cuando cruzo el umbral de la puerta y veo el enorme lienzo, comprendo —esta es una nueva idea iluminada por el alcohol, pero se diluirá enseguida, antes de formarse del todo, y no quedará nada de ella— que he paseado a Guillermo por toda la casa, he hecho que me siga hasta el baño y la

cocina y luego lo he echado a empujones, para evitar que entrara al salón y viera el autorretrato. Porque me siento terriblemente inseguro sobre él, como no lo he estado nunca, y la más leve mueca de disgusto o desaprobación o duda por parte de mi galerista, aunque lo desprecio, me destruiría.

Pero esta desasosegante idea ya se está disipando, ya duele menos, casi nada, Guillermo, el autorretrato… Las botellas de whisky japonés, panzudas y simples, con la etiqueta color crema numerada a mano, me reclaman irresistiblemente. La boca se me llena de saliva.

Si miro fijamente el pequeño rectángulo enmarcado, me cuesta creer que no esté delante de un espejo, que ese que se encuentra al otro lado no sea yo. Ni siquiera tengo que entrecerrar los ojos para cubrir la imagen de un igualador *sfumato*. Me reconozco, soy yo. Y justo ahora el aire mueve la cortina y la claridad se ondula sobre el rectángulo y parece que el rostro se contrae, que se va a arrancar a hablar en cualquier momento, que está vivo, que soy yo. Y, sin embargo, no lo soy.

Solo he de bajar los ojos unos centímetros. Alrededor del cuello luce una amarillenta valona, un adorno que hace siglos que no se usa, que no usamos los Muñoz-Merchán. No, este no soy yo, pese a todo. Es mi antepasado Alonso. Lo que tengo delante no es un espejo. Es el Mengs.

Esta luz trémula extrae de la tabla una gama riquísima de tonalidades, profunda y cambiante, como si la capa de óleo fuera líquida y el viento soplara sobre ella y removiera los colores sumergidos: humo, melaza, arcilla, yema, resina, oliva, caoba, oro. La piel de Alonso va mudando ante mí, fluida y orgánica, y me hace pensar en una laboriosa putrefacción regeneradora, células de carne sustituyendo a otras células, alimentándose de ellas, durante siglos.

Me pregunto cuánto tiempo pasó mi padre contemplando el Mengs en esta misma habitación, su gabinete. Si se sumaran todas las horas, el resultado sería de varias semanas completas, algún mes, una fracción no desdeñable de su vida. ¿También se reconocería en él? Se me ocurre que este cuadro quizá tenga la propiedad de asimilar el aspecto de las personas que se ponen delante, que lo observan durante largos periodos, como si se tratara de un espejo cuyo reflejo se generara con una extraordinaria lentitud. A lo largo de más de doscientos cincuenta años, Alonso se ha ido transformando en todos los Muñoz-Merchán posteriores, en aquellos que poseyeron la tabla y detuvieron sus ojos sobre ella el tiempo suficiente. Así, quien ahora está retratado es mi padre, el último de la estirpe que convivió con el Mengs durante décadas, y por eso se parece tanto a mí y me reconozco en sus rasgos —ese dichoso labio inferior, perplejo, descolgado y bovino—. En este instante, mientras lo observo, tal vez el cuadro esté cambiando e incorporando las peculiaridades de mi rostro. En ese caso, Mengs sería el retratista más prodigioso de la historia de la pintura.

En un acto impulsivo, rodeo el ancho escritorio de mi padre, al que

ayer quité la polvorienta sábana que lo cubría, y agarro con ambas manos el Mengs. Sin pensarlo, lo descuelgo. La vieja madera del marco cruje, acusando el primer movimiento quizá en sesenta o setenta años. Coloco el cuadro a la distancia de mis brazos extendidos y me miro en él.

Las pupilas de Alonso se clavan en las mías y me siguen cuando muevo la barbilla a un lado y a otro y cuando la bajo y la subo. Alonso me mira y yo miro a Alonso, me adentro con mis ojos en los suyos (la arcaica valona se disuelve en la periferia de mi visión, y también el femenino peinado con bucles y la casaca de tela granate). En unos pocos segundos, todo lo que hay alrededor desaparece y la sensación de estar mirando a otra persona se hace cada vez más frágil, más delgada, y se extingue. La identificación es plena. No estoy mirando a otro, me estoy mirando a mí. Esto que sostengo entre las manos no es, finalmente, un cuadro. Es un espejo. Soy yo.

¿Qué derecho tengo a distinguirme, a levantar mi cabeza por encima de las demás y llamar la atención? ¿Qué derecho tengo a reclamar mi individualidad? ¿Por qué yo, Eduardo Muñoz-Merchán de Rivas, voy a merecer un retrato propio, personal, nominativo, cuando a la postre nada se salvará de la destrucción? He tardado todos estos meses en darme cuenta de que no tiene ningún sentido que pinte mi autorretrato. Sería un ejercicio redundante, una vanidosa tautología. Mi autorretrato ya existe y lo tengo entre las manos. Me miro en él, me reconozco en él. Ya está. Fin.

Vuelvo a colgar el cuadro y lo ajusto a la mancha de la pared, a la sombra que ha dejado su presencia durante décadas. Si me lo llevara, quedaría ese rastro y se podría saber que falta un cuadro. De todas formas, salvo yo, nadie lo echaría de menos. No está catalogado, no consta en las relaciones de obras de Mengs, hace años me preocupé de comprobarlo. Así que solo existe para mí. Es un Mengs porque yo lo sé y lo miro, y en consecuencia desaparecerá con mi muerte, por más que la tabla siga colgada en esta pared. De hecho, me extraña que esté aquí, que Nelu no la haya malvendido en estos años. Aunque él no tenga ni idea de arte, el Mengs es llamativo, a ojos de un neófito se ve *bueno* y *antiguo*, cebo suficiente para un personaje como Nelu.

De camino a la ventana, toco con las yemas de los dedos las pipas de mi padre, colocadas sobre el escritorio en su soporte de madera de nogal. Aparto la cortina y me asomo.

El jardín es un desastre. Estaría mejor si no se hubiera arreglado en años: tupido, intrincado, selvático, un pequeño bosque detrás de la casa. Pero alguien —sin duda Nelu o alguien a quien él pagó— intentó despejarlo hace unos días sin calcular bien el esfuerzo que implicaba o los recursos de los que disponía. El resultado se asemeja bastante a una cabellera trasquilada. Hay zonas donde la hierba fue cortada con

cierto esmero y otras donde las distintas avanzadillas toparon con una inexpugnable zarza o un arbusto leñoso que requería de motosierra. El resto, más de la mitad del terreno, está intacto.

Es evidente que cuando avisé a Nelu de que venía a la casa, después de casi una década sin pisarla, le entró la prisa por realizar algunos arreglos y así justificar su condición de guarda o cuidador de la casa o lo que sea, trabajo que obviamente ha desatendido y por el que cobra algo de dinero todos los meses, no mucho por otro lado. Y el jardín no es la única prueba: una piedra de la fachada está pegada con cemento fresco, hay flamantes bombillas led en muchas habitaciones, las bisagras de las puertas chorrean aceite, los suelos están barridos muy someramente… Él no me cae mal, me resulta simpático. Yo habría sido mucho más desastroso.

Nelu es el hijo de una amiga de mi madre, Basilia, la sacristana de la iglesia del pueblo, muerta hace ya muchos años. Es algo más joven que yo, rondará los cincuenta y pocos, y lo conozco desde que era niño, aunque nunca fuimos amigos, yo no tuve amigos. A lo largo de este tiempo he sabido de él de vez en cuando, a retazos. No obstante, en su aspecto hay huellas bastante claras de lo que ha debido de ser su vida. Tiene el pelo largo y blanco, en greñas, y los dientes torcidos y con caries. Tiene unos ojos saltones de sapo borracho y una nariz gorda y colorada. Sus piernas son flacas, sus hombros estrechos y débiles, y en medio tiene una prominente barriga. Viste pantalones vaqueros, camisetas de grupos de *heavy* y una cazadora de cuero negro. En los ochenta, Nelu se mudó durante un periodo a Barcelona. Después ha trabajado por temporadas en los bares de copas de la comarca, beneficiándose de su fácil acceso al género. Vive en el piso que era de su madre y subsiste con el dinero que le doy por cuidar esta casa, aunque estoy convencido de que, en el mejor de los casos, se limita a guardar las llaves; en el peor (pero mejor para él, y yo no se lo reprocharía), ha organizado fiestas aquí o ha traído a mujeres o ha dormido más de una noche. No me sorprendería que para sufragar sus vicios hubiera vendido algún objeto valioso de la casa. Por eso me extraña que el Mengs siga aquí, que a Nelu no se le haya ocurrido buscar un comprador. Tampoco habría sido ninguna catástrofe.

En cierto modo, Nelu es una versión de mí sin ambición, mediocre, fracasada. Pero el éxito no es nada, y lo que hay detrás del mío es solamente dolor, muerte y una insoportable melancolía. Cuánto mejor habría sido una vida como la de Nelu. Bravo por él.

Retrocedo unos pasos y la cortina se desliza por mi hombro como una espesa telaraña. Dejaré la ventana abierta, hay bastante humedad aquí dentro. El conservador de un museo pondría el grito en el cielo si supiera que hay un Mengs en estas condiciones. Pero este Mengs no existe. En cuanto yo dejo de mirarlo, desaparece. Salgo del gabinete

de mi padre.

La atmósfera del corredor tiene una densidad especial, casi me cuesta avanzar dentro de ella. La hiendo con las partes más agudas de mi cuerpo, la nariz, las manos, las tibias, y luego introduzco el resto en la herida abierta, que al instante se sutura tras de mí. Además de aire, mezclado con él, la casa está llena de tiempo coagulado, todo el que ha transcurrido sin que nadie la habite, y eso es lo que estorba mi desplazamiento. Al cruzar por delante de una ventana la atmósfera se aligera, rebajada por el disolvente de la luz.

El corredor se ensancha en la confluencia de las dos alas del edificio. De ella parten sendas escaleras simétricas y en curva que descienden hasta el piso de abajo, hasta el amplio zaguán de la casa. Me agarro a la baranda con ambas manos y vuelco el torso hacia delante. Frente a mí, llenando el cilindro de aire delimitado por las escaleras, está la gran lámpara de hierro forjado, que permanece en la casa desde antes de la remodelación del siglo XIX. Por un ridículo pero tan característico orgullo, nunca se electrificó, sus brazos solo están preparados para portar velas. Cuando mi madre mandaba encenderla, había que accionar la polea de la que pende y bajarla hasta el zaguán. Aún hay restos de cera de la última vez, no hará menos de treinta y cinco años.

Estoy un poco mareado, los oídos me zumban, y por eso no hago caso al sutil roce —o es un chasquido largo— que excita mis tímpanos. Será mi pesada sangre circulando por ellos. Pero a continuación atisbo entre los brazos de la lámpara una variación en la penumbra del zaguán, como si se hinchase o latiese, y mi cerebro establece un nexo entre ambos estímulos. Algo se mueve ahí abajo.

Sin soltarme de la baranda por si el mareo aumenta y pierdo el equilibrio, arrastro los pies lateralmente. La estructura de la lámpara se va retirando de mi campo de visión y descubre y luego oculta y luego vuelve a descubrir el piso de abajo. Sobre el suelo de piedra del zaguán, es cierto, hay una anomalía en la oscuridad, una inflamación, como si hubiera recibido un golpe y el hematoma estuviera surgiendo. Esa masa oscura evoluciona y se aglutina hasta formar una silueta. Me detengo en la parte alta de la escalera y me suelto de la baranda.

No me cuesta nada imaginar —yo que soy un firme descreído— que esa figura que se mueve erráticamente por el zaguán sea la de un fantasma. Y con un poco más de voluntad, si persevero en la ilusión deliberada, consigo que ese volumen adopte la fisonomía de un muerto, o de varias muertas, mejor dicho: mi hermana Carmen, que jugó de niña y adolescente por todos estos rincones, o mi madre, que estando viva ya se movía por aquí como un alma en pena, o Mariajo, aunque ella estuvo muy poco en esta casa. Pero no se trata de ningún fantasma. Esta figura con la que especulo amargamente es en realidad

la sobrina y la nieta y la hija de esas muertas. Es Livia, mi hija Livia.

Con un suave pero persistente estupor, pues tarda en diluirse la impresión de que es un fantasma (pero nunca me acostumbro del todo a la presencia de mi hija), la observo en silencio. Está realizando unas maniobras extrañas, unos gestos incomprensibles de una punta a otra del zaguán. Dobla el torso noventa grados sobre un mueble y agita las manos delante de su cara. Después da unas zancadas rápidas hasta un rincón, estira el cuello hacia el perchero donde están colgados nuestros abrigos y también aletea con los brazos. Y ahora se arrodilla y gatea hasta el viejo paragüero de latón y mete media cabeza dentro. ¿Está loca mi pobre hija? Comienzo a bajar la escalera.

El ruido de mis pasos llega hasta Livia. Sobresaltada, da un respingo y empuja con alguna parte de su cara el paragüero, que se vuelca y rueda escandalosamente. Pienso en el topetazo de un aturdido ternero. Con un mismo impulso, se pone en pie y devuelve el paragüero a su posición.

—¡Ay, qué susto! Pareces un fantasma.

Mi hija ha hablado con la voz ahuecada por la sordina de su propia mano. Cuando bajo el último escalón y me acerco, veo que se está tocando la nariz.

—¿Te has hecho daño?

—No, no. No ha sido nada.

Frunce la nariz y se la aplasta, pero no se la ha herido al engancharse con el filo del paragüero. Ayer, cuando la vi en el andén de la estación, no dejé de fijarme en que también ha sido castigada con la maldición del labio Mengs, y vuelvo a corroborarlo. En todos estos años —casi treinta, desde que nació—, me he empeñado en no verlo tampoco en ella.

Dudo si preguntarle lo que estaba haciendo, no sé si destaparé así una inconfesable extravagancia, una manía que se sentirá avergonzada de explicar. Pero se adelanta y me lo aclara:

—Ayer, cuando entré en la casa, me llegó un olor maravilloso que había olvidado. Me recordó de golpe los años que viví aquí con los abuelos. Era un olor como a madera húmeda pero a la vez polvorienta, algo así. Estaba intentado localizar de dónde venía.

—¿Y has dado con ello?

—No. Ni siquiera lo percibo ahora.

La mueca triste y nostálgica de su atávica boca se convierte, cuando me mira, en una ancha sonrisa. Y yo, como casi siempre que estoy con ella, no acierto a saber si tengo que hacer algo, en qué momento, con qué finalidad, y me quedo tontamente paralizado. Con Livia no puedo ejercer mi hosco papel de genio intratable, y no conozco ningún otro. Soy el más inepto de los padres.

Por suerte, ella es lista y facilita las cosas:

—Oye, ¿te apetece que tomemos el té en el invernadero?

—Claro.

—¿Podremos entrar? ¿Estará en condiciones?

—Yo creo que sí.

—Estupendo. Pues voy a la cocina a prepararlo.

Mi hija se gira en redondo, todavía tocándose la nariz, y sale del zaguán. Permanezco durante un minuto quieto, sobrecogido, temblando ligeramente de perplejidad y emoción.

El vapor que asciende de su taza de té, que ella sopla y a la vez nutre con su aliento, alza un telón delante de su rostro y empaña los cristales de sus gafas. Durante unos instantes, ella no me ve y yo apenas a ella. El débil hilo de reconocimiento, entonces, se interrumpe, y mi hija deja de ser una presencia excepcional y anómala y queda reducida a un simple concepto que nunca termino de concebir plenamente. Está aquí, muy cerca, podría tocarla si estirase el brazo, pero no es más real que cuando está en su casa y no la veo, cuando está al otro lado del mar y su existencia se limita para mí a una conversación telefónica de vez en cuando, parca por mi parte, voluntariosa por la suya, irremediablemente triste para los dos.

Pero el vapor del té se disipa y la presencia de mi hija, aun anómala y excepcional, vuelve a hacerse sólida. Esta es Livia. Está aquí. La miro. Me mira. Podría tocarla y ella podría tocarme a mí.

Los rasgos que el vapor ha descubierto están eclipsados (desde ayer no consigo evitarlo) por el sobresaliente y ancestral labio Mengs. Pero hago un esfuerzo, transformo parcialmente mi mirada en vapor, y velo su boca. Vuelven a ser sus ojos los que dominan la cara, con ese brillo frágil y herido que tienen desde que era niña. Livia siempre ha contemplado el mundo desde una posición insegura, injustamente menoscabada, y ahora esa perspectiva se ha cronificado, es el temperamento específico con el que se enfrenta a las cosas. Y puesto que ha sobrevivido, quizá no sea una desventaja, aunque puede que me quiera convencer de ello para sentirme mejor, o no tan mal. Entre los ojos hay una nariz anodina que yo sería incapaz de dibujar, no me resignaría a que en el papel hubiera un elemento con tan poco carácter. La mandíbula, en cambio, es cuadrada y rotunda, una poderosa quijada que acentúa el vigor de sus facciones.

Me acomodo mejor en la silla de hierro y bebo un sorbo de té, que está demasiado dulce para mí. Aprovecho que Livia está dando un repaso al destartalado invernadero para seguir observándola.

Mi hija lleva una ropa estrafalaria: un ancho peto vaquero como de granjero norteamericano, una sudadera negra de Mickey Mouse y unas

zapatillas de baloncesto rojas y plateadas. Está sentada con las piernas muy abiertas y los hombros echados hacia delante, postura con la que disimula, ayudada por la amplia sudadera, el enorme volumen de sus pechos, rasgo femenino del que siempre se ha avergonzado. Tiene el pelo corto, por supuesto, con la nuca muy apurada y el flequillo en punta; más que una elección, diría que es una forma de autocastigo. Ah, por qué no podré mirar a mi pobre hija y experimentar un sentimiento limpio, sencillo, grato, y no esta desazón de la que nunca me desprendo, enturbiada de lástima y culpabilidad.

Desde que mi hija vino al mundo, no he podido sacarme de la cabeza la idea de que nació rodeada de muerte, de muertos, de todos nosotros. Sus tíos estaban ya muertos, Charli y mi hermana Carmen, y su madre no tardaría demasiado en morir, Mariajo llevaba años condenada. Después estaba su padre, yo, no mucho más vivo que ellos, alguien que no estaba preparado para insuflarle vida, para mitigar esa soledad inconmensurable de nacer rodeada de muerte. Ella misma nació con la muerte inoculada en su organismo, y no había hecho nada para merecerlo. Lo único que heredó de su madre (no su afilada belleza, eso no) fue esa maldita enfermedad, ya no mortal pero sí crónica, de la que no hay rastro en su aspecto pero está ahí, agazapada bajo su piel, en su sangre, casi puedo sentirla palpitar y llamarme, vieja amiga. Ah, mi hija, mi pobre hija.

No recuerdo el nombre del Muñoz-Merchán que construyó este invernadero. O que lo mandó construir, mejor dicho, porque ningún Muñoz-Merchán ha construido nunca nada. Tal vez fuera el mismo, ahora que lo pienso, que sentía devoción por Darwin y coleccionaba sus libros. En la biblioteca debería estar una primera edición de *El origen de las especies*, que mi padre me enseñó con solemnidad siendo niño y a la que no hice ningún caso. El edificio del invernadero está constituido por una única pared de ladrillo de más de cuatro metros de altura y una estructura de hierro y cristales que conforma el resto del edificio. Dentro, cuatro columnas de hierro soportan la cubierta inclinada. Un sistema de varillas permite abrir y cerrar los cristales de la parte más alta para regular la temperatura interior, pero está completamente oxidado. Entre los arriates para las plantas hay una glorieta con suelo de piedra que recorre todo el invernadero. Sobre ella, cerca de la entrada, estamos nosotros.

Cuando vivía aquí, antes de marcharme a Madrid, el invernadero casi no se utilizaba. Mi madre solía tener hortensias en uno de los arriates y usaba otro para conservar en invierno los bulbos de sus tulipanes, que en primavera plantaba por todo el jardín. Durante algunos años, a mi padre le dio por sembrar áloes. Se frotaba con las hojas peladas las placas de su psoriasis, pero el remedio no dio el resultado esperado y desistió. De todo eso ya no queda ni rastro. En lo

que sí me he fijado hace un rato, mientras colocaba las sillas, es que en un arriate hay varios tallos cortados. La faena es reciente, apostaría a que del mismo día en que se perpetró el estropicio del jardín. Sus efectos nunca me interesaron demasiado, pero a lo largo de mi vida he visto unas cuantas plantaciones de marihuana. Solo espero que Nelu no las cortara antes de tiempo por mi llegada y haya perdido la cosecha.

—Me gustaba jugar aquí cuando llovía. Echaba carreras de coches por el suelo. Me encantaba el sonido de la lluvia golpeando los cristales. Sonaba muchísimo cuando era intensa, temblaba todo el invernadero, me daba un poco de miedo. Y el agua escurría por el techo y por el lateral, casi no se veía lo que había al otro lado, ni la hierba ni los árboles del jardín, solamente un color verde oscuro. Parecía que el agua era verde, que chorreaba pintura verde por fuera del invernadero. Pero yo seguía aquí dentro con mis coches, haciendo derrapes y adelantamientos. Bueno, no eran mis coches, eran tuyos, eso me dijo el abuelo. Los encontré en la habitación de los juegos, dentro de una caja. ¿Los recuerdas?

La piedad me exige que mienta a mi hija, que le brinde este minúsculo regalo para compensar mi desatención durante tantísimos años, toda su vida, mi ignominioso abandono. Ella se lo va a creer, o no va a profundizar en los detalles para no estropear el regalo.

Pero mi hosquedad se alía con la franqueza y contesto:

—No.

Ella sonríe tenuemente. Si está decepcionada lo oculta bien. Su manera de relacionarse conmigo, desde siempre, ha sido no esperar nada de mí.

—A veces venía también la abuela y se ponía a bordar ahí, en ese rincón, en un sillón de mimbre que le traía Adelina. ¿Te acuerdas de Adelina? Era muy buena conmigo.

—Sí.

No me suena ese nombre, pero si trabajó en la casa seguro que la conocí en algún momento, así que no creo que haya mentido. Quizá mentiría si dijera que no, y encima estaría defraudando a mi hija de nuevo. Ella no tiene por qué pagar mi mala memoria.

—Y el último verano, antes de irme al internado de Gijón, también venía el abuelo. Se sentaban los dos juntos, cada uno en un sillón de mimbre, y me miraban jugar. La abuela con el bastidor para bordar o simplemente con el rosario, y el abuelo con su pipa. Qué bien olía ese tabaco. A lo mejor fue ese olor el que percibí ayer al entrar en la casa, el de las pipas del abuelo. Aunque ha pasado demasiado tiempo para que perdure, ¿no? Sería otra cosa. Cuando pienso en ellos, en los abuelos, casi siempre los imagino aquí, sentados en los sillones de

mimbre mientras afuera llueve y las gotas resuenan en todo el invernadero. Por eso te he dicho que viniéramos aquí a tomar el té.

Toda esta información que ignoraba, estas referencias sentimentales tan delicadas y valiosas para mi hija, podrían interpretarse como una dura acusación contra mí. Pero la mansa mirada de Livia anula esta posibilidad y generosamente me absuelve. Ella nunca me ha reprochado nada, aunque tendría todo el derecho del mundo.

Esa imagen de mis padres juntos y en paz, moderadamente felices mientras contemplan a su nieta, que puedo proyectar en el lugar exacto donde se produjo, es nueva para mí y en cierto modo contraria a la memoria que conservo de ellos, de sus años finales. Me propongo, y aprieto los dientes y doblo una pierna contra la otra hasta que las articulaciones me duelen, me propongo apropiarme de esa imagen, hacerla mía, evocarla furiosamente cada vez que piense en ellos, en sus años finales, hasta revertir la amargura con que los recuerdo. No será ningún fraude. Esa imagen fue real, existió, mis padres estuvieron aquí, sentados en dos sillones de mimbre que conozco, los de la salita junto al zaguán, y estuvieron mirando complacidos a una Livia niña y casi huérfana. Solo fue culpa mía no presenciar esa imagen, no asistir a la representación de una armonía que, pese a mí, se produjo. Tengo que grabar esa imagen en mi cerebro. Tengo que hacerlo.

Apuro el té y dejo la taza en el suelo, junto a la pata de la silla. Mi hija se pasa una mano por la cabeza, se revuelve distraídamente el pelo corto, y eleva los ojos hacia el techo de cristal del invernadero. Daría gustoso —lo juro— dos falanges de un dedo por saber lo que está pensando. Mi pobre hija.

—La próxima vez que venga a España traeré a Court, quizá en verano. Vendremos aquí, quiero enseñarle la casa. Está deseando. Siempre le estoy hablando de ella, le describo las habitaciones, el jardín, el invernadero. También le hablo mucho de los abuelos. Me ha pedido que estos días haga fotos y se las envíe. Se muere de curiosidad. No te importa, ¿no?

—¿Que hagas fotos?

—¡No! Que vengamos el verano que viene.

—Es tu casa, Livia. Puedes venir cuando quieras.

—Vale. Y si te apetece, si no estás muy ocupado, podrías venir tú también, aunque sea un fin de semana. Y así conoces a Court. Ella tiene muchas ganas de conocerte.

—Claro.

—¡Estupendo! Luego se lo diré, hemos quedado para hacer una videollamada. Le va a dar mucha alegría. ¿Sabes si hay algún lugar de la casa con mejor cobertura?

—Ni idea.

—Bueno, da igual, lo miraré después.

La boca de mi hija crece, el labio Mengs se impulsa hacia delante y los dientes disparejos se asoman al aire del invernadero: Livia está sonriendo, irreprimiblemente feliz. Mete la sonrisa en su taza de té y se lo acaba. Yo sepulto mi alegría refleja bajo una maraña de gestos: descruzo las piernas, pellizco la pernera del pantalón, cojo del suelo el paquete de tabaco, saco un cigarrillo, enciendo el mechero y ahueco la mano alrededor de la llama. Aspiro largamente el primer humo y lo exhalo hacia arriba. Si mi hija detecta la humedad en mis ojos, podrá atribuirla al humo (o eso me digo por pudor, engañándome).

La masiva luz que entra por el techo y las paredes congela el humo, casi paraliza su ascensión, y le da una consistencia de aterciopelada medusa. Durante unos segundos me imagino que estamos dentro de un gigantesco acuario. Doy otra profunda calada e inyecto un chorro de humo dentro de la humareda suspendida.

Una molesta vibración, seguida por una sucesión de pitidos, perturban la calma submarina en la que Livia y yo llevamos flotando un rato. Mi teléfono está sonando. Lo saco del bolsillo y miro la pantalla.

—¿Te dejo para que hables tranquilo?

Mi hija, atenta y educada, se ha llegado a poner en pie.

—¡No! ¡Qué dices! Es Guillermo. No pienso hablar con él.

—Pobrecillo.

—¿Pobrecillo? Me llama todos los días. ¡Todos! No se cansa.

—Pero ¿dónde está?

—Todavía en Madrid, creo. O quizá ya en Oviedo. No me extrañaría que en cualquier momento saltara la tapia y apareciera en el jardín. Es capaz de cualquier cosa.

—¿Estará en la ceremonia? Hace tiempo que no lo veo.

—¡Espero que no! Si quieres quedar con él, llámale tú.

Livia no insiste y me dedica una sonrisa enternecida, condescendiente con mi rabieta.

Admito que ha sido un fingimiento producto de mi timidez, y ella es de las pocas personas en el mundo capaces de detectarlo, de las pocas a las que he permitido vislumbrar el mecanismo. La complicidad con mi hija no llega mucho más allá, pero en lugar de envenenarme de culpabilidad y lástima, como me pasa siempre que estamos juntos, de pronto hoy, ahora, esta sutil comunión me parece suficiente, es mucho más de lo que merezco, y está bien así.

Ella también está contenta y parpadea repetidamente deslumbrada por la luz (por la emoción). Se revuelve otra vez el pelo y se pone a hablar.

—Tienes que ver el vestido que me he comprado para la ceremonia. No estoy muy convencida, parezco una señora. Hasta me maquillaré y todo, no te digo más. Court me ha estado enseñando, aunque igual quedo como un payaso. Mañana me lo dirás.

—Claro.

—¿No estás nervioso?

—No.

—Bueno, todavía falta casi una semana, pero… ¡Saldrás en todas las televisiones! Aunque estarás acostumbrado.

—Lo peor son los malditos periodistas. A esos no me acostumbro. Empezaré con las entrevistas pasado mañana. Tendré que hacer un millón. ¡Aggg!

—¿Y los reyes? Los conoces, ¿no?

—Sí.

—¿Y a la princesa?

—A ella no.

El sonido que perturba ahora esta paz oceánica es un solitario tintineo, un único golpe de campanilla cuyo eco electrónico se prolonga varios segundos. Livia saca su teléfono del bolsillo central del peto, le ha llegado un mensaje.

—Vaya, es Court. Que si hacemos la videollamada. Qué pronto. Estos días hace muy malo en Londres y estará en casa, aburrida. Le voy a decir que se espere un poco.

—Llámala.

—No, no, da igual.

—Sí, llámala.

—¿Sí? Bueno, vale. No hablo con ella desde anteayer, en el aeropuerto.

Mi hija se pone en pie. Mientras contesta al mensaje tocando la pantalla del teléfono con sus rápidas yemas, da un par de vueltas en redondo, grandota y aturullada, y busca de reojo algo que no sé qué es y seguramente ella tampoco. Cuando su pulgar envía el mensaje y el teléfono vuelve al bolsillo, echa un vistazo alrededor y luego detiene sus ojos en mí. Sonríe. Me contengo para no dar otra calada al cigarrillo.

—Me llevo esto.

Se agacha para coger su taza y después estira el brazo hacia la mía. Se lo impido con la palma abierta.

—Deja las tazas, anda. Y vete. Saluda a Court de mi parte.

Con un gesto autoritario y suave, le rodeo la muñeca con dos dedos —no llego a abarcarla del todo, el hueso es redondo y ancho— y le arrebato la taza. Pero Livia no se va, se queda quieta a mi lado, respirando fuerte y mirándome desde arriba. Lentamente, dobla el

tronco hacia delante, inunda mi rostro con su aliento dulce y me besa en la mejilla, mi hija, mi pobre hija.

Sus zapatillas de baloncesto, brillantes y absurdas, saltan sobre la piedra de la glorieta y sacan a Livia del invernadero. En el último y torpe quiebro antes de salir, ha golpeado con el codo la jamba de la puerta y la estructura metálica del invernadero, como una sensible caja de resonancia, se queda temblando muy levemente, una vibración ultrasónica que me electriza la piel.

No entiendo que no haya en mi hija ni una gota de rencor hacia mí, a pesar de que en cierto modo me debe el sida que infecta su sangre (y que yo injustamente no contraje), y su orfandad casi plena, y el desarraigo que ha sido su vida desde que vino al mundo. No lo entiendo, debería odiarme, y esto siempre me llena de asombro y de una luminosa y punzante gratitud, que supongo que debería llamar, al menos en mi conciencia, amor.

Me voy a quedar aquí hasta que su taza, que acuno entre mis manos, se enfríe por completo. O quizá un poco más, hasta que caiga la tarde y la luz de fuera vaya muriendo y apenas se cuele ya en el interior del invernadero.

Mareas de oscuridad y ofuscada luz, lentos remolinos de tinieblas, sombras retintas que sofocan los destellos dorados de las llamas, tímidas lenguas azules y verdes disueltas enseguida en la materia corrosiva de la no-luz, de la ausencia absoluta de luz. Todas estas variaciones del negro están girando en los rincones del gabinete, dan vueltas sobre sí, reptan por el suelo y chocan como un denso oleaje contra la parte baja de las paredes y luego trepan por ellas hacia el techo, y allí se quedan colgando unos instantes, hasta que se dejan caer sobre los objetos y los envuelven con una piel gruesa y viscosa, casi netamente negra, un perfecto camuflaje para esta noche. Deben de ser más de las tres de la madrugada.

Las puntiagudas llamas, que se mantienen rectas e inmóviles en el aire sin corrientes, excavan en la oscuridad una ahusada hornacina de oro y difunden un resplandor sedoso y desvanecido, que yo no captaría si no llevara varias horas sumergido en él, acostumbrado a su mínima radiación. Esta palidísima claridad sitúa las cosas en el espacio: la vitrina de cedro con la colección de cronómetros de mi padre, la librería junto a la ventana, este escritorio, el vaso, mi mano empuñándolo, yo, la silla giratoria de madera en la que estoy sentado, el reloj de bronce detenido en las siete y diez, el mueble que lo sostiene contra la pared. Y en la pared, como un bajorrelieve que estuviera incrustado en ella, está el Mengs. Es de este modo, iluminados por la luz de las velas, como han pasado sus largas noches prácticamente todos los Muñoz-Merchán desde que existe la estirpe,

desde que asomó la cabeza y se diferenció de entre el magma indistinto de las razas.

¿Cuántos años tendrán estas velas? Las he encontrado en un cajón con sábanas del dormitorio de mis padres. Son gruesas y miden más de medio metro. Supongo que serán más bien cirios, y no me extrañaría que estuvieran bendecidos, quizá por el mismísimo obispo. Son cuatro. He colocado dos sobre el escritorio y otros dos custodiando el reloj detenido, junto a la pared, al pie del Mengs. Me llevo el vaso a los labios y bebo un sorbo de agua con limón. Giro la silla hacia el Mengs.

Esta iluminación, cobriza, ahumada, que salta a un lado y a otro del umbral de lo visible, es la que Anton Raphael Mengs concibió para que su obra fuera contemplada durante las noches, casi un elemento constitutivo de ella, tan importante como su composición o los colores escogidos. Y es así como la contemplo ahora, no bajo el rodillo aplanador de la electricidad. Mi rotación sobre la silla ha agitado el aire del gabinete y las alargadas llamas se curvan, danzan, se acomodan, y modifican el ángulo con el que atacan la pintura.

Mi antepasado me mira de una forma que hasta hoy no había percibido. Sus ojillos astutos —no son estólidos ni simples, como creía hasta ahora— vierten sobre mí una cálida ola de comprensión, de sabia misericordia. Por fin, después de quizá más de un siglo, Alonso vuelve a estar en su medio, esta luz antigua. A través de esta sustancia conductora su inteligencia llega hasta mí con toda su intensidad y pureza. Estos ojos lo saben todo de mí, conocen mi pasado y también mi futuro, el que me quede, no muy extenso. Conocen mis deseos al completo, su alcance y su futilidad. Y no me juzgan, aceptan con su espléndida benevolencia mis innumerables errores. Alonso me mira, también, con el orgullo desprendido de saber que es el único Muñoz-Merchán que va a sobrevivir. De todos nosotros, solamente él gozará de una cierta inmortalidad, relativa y finita, sí, pero inmortalidad. Y yo bajo la cabeza y lo asumo.

En esta vieja casa abandonada, estamos los últimos Muñoz-Merchán que quedan sobre la faz de la Tierra: mi hija y yo. Y como es improbable que Livia esté pensando en tener hijos, y como dudo mucho que yo vaya a darle a ella un hermano (sería un acto desaprensivo, cercano a lo criminal), la estirpe se acaba con nosotros. Varios siglos de sangre transmitida, de defectuosa y persistente genética, todos los rasgos heredados (el labio Mengs los simboliza) y los nuevos vicios aportados por cada generación, están reunidos aquí, en esta casa. Todos los Muñoz-Merchán morirán con mi hija y conmigo (espero que para ella falte todavía mucho tiempo). Tenemos sobre nosotros, ella y yo, el peso de ese múltiple y extenso asesinato, pero también la responsabilidad de la liberación, del logro para ellos

del definitivo descanso. Y llegado ese momento solo quedará él, Alonso, quien ha demostrado ser, después de todo, el más inteligente, el único que resultará victorioso sobre todos y cada uno de nosotros.

Me impulso con los pies contra el suelo y giro la silla hacia delante. Las velas que flanquean el Mengs diseminan su luz sobre mi espalda y proyectan en el escritorio una doble sombra cruzada. Pero esta sombra está rebajada por las otras dos velas, colocadas en las esquinas del escritorio. Estoy encerrado en este cuadrilátero de luz que despliega un palio sobre mi cabeza. Sin embargo, no soy yo el centro de este altar.

El altar está dedicado a lo que hay sobre el escritorio, estos sencillos elementos que mis ojos registraron por última vez hace más de dos décadas y que ahora refulgen iluminados por las llamas: una cuchara de alpaca con el escudo de la familia, el cordón de mi zapato derecho, el filtro de un cigarrillo, una ampolla de suero fisiológico, una delgada jeringuilla de aguja corta, intravenosa, y un pequeño hatillo de plástico cerrado con un hilo azul. En su interior duerme plácidamente el salvaje caballo.

Cuando Nelu se ofreció espontáneamente a proporcionármelo, con un rebuscado eufemismo que era no obstante claro e inequívoco, me pregunté si sería tan estúpido como para no saber, solo con verme, que estoy desintoxicado desde hace años, o por el contrario si sería tan listo como para detectar la flaqueza que me empujaría a aceptar su inesperado ofrecimiento. Todavía ahora, cuando estoy a punto de inyectarme heroína después de tanto tiempo, lo ignoro. En cualquier caso, Nelu acertó. Dije sí.

Sin sospecharlo, Nelu ha sido la última pieza necesaria para completar un razonamiento perfecto, portentoso, que lleva años progresando en mi cabeza, o al menos varios meses, desde esta primavera, cuando la concesión del premio desencadenó en mí una crisis que es cada vez más profunda. Pero la heroína, un único y esclarecedor chute, puede resolverlo.

Si he asimilado que soy un Muñoz-Merchán, uno más, uno cualquiera, entonces no soy nada, un simple individuo sin rasgos especiales. Pero necesito un empujón final que termine de limpiarme, de purificarme, que me ayude a eliminar los restos de la sostenida impostura que ha sido mi vida: una huida permanente de lo que soy. Necesito introducirme en un baño de heroína abrasador y emoliente del que mi alma salga inmaculada.

(Otra parte de mí está convencida de que me estoy equivocando, de que esto va a ser un error catastrófico, de que el viejo yonqui sigue buscando —y lo hará hasta el final de sus días— la incomparable sensación del primer chute, y este tortuoso razonamiento es una falacia que tendrá desastrosas consecuencias. Me alivia saber que mi

hija se irá mañana temprano, dentro de unas horas, a pasar el día a Gijón con una amiga, y que no se enterará de este descabellado viaje o tardará en dar conmigo si el viaje sale mal. Y será demasiado tarde para salvarme.)

Mi mano avanza temblando hacia la cuchara. Los dedos rompen en jirones la niebla de ámbar y oro que flota sobre el escritorio. Antes de tocar el metal, detengo el movimiento, dudo si había que empezar así. ¿Voy a recordar cómo se hacía? Pero sin que yo lo ordene, mi mano deja de temblar y reanuda la operación con una fluidez a la que asisto desde fuera con intriga. Después de dos décadas de adicción, en mi corteza cerebral sigue activo el automatismo que acaba de tomar el mando sin mi permiso (aunque también es cierto que sin mi oposición).

Desato el nudo de hilo azul que cierra el paquetito de heroína. Lo inclino con cuidado sobre la cuchara y doy golpecitos con el índice para que vaya cayendo el polvo blanco: más, un poco más, un poco más, así, así está bien: una dosis floja (pero eso dependerá de la pureza del material, Nelu no supo decirme y no me fio de él). Abro la ampolla de suero fisiológico y rocío el montoncito de caballo. El polvo se diluye enseguida. No creo que necesite calentarlo para la disolución completa, como había que hacer en los primeros tiempos con la heroína marrón, a la que se añadía zumo de limón para que fuera soluble. No obstante, me levanto, cojo la cuchara y la pongo sobre una de las velas. El cuerpo me pide no saltarme este paso, la ceremonia no sería plenamente satisfactoria. En unos segundos, la disolución rompe a hervir y la retiro. Agrego más suero para enfriarla, y espero.

¿De verdad voy a hacerlo? No. No lo voy a hacer. No lo quiero hacer. Es una locura. Sacudo la cabeza hacia los lados, no, no, no, no, no, mientras mi mano coge la jeringuilla, ensarta con la punta el filtro del cigarrillo, lo sumerge en la disolución, y la otra mano, cómplice de esta insurrección contra mí, extrae muy despacio el émbolo y el líquido va pasando al interior, filtrado por la pequeña esponja cilíndrica. Alzo la jeringuilla ante mis ojos, golpeo con la uña para que las burbujas adheridas a las paredes asciendan y luego presiono el émbolo para sacar el aire. Con la misma habilidad inconsciente, hago un nudo corredizo en un extremo del cordón de mi zapato e introduzco mi brazo arremangado. Tiro del cordón, mi carne se estrangula, y las venas afloran en mi piel como en una talla barroca de un Cristo crucificado. Muerdo la punta del cordón para poder mantener la presión sin usar las manos, solo estirando el cuello.

Ellas, mis rebeldes manos, emancipadas de mí, saben lo que queda por hacer. Y yo me abandono, me someto dócilmente a su voluntad.

El pinchazo es un minúsculo punto de luz blanca en la curva de mi brazo, al que le sigue un súbito calor, el líquido entrando en mi

torrente sanguíneo. Pero la droga está retenida en mi brazo, presa en la carne estrangulada, y no ha llegado aún a mi cerebro. Aflojo la mandíbula, suelto el cordón, y apenas tengo tiempo se sacármelo del brazo antes de que…

El punto de luz blanca crece dentro de mí como un hongo nuclear. Se expande rápidamente y corre brazo arriba y llega al hombro y al cuello y desde ahí se dispara en todas las direcciones. Es una enorme esfera blanca que en un segundo pasa de estar contenida en mí, dentro de mi organismo, a romper sus límites y salir afuera. Ahora soy yo el que está contenido en ella. Pero la reacción nuclear, en cadena, no se detiene, y la esfera blanca engulle esta silla y el escritorio y las llamas de las velas y las velas. Todo lo que toca atraviesa su membrana exterior y queda incorporado a la esfera. Todo se convierte en luz blanca, absoluta, primordial.

No se me puede olvidar respirar. Respira, Eduardo, respira. Ahora, eso es. Aaaaaah. El aire, o la luz blanca, entra en mis pulmones. Cierro los ojos un instante.

Cuando los abro, todo es blanco, no veo nada. No hay gabinete, no hay paredes, no hay casa, no hay noche. ¿Me he quedado ciego?

Pero no todo es blanco. No me he quedado ciego. En el centro de este blanco absoluto veo algo. Algo. Tenues manchas. Sombras. Figuras.

¿Quiénes son? ¿Son ellos? ¡Eh! ¡Eh! ¿Sois vosotros?